
JENNY DEL
MI NOMBRE ES
Yvonne

JENNY DEL

MI NOMBRE ES *Yvonne*

JENNY DEL

MI NOMBRE ES *Yvonne*

Primera edición.

Mi nombre es Yvonne

©Jenny Del.

©enero, 2024

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Mi nombre es Yvonne

©Jenny Del.

©enero, 2024

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Epílogo

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Epílogo

Capítulo 1



—Esto no va a salir bien, no va a salir bien—le repetía una y otra vez a Luc antes de llegar a la formidable casa de Matías Moguer, el hombre al que él tanto odiaba.

—¡Que te calles! —me chilló iracundo. Estaba tan decidido a llevar a cabo su plan… Lo vi en sus ojos, pues hasta ese preciso segundo albergué la esperanza de que lo reconsiderase, pero esa posibilidad no cabía en su cabeza.

—Yo no podré hacerme pasar por una niñera y tú todavía menos por…

—¿Por un chófer? ¿Es que acaso no sé conducir? ¿Es eso lo que me estás queriendo decir? ¿De verdad, Yvonne? ¿Tú vas a poner en duda mis habilidades?

Vi la sangre inyectada en sus ojos mientras iba al volante y me asusté. No era la primera vez que observaba cómo se alteraba y, de hecho, de un tiempo a esa parte, lo hacía cada vez más. Luc pasaba de cero a cien en cuestión de segundos, se revolucionaba en un santiamén y yo… Yo temía que entonces pudiera hacerme daño.

—No, Luc, de veras que no es eso. Yo solo digo que estas cosas solo salen bien en las películas y…

Fue entonces cuando se la jugó, tirando del freno de mano en plena carretera de montaña, provocando que el coche hiciera un trompo. La sangre se me heló en las venas, ¿es que no pensaba en las consecuencias?

Di un grito, un tremendo grito que él supo cómo acallar con esa mirada suya que tanto me perturbaba, pues hasta sus pupilas se volvían violentas. No era la primera vez que me ponía la mano encima, lo hizo en varias ocasiones en su vida, pero últimamente solo le hacía falta mirarme para que me doblegara.

Sí, había entrado en pánico… Al lado de Luc vivía en una situación de temor constante… Un temor racional y fundado, puesto que fui testigo de cómo perdió las riendas en multitud de ocasiones de su vida.

—¿Ves lo que me obligas a hacer? ¿Lo ves o no lo ves? —me preguntó mientras yo me ponía las manos delante de la cara, temerosa, y notaba cómo el temblor comenzaba a adueñarse de mi cuerpo.

—Yo no quería… De veras, Luc, te prometo que no era mi propósito…

—Sí querías, hermanita, sí querías, ¿y sabes por qué? Porque eres una tocapelotas de cuidado, justamente por eso —me ofendió mientras tomaba mi mentón y me obligaba a enfrentarme a su atormentada mirada, que era justo la que yo deseaba esquivar.

—Luc, te lo pido por favor, déjame… Haz lo que creas que tienes que hacer, pero permíteme que me marche, yo no quiero participar en eso.

—Ya, ¿sabes lo que pasa, hermanita? Que eres una jodida niñita consentida, eso es lo que eres. Y claro, las mierdas como tú, las niñas de papá, solo quieren salirse con la suya porque no ven más allá de su ombligo.

—Luc, no es eso. Es solo que tengo miedo, te lo prometo—traté de apelar en vano a sus sentimientos, como si él tuviera de esos—. Deja que me marche. Podría bajarme aquí mismo, llegaría andando hasta el siguiente pueblo, no tendría problema por ello.

—¿Y dejarte aquí tirada en plena carretera de montaña? Eso no te lo has creído ni tú. Yo jamás haría eso, ¿y sabes por qué? ¿Lo sabes?

—Porque la familia debe permanecer unida, ya lo sé—le respondí mirando al suelo mientras intentaba controlar ese incómodo temblor que me llevaba a mostrar una fragilidad delante de él que se había convertido en mi peor enemiga, pues eso le engrandecía.

—Muy bien, me alegra saber que vas entrando en razón y que mis palabras no caen en saco roto, porque a veces me haces dudar de todo, Yvonne. No sabes lo que me jode tu actitud y tu falta de fe en mí.

—Esto no es un dogma de fe, Luc. Más bien se trata de una cuestión de principios—aseveré.

—¿Una cuestión de principios? ¿Me he perdido algo? ¿Me estás acusando de no tener principios? ¿Tú a mí me estás señalando con el dedo acusador cuando no has movido ni un dedo por esta familia y todo lo he tenido que hacer yo? Te recuerdo que, si no fuera por mí, ni siquiera habrías podido terminar tus estudios, ¿o me lo estoy sacando de la manga? —me preguntó impertinente y expectante por mi respuesta.

—Lo sé, lo sé, Luc. Me lo recuerdas todos los días—asentí.

—Si te lo recuerdo es porque tiendes a olvidarlo, que todo se te olvida con demasiada facilidad, hermanita.

—Ya basta, Luc, estoy aterrada, por favor.

Se lo decía porque hablaba tranquilamente mientras seguía cruzado en aquella carretera de montaña, poco transitada, pero carretera, al fin y al cabo. Le gustaba llevarme al límite, recordarme que estaba en sus manos y que era el único dueño de mi destino, y yo… Yo solo quería cerrar los ojos y que desapareciera.

No quiero dar a entender lo que no sentía. No le deseaba ningún mal a Luc, tan solo que estuviese lejos de mí o, mejor dicho, abrir los ojos y encontrarme a muchos, muchos kilómetros de él, lejos de su maligna influencia, esa que tanto daño me había causado desde niña.

—Ya, y ahora también será mi culpa que estés aterrada, ¿no? ¿Ves lo que me obligas a hacer? ¿Lo ves? —insistió

—Luc, te lo ruego, vamos a provocar un accidente—le supliqué.

—¿Vamos? Está muy feo culpar a los demás de los errores propios, Yvonne. Querrás decir que lo vas a provocar tú, y todo por tu tozudez, por esa jodida tozudez tuya que me saca de quicio. Voy a arrancar y no quiero volver a escucharte el eco de la voz hasta que lleguemos, ¿me has entendido? No pienso consentir que me taladres más cor tus dudas y majaderías de mimada. Acatarás mis órdenes y punto, no hay más que hablar—me aseguró mientras ponía el coche en marcha y yo sentía que, por desgracia, la sensación de alivio que me invadió no duraría demasiado.

Se lo decía porque hablaba tranquilamente mientras seguía cruzado en aquella carretera de montaña, poco transitada, pero carretera, al fin y al cabo. Le gustaba llevarme al límite, recordarme que estaba en sus manos y que era el único dueño de mi destino, y yo… Yo solo quería cerrar los ojos y que desapareciera.

No quiero dar a entender lo que no sentía. No le deseaba ningún mal a Luc, tan solo que estuviese lejos de mí o, mejor dicho, abrir los ojos y encontrarme a muchos, muchos kilómetros de él, lejos de su maligna influencia, esa que tanto daño me había causado desde niña.

—Ya, y ahora también será mi culpa que estés aterrada, ¿no? ¿Ves lo que me obligas a hacer? ¿Lo ves? —insistió.

—Luc, te lo ruego, vamos a provocar un accidente—le supliqué.

—¿Vamos? Está muy feo culpar a los demás de los errores propios, Yvonne. Querrás decir que lo vas a provocar tú, y todo por tu tozudez, por esa jodida tozudez tuya que me saca de quicio. Voy a arrancar y no quiero volver a escucharte el eco de la voz hasta que lleguemos, ¿me has entendido? No pienso consentir que me taladres más con tus dudas y majaderías de mimada. Acatarás mis órdenes y punto, no hay más que hablar—me aseguró mientras ponía el coche en marcha y yo sentía que, por desgracia, la sensación de alivio que me invadió no duraría demasiado.

Capítulo 2



Un rato después llegamos a la puerta de la imponente finca de Matías Moguer, la cual estaba situada en pleno Valle de Ordesa, en el Pirineo Aragonés.

Nada más verlo, sentí un impresionante *feeling* con ese lugar, declarado Patrimonio de la Humanidad de la UNESCO, una circunstancia que entendí a la perfección con solo poner los pies allí.

—Ese cabrón lamentará haber nacido—pronunció con malicia en cuanto vio la enorme valla de entrada al recinto.

—No tiene la culpa, ese hombre no la tiene. Nadie debería pagar por los actos de sus padres—le recordé.

—¿En qué mundo vives tú, hermanita? El que la hace, la paga y, si no la paga en piel propia, sus herederos se quedan con la deuda… Y con el sufrimiento que esta genere.

No le costaba hablar así porque siempre fue un tanto sádico. Nos llevábamos diez años, pero recordaba con meridiana claridad la crueldad de la que siempre hizo gala Luc tanto con otros niños como con los animales. Se me vienen varios ejemplos a la cabeza, aunque me cuesta reproducirlos y prefiero omitir aquello que me hace daño, por lo que lo dejaremos en que él nunca fue una de esas personas de moral intachable.

Pensaba en todo ello, y en que ojalá se hubiese parecido más a mi padre, cuando un trabajador de la finca que salí con un camión nos dio paso.

—¡Feliz Año Nuevo! —chilló desde su ventanilla mientras levantaba el brazo a modo de saludo, aunque ya hubiesen pasado unos días desde el Fin de Año.

Esas palabras retumbaron en mi cabeza. Bonita manera de comenzar el año, buscando el mal ajeno mientras nos hacíamos pasar por quienes no éramos, convirtiéndonos en unos farsantes.

Luc y yo éramos franceses, nacidos y criados en San Juan de Luz, un precioso pueblo costero que lleva su bahía por bandera. Salpicado de coloridas ventanas, sus playas sirvieron de telón de fondo para muchos de los mejores

momentos de mi infancia, mientras practicaba el surf.

De entre todos los rincones de mi amada tierra, destacaría también su maravilloso jardín botánico, que tantas veces recorrí de niña de la mano de mi madre, que era muy amante de las plantas. Sus inigualables vistas al mar Cantábrico siempre permanecerían en mi retina como una de las más preciosas estampas de mi niñez.

Luc y yo no éramos hermanos en realidad, a pesar de que nos criamos como tales. Quiero decir que no compartíamos sangre, por mucho que eso no sea importante y que yo le hubiese considerado como tal si él hubier sido de otra forma conmigo.

La madre de Luc murió cuando él tenía siete años. Se llamaba Sofía y mi padre se enamoró perdidamente de ella cuando Luc no era más que un bebé, por lo que le crio como a un hijo. Él nunca debió ser un niño fácil, si bien la muerte de su madre le dejó trastocado, por lo que no asumió con buen talante que mi padre se volviera a casar un año después de enviudar con mi madre, Celia, quien nos terminó abandonando cuando yo solo contaba con ocho añitos para seguir la estela de un afamado californiano, dueño de un imperio de vinos, marchándose con él. Desde entonces, por decirlo de alguna manera, ella no se había ocupado demasiado de mí y eran contadas las ocasiones en las que la vi.

Mi vida ya nunca fue la misma tras la marcha de mi madre y más cuando esa época coincidió con la complicada adolescencia de Luc. Mi padre siempre se lo justificó todo, esa es la realidad, quizás porque sus peores fechorías las hizo a sus espaldas.

Para mi desgracia, mi padre fue un adinerado hombre de negocios que viajaba constantemente, dejándonos en casa con el personal de servicio y con mi amada Nicole, la persona que siempre se encargó de nuestro cuidado y quien, siendo una empleada, se comportó conmigo como una verdadera madre.

Si echo mano de esas palabras, “para mi desgracia”, lo hago porque mi padre jamás llegó a enterarse de lo mucho que Luc (quien se suponía que debía ser mi protector hermano mayor), me hacía la vida imposible, poniéndome la zancadilla en todo aquello en lo que podía.

a

Yo vivía bajo su sombra, con miedo, temerosa de revelarle a mi padre una verdad que mi hermano me hacía disimular cuando estábamos en familia. No es que Luc me diera palizas ni nada parecido (aunque algún bofetón o tirón de pelos sí que me llevé de su parte), pero él sabía cómo someterme con una sola mirada, porque yo, simple y llanamente, le tenía miedo. Y ese miedo fue el que me llevó muchos años después hasta aquella finca, como una pieza más de la partida de ajedrez que Luc se había montado tras la muerte de mi padre.

Bajé del coche y temía que las piernas no me sostuvieran. Yo nunca le había hecho daño ni a un mosquito y era conocedora de que mi hermano llevaría su plan hasta las últimas consecuencias, lo cual no hacía sino acrecentar mi temor.

A punto estuve de marcharme corriendo en el último momento, de abandonarle, de gritar a los cuatro vientos que yo no estaba de acuerdo con aquel plan, maquiavélicamente trazado, y de decirle a Luc que conmigo no contase. Hasta me imaginé dejándole allí plantado, mientras mis piernas se esforzaban en dar enormes zancadas y mi alma experimentaba por fin la ansiada libertad. Sin embargo, enseguida fui consciente de que no me había movido de su lado, de que seguía siendo una marioneta en manos de Luc y de que, si algún día era capaz de rebelarme contra él, quizás fuese ya demasiado tarde.

—Recuerda que eres mi mujercita—me dijo y sentí asco.

Me explico, era parte de la pantomima que íbamos a representar. Se suponía que Matías Moguer, quien había enviudado no hacía mucho, necesitaba chófer y una persona de confianza para cuidar de sus hijos, Quique y Samanta, de nueve y siete añitos respectivamente. Y también se suponía que nosotros éramos una pareja de recién casados con ganas de afincarnos en el norte de España, deseosos de respirar el limpio aire del Pirineo que Luc viciaba con su asquerosa presencia.

A punto estuve de marcharme corriendo en el último momento, de abandonarle, de gritar a los cuatro vientos que yo no estaba de acuerdo con aquel plan, maquiavélicamente trazado, y de decirle a Luc que conmigo no contase. Hasta me imaginé dejándole allí plantado, mientras mis piernas se esforzaban en dar enormes zancadas y mi alma experimentaba por fin la ansiada libertad. Sin embargo, enseguida fui consciente de que no me había movido de su lado, de que seguía siendo una marioneta en manos de Luc y de que, si algún día era capaz de rebelarme contra él, quizás fuese ya demasiado tarde.

—Recuerda que eres mi mujercita—me dijo y sentí asco.

Me explico, era parte de la pantomima que íbamos a representar. Se suponía que Matías Moguer, quien había enviudado no hacía mucho, necesitaba chófer y una persona de confianza para cuidar de sus hijos, Quique y Samanta, de nueve y siete añitos respectivamente. Y también se suponía que nosotros éramos una pareja de recién casados con ganas de afincarnos en el norte de España, deseosos de respirar el limpio aire del Pirineo que Luc viciaba con su asquerosa presencia.

Capítulo 3



La primera vez que tuve ante mí a Matías Moguer sentí que debía contener el aliento. Hasta ese momento, nunca experimenté algo igual.

Realmente, mi vida no había sido nada convencional hasta entonces, ya que mi natural timidez se vio empeorada por el efecto que Luc ejerció sobre mí, siempre vigilante y coartándome, lo que no me ayudó en ese sentido. Ni siquiera en mis años de universidad tuve algo que pudiera parecerse a eso que llaman un novio, puesto que apenas conté con libertad para relacionarme con mis compañeros. Y cada vez que Luc veía un atisbo de interés en mí por cualquier chico, lo cortaba de raíz, diciéndome que era tal o pascual, que no me interesaba y que no era el tipo de hombre que me merecía. Ya, como si él me tuviese en tan alta estima para eso.

Matías contaba por aquel entonces con 37 maravillosos años y su planta era realmente imponente. Alto, de complexión fuerte, pelo moreno y ojos azules como esas aguas del Cantábrico que marcaron mis primeros años de vida, su sonrisa bien podría haber sido la de un modelo.

—Buenos días. Me han avisado de que acabáis de llegar y lo cierto es que iba a salir, pero me interesa mucho dejar resuelto este tema y me temo que el resto de mis compromisos deberán esperar, ¿cuáles eran vuestros nombres? —nos preguntó mientras estrechaba nuestras manos.

—Yo soy André Leroy y ella es mi esposa Juliette—le contestó él.

Ese era otro tema que yo llevaría fatal. Tener que inventarnos nuevas identidades, que incluso acreditaríamos con documentación que Luc se encargó de falsificar, supondría para mí un tormento, y más cuando en ocasiones me mostraba un tanto despistada y me costaría recordar que allí debería enterrar nuestros verdaderos nombres.

—Encantado de conoceros, ¿sois de Biarritz? Creo que eso me dijisteis por teléfono.

—Sí, se lo dije yo, concretamente—puntualizó Luc, quien no se sentía nada cómodo con que Matías nos tratase a ambos por igual, cuando él se veía superior y el cerebro de aquel plan que era una auténtica locura. Por supuesto que tampoco le dijo la verdad sobre nuestro lugar de procedencia, eligiendo uno cercano a nuestro pueblo, pero

que no era el mismo, porque Luc no dejó ningún cabo suelto.

—Cierto, cierto, fue contigo con quien hablé. En cualquier caso, prefiero que me tuteéis, no soy amigo de los tratos distantes—nos pidió.

Parecía amable y cercano, y nos hablaba con esa atractiva sonrisa que acaparó mi atención desde el minuto cero. En cuanto a Luc, yo ignoraba cómo podría mostrar tanta sangre fría con el hombre al que odiaba con toda su alma

Matías nos hizo pasar a la casa, que era ciertamente maravillosa, aparte de que sus terrenos parecían infinitos en aquel enclave idílico que eran los Pirineos, cuyo verdor suponía para mí un chute de energía dentro del caos que nuestra presencia allí me ocasionaba.

Nada más entrar comprobé que aquella casa era cien por cien confortable, gracias al empleo de múltiples elementos en madera en su interior. Me recordó muchísimo al hogar en el que me crie, pues a mi padre también le chiflaba la madera, y me hice la ilusión por unos segundos de que estaba en ella, de que había vuelto allí.

El salón era realmente inmenso y sus ventanales panorámicos todo un lujo. El estilo empleado fue exquisito en todo lo relativo a la decoración. Aquella era una casa diseñada a conciencia para que sus moradores sintieran que se trataba de un verdadero y maravilloso hogar. En el fondo, y delante de unos sofás dispuestos en forma de “u”, me encontré con una chimenea en la que la leña ardía. Mi mirada se clavó en aquellas llamas. Siempre me encantó quedarme pasmada delante de la chimenea, viendo cómo las chispas revoloteaban al tiempo que el calor del hogar lo embargaba todo.

Matías hablaba y se interesaba por cómo habíamos tomado la decisión de instalarnos allí.

—Después de la boda, ambos estábamos de acuerdo en que necesitábamos un cambio de aires—le contaba aquel Judas que mentía más que hablaba mientras él asentía con la cabeza.

—Lo puedo entender, y no es porque sea mi tierra, pero estáis en uno de los mejores lugares del mundo para iniciar una nueva vida. Alejandra y yo amamos cada palmo de la tierra de esta finca.

Llevaba poco tiempo viudo y se notó cómo la voz se le quebró al hablar de su amada esposa y la madre de sus hijos, la cual había fallecido de un cáncer que terminó con su vida en plena flor de la juventud.

—¿Alejandra era su esposa? —se hizo el interesado Luc.

—Así es. No quiero ponerme melancólico, chicos. Por cierto, ¿cómo es que habláis español a la perfección? —no preguntó un tanto asombrado.

—Mi madre era española y, en cuanto a mi mujer, da la casualidad de que la suya también lo es.

En eso no mintió. Por alguna razón, mi padre sentía predilección por las españolas y sus dos esposas lo fueron.

Por lo demás, Matías nos desgranó en qué consistirían nuestras labores y todo nos pareció perfecto. Sobre todo, a Luc, a quien los ojos le hacían chiribitas al creer que, por fin, se saldría con la suya.

—Todo está genial—le contestó después de que él nos terminase de explicar.

—¿En serio? Para mí será una bendición que os incorporéis lo antes posible. Cada vez tengo más responsabilidades y no puedo estar pendiente de la conducción, André—le dijo a Luc.

Cielos, cómo me iba a costar adaptarme a llamarle así y a pensar que yo misma me había convertido en Juliette, ¿en qué momento perdí el control de mi vida? Y eso partiendo de la base de que alguna vez lo hubiese tenido, que iba a ser que no.

—Pues entonces, trato hecho. Mi esposa estará encantada de conocer a los niños, ¿no es así, cariño? —me preguntó malévolo.

—Sí, claro que sí.

Fingir ser la esposa de Luc era más de lo que mi corazón estaba dispuesto a soportar sin pasarme factura. Sentí que el aire me faltaba en aquel momento.

—Mi madre era española y, en cuanto a mi mujer, da la casualidad de que la suya también lo es.

En eso no mintió. Por alguna razón, mi padre sentía predilección por las españolas y sus dos esposas lo fueron.

Por lo demás, Matías nos desgranó en qué consistirían nuestras labores y todo nos pareció perfecto. Sobre todo, a Luc, a quien los ojos le hacían chiribitas al creer que, por fin, se saldría con la suya.

—Todo está genial—le contestó después de que él nos terminase de explicar.

—¿En serio? Para mí será una bendición que os incorporéis lo antes posible. Cada vez tengo más responsabilidades y no puedo estar pendiente de la conducción, André—le dijo a Luc.

Cielos, cómo me iba a costar adaptarme a llamarle así y a pensar que yo misma me había convertido en Juliette, ¿en qué momento perdí el control de mi vida? Y eso partiendo de la base de que alguna vez lo hubiese tenido, que iba a ser que no.

—Pues entonces, trato hecho. Mi esposa estará encantada de conocer a los niños, ¿no es así, cariño? —me preguntó malévolo.

—Sí, claro que sí.

Fingir ser la esposa de Luc era más de lo que mi corazón estaba dispuesto a soportar sin pasarme factura. Sentí que el aire me faltaba en aquel momento.

Capítulo 4



Cuando desperté, mis piernas estaban subidas sobre varios de los cómodos cojines de uno de los sofás. El crispar de la chimenea fue lo primero que presencié y, tras él, las voces de ambos hombres.

—¿Estás bien, Juliette? —me preguntó Matías.

Por un segundo estuve a punto de meter la pata, aun no siendo consciente del todo de por qué estaba en aquella situación ni de dónde me encontraba. Casi le respondo que se equivocaba de persona, que yo no me llamaba así. Pero entonces me encontré con la mirada reprobatoria de Luc y recordé de qué iba aquello.

—Bien. Muchas gracias, Matías, eres muy amable—le respondí.

—Sí, ¿estás bien, cariño? —intervino de inmediato la sabandija de Luc, quien debía quedar como el marido del año, demostrando que era firme candidato para ser oscarizado.

—Sí, tan solo ha sido un mareo, nada más, de verdad…

—¿No estarás embarazada? —me preguntó en ese momento Matías y me quedé perpleja.

Vi la furia en los ojos de Luc, una furia incontenible que obedecía al pensamiento de que eso pudiera influir en la decisión de Matías de contratarnos.

—No, no, eso es imposible—le contesté ruborizada.

No lo decía solo porque aquel malnacido no fuese mi marido sino porque yo, por mucho que resultase extraño en una chica de 22 años, seguía siendo virgen.

—¿Cómo imposible? —insistió Matías con una sonrisa.

—Eso, preciosa, ¿cómo va a ser imposible? Aunque sé a lo que te refieres, porque nosotros no estamos buscando ni tenemos intención de hacerlo en un futuro próximo, ¿verdad? —recondujo perfectamente la pregunta Luc. Había servido para abogado, siempre fue muy astuto.

—Claro, a eso me refiero justamente—le respondí apresuradamente, temerosa.

—Bueno, tampoco hubiese importado, os lo digo muy en serio. Me encantan los niños y un bebé siempre sería bien recibido en esta casa en la que se necesitan alegrías.

Matías no solo venía con un bonito envoltorio, sino que su belleza parecía extensible a su exterior, toda vez que pareció decirlo de corazón.

—Gracias—le contesté resoplando y ruborizada.

—Sí, muchas gracias, eres muy condescendiente—añadió Luc—. Pero ahora, si no te importa, nos gustaría conocer nuestra habitación y que ella se tumbase un rato—le dijo mientras me tomaba en brazos.

Era más falso que un billete de ochenta euros. En su vida tuvo un gesto así conmigo. Ni siquiera de niña, cuando me caía y me pelaba las rodillas, tenía un poco de condescendencia conmigo, mostrando algo de humanidad. Todo lo contrario, más bien se reía y me decía que mis rodillas eran de trapo, algo que me acomplejaba y que me hacía sentir pena al mismo tiempo, al no arroparme en absoluto.

De esa guisa, como si fuésemos una pareja de acaramelados recién casados, entramos en el dormitorio de servicio que nos habían habilitado y que era muy hermoso, hermosísimo, con detalles que lo hacían también muy confortable: amplio, muy luminoso, impoluto y con un gran cuarto de baño incluido.

—Está bien, yo os dejo. Cuando hayas descansado, si te parece, te presento a los niños—me indicó Matías, muy respetuoso, hablándome desde el quicio de la puerta mientras que Luc me depositaba en la cama.

Nos quedamos a solas y la frialdad de su mirada me indicó que soltaría unas cuantas de sus habituales perlas por la boca.

—Estúpida, que eres una estúpida, ¿no ves que has estado a punto de echarlo todo a perder? —me preguntó totalmente enervado.

—Han sido los nervios, Luc, lo han sido…

—¡No me llames así! —me levantó la voz, furioso.

—¿Y cómo quieres que te llame?

—André, comienza a llamarme André, ¿no ves que, si no, con lo patosa que eres, terminarás por equivocarte? —me indicó, haciendo que mis lágrimas rodaran hacia las mejillas.

Llevaba toda la vida torpedeándome en el sentido de hacerme creer que no valía para nada. Desde ese prisma, no sé cómo pude terminar siquiera mis estudios de Finanzas, siempre con la ilusión de ayudar a mi padre con sus negocios.

A Luc no le interesó jamás trabajar con él, pero a mí sí. Él prefería ir por libre y no tener nada que ver con mi padre, porque en el fondo no se llevaba bien con nadie y con él también tuvo sus encontronazos, como con todo el mundo.

Luc era informático, pero no uno cualquiera… Él había heredado la mente pensante de mi padre y desde muy joven montó su propia empresa. Sin embargo, un buen día, llegaron a casa un grupo de gendarmes con unas órdenes judiciales y le confiscaron sus ordenadores personales.

Nunca entendí nada de lo que había pasado, solo que mi padre pagó los mejores abogados para que mi hermano saliera indemne de esa. Y lo hizo, aunque no tuve clara cuál fue la razón, porque un día le escuché fardar con sus colegas de que ningún picapleitos le salvó el pellejo, sino que fue él mismo, al tenerlo todo atado y bien atado.

Por lo visto, mi hermano se había convertido en un *hacker*, pero en uno de los buenos, y ciertamente no pisó la cárcel. No obstante, el inspector que llevó el caso le juró que no le volvería a quitar la vista de encima y que, la siguiente vez que lograra meterse en el sistema de alguna institución francesa, sería la última.

Desde entonces, Luc tuvo que conformarse, a regañadientes, con trabajar con mi padre en el negocio inmobiliario pues la amenaza se cernía sobre él.

A mi padre todo le fue siempre viento en popa con el ladrillo. El hombre tenía ojo y amasó una pequeña fortuna gracias a su trabajo infatigable y a las buenas inversiones que hizo. Y así fue hasta que, un mal día, se cruzó con el padre de Matías Moguer.

—¿Y cómo quieres que te llame?

—André, comienza a llamarme André, ¿no ves que, si no, con lo patosa que eres, terminarás por equivocarte? —me indicó, haciendo que mis lágrimas rodaran hacia las mejillas.

Llevaba toda la vida torpedeándome en el sentido de hacerme creer que no valía para nada. Desde ese prisma, no sé cómo pude terminar siquiera mis estudios de Finanzas, siempre con la ilusión de ayudar a mi padre con sus negocios.

A Luc no le interesó jamás trabajar con él, pero a mí sí. Él prefería ir por libre y no tener nada que ver con mi padre, porque en el fondo no se llevaba bien con nadie y con él también tuvo sus encontronazos, como con todo el mundo.

Luc era informático, pero no uno cualquiera… Él había heredado la mente pensante de mi padre y desde muy joven montó su propia empresa. Sin embargo, un buen día, llegaron a casa un grupo de gendarmes con unas órdenes judiciales y le confiscaron sus ordenadores personales.

Nunca entendí nada de lo que había pasado, solo que mi padre pagó los mejores abogados para que mi hermano saliera indemne de esa. Y lo hizo, aunque no tuve clara cuál fue la razón, porque un día le escuché fardar con sus colegas de que ningún picapleitos le salvó el pellejo, sino que fue él mismo, al tenerlo todo atado y bien atado.

Por lo visto, mi hermano se había convertido en un *hacker*, pero en uno de los buenos, y ciertamente no pisó la cárcel. No obstante, el inspector que llevó el caso le juró que no le volvería a quitar la vista de encima y que, la siguiente vez que lograra meterse en el sistema de alguna institución francesa, sería la última.

Desde entonces, Luc tuvo que conformarse, a regañadientes, con trabajar con mi padre en el negocio inmobiliario, pues la amenaza se cernía sobre él.

A mi padre todo le fue siempre viento en popa con el ladrillo. El hombre tenía ojo y amasó una pequeña fortuna gracias a su trabajo infatigable y a las buenas inversiones que hizo. Y así fue hasta que, un mal día, se cruzó con el padre de Matías Moguer.

Capítulo 5



—Dame la mano—me ordenó una hora después cuando salimos del dormitorio, yo con la cartilla bien leída.

Matías nos esperó porque deseaba presentarnos él mismo a los niños. Se ve que se tomó la mañana libre, finalmente, para dejar finiquitadas las cuestiones domésticas.

Sus hijos me inspiraron mucha ternura. Con cara de traviesillos, ambos rezumaban esa ternura tan propia de la niñez. Eran monísimos, muy parecidos entre ellos, ambos con el pelo rizado y los ojos claros de su papi. Eso sí, ni rastro del negro del pelo de su progenitor, puesto que aquellos eran dos querubines rubios de lo más salados.

—Pero bueno, ¿a quién tenemos aquí? —les pregunté mientras me agachaba para saludarlos.

De toda la vida me gustaron los niños, aunque apenas los había en mi círculo, razón por la que no sabía muy bien cómo me desenvolvería con aquellos dos, aunque eso fue antes de conocerlos, porque una vez los tuve delante de mí entendí que entre nosotros tres surgió el amor a primera vista.

—¿Tú nos vas a cuidar a partir de ahora? —me preguntó Samanta.

—Eso parece, chicos, ¿y sabéis una cosa? —les pregunté, haciendo que movieran su cabecita de lado a lado, negando—¡Que nos lo vamos a pasar genial juntos! —exclamé mientras les daba un abrazo a ambos.

Vi cómo Luc buscaba con la mirada a Matías, para observar su aprobación. Para él, que yo también estaría haciendo el papel de mi vida, cuando lo cierto es que tratarlos con ese cariño me salió del alma. Ellos no tenían madre y ese vacío es muy difícil de llenar. De eso supimos bastante en mi casa, por lo que la buena vibra entre los críos y yo se dejó sentir desde el primer instante.

Ni cortos ni perezosos, los críos se tiraron directamente encima de mí, y su padre se quedó estupefacto, sonriente, viendo cómo se iban desarrollando las cosas.

—Vaya, vaya, lo veo todo francamente bien. A la última persona que los cuidó no le hicieron tanta fiesta—se

dirigió a mí.

—Papá, porque era muy mayor y vestía muy raro—argumentó Samanta.

—Y muy aburrida y muy plasta—prosiguió su hermano Quique.

—Vaya, veo que le estáis haciendo un vestido nuevo a Fernanda—les sonrió su padre, quien parecía muy divertido viendo la situación.

—Fernanda, no me gusta ese nombre, ¿tú cómo te llamas? —me preguntó la niña.

—Yo me llamo…—titubeé hasta que me encontré con la mirada gélida y amenazante de Luc, quien me recordó enarcando una ceja que me la estaba jugando—. Juliette, me llamo Juliette—pronuncié finalmente.

—¿Lo ves, papá? Juliette es un nombre muy bonito y, además, ella es muy guapa—le señaló la cría.

—Eso es verdad—añadió su hermano.

—Ya, ya, chicos, ¡que me vais a ruborizar! —les pedí ante la atenta mirada de su padre quien, por su forma de mirarme, parecía estar de acuerdo en todo.

—¿Y te gustan los caballos? —me preguntó Samanta.

—¿Estás de broma? ¡Me encantan los caballos! ¡Monto desde niña! —le indiqué y la respuesta no pareció ser muy del agrado de Luc.

—En realidad, venimos de familias modestas y ninguno de los dos podíamos permitirnos un lujo similar, me refiero a tener caballos y demás—le explicó a Matías—, pero mi mujer siempre estuvo loca por aprender a montar y sus padres le pagaron unas clases—inventó, cuando lo cierto es que siempre tuvimos caballos en casa.

—Pues vas a hacer las delicias de mis hijos. Estos dos parecen haber nacido en lo alto de un caballo, algo que no es extraño, puesto que su madre montaba que quitaba el hipo. Ella era una de las mejores amazonas de la zona—nos relató Matías.

—Sí, ¡ganó muchos trofeos! ¡Mami los ganó! ¿Quieres verlos? —me preguntó Samanta, aunque no sé para qué, puesto que ya me llevaba de la mano.

Los demás nos siguieron y entramos en el que debía ser el despacho de Matías. Allí, en una vitrina, atesoraba todos esos trofeos de su esposa, si bien el mayor premio que debió recibir de la vida fue el compartir aquellos año

con ella, como lo mostraban la sonrisa de ambos en la foto familiar que estaba cuidadosamente dispuesta sobre su mesa de trabajo.

Luc lo observaba todo con detenimiento. Yo tenía claro que su mente estaba en la conversación que manteníamos pero también en otras mil cosas a la vez, empapándose de cuanto veía. Él había trazado un plan y nada ni nadie le detendría a la hora de ejecutarlo.

Yo miraba a todos los lados y lo único que veía era una familia que había sido cruelmente sesgada al fallecer la madre de esos niños, que debió ser una gran compañera de vida para Matías, a juzgar por cómo seguía mirándola en aquella foto que hablaba por sí sola de la felicidad que debió vivir a su lado.

Salimos del despacho y entonces un lamento me dejó patidifusa. Provenía de la planta de arriba y la sangre se me heló en las venas. Noté cómo Luc disfrutó de ese lamento, solo alguien de su calaña podría hacerlo.

—Es mi padre, a veces se pone un poco mal. Más que nada, cuando la mente le recuerda el hombre que fue y se ve postrado en una silla de ruedas. Luego vuelve a su estado actual y los recuerdos se difuminan, entonces llega la calma—nos explicó.

—¿Está enfermo? —disimulé bajo la atenta mirada de Luc, pues de sobra estaba enterada de todo lo que ocurría en esa casa por él.

—Sí, lleva un tiempo con Alzheimer. Desafortunadamente, se lo detectaron y fue galopante. En cuestión de pocos meses, no es ni la sombra del hombre que un día fue.

—Vaya, lo siento mucho—le dije de corazón.

—Sí, yo también lo siento—hizo el comentario Luc. Solo yo vi la ironía en sus ojos porque solo yo conocía su maldad.

con ella, como lo mostraban la sonrisa de ambos en la foto familiar que estaba cuidadosamente dispuesta sobre su mesa de trabajo.

Luc lo observaba todo con detenimiento. Yo tenía claro que su mente estaba en la conversación que manteníamos, pero también en otras mil cosas a la vez, empapándose de cuanto veía. Él había trazado un plan y nada ni nadie le detendría a la hora de ejecutarlo.

Yo miraba a todos los lados y lo único que veía era una familia que había sido cruelmente sesgada al fallecer la madre de esos niños, que debió ser una gran compañera de vida para Matías, a juzgar por cómo seguía mirándola en aquella foto que hablaba por sí sola de la felicidad que debió vivir a su lado.

Salimos del despacho y entonces un lamento me dejó patidifusa. Provenía de la planta de arriba y la sangre se me heló en las venas. Noté cómo Luc disfrutó de ese lamento, solo alguien de su calaña podría hacerlo.

—Es mi padre, a veces se pone un poco mal. Más que nada, cuando la mente le recuerda el hombre que fue y se ve postrado en una silla de ruedas. Luego vuelve a su estado actual y los recuerdos se difuminan, entonces llega la calma—nos explicó.

—¿Está enfermo? —disimulé bajo la atenta mirada de Luc, pues de sobra estaba enterada de todo lo que ocurría en esa casa por él.

—Sí, lleva un tiempo con Alzheimer. Desafortunadamente, se lo detectaron y fue galopante. En cuestión de pocos meses, no es ni la sombra del hombre que un día fue.

—Vaya, lo siento mucho—le dije de corazón.

—Sí, yo también lo siento—hizo el comentario Luc. Solo yo vi la ironía en sus ojos porque solo yo conocía su maldad.

Capítulo 6



Ya habían pasado un par de días de nuestra llegada, que se produjo el día después de los Reyes Magos, y me había hecho a la casa y a los niños de una forma sorprendente.

Lo que peor llevaba, y eso sí que me resultaba una auténtica pesadilla, era compartir cama de matrimonio con Luc. Los pelos se me ponían como escarpias solo de pensar en ello y, aunque jamás me molestó en ese sentido (solo me hubiese faltado eso), yo casi que me metía entre las sábanas con camisón de cuello vuelto, quedándome en el filo del colchón, a punto de caerme. Cualquier cosa menos rozarme con él.

Estaba desquiciado. Yo consideraba que jamás estuvo centrado, pero en aquellos días la azotea parecía que terminaría por írsele. Colocó cámaras de vigilancia casi imposibles de detectar en distintos lugares de la casa y, principalmente, en el despacho de Matías, con el objetivo de poder captar todos los detalles de sus conversaciones

Su objetivo, supuestamente, era el de recuperar lo que era nuestro. Luc nunca se perdonaría no haber estado al tanto de los negocios de mi padre, por lo que no entendía cómo había llegado a perder todo su patrimonio, el cual terminó en manos del padre de Matías, de Rubén, ese hombre cuya cabeza ya no regía.

A resultas de todo aquello, nuestro dinero pasó a engrosar el patrimonio del mismo Matías, ya que su padre estaba incapacitado para tomar ninguna decisión.

De todo aquello habían transcurrido dos años. Nada supimos hasta que un infarto terminó por llevarse a nuestro padre y entonces descubrimos el pastel: su corazón se había parado a consecuencia del sufrimiento, pues él luchó toda la vida para tener lo que poseía, y lo perdió de golpe.

Albert, nuestro padre, tuvo desde su juventud olfato para los negocios, por lo que para Luc suponía toda una incógnita saber cómo se dejó engatusar por Rubén, asociándose en un negocio que le dejó sin blanca, cuando lo cierto es que él jamás tuvo socios.

La vida, en cualquier caso, se lo había cobrado a ese hombre que, preso del Alzheimer, quedó encarcelado en un cuerpo maltrecho, sin llegar a disfrutar lo que le había arrebatado a su supuesto amigo y socio.

En definitiva, todo un drama que me llevó a poder acabar mi carrera de chiripa, con la ayuda de Luc, quien me dio a entender que estaba en deuda con él. Y quien pronto se lo cobraría.

Según mi hermano, Matías debía estar al corriente de los tejemanejes de su padre y hasta habría sido cómplice del vil robo que dejó a mi familia en cueros, como aquel que dice. A mí me costaba pensar que ese hombre bueno y servicial, que nos trataba como si fuésemos de la familia desde el primer día, fuese un ladrón de guante blanco, un aprendiz de ladrón de su padre, pero Luc decía no tener la más mínima duda al respecto, por lo que le odiaba tanto o más como a aquel que estaba postrado en la silla de ruedas.

Melani era la enfermera de Rubén, con quien yo solía charlar en los pocos ratos libres de la muchacha, que estaba casi siempre al cuidado de ese enfermo que tanta atención demandaba.

—Es una putada, te lo digo de verdad. Dicen que este hombre ha sido la pera limonera de joven, que ha levantado un imperio… Y ahora lo ves ahí, mendigando atención, como si fuera un crío. A mí se me parte el alma. Jodida enfermedad…

—Ya, y suerte que tiene de contar con una familia y de estar bien atendido—le decía yo, siempre mirando a mi alrededor por si venía Luc, que se mostraba acechante. Cuando menos me lo esperaba, salía de cualquier rincón para demostrarme que conmigo no le hacían faltas cámaras de vigilancia.

Lo que Luc quería, y para lo que las instaló, era meterse en el sistema informático de Matías, el cual estaba bastante blindado, dado que había una fortuna que proteger. Hubiera podido hacerlo por control remoto, pero le sería mucho más fácil, llegado el momento, controlarlo desde su propio ordenador, con toda la información que las aludidas cámaras le habrían dado de antemano.

Para poder hacer así de espía de Matías, tuvo que colocar un sistema de seguimiento en nuestro propio dormitorio al cual solo accedíamos nosotros. Para ello, lo hablamos desde el primer día con Rosa, la chica de servicio que se dedicaba al mantenimiento de los dormitorios, diciéndole que preferíamos ocuparnos nosotros mismos.

Con Melani hice buenas migas desde el comienzo. Ella tenía unos años más que yo, puesto que su edad era más próxima a la de Luc. Por lo que me contó, un desengaño amoroso sufrido con un médico en la clínica en la que trabajaba con anterioridad, la llevó a querer cambiar de vida.

—Un buen día vi un anuncio que era flipante. Matías pagaba más del doble de lo que se suele pagar por un trabajo así. Es un tío muy generoso, aparte de que solo por verle cada día debería ser yo quien pagase—me solía contar entre risas.

Se trataba de una chica muy alegre y con la que me encantaba charlar. Con ella todo eran bromas y, poco a poco, nos convertimos en amigas. El problema era que ella me contaba sus cosas y yo solo podía hablarle de una vida

inventada, de una que nada tenía que ver con la realidad, y eso me causaba un sentimiento de tristeza, pues me sentía desleal y deshonesta.

—André es muy mono también, Juliette, pero no acierto a comprender cómo te convenció para casarte tan pronto con él, ¿te puso un anillo en el dedo el mismo día que te graduaste? Es para alucinar, conmigo hacen eso y, de la carrera que doy…

Yo me pasaba el día como la farsante que era, dando unas explicaciones que nada tenían que ver con la realidad. Jamás me habría casado con un hombre como Luc, como un tipo inmundo que solo podía pensar en vengarse de Matías y de su padre. Incluso por ese orden, ya que la juventud del hijo—así como el hecho de que estuviera en condiciones de disfrutar de lo mucho que el dinero le ofrecía—le llevaba a odiarle más incluso que al padre, como ya he contado.

inventada, de una que nada tenía que ver con la realidad, y eso me causaba un sentimiento de tristeza, pues me sentía desleal y deshonesta.

—André es muy mono también, Juliette, pero no acierto a comprender cómo te convenció para casarte tan pronto con él, ¿te puso un anillo en el dedo el mismo día que te graduaste? Es para alucinar, conmigo hacen eso y, de la carrera que doy…

Yo me pasaba el día como la farsante que era, dando unas explicaciones que nada tenían que ver con la realidad. Jamás me habría casado con un hombre como Luc, como un tipo inmundo que solo podía pensar en vengarse de Matías y de su padre. Incluso por ese orden, ya que la juventud del hijo—así como el hecho de que estuviera en condiciones de disfrutar de lo mucho que el dinero le ofrecía—le llevaba a odiarle más incluso que al padre, como ya he contado.

Capítulo 7



Había días en los que me olvidaba por completo de quién era realmente y de las oscuras intenciones que nos llevaron hasta el hogar de los Moguer.

Pensaba en ello cuando, de vuelta a la casa tras dejar a los críos en el cole, casi golpeo una motocicleta a la que vi demasiado tarde.

Para mi total sorpresa, cuando el conductor se quitó el casco (creí que para ponerme a caldo), comprobé que era Matías.

—Lo siento, lo siento muchísimo, no sabía que eras tú. Verás, que tampoco quería darle a ningún otro, pero a ti mucho menos y…

Hecha un manojo de nervios, no sabía cómo arreglarlo. Me daba terror que creyese que iba por la carretera pensando en las musarañas y que se negase a que llevase a sus hijos en el coche, cuando lo cierto es que fue precisamente el encontrarme sola en ese momento lo que me hizo distraerme.

—No pasa nada, ¿tú te encuentras bien? —me preguntó con su característica amabilidad.

—Sí, sí, yo perfectamente. Solo me he distraído un momento y casi te doy. De verdad que no sabes cuánto lo lamento. Yo no suelo ir así, te lo digo para que no pienses…

—No pienso nada, Juliette. Nos puede pasar a todos, por suerte para las compañías aseguradoras, que también tienen que vivir—me sonrió—, ¿un café? —me señaló a una cafetería cercana.

—¿Un café? No, no puedo. Lo siento mucho, he de volver a la casa.

—¿Se ofenderá tu jefe si no lo haces? —arqueó una ceja mientras me preguntaba.

—Ya… claro, no. No es eso.

—Solo se trata de un café, no creo que tampoco le ofenda a tu marido. Además, envié a André a hacerme diversos recados, tampoco podrías verle si llegas ahora a la casa.

—¿André no está? —le pregunté necesitando que me lo repitiera, como si no me valiese solo con su primera aclaración al respecto.

—No, no está, ya te lo he dicho, ¿café entonces?

No quería darle una impresión que le pusiera en alerta porque Luc podría hacerme pedazos si así ocurría, por lo que le di las oportunas explicaciones al sentarme.

—André no diría nada, ¿eh? Simplemente tengo costumbre de volver con él cuando dejo a los críos, nada más.

—¿Te espera para desayunar? Eso es muy bonito… Aunque me temo que a veces saldremos antes y te privaré de ese placer—me contestó sonriente y cortés.

—No pasa nada, claro que no.

—Ay, es la magia del comienzo, ¿no? ¿Cuánto lleváis casados? —me preguntó mientras le hacía una seña al camarero para que acudiese.

—Apenas unos meses…

Seguí las pautas indicadas por Luc: no decir cifras concretas por si en otra ocasión me contradecía y tratar de cogerme los dedos lo menos posible.

—Cielos, debéis estar embelesados. Los comienzos son mágicos…

—¿Y ya después no? —le pregunté como con cierta pena. Yo no sabía nada del amor y él parecía haberlo experimentado con total intensidad.

—Eso depende de la persona que se tenga al lado. Si te digo la verdad, creo que cuando Alejandra murió estaba más enamorado que ella que el primer día—suspiró.

—Ay, por favor, qué maravilla. Pero yo no quiero ponerte triste, ¿eh? No he debido sacar ese tema…

—No, no me pone triste. Hablar de ella me ayuda a que, en cierto modo, siga con nosotros. Y a mis hijos también

—Tienes unos niños que son un primor. A mí es que me han enamorado…

—Bueno, no son los primeros que cuidas, ¿no?

—No, claro que no, todos han sido muy lindos—le mentí.

—Conectas muy bien con ellos. Algún día te convertirás en una madre extraordinaria, ya lo verás…

—Ya, pero para eso falta mucho—le contesté.

—Nunca se sabe cuando se está en pareja. Mira, mi hijo Quique fue muy buscado, pero Samanta se nos coló por completo. Y tan felices, ¿eh? No queríamos un único hijo. Simplemente decidimos esperar algo más antes de ampliar la familia y no, cuando un niño dice que es su momento de venir al mundo…

—Yo no creo que me pase eso—revolví mi pelo, incómoda. Siempre me ocurría cuando había de mentir, que no era yo y que lo pasaba fatal.

—Bueno, el tiempo lo dirá. Cuéntame algo de ti, Juliette…

—¿Y qué quieres que te cuente? —le pregunté nerviosa. Había algo en él que me imponía, además de que temía mucho una conversación así por si metía la pata en algo y luego Luc me ajustaba las cuentas.

—Pues no sé. Háblame de tus gustos, de tus aficiones, de qué te llevó a contraer matrimonio tan pronto…

Me costaba un mundo hablar con él de eso, inventándome una patraña que me convertía en una mentirosa total.

—Bueno, ya llevábamos unos años de novios cuando André me lo pidió y pensé que era una buena idea.

—¿Una buena idea? Uno se casa por algo más que porque el otro haya tenido una buena idea, ¿no crees?

—Sí, claro, es solo una manera de hablar—le comenté al sentirme un poco acorralada. De pronto, otra vez me faltaba el aire y no sabía cómo actuar.

—No, ya, si te he entendido. Muchas veces no sabes ni cuál es la causa exacta. Simplemente, tienes delante a esa persona y sientes que el corazón se te desboca, ¿no es así?

—Sí, supongo que es así—le contesté mientras que notaba que a mí se me estaba desbocando el corazón en aquel

justo momento y que no era la primera vez que me pasaba cuando él estaba delante, ¿de qué iba aquello? ¿Qué me estaba pasando? Y lo más importante de todo, ¿podría disimularlo delante de Luc?

justo momento y que no era la primera vez que me pasaba cuando él estaba delante, ¿de qué iba aquello? ¿Qué me estaba pasando? Y lo más importante de todo, ¿podría disimularlo delante de Luc?

Capítulo 8



Contra todo pronóstico, en el momento de llegar a la casa de vuelta, cosa que hicimos al mismo tiempo, Luc ya estaba allí. Le vi frotarse los ojos como para comprobar que estaba en lo cierto y que éramos nosotros, que habíamos llegado juntos.

Le conocía lo suficientemente bien como para saber que no le hacían falta más motivos para exaltarse. Él me consideraba una inútil, capaz de dar al traste con sus planes, incapaz de seguir el guion marcado.

Disimuló, no hace falta decir que disimuló, por su bien lo hizo. Matías y yo habíamos conectado desde el principio y tal circunstancia se hizo más patente durante aquel ratito que compartimos, y que terminamos alargando a un par de cafés en lugar de uno solo. El santo se nos fue al cielo charlando, y eso fue lo que propició que Luc ya hubiese vuelto de los recados que le encargó.

—Buenos días, Luc, ¿todo bien por aquí? —le preguntó.

—Sí, sí, claro, todo bien—le contestó él sin quitarme ojo de encima.

Yo llevaba sufriéndole toda la vida y tenía claro que su mirada era desafiante, que estaba deseando quedarse a solas conmigo para echarme en cara mi comportamiento.

En momentos así, solo deseaba que la tierra me tragase y me escupiese muy lejos de él, donde Luc no pudiese ejercer su maligna influencia sobre mí. Me dolía tanto que tratara de manejarme como si yo fuese un títere…

No, no podía estar de acuerdo con cuanto estaba sucediendo. Fueron muchas las veces que le rogué que acudiéramos a la justicia, que, si Rubén le había birlado el dinero a mi padre, un juez nos lo podría devolver. Y esas mismas veces me hizo callar de malas maneras, llamándome ingenua, idiota y no sé cuántas cosas más. Para él, la única manera de hacer justicia era tomándosela por su mano.

Me resistía a pensar que Matías estuviera metido en todo aquello. Realmente, Rubén podría haber ido por libre, nc metiendo a su hijo en sus chanchullos. Trabajaban juntos, sí, pero eso no quería decir que uno estuviese al tanto d

los actos del otro.

No puedo negar que todo aquello que Rubén le quitó a mi padre tuvo que abultar mucho las cuentas corrientes de los Moguer, mucho más de lo que ya lo estuvieran, aunque también es verdad que Rubén pudo enmascarar esas ganancias de muchas formas a los ojos de su hijo.

No sé, podía ser una ingenua, como Luc me repetía hasta la saciedad, pero es que Matías no me daba el perfil de un ladrón de guante blanco, a mí no me lo daba, por mucho que mi hermano dijese.

Fuera como fuese, Rubén no tuvo apenas tiempo de disfrutar de ese dinero que mi padre perdió, lo cual le llevó a la tumba… Cierto que él se fue a criar malvas, si bien su socio fue diagnosticado de Alzheimer al poco tiempo y l enfermedad avanzó a la velocidad de la luz, mermando por completo sus facultades y reduciéndolo a aquello en lo que se había convertido: una persona mayor enferma, desvalida y absolutamente dependiente.

Matías terminó por meterse en la casa y entonces Luc me hizo una seña para que nos fuéramos a nuestro dormitorio. Quise esquivar su mirada, hacerme la sueca, pero entonces miró a su alrededor y, viendo que no había nadie, me tomó fuerte por la muñeca, conduciéndome hasta él.

Una vez allí, cerró la puerta y su mirada era de furia total. Creo que me hubiera mirado mejor de haber atentado contra su vida, vaya.

—¿Dónde se supone que estabas? —me preguntó en una actitud que me intimidó por completo, invadiendo mi espacio físico, como si mi vida corriera peligro.

—Fui… Fui a llevar a los niños al colegio, ya lo sabes—le respondí tímidamente.

—Ya lo sé, ya lo sé, ¿y sabes por qué? Porque yo llevo el control de todo lo que haces en esta casa, por eso lo sé. El problema es que, cuando sales de ella, te da por pensar que puedes hacer lo que te venga en gana, olvidándote de que somos una familia y de que no puedes dar un paso sin mi aprobación, Juliette—me soltó con sorna.

—No me llamo Juliette—le contesté enfadada porque odiaba ese juego y todo lo que nos llevó a esa casa.

—Seguirás siendo Juliette hasta que cumplas tu cometido, ¿me oyes? No recuperarás tu jodida identidad hasta qu hagas lo que hemos venido a hacer. Y que sea la última vez que actúes por tu cuenta. No debes hablar con ese tipo sin que yo esté presente, ¿dónde te lo has encontrado?

—Pero eso no puede ser, ¿no entiendes que resultaría aún más sospechoso? Lo normal es actuar con naturalidad.

—Ya, con naturalidad de pardilla absoluta que le pone ojitos, ¿no, hermanita?

Ya me volvía a llamar así, de ese modo que tantas náuseas me provocaba, porque lo decía con maldad y porque el hecho de ser su hermana le daba, según él, poder para tratar de subyugarme, dado que era la cabeza pensante de la familia.

—¿Qué estás diciendo, Luc? —le pregunté desesperada porque yo no había hecho nada malo.

—Estoy diciendo—y te recuerdo que ahora me llamo André—, que no esperaba que lo pusieras todo en peligro porque de pronto te hayas vuelto una furcia a la que no le importe que todo estalle por los aires con tal de que ese tipo se fije en ti, eso es lo que estoy diciendo.

Lo decía de una forma que lo ensuciaba todo, algo muy normal, dado que se trataba de Luc, ese ser tan oscuro. Qué paradójico resultaba, pues el nombre de Luc sígnica “luz” y de esa tenía él bien poca. Él no es que tuviese un lado oscuro, sino que la oscuridad invadía todo su ser.

—No digas eso, no digas eso—le pedí porque, de todas las maneras posibles de hacerme daño, había elegido la más exquisita, esa que me dolía como si me fuese clavando con lentitud una daga en el corazón.

—Digo lo que me sale de los cojones, ¿te enteras? —me espetó de la peor manera comenzando a apretar fuerte mi muñeca.

—¡Me lastimas, me lastimas! —exclamé tratando de zafarme.

—¿Sí? Pues ten cuidado, porque como sigas por el camino que vas, entonces sí que te lastimaré de verdad—me amenazó mientras me soltaba y con una de mis manos envolví la dolorida muñeca contraria, esa en la que me terminaría saliendo un moratón.

Ya me volvía a llamar así, de ese modo que tantas náuseas me provocaba, porque lo decía con maldad y porque el hecho de ser su hermana le daba, según él, poder para tratar de subyugarme, dado que era la cabeza pensante de la familia.

—¿Qué estás diciendo, Luc? —le pregunté desesperada porque yo no había hecho nada malo.

—Estoy diciendo—y te recuerdo que ahora me llamo André—, que no esperaba que lo pusieras todo en peligro porque de pronto te hayas vuelto una furcia a la que no le importe que todo estalle por los aires con tal de que ese tipo se fije en ti, eso es lo que estoy diciendo.

Lo decía de una forma que lo ensuciaba todo, algo muy normal, dado que se trataba de Luc, ese ser tan oscuro. Qué paradójico resultaba, pues el nombre de Luc sígnica "luz" y de esa tenía él bien poca. Él no es que tuviese un lado oscuro, sino que la oscuridad invadía todo su ser.

—No digas eso, no digas eso—le pedí porque, de todas las maneras posibles de hacerme daño, había elegido la más exquisita, esa que me dolía como si me fuese clavando con lentitud una daga en el corazón.

—Digo lo que me sale de los cojones, ¿te enteras? —me espetó de la peor manera comenzando a apretar fuerte mi muñeca.

—¡Me lastimas, me lastimas! —exclamé tratando de zafarme.

—¿Sí? Pues ten cuidado, porque como sigas por el camino que vas, entonces sí que te lastimaré de verdad—me amenazó mientras me soltaba y con una de mis manos envolví la dolorida muñeca contraria, esa en la que me terminaría saliendo un moratón.

Capítulo 9



Luc estaba limpiando el coche al día siguiente cuando Matías entró en la cocina con cara de preocupación.

—Buenos días, ¿estás bien? —le pregunté.

—Hola. Sí, claro, lo estoy—me contestó mientras se servía un café.

Pese a que contaba con servicio en la casa, se trataba de un tipo sencillo y ese tipo de cosas solía hacerlas por sí mismo.

—Pues, si me lo permites, te diré que te noto preocupado—le dije porque así era.

—Ya… Bueno, claro que te lo permito. Me caes muy bien, Juliette—carraspeó, sacándome una tímida sonrisa—. Quiero decir, que tomo tu consejo como el de una amiga.

—Más bien soy una empleada tuya—le recordé tratando de mantener las distancias como me decía Luc. No quería más problemas, no podría soportarlos. Sin embargo, me encantaba charlar con Matías y me costaba apartarme cuando él solo buscaba algo de conversación que, además, en ese caso, había comenzado yo.

—Lo cual no es incompatible, ¿ya has desayunado? —se interesó y entonces asentí con la cabeza—. Cierto, que tú lo haces con André, ya no lo recordaba.

—Sí, sí, lo hago con él, disimulé…

—Bien, ¿pero le dirás que no a otra taza de café? Sería como un pecado, ¿no crees? —me sonrió dejando ver todas esas perlas que tenía por dientes—. No es porque sea la mía, pero en esta casa lo hacen muy rico.

—Sí que lo hacen, sí…

Las ganas de tomarme ese café y de charlar un poco con él me podían. Miré por la ventana y comprobé que estaba a salvo de la mirada de Luc, porque se encontraba muy lejos cumpliendo su cometido. Incluso me daría tiempo de salir zumbando de la cocina si al final le daba por acercarse por allí.

Antes de que me quisiera dar cuenta ya tenía esa taza de humeante café en mi mano, y la estaba degustando con él. Cuando ocurría algo así, cuando me encontraba a solas con Matías, era como si el mundo se parase de pronto y se redujera a nosotros dos, y a nuestra conversación.

No me senté, preferí quedarme de pie pudiendo echar un vistazo a la ventana, mientras charlaba con él.

—¿Te pasa algo, Juliette? —me preguntó, quizás al percatarse de ese gesto.

—No, nada, nada… Me embelesa la belleza de este lugar que es realmente sublime—le comenté, cambiando el tercio y no diciéndole nada que no fuese verdad, porque aquella zona me estaba conquistando. Su esplendor sobrecogía y, siendo un paisaje distinto a aquel en el que yo me había criado, igualmente me parecía de una hermosura inigualable—, ¿y a ti? —le pregunté porque así me lo parecía, le noté preocupado.

—Mi padre va de mal en peor. Cada vez son más las veces que entro a verle y no me reconoce. Duele, duele mucho… Si le hubieras conocido antes… Cielos, era un hombre fascinante—me comentó.

Si él supiera tantas y tantas cosas, si él supiera quiénes éramos y el motivo por el que estábamos allí… Me costaba mirarle directamente a los ojos porque me sentía sucia, me sentía absolutamente indigna. Yo estaba segura de que Matías no era como su padre, de que él iba con la verdad por delante y nunca conoció lo que se cocía a sus espaldas.

—¿Cómo era exactamente? —me interesé.

—Pues el más trabajador del globo. Siempre llevó negocios inmobiliarios, se hizo a sí mismo, levantó mucho de la nada, tuvo un gran mérito. Yo me lo encontré todo hecho, pero él… Él luchó con uñas y dientes durante años, incluso terminó perdiendo a mi madre, que fue el amor de su vida.

—Pero tu madre… ¿tu madre está…?

—No temas preguntar. Mi madre vive. Es más, te diría que empezó a vivir de verdad cuando dejó a mi padre, harta de que él se centrara como lo hizo en los negocios.

—¿Y dónde se marchó? —le pregunté.

—A Ibiza, se fue a Ibiza. Verás, en una escapada que hizo allí junto con mi tía Irene, resulta que la buena de

Aurora, que así se llama ella, conoció a un hippie que pretendió venderle unos abalorios y terminó por robarle el corazón. Él solo podía ofrecerle una vida sencilla, pero con todo su tiempo, y para ella ese fue el mayor de los tesoros. Marc es inglés y lleva con mi madre muchos años ya. Llevan una existencia bohemia, pero increíblemente feliz…

—Qué bonito. Mi madre también se marchó hace muchos años—le solté en ese instante y solo me faltó darme un tapaboca, puesto que Luc me tenía absolutamente prohibido revelar ningún detalle de nuestras vidas. Si la cosa se ponía fea en algún momento y sospechaba por alguna razón de nosotros, cuantos menos cabos tuviera de los que tirar, mejor.

—¿Sí? ¿Y dónde se marchó? —me preguntó de inmediato.

—Ella… Ella… Realmente no lo sé, le perdí la pista—le mentí para tratar de enmendar mi error.

—Vaya, lo siento, ¿y tu padre?

—Mi padre está bien—le mentí más a lo grande.

—Bueno, si al menos lo superó… Mi padre no lo superó nunca, la verdad. Supongo que la única ventaja que tiene su estado es que ya no suele acordarse de ella, con lo cual ha dejado de sufrir. Siempre fue un hombre muy sensible.

—Vaya…

—Sí. Quiso recuperarla, ¿eh? No creas. Se tragó su orgullo y, aun a sabiendas de que ella estaba ya con otro, viajó a Ibiza y le confesó que no podía vivir sin ella, pero ya era tarde. La había descuidado y la perdió, y todo por sus negocios. En los últimos años, pese a que nunca los dejó de lado, pareció perder el interés por ellos.

—¿Perder el interés? ¿No siguió cerrando tratos? Quiero decir que en el mundo inmobiliario siempre surgen oportunidades y…

—Y algunas le cayeron del cielo, por lo mucho que había sembrado tiempo atrás, pero ya no cerró más tratos con nadie ni…

Con sus palabras, y sin saberlo, Matías me estaba confirmando lo que yo ya sospechaba: que estaba ajeno a los enredos de su padre y más cuando me contó que Rubén era el hombre más íntegro que conocía y que fue el referente de su vida.

—Lo aprendí todo de él, no he conocido un hombre más honesto y de moral más intachable, y mira que en este

negocio no es fácil. A veces, el demonio te tienta, y lo hace con un buen fajo de billetes. He conocido gente capaz de vender su alma al diablo por hacerse con una promoción, por ejemplo, pero mi padre no… Rubén Moguer no ees así.

Preferí que lo pensase de esa forma, que no supiera la verdad de las cosas porque él no era culpable de la forma de ser de su padre y saberlo solo le habría servido para sufrir.

Apuré mi café y ya salía de la cocina cuando él reparó en el moratón de mi muñeca, el que me había hecho Luc el día anterior al apretármela.

—Perdona, Juliette, ¿qué tienes ahí? —me preguntó señalándomela.

De manera instintiva, la cubrí con mi otra mano, mientras apenas murmuraba:

—Nada, soy un poco patosa y me golpeé con la manivela de la puerta. Ya sabes, todo el día corriendo de un lado para otro y…

—No parece el producto de un golpe—discrepó, haciéndome sudar.

—Pues lo es, lo es. Soy especialista en dármelos y ahora, si me lo permites, tengo cosas pendientes—le indiqué mientras me marchaba con las mejillas ardiendo.

negocio no es fácil. A veces, el demonio te tienta, y lo hace con un buen fajo de billetes. He conocido gente capaz de vender su alma al diablo por hacerse con una promoción, por ejemplo, pero mi padre no… Rubén Moguer no es así.

Preferí que lo pensase de esa forma, que no supiera la verdad de las cosas porque él no era culpable de la forma de ser de su padre y saberlo solo le habría servido para sufrir.

Apuré mi café y ya salía de la cocina cuando él reparó en el moratón de mi muñeca, el que me había hecho Luc el día anterior al apretármela.

—Perdona, Juliette, ¿qué tienes ahí? —me preguntó señalándomela.

De manera instintiva, la cubrí con mi otra mano, mientras apenas murmuraba:

—Nada, soy un poco patosa y me golpeé con la manivela de la puerta. Ya sabes, todo el día corriendo de un lado para otro y…

—No parece el producto de un golpe—discrepó, haciéndome sudar.

—Pues lo es, lo es. Soy especialista en dármelos y ahora, si me lo permites, tengo cosas pendientes—le indiqué mientras me marchaba con las mejillas ardiendo.

Capítulo 10



Aquella noche era de sábado y Luc estaba dándole a la botella en nuestro dormitorio.

Para mí, suponía todo un martirio tener que compartirlo con él, quien, cuando comenzaba a beber, charlaba por lo codos, maldiciendo y arremetiendo contra todos.

—¿Quieres callarte, por favor? Alguien puede oírte blasfemar así—le pedí asustada.

—No me callo, ¿y sabes por qué no? Porque ese hijo de puta, ese con el que te gusta coquetear, estará durmiendo a pierna suelta, feliz tras habernos robado todo lo que es nuestro. Rico, mientras nosotros hemos perdido todo aquello por lo que nuestro padre luchó, ¿te enteras? Ese hijo de puta, ese pedazo de hijo de la gran…

—Calla ya, por favor, estás muy borracho—le imploré.

—¿Y qué si lo estoy? ¿No tiene uno derecho a beberse lo que le venga en gana cuando le han jodido? ¿Es que no lo tiene? Ya, como tú eres tan perfecta… La princesita de la casa, siempre esperando a que le saquen las castañas del fuego—me increpó.

—No la emprendas contra mí, yo no tengo la culpa de nada—le rogué.

—No, no la tienes porque jamás te metiste en nada. Tú preferiste que todo te viniese hecho, sin complicarte, viviendo una vida fácil y…

—Tú también podrías haberla tenido muy fácil. Si te metiste en líos fue porque te dio la gana, igual que estás haciendo ahora—me atreví a decirle, sacando fuerzas de flaqueza.

—¿Ahora también es porque me da la gana? ¿De verdad? ¿Es justo que esta gentuza se quede con lo que es nuestro? ¿Tan poquita cosa eres como para dejarte robar en todas tus narices sin mover un dedo? A mí no me vas a joder, hermanita, te juro que no. Me ha llevado mucho tiempo trazar este plan y encontrar la oportunidad para entrar en esta casa. El tal Matías le tenía mucho aprecio a su anterior chófer, ¿sabes? Llevaba muchos años en la

familia… Y resulta que al final le pillaron conduciendo con un gramo de coca en el bolsillo, el muy viciosillo, ¿crees que me fue fácil hacer que se la metieran en la chaqueta? ¿De verdad eres tan ilusa?

—¿Tú hiciste eso? No puede ser… ¿qué culpa tenía ese pobre hombre que ahora ha perdido su empleo? ¿Me lo quieres contar?

—¿Y tú? ¿Por qué no cierras ya el pico? Joder, no tendría que haberte dicho nada, ahora me vendrás con tu asquerosa moral, qué fácil es hablar sin mover un dedo, ¡vete a la mierda, hermanita!

Iba dando tumbos por la habitación. Se había puesto en pie y es que no podía andar derecho. Llevaba horas bebiendo y se le había subido a la cabeza que daba gusto. Me resultaba horrible esa situación, porque si le temía cuando estaba sobrio, no quería ni imaginarme hasta dónde podría llegar estando así de borracho.

—Túmbate y relájate, por favor—le pedí.

—¿Relajarme? No soy una nenaza, tengo que mantenerme alerta hasta que recupere lo que es nuestro, ¿me oyes? No puedo relajarme, ese lujo no es para mí.

Lo dijo mientras cayó a plomo en la cama. Me temblaba todo el cuerpo. Le temía y más con esa indecente cantidad de alcohol en el cuerpo.

No voy a negar que había pensado muchas veces en huir de allí, en dejarle a él con su turbio plan y marcharme, comenzando una vida nueva en algún otro lado. Si no lo hice fue por temor. Luc siempre me recordaba que mi deber era que la familia se mantuviese unida, lo mismo que el suyo. Qué irónico, como si se comportase como un familiar mío y no como un tirano. Comenzaba a odiarle porque era un verdugo y porque me hacía sentir como una víctima, y esa era una sensación que detestaba. Si lograba huir y él me encontraba, quién sabía hasta dónde podría llegar. Al menos, yo centraba mi esperanza en que, si nos devolvían el dinero de mi padre, terminara haciendo su vida y me dejase a mí hacer la mía.

familia… Y resulta que al final le pillaron conduciendo con un gramo de coca en el bolsillo, el muy viciosillo, ¿crees que me fue fácil hacer que se la metieran en la chaqueta? ¿De verdad eres tan ilusa?

—¿Tú hiciste eso? No puede ser… ¿qué culpa tenía ese pobre hombre que ahora ha perdido su empleo? ¿Me lo quieres contar?

—¿Y tú? ¿Por qué no cierras ya el pico? Joder, no tendría que haberte dicho nada, ahora me vendrás con tu asquerosa moral, qué fácil es hablar sin mover un dedo, ¡vete a la mierda, hermanita!

Iba dando tumbos por la habitación. Se había puesto en pie y es que no podía andar derecho. Llevaba horas bebiendo y se le había subido a la cabeza que daba gusto. Me resultaba horrible esa situación, porque si le temía cuando estaba sobrio, no quería ni imaginarme hasta dónde podría llegar estando así de borracho.

—Túmbate y relájate, por favor—le pedí.

—¿Relajarme? No soy una nenaza, tengo que mantenerme alerta hasta que recupere lo que es nuestro, ¿me oyes? No puedo relajarme, ese lujo no es para mí.

Lo dijo mientras cayó a plomo en la cama. Me temblaba todo el cuerpo. Le temía y más con esa indecente cantidad de alcohol en el cuerpo.

No voy a negar que había pensado muchas veces en huir de allí, en dejarle a él con su turbio plan y marcharme, comenzando una vida nueva en algún otro lado. Si no lo hice fue por temor. Luc siempre me recordaba que mi deber era que la familia se mantuviese unida, lo mismo que el suyo. Qué irónico, como si se comportase como un familiar mío y no como un tirano. Comenzaba a odiarle porque era un verdugo y porque me hacía sentir como una víctima, y esa era una sensación que detestaba. Si lograba huir y él me encontraba, quién sabía hasta dónde podría llegar. Al menos, yo centraba mi esperanza en que, si nos devolvían el dinero de mi padre, terminara haciendo su vida y me dejase a mí hacer la mía.

Capítulo 11



Había caído a plomo con una borrachera impresionante. Al borde del coma etílico, logró dejar la botella a tiempo para evitar una desgracia.

Si no hubiese sido así, si no hubiese bebido tanto, jamás me habría confesado lo que hizo con el anterior chófer. S algo me había demostrado Luc a lo largo de su vida era no tener escrúpulos, pero sí capacidad para mantener sus cosas en secreto. Menudo era él…

Me levanté porque no soportaba el olor a alcohol en la cama, es que no podía soportarlo. Sin más, cogí un plumífero, el más calentito que tenía, y salí de la casa.

Necesitaba tomar el aire, por muy gélido que este fuese. Necesitaba dar una vuelta por la finca y airearme. No me equivoqué, el frío cortaba en el exterior y mi respiración se hacía visible debido al vaho que las bajas temperatura provocaban.

Comencé a andar sin rumbo, tan sencillo como eso. Quería dejar la mente en blanco, olvidarme de por qué estaba allí. Perdí la noción del tiempo y ya llevaba un buen rato caminando cuando escuché pasos detrás de mí, los cuale me paralizaron.

Sentí miedo, un inmenso miedo a que alguien me estuviese acechando en la noche. En una ocasión, estando yo en la residencia universitaria, un tipo trató de asaltarme al entrar en la habitación. Suerte que mis compañeras llegaron en ese momento también y aquel ser repulsivo se quitó de en medio, dejándome con la mirada perdida en el suelo, temblorosa y con la sensación de que alguien podía haberme arrebatado de la forma más despreciable mi virginidad. En fin, que todo eso lo pensé en un segundo, el mismo en el que noté una mano en mi hombro.

Me volví de golpe, sin analizar la situación. Habría podido salir corriendo, pero me volví a enfrentarme a quien me estuviese siguiendo, con el corazón encogido y afrontando mi destino.

—¿Te he asustado? No sabes cuánto lo lamento—me dijo Matías con una sonrisa en los labios.

—¿Asustado? ¡Casi me matas del susto! —exclamé sonriéndole también, porque las cosas pudieron salirme fatal y me salieron bien.

—De veras que lo lamento muchísimo, pero ¿se puede saber qué estás haciendo tú aquí? La noche está francamente fría, no creo que tarde en nevar.

—¿Tú crees? ¡Me encanta la nieve! —exclamé.

—¿Te encanta? Pues aquí te hartarás de ella. A mis hijos también les gusta mucho. Ya te veo compitiendo con ellos, haciendo muñecos. Y te advierto que son unos auténticos maestros, así que ya puedes ponerte las pilas—rio

—¿Sí? Pues les plantaré cara, que no se crean que soy manca. No me conocen esos dos, es que no me conocen— le contesté.

i
—No, ni ellos ni yo, todavía no—murmuró y noté un resquicio… No sé cómo definirlo, como de pena porque así fuera, porque nos hubiésemos conocido en esas circunstancias y no en otras.

—Ya, ya, ¿y tú qué haces aquí? —le pregunté.

—A mí es que me cuesta mucho dormir solo. Ya sabes, cuando estás acostumbrado a hacerlo con alguien, luego l noche se hace eterna y fría.

s
—Exacto. La noche se vuelve demasiado fría y entonces tú sales al calorcito, ¿no? Mucha lógica no tiene.

—Y me lo dices tú, que estás aquí también cuando podrías estar acurrucada con André en la cama—señaló.

s
Me quedé sin habla porque razón no le faltaba. A sus ojos, claro…

—Bueno, es que él se ha dormido y yo me he desvelado, es solo eso.

l —Él ha bebido, ¿verdad? —me preguntó y me quedé parada en seco, no sabiendo qué contestar—. No hace falta que me confirmes nada, escuché voces y a esas horas nadie habla tan alto salvo que en sus venas el alcohol corra libre, ¿no es así? —me preguntó en un tono más que cariñoso, entendiendo que no estaba bien.

—Tampoco creas que tiene problemas con la bebida ni nada así, ¿eh? Únicamente se tomó unas copas esta noche y puede que no le sentaran del todo bien. De todas formas, mañana estará genial para conducir, no te preocupes por eso.

—No es eso lo que me preocupa. Mañana no le necesito, no voy a salir. Además, es vuestro día libre y, aunque le

necesitase, podría conducir yo mismo, tengo dos manos—las giró en el aire para que las viera. Por cierto, que eran grandes y fuertes, a juego con el resto de su varonil anatomía, con esa que me hacía suspirar, por mucho que no quisiera reconocérmelo ni siquiera a mí misma, cuando la realidad era que le veía y el pulso se me aceleraba muchísimo, sobre todo, cuando sacaba a pasear esa sonrisa suya que tan nerviosa me ponía, y entonces sentía que no podía dejar de mirarla y más nervios sentía aún.

—¿Y entonces? ¿Qué es lo que te preocupa? —le pregunté con los nervios a flor de piel, sintiendo sus ojos en los míos, sin poder apartarlos. Ya llevaba días así, incluso pondría la mano en el fuego porque en ellos había desaparecido parte de la melancolía de los primeros días, de esos días en los que me hablaba de Alejandra aún con ojos vidriosos. De pronto, Matías lucía una sonrisa amplia cuando me miraba como lo estaba haciendo en aquellos momentos en los que yo le correspondía la mirada como una boba, en los que yo sentía que algo estaba cambiando en mi vida.

—Me preocupa que no estés bien, Juliette, eso es lo que me preocupa…

Y a mí me preocupaba que ni siquiera sabía mi nombre, que el primer hombre que me hacía temblar en mi vida tenía delante de él a una farsante que ni su verdadero nombre le había confesado. Lo único que era cierto, en lo único que no le mentía, era en mi forma de mirarle, porque las miradas no mienten, al contrario que las palabras.

—Yo estoy muy bien, ya te he dicho que solo necesitaba tomar el aire—le comenté y entendí que aquella conversación era demasiado profunda y embarazosa para mantenerla con él, que debía irme de allí y volver al dormitorio con Luc.

Le dejé casi con la palabra en la boca, girando sobre mis talones y volviendo a la casa. Lo que él no pudo ver, porque se quedó allí a pie parado, fueron las lágrimas que brotaron de mis ojos cuando volví sobre mis pasos para refugiarme de él, de la única persona capaz de ilusionarme en los que estaban resultando los días más complicados de mi vida.

necesitase, podría conducir yo mismo, tengo dos manos—las giró en el aire para que las viera. Por cierto, que eran grandes y fuertes, a juego con el resto de su varonil anatomía, con esa que me hacía suspirar, por mucho que no quisiera reconocérmelo ni siquiera a mí misma, cuando la realidad era que le veía y el pulso se me aceleraba muchísimo, sobre todo, cuando sacaba a pasear esa sonrisa suya que tan nerviosa me ponía, y entonces sentía que no podía dejar de mirarla y más nervios sentía aún.

—¿Y entonces? ¿Qué es lo que te preocupa? —le pregunté con los nervios a flor de piel, sintiendo sus ojos en los míos, sin poder apartarlos. Ya llevaba días así, incluso pondría la mano en el fuego porque en ellos había desaparecido parte de la melancolía de los primeros días, de esos días en los que me hablaba de Alejandra aún con ojos vidriosos. De pronto, Matías lucía una sonrisa amplia cuando me miraba como lo estaba haciendo en aquellos momentos en los que yo le correspondía la mirada como una boba, en los que yo sentía que algo estaba cambiando en mi vida.

—Me preocupa que no estés bien, Juliette, eso es lo que me preocupa…

Y a mí me preocupaba que ni siquiera sabía mi nombre, que el primer hombre que me hacía temblar en mi vida tenía delante de él a una farsante que ni su verdadero nombre le había confesado. Lo único que era cierto, en lo único que no le mentía, era en mi forma de mirarle, porque las miradas no mienten, al contrario que las palabras.

—Yo estoy muy bien, ya te he dicho que solo necesitaba tomar el aire—le comenté y entendí que aquella conversación era demasiado profunda y embarazosa para mantenerla con él, que debía irme de allí y volver al dormitorio con Luc.

Le dejé casi con la palabra en la boca, girando sobre mis talones y volviendo a la casa. Lo que él no pudo ver, porque se quedó allí a pie parado, fueron las lágrimas que brotaron de mis ojos cuando volví sobre mis pasos para refugiarme de él, de la única persona capaz de ilusionarme en los que estaban resultando los días más complicados de mi vida.

Capítulo 12



Se suponía que el domingo era nuestro día de descanso, un día para disfrutar en pareja, por lo que debíamos hacer la pantomima de salir de la casa, ya que lo contrario habría levantado sospechas. Ya lo habíamos hecho el domingo anterior igualmente, dando una vuelta por esos alrededores que eran un verdadero paraíso natural.

No hace falta decir que Luc se levantó resacoso, aunque él sabía disimularlo muy bien y así lo haría si se cruzaba con Matías. No obstante, yo no tendría tanta suerte y conmigo pagaría el pato del dolor de cabeza que le asaltaba de buena mañana.

Salía del baño, ya arreglada, dispuesta a "ir de paseo con mi maridito" como él decía con toda la guasa del mundo cuando se fijó en las botas que calcé la noche anterior y que estaban al lado de la cama. Cielos, olvidé limpiarles la suela al entrar en la casa y llevaban barro.

Me sentí morir en el momento en el que le vi mirándolas. Él era un tipo muy meticuloso y un detalle como ese no se le pasaría por alto.

—¿Qué es eso? —me preguntó iracundo.

—No sé a qué te refieres, ¿te vistes y nos vamos ya, por favor? Se supone que hemos de aprovechar el día, eso es lo que dirías tú.

—No juegues conmigo al despiste, hermanita, no soy ningún niñato como tus compañeros universitarios, esos que necesitan volver a casa para que mami les cambie los pañales. Dime qué cojones es eso—murmuró mientras me cogía por el cuello para obligarme a mirar las botas.

—Anoche salí un momento a tomar el aire, tú estabas borracho y lo necesitaba—le dije entrecerrando los ojos, temiendo que me soltara un guantazo.

—¡Estúpida! ¿No entiendes que pudo verte alguien? Se supone que somos una pareja de recién casados y que tendríamos cosas más interesantes que hacer que separarnos en una noche de sábado, ¿es que no tienes cabeza?

¡Me cago en todo, niñata! ¡Tú no vas a jorobarme el plan!

—Bastante lo estás jorobando tú—le dije porque se me escapó. Soy impulsiva y no pude frenar mi lengua.

—¿Qué has querido decir con eso?

—Nada, deberíamos irnos ya. Y no grites, por favor, se te escucha en toda la casa cuando lo haces.

—¿Te lo ha dicho tu amiguita Melani? Esa enfermera y tú parecéis muy compenetradas, ¿también te calienta como Matías? Me jodería saber que la mosquita muerta de mi hermana les da a todos los palos, sería otra desagradable sorpresa más que añadir a tu pésimo currículum personal—me soltó porque se hubiera permitido censurar hasta mi condición sexual.

—Cállate, no tiene nada que ver con eso.

—¿Y entonces? ¿Entonces quién me escuchó gritar? —me preguntó colérico.

—Te escuchó el mismo Matías. Tú me acusas de ponerlo todo en peligro a cada momento, de no dar pie con bola, pero la vas cagando porque no sabes controlarte y de eso no te das cuenta.

—¿Nos estaba espiando? ¿Espiaba detrás de la puerta? ¿Cuándo te lo ha dicho?

—No, solo escuchó gritos desde la planta de arriba, solo eso…

—¡Maldita sea! ¿Y tú cómo la sabes? ¿Fuiste corriendo a tirártelo? ¿Es eso lo que hiciste?

—Que no, suéltame, ¿cómo se te ocurre decir eso? Yo no haría algo así, déjame—le pedí con lágrimas en los ojos

—¿Y entonces?

—Entonces me lo encontré fuera. Yo no podía dormir y él tampoco, fue un encuentro fortuito, te lo prometo.

—Te creo, te creo… Te falta sangre para otra cosa, hasta ahí tienes razón, hermanita. Pero que sea la última vez, ¿me oyes? La última jodida vez que das un paso en esta casa sin mi consentimiento. No voy a consentir que me jodas el plan porque antes de eso te mato, ¿me oyes? Te mato—me dijo por lo bajini, consciente ya de que las paredes oían.

Nunca me había amenazado de muerte y eso me impactó. Le creía capaz de muchas cosas, pero no de decirme algo así, y esperaba que mucho menos de hacerlo. A Luc se le estaba yendo la pinza con todo aquello.

—No le dije nada, no temas. Te defendí como siempre—le confesé porque no pude evitar sentir miedo, un miedo que me recorrió de arriba abajo al pensar que las cosas solo podrían ir a peor si un milagro no lo remediaba.

Me soltó y comenzó a vestirse. Mientras lo hacía, yo miraba al exterior. La vista desde aquella casa era inmejorable, con esas montañas de fondo que se me representaban a una libertad de la que yo no gozaba, y eso me martirizaba.

Un rato después salimos por la puerta. Matías nos saludó antes de que cogiéramos nuestro coche para echar el día fuera. En ese momento, Quique y Samanta corrieron hacia mí. Los niños me estaban cogiendo un tremendo cariño, solo comparable al que yo comenzaba a sentir por ellos. Eran dos amores y muy cariñosos.

—¿Nos podemos ir con vosotros, por favor? —me decían. A Luc no se acercaban demasiado y, aunque él hacía el paripé con ellos, no parecía despertar sus simpatías.

—¡Nada de eso! ¡Vosotros os quedáis aquí conmigo, faltaría más! Hoy haremos algún plan en familia—les comentó su padre y ellos negaron con la cabeza.

—Otro día, ¿vale? —les dije mientras revolvía su flequillo, pensando en lo poco que me apetecía separarme de ellos para pasar el día con Luc a solas.

—No le dije nada, no temas. Te defendí como siempre—le confesé porque no pude evitar sentir miedo, un miedo que me recorrió de arriba abajo al pensar que las cosas solo podrían ir a peor si un milagro no lo remediaba.

Me soltó y comenzó a vestirse. Mientras lo hacía, yo miraba al exterior. La vista desde aquella casa era inmejorable, con esas montañas de fondo que se me representaban a una libertad de la que yo no gozaba, y eso me martirizaba.

Un rato después salimos por la puerta. Matías nos saludó antes de que cogiéramos nuestro coche para echar el día fuera. En ese momento, Quique y Samanta corrieron hacia mí. Los niños me estaban cogiendo un tremendo cariño, solo comparable al que yo comenzaba a sentir por ellos. Eran dos amores y muy cariñosos.

—¿Nos podemos ir con vosotros, por favor? —me decían. A Luc no se acercaban demasiado y, aunque él hacía el paripé con ellos, no parecía despertar sus simpatías.

—¡Nada de eso! ¡Vosotros os quedáis aquí conmigo, faltaría más! Hoy haremos algún plan en familia—les comentó su padre y ellos negaron con la cabeza.

—Otro día, ¿vale? —les dije mientras revolvía su flequillo, pensando en lo poco que me apetecía separarme de ellos para pasar el día con Luc a solas.

Capítulo 13



El silencio dolía en el coche. Si yo llevaba mucho tiempo ya sin poder hablar nada con Luc, no digamos ya después de los últimos acontecimientos y de esa escalada de violencia verbal e incluso física que estaba llevando a cabo.

Comenzaba a sentir no solo temor por él, sino también odio. Verdadero odio por verme totalmente forzada a algo que carecía de sentido, a actuar de un modo que era contrario a mi manera de ser. Esas no eran formas de reclama lo que era nuestro y mucho menos a alguien que no debía tener que ver con que perdiéramos ese dinero.

Suerte que el Pirineo Aragonés es de ensueño y que en él reinan parajes que pueden calificarse no solo de estremecedoramente bellos, sino casi de mágicos, porque al menos así me recreaba la vista.

—¿Es que no vas a hablarme en todo el día? —se quejó como si tuviera derecho a hacerlo, cuán hipócrita puede ser el ser humano.

—Es que no tengo nada que decirte, así que mejor me quedo callada, que es lo que esperas de mí—le contesté mientras pensaba que el Alto Aragón es imperdible y que allí te desintoxicas de todo lo que tenga que ver con la ciudad, si bien en mi caso, por desgracia, el elemento tóxico lo llevaba sentado a mi lado, conduciendo el coche, pues mi hermano nunca hubiese consentido ir de copiloto.

—Ya, pero esto es realmente incómodo, hermanita, tienes que entenderlo.

—¿Y por qué? Si da lo mismo. A ti te importa un bledo si yo comprendo las cosas o no, tú te conformas con que acate tus órdenes y punto, lo demás te resbala.

—Está bien, está bien, puede que me haya pasado un poco esta mañana—se disculpó a su manera.

—¿Puede? ¿Y me hablas de un poco? ¿Eso es todo?

—Joder, ¿es que tú nunca tienes bastante? Te estoy pidiendo perdón, ¿qué más quieres? —se quejó de nuevo.

—Nada, no quiero nada, Luc, André o como quieras que te llame.

Le estaba retando un poco, pero es que no podía más. Estaba agotada de obedecer sus órdenes sin ser capaz de contradecirle porque eso solo le engrandecía más por momentos.

—Da igual lo del nombre, ¿no lo entiendes? Sigo siendo tu hermano, el que te quiere y te protege.

—Querer y proteger es incompatible con amenazar de muerte a alguien, que es lo que tú has hecho conmigo hace un rato.

—¿Te lo vas a tomar todo al pie de la letra? Sabes que casco mucho, pero yo nunca te haría daño.

—¿De verdad? ¿De verdad no me harías daño? —me revelé. Me dieron unas ganas inmensas de tirar del freno de mano, parar el coche, abrir la puerta y correr en dirección a Monte Perdido, esa zona idílica en la que podría refugiarme, perdiéndole de vista.

—De verdad, hermanita, de verdad. Sé que no estás de acuerdo con mis métodos, pero un día me lo agradecerás. Todo esto lo hago por la familia, ¿tampoco eso lo entiendes? Tú no te mereces que nos hayan dejado con una mano delante y otra detrás ni papá se merece, desde donde esté, la inquietud de saber que alguien se lo quitó todo y sus hijos se quedaron de brazos cruzados.

—A mí el dinero me da igual. Tengo dos manos—me acordé de Matías cuando me dijo que él también las tenía para conducir— y, encima, un título académico que me avala para trabajar, lo mismo que tú, ¿por qué no nos olvidamos de todo este despropósito y comenzamos otras vidas? Yo no quiero participar en este circo—me embalé porque con esas palabras corría el riesgo de sacarle de sus casillas.

—¿Me estás diciendo que he montado un circo? ¿Es eso lo que me estás diciendo? —me preguntó pisando el acelerador demasiado para ir como íbamos por una carretera de montaña.

—Tranquilízate, por favor, solo digo que…

—Que soy un payaso, ¿no? Porque en el circo hay payasos y ahora resulta que yo soy uno de ellos, ¿para esto me como el coco por ti? Eres una desagradecida, lo veas o no, lo eres. No te mereces que haga nada por ti, debería abrir esa puerta y tirarte al fondo del precipicio—me amenazó mientras me quedé pegada a mi asiento, sin atreverme a decir nada más porque lo había vuelto a hacer: era la segunda vez en el día que me amenazaba de muerte, ¿es que aquello se iba a convertir en una costumbre?

Aterrorizada, traté de capear el temporal y hasta terminé por ponerle buena cara para que se calmase, una vez llegamos al pueblo de Broto, que fue nuestro destino de ese día en el que descubrí que, más allá de la negrura que

invadía mi vida por culpa de Luc, existen lugares como aquel en el que el verdor de sus montañas contrasta con el plateado de las aguas de su río.

Estuvimos paseando por él, donde también almorzamos, recorriendo sus calles y conociendo a algunos de sus amables vecinos, muchos de los cuales siguen realizando oficios artesanales heredados de sus antepasados, a los que se dedican como si de un tesoro se tratase.

Al caer la tarde volvimos a la casa. Yo estaba deseando ver a los niños y a Matías, ellos se habían convertido en mi refugio espiritual por mucho que cargase con la cruz de estarles mintiendo continuamente, de ser esa cómplice que estaba allí para desplumarles. Aun así, cuando me encontraba en su compañía, fantaseaba con la idea de que todo fuese normal y de que aquella pesadilla acabaría algún día, liberándome de Luc y del enorme paño con el qu me cubría, tratando de apartarme del mundo, de todo aquello que me gustase y que me hiciera disfrutar, como la compañía de los Moguer, a quienes comenzaba a sentir como una parte de mí.

invadía mi vida por culpa de Luc, existen lugares como aquel en el que el verdor de sus montañas contrasta con el plateado de las aguas de su río.

Estuvimos paseando por él, donde también almorzamos, recorriendo sus calles y conociendo a algunos de sus amables vecinos, muchos de los cuales siguen realizando oficios artesanales heredados de sus antepasados, a los que se dedican como si de un tesoro se tratase.

Al caer la tarde volvimos a la casa. Yo estaba deseando ver a los niños y a Matías, ellos se habían convertido en mi refugio espiritual por mucho que cargase con la cruz de estarles mintiendo continuamente, de ser esa cómplice que estaba allí para desplumarles. Aun así, cuando me encontraba en su compañía, fantaseaba con la idea de que todo fuese normal y de que aquella pesadilla acabaría algún día, liberándome de Luc y del enorme paño con el que me cubría, tratando de apartarme del mundo, de todo aquello que me gustase y que me hiciera disfrutar, como la compañía de los Moguer, a quienes comenzaba a sentir como una parte de mí.

Capítulo 14



Matías estaba muy pendiente de mí y, con la excusa de que me había encargado preparar el cumple de Samanta, s acercaba a cada momento a hablarme.

A mí me ilusionaba preparar esa fiesta para la pequeña, quien estaba loca de alegría solo de pensarlo, y a la que asistirían todos sus amiguitos del cole. Al menos, el día que me marchara de allí, a alguien le quedaría un buen recuerdo de algo de lo que hice, puesto que tenía claro que Matías terminaría odiándome.

—Muy contenta te veo yo, ¿no, hermanita? —me preguntó Luc en la mañana del sábado, cuando me vio colocando globos. Sí que se me daban bien esas cosas, nunca lo habría pensado.

—Pues sí, me alegra saber que contribuiré a la felicidad de Samanta, ¿también eso está mal? —resoplé.

—Ni mal ni bien, solo acéptame un consejito…

—No sé si quiero escuchar uno de tus consejos, la verdad.

—Da igual, lo vas a hacer: no te encariñes mucho con esa mocosa, ¿vale? Solo es la hija del tío que tiene lo que e nuestro y, si tuvieras algo de decencia, mantendrías las distancias en tu cabeza.

—¿Me estás hablando de decencia tú a mí? ¿No es una broma? —le pregunté yendo a por todas porque, aunque e muchos momentos me seguía viniendo abajo, en otros sacaba fuerzas de flaqueza para enfrentarme a él.

En esas llegó Samanta, que era muy larga, y arqueó su ceja.

—¿Estáis teniendo una pelea de enamorados? ¿Es eso? —me preguntó, porque con Luc no se relacionaba demasiado, lo mismo que su hermano.

—No, cariño, ninguna pelea, ¿por qué dices eso? No está bien meterse en las conversaciones de los mayores, lo

hemos hablado.

—Ya lo sé, pero te lo tenía que preguntar porque André no te mira como mi papá miraba a mi mamá. Ellos no discutían porque mi papá sí que la miraba con ojos de enamorado, por eso—me soltó antes de coger uno de los globos para ir a colocarlo, dejándonos solos.

—Igual no eres tan buen actor como crees—le hice ver.

—Igual la mica esa sabe demasiado, lo cual no es extraño, porque su abuelo era un sabelotodo, y su padre también lo es.

—¿Y si Matías no está al tanto? ¿Y si él es inocente?

—¿Y si la Tierra no es redonda? ¿No sabes distinguir lo que tienes delante de tus ojos solo porque te pone cachonda, hermanita? —me preguntó de la manera más asquerosa posible antes de largarse. En ese instante, pinchó uno de los globos causando un gran estruendo y haciendo que los críos saltaran.

—¡Cáspita! —chilló Samanta.

—¡Lo siento, pequeños! Solo ha sido un susto—les dijo en tono maquiavélico, alzando su brazo a modo de disculpa.

Nunca tuvo la cabeza en su sitio, pero definitivamente la estaba perdiendo. Después se fue a la gasolinera con el coche y Matías se me acercó.

—Nunca podré agradecerte lo suficiente que le estés preparando esta fiesta a Samanta—me dijo mientras me regalaba una de sus apuestas sonrisas.

—Lo estoy haciendo de mil amores, tu niña se lo merece todo—le aseguré.

—Eso no te lo voy a negar, y que lo hagas de mil amores tampoco. Tú le pones mucho empeño a todo, Juliette.

Me dolía cuando me llamaba así, y cada vez más. Me dolía tanto que apenas lo podía soportar, porque yo sentía un acercamiento a Matías que me alegraba el alma, cuando le estaba causando un inmenso daño y él no era consciente de eso.

—Sí que le pongo empeño, pero es que con tus hijos es lo menos que podría hacer. Ellos me tratan de un modo…

—De un modo especial, ya lo sé. Creo que en el fondo les recuerdas a su madre—opinó—. Y a mí también—

añadió—. No me lo tomes a mal, por favor, no quiero que pienses que te estoy comparando a ningún nivel con ella. Alejandra y tú tenéis vuestras muchas diferencias, pero me refiero al hecho de que ella nos contagiaba alegría a todos, y tú también sabes hacerlo. Solo me refería a eso—me confesó y, al irse, no pudo reprimir sus ganas y me hizo una carantoña que me encendió.

Sentí miedo al pensar que Luc estuviera al acecho, pero por suerte Matías se había asegurado de que estuviésemos solos en el momento de tener ese gesto conmigo.

Me quedé allí, de pie, y los niños se me acercaron de nuevo, pidiéndome más globos que colocar. No solo disfrutarían de la fiesta, sino también de los preparativos, que era de lo que se trataba. Yo conocía muy bien la sensación de haber perdido a una madre puesto que, de alguna forma perdí a la mía el día que se marchó, hasta el punto de que nuestra relación se fue enfriando y ya apenas nos saludábamos por teléfono en concretas fechas en el año.

Por Dios que me dejaría la piel en terminar de preparar esa fiesta para la que Matías me dio luz verde, con un presupuesto abierto y con la posibilidad de llevar a cabo todo aquello que se me ocurriera, como contratar personal de animación y demás… Todo un lujo en mis manos para tratar de hacer más felices a esos críos que se lo merecían todo. Y mientras, yo trataba de evadirme y de olvidar el problema que me llevó hasta allí, hasta convertirme en alguien que no era. Bien podría actuar yo misma de marioneta, puesto que así me sentía en las manos de Luc.

añadió—. No me lo tomes a mal, por favor, no quiero que pienses que te estoy comparando a ningún nivel con ella. Alejandra y tú tenéis vuestras muchas diferencias, pero me refiero al hecho de que ella nos contagiaba alegría a todos, y tú también sabes hacerlo. Solo me refería a eso—me confesó y, al irse, no pudo reprimir sus ganas y me hizo una carantoña que me encendió.

Sentí miedo al pensar que Luc estuviera al acecho, pero por suerte Matías se había asegurado de que estuviésemos solos en el momento de tener ese gesto conmigo.

Me quedé allí, de pie, y los niños se me acercaron de nuevo, pidiéndome más globos que colocar. No solo disfrutarían de la fiesta, sino también de los preparativos, que era de lo que se trataba. Yo conocía muy bien la sensación de haber perdido a una madre puesto que, de alguna forma perdí a la mía el día que se marchó, hasta el punto de que nuestra relación se fue enfriando y ya apenas nos saludábamos por teléfono en concretas fechas en el año.

Por Dios que me dejaría la piel en terminar de preparar esa fiesta para la que Matías me dio luz verde, con un presupuesto abierto y con la posibilidad de llevar a cabo todo aquello que se me ocurriera, como contratar personal de animación y demás… Todo un lujo en mis manos para tratar de hacer más felices a esos críos que se lo merecían todo. Y mientras, yo trataba de evadirme y de olvidar el problema que me llevó hasta allí, hasta convertirme en alguien que no era. Bien podría actuar yo misma de marioneta, puesto que así me sentía en las manos de Luc.

Capítulo 15



Por la tarde, más que un cumpleaños, aquello parecía una manifestación.

—Madre mía, qué cantidad de gente—me decía Melani, quien bajó a tomarse un trozo de tarta con nosotros a la hora de partirla.

Matías quiso tener ese detalle con ella, pues miraba mucho por todo el personal, y le encargó a Luc que fuera a avisarla.

Yo me estremecí, porque le temía en el sentido de que cada vez que veía a Rubén, postrado en su silla de ruedas, se ponía totalmente enfermo. Y no porque sintiese su estado precisamente, puesto que él quería verlo muerto, sino porque no resistía su presencia.

Me había ofrecido a ir en su lugar, pero no lo permitió. Melani acababa de bajar y estaba alucinada con toda la parafernalia que monté. Resulta que habían barajado bajar también a Rubén para que estuviera presente en el cumple de su nieta, pero el hombre no se encontraba nada bien ese día y optaron por dejarlo arriba descansando.

—Mira mi tarta, Melani—le comentó Samanta, quien estaba encantadísima de la vida.

—Pero bueno, bueno… Vaya pasada de tarta, no he visto una así en mi vida, ¿de qué es? —le preguntó.

—De fresa y nata—le respondió con sorna Quique.

—Eso ya lo veo, listillo, pregunto que de qué personaje…

—Ah, es de un personaje que me gusta y, espera, que te lo busco, es una superheroína, lo vas a flipar—le explicaba Samanta mientras Matías se me acercó.

—La fiesta ha quedado de lujo, reitero que no tendré vida para agradecértelo, Juliette.

—El lujo lo he sentido yo al poder prepararla, Matías. Se lo merecen todo, esos dos pequeñajos se lo merecen.

—Es la primera vez que los veo tan felices desde la muerte de su madre. Están pletóricos, y no solo hoy, llevan días así. Y todo te lo debo a ti.

—No es para tanto, te lo digo de corazón, he disfrutado mucho, no me ha supuesto ningún trabajo—le aclaré.

—André tiene mucha suerte—me soltó en ese momento en el que desvié la mirada al suelo, incapaz de mantener la suya.

—Gracias, muchas gracias—murmuré.

—Por cierto, ¿dónde está? ¿A él no le gusta la tarta? —me preguntó porque, como digo, estaba en todo.

—Pues no lo sé, debe haberse despistado—le dije cayendo en que no había vuelto a verle desde que subió a llama a Melani, a quien le pregunté por él mientras Matías se acercaba a atender a sus hijos, que demandaban su presencia.

—Creo que dijo que iba al servicio. Sí, de hecho, le vi entrar en el del pasillo de la planta de arriba, allí se quedó —me confirmó Melani—. Pero oye, ¿dónde vas? Mujer, que no has probado la tarta—advirtió mientras me veía salir corriendo.

Tuve una corazonada, una que me desalentó y que me hizo desplegar unas alas imaginarias que me llevaron al interior de la casa en busca de Luc. Era la primera vez que se quedaba a solas con Rubén y algo me decía que las cosas no irían bien.

Sin apenas poder respirar, subí los escalones de dos en dos, y entonces llegué hasta la puerta, la cual abrí de golpe entrando de un salto en el dormitorio de ese hombre, mayor y desvalido, que estaba en las sucias manos de mi hermano.

Dicen que, a menudo, la realidad supera la ficción y ese fue el caso porque, por mucho que hubiera podido malpensar de él, nunca habría llegado a tanto. Resultó que Rubén estaba postrado en su cama y que Luc permanecía a su lado, apoyando una almohada contra su cara, tratando de acabar con su vida.

A punto estuve de desplomarme, ya que las cosas estaban llegando muy lejos, tan lejos que me horrorizaba pensar que el hombre que estuviese actuando de esa forma tan vil fuese él. Daba igual que no fuera la misma sangre la que corriera por nuestras venas, porque nos habíamos criado como hermanos, aunque él jamás demostró quererme ni me trató con cariño.

Sin pensarlo, me lancé sobre él y, a duras penas, logré que retirase la almohada del rostro de Rubén, temiéndome lo peor.

—Cielo santo, respira, ¡aún respira! —le chillé aliviada.

—Eso parece, por tu culpa—me soltó.

—¿Por mi culpa? Ahora mismo bajo y les digo a todos que eres un criminal, ¡porque eso eres tú! —le grité mientras le propinaba varios desesperados puñetazos en el pecho.

—Tú no vas a ninguna parte porque entonces nos denunciarán y acabaremos en la cárcel, ¿o acaso crees que Matías pasará por alto el hecho de que seas mi cómplice? Porque te recuerdo que lo eres.

Lo discutíamos cuando la puerta, que estaba entreabierta, se abrió del todo y entraron Matías y Melani.

r

—¿Ha pasado algo? —nos preguntaron.

Miré a Luc, tenía que decidir en cuestión de milésimas de segundos entre vomitar la verdad o seguir con la boca cerrada. Me faltó el valor, el valor para afrontar las consecuencias de lo que estábamos haciendo allí y, mientras, él contestó.

—Esto… Matías, escuché ruido al salir del baño y procedía de esta habitación. Resultó ser tu padre, parecía tener dificultades respiratorias y pedía ayuda, suerte que estaba aquí al lado. Ya parece ir mejor.

—Tiene mal aspecto—observó Melani, quien le conocía muy bien—, ¿estaba sofocado? ¿Se lo notaste, André? Cuando se sofoca le cuesta respirar. Cielos, qué mal me siento, bajé en la confianza de que estaba tranquilo, ,Matías. De no ser así, no me habría movido de su lado, lo sabes, ¿verdad?

—Claro que lo sé, Melani. Ya parece estar mejor. Son cosas que pasan, no podemos preverlo todo. Papá, ¿cómo estás? —se acercó.

No le conocía, ya casi nunca lo hacía. Lo que sí repetía el hombre una y otra vez era que había visto a su difunta madre, a la abuela de Matías, algo que para él carecía de sentido.

—Pobre, no sabe lo que dice—nos comentó su hijo.

Quien no sabía lo que decía su padre era él. Si es cierto eso de que, a la hora de fallecer vemos a nuestros seres queridos, Rubén se dio de cara con su madre y eso era lo que estaba relatando, ya que el hombre debió ver la

muerte reflejada en esa almohada que Luc apretaba contra su rostro, con guadaña y todo. La muerte digo, él no llevaba guadaña, aunque tenía un peligro infinito.

Por fortuna para mi hermano, Rubén ni siquiera se dio cuenta de lo que había estado a punto de sucederle, ni siquiera fue consciente de que Luc casi termina con su vida de un plumazo, sin quedarle el menor remordimiento.

muerte reflejada en esa almohada que Luc apretaba contra su rostro, con guadaña y todo. La muerte digo, él no llevaba guadaña, aunque tenía un peligro infinito.

Por fortuna para mi hermano, Rubén ni siquiera se dio cuenta de lo que había estado a punto de sucederle, ni siquiera fue consciente de que Luc casi termina con su vida de un plumazo, sin quedarle el menor remordimiento.

Capítulo 16



Si atemorizada estaba ya, no digamos cómo me sentí a partir de ese momento. Luc volvió a la fiesta con Matías y me hacía cruces al ver cómo cruzaron la puerta del dormitorio de Rubén, charlando en total normalidad. Incluso Luc se permitió el lujo de bromear con él, cuando acababa de intentar asesinar a su padre.

—Ya ha pasado el susto—me comentó Melani—. Si eres impresionable, será mejor que no pises demasiado esta habitación—me comentó—. Oye, ¿estás bien? Tienes peor color que él—señaló a Rubén, quien parecía estar en otro mundo, totalmente ido, sin hacer el menor aprecio a nuestra conversación.

—Sí, sí que lo estoy, no te preocupes.

—¿Todo va bien entre André y tú, Juliette? Mira que en mí puedes confiar…

—Sí, sí, todo genial, no te preocupes.

—Y entonces, amiga, ¿por qué no te veo feliz? —se atrevió a preguntarme y me sorprendió, ya que tampoco nos conocíamos de tanto tiempo y me estaba tocando un tema bastante delicado.

—¿No me ves feliz? Pues no sé la razón, igual es que yo tampoco soy un cascabelito, no sé.

—Perdóname, pero discrepo…

—¿Por qué me dices eso? No me conoces lo suficiente.

—No, pero en ocasiones te oigo reír. No es que sea una cotilla, no te confundas, pero paso muchas horas en esta habitación con Rubén. Leo mucho, mira todos los libros que tengo en ese rincón—señaló uno en el que había un amplio y cómodo butacón—. Justo lo hago delante del ventanal y escucho cómo te ríes. Lo haces siempre que estás con los niños… y con Matías—murmuró.

—¿Qué quieres decir con eso? Yo no he notado nada al respecto, no sé a dónde quieres llegar.

—Yo solo digo que nunca te escucho reír, ni siquiera esbozar una sonrisa, cuando estás con André. Y, sin embargo, con los demás…

—No vayas por ahí, Melani, te lo pido por favor, no lo hagas—negué con el dedo, nerviosa.

Si llegaba a oídos de Luc que ese tipo de comentarios empezaban a hacerse por la casa, me acusaría de estar pifiándola, y tendría consecuencias. Comencé a temblar y mucho más cuando comenzaba a creerle capaz de cualquier cosa.

—No te pongas nerviosa, por favor. No he pretendido hacer que te sientas mal, yo solo quiero…

Dejé a Melani con la palabra en la boca y me encerré en mi dormitorio, incapaz de volver a la fiesta. Me eché a llorar, porque Luc se estaba convirtiendo en una bestia… En una bestia que me daba muchísimo miedo y cuyos actos eran imprevisibles, pues jamás pude llegar a imaginar que se comportase así.

Si Luc había tratado de acabar con la vida de Rubén, ¿hablaba en serio cuando me amenazaba de muerte a mí? Pues no podía saberlo, pero cuando una persona traspasa ciertas líneas todo es posible y yo no lo podía descartar.

La angustia podía conmigo en esos momentos, pues todo se me había ido de las manos. Me sentí culpable por no haberme apartado de su lado antes de llegar a esa casa, por no haber salido corriendo y abandonarle cuando tuve la ocasión de hacerlo. Ahora ya estaba metida en su misma dinámica, participando de una farsa que me hacía inmensamente desdichada y ayudando a machacar a un hombre al que no consideraba culpable de nada, pues Matías me parecía bueno y honrado, incapaz de robarle a nadie.

Lloré con amargura, con verdadera amargura. Lloré como hacía tiempo que no lloraba, sin consuelo. Lloré así durante un rato, hasta que la puerta del dormitorio se abrió y entró Luc.

—¿Se puede saber qué cojones estás haciendo? —me preguntó en el más déspota y desconsiderado de los tonos.

—¿Y tú? ¿Se puede saber qué estás haciendo tú?

—¿Yo? Yo solo trato de que nos sea devuelto lo que nos robaron, ¿te parece poco, niñata?

—No vuelvas a llamarme niñata porque te tengo en mis manos—me envalentoné.

—¿Qué has dicho? Repítelo si tienes valor, hermanita.

—He dicho que, si me da por hablar, te vas a la cárcel… Si suelto lo que he visto esta tarde…

—Te diría que en ese caso te vienes conmigo porque me las apañaría para incriminarte en todo, pero lo cierto es que no me tomaría tantas molestias—rio y su risa sonó maquiavélica—. Más que nada, porque antes de todo eso t quito de en medio de una vez y para siempre—me amenazó y sonó muy real.

—Eres un malnacido, Luc, lo eres…

—Me da igual lo que pienses, yo solo velo por la familia. Eso sí, vuelve a llamarme así en esta casa y me quedaré solo en el mundo, lamentablemente solo, después de que mi hermanita sufra un desgraciado accidente. Ah, no, que aquí eres mi esposa y me dejarías viudo—ironizó—. Qué lío, ¿no? Venga, déjate de pamplinas y lávate la cara, que los niños van a partir la piñata y quieren verte. Qué felicidad se respira en este hogar, ¿no es contagiosa? Lo digo, más que nada, porque solo de pensar en todo lo que voy a conseguir ya me siento inmensamente feliz. Cuando te hayas quitado todos los churretes, vuelve a maquillarte, ¿o hace falta que te recuerde que eres una mujer recién casada? Lo lógico sería que dieras saltos de alegría y, las cosas como son, o necesito una operación de la vista o muchos saltos no te veo dar.

Estaba chiflado, realmente chiflado. Y el problema no era precisamente pequeño… El problema era como una catedral de grande porque, desde mi punto de vista, ninguno nos encontrábamos a salvo con él en aquella casa. Y solo yo lo sabía. Me iba a volver loca, en eso pensaba mientras me volvía a maquillar y me echaba colirio en los ojos, para salir y demostrarle a Matías que todo iba como la seda en mi matrimonio.

a

—He dicho que, si me da por hablar, te vas a la cárcel… Si suelto lo que he visto esta tarde…

—Te diría que en ese caso te vienes conmigo porque me las apañaría para incriminarte en todo, pero lo cierto es que no me tomaría tantas molestias—rio y su risa sonó maquiavélica—. Más que nada, porque antes de todo eso te quito de en medio de una vez y para siempre—me amenazó y sonó muy real.

—Eres un malnacido, Luc, lo eres…

—Me da igual lo que pienses, yo solo velo por la familia. Eso sí, vuelve a llamarme así en esta casa y me quedaré solo en el mundo, lamentablemente solo, después de que mi hermanita sufra un desgraciado accidente. Ah, no, que aquí eres mi esposa y me dejarías viudo—ironizó—. Qué lío, ¿no? Venga, déjate de pamplinas y lávate la cara, que los niños van a partir la piñata y quieren verte. Qué felicidad se respira en este hogar, ¿no es contagiosa? Lo digo, más que nada, porque solo de pensar en todo lo que voy a conseguir ya me siento inmensamente feliz. Cuando te hayas quitado todos los churretes, vuelve a maquillarte, ¿o hace falta que te recuerde que eres una mujer recién casada? Lo lógico sería que dieras saltos de alegría y, las cosas como son, o necesito una operación de la vista o muchos saltos no te veo dar.

Estaba chiflado, realmente chiflado. Y el problema no era precisamente pequeño… El problema era como una catedral de grande porque, desde mi punto de vista, ninguno nos encontrábamos a salvo con él en aquella casa. Y solo yo lo sabía. Me iba a volver loca, en eso pensaba mientras me volvía a maquillar y me echaba colirio en los ojos, para salir y demostrarle a Matías que todo iba como la seda en mi matrimonio.

Capítulo 17



Cada vez sentía más miedo, un miedo que me dejaba petrificada y que me llevaba a tener pesadillas por las noches, al soñar que Luc trataba de acabar también con mi vida, algo que tenía bastante fundamento, dadas las circunstancias.

Lo peor de todo, lo que más me dolía, era que él me controlaba por completo, ya que al dormir a su lado escuchaba lo acelerado de mi respiración y también el terror con el que me despertaba en varios momentos de la noche.

Era terrible, verdaderamente terrible. Cuando una persona no conoce la compasión se vuelve desalmada, y eso era lo que ocurría con Luc, a quien definitivamente ya no podía considerar mi hermano, sino una bestia cegada por la ira, capaz de llevarse por delante cuanto se tuviese que llevar con tal de salirse con la suya.

—¿Otra vez esos putos terrores nocturnos? —me solía decir en esos momentos en los que yo me despertaba con todo mi cuerpo perlado de una capa de sudor, totalmente atemorizada y con la boca tan seca que apenas podía mover la lengua para contestarle—. A ver si te centras de una puñetera vez, que ya no eres una cría para andar lloriqueando toda la noche. Eres una calamidad, no sé ni cómo he contado contigo para esto cuando sé de sobra que no sirves para nada.

Tenía una botella de agua al lado de mi cama para sofocar esa sed, lo malo era que enseguida volvía, que me consumía en una especie de estado febril que duraba toda la noche, mientras tuviera que compartir ese dormitorio con él.

De buena gana hubiera dormido en el suelo, con tal de distanciarme algo más de aquel animal, pero él no me lo hubiese permitido, en su afán por controlarlo todo, e intentarlo tan solo me habría servido para avivar la polémica como no podría ser de otro modo.

Yo ni contestaba a sus muchas provocaciones, ni lo hacía porque llevaba todas las de perder, de manera que trataba de volver a dormirme lo antes posible, aunque las pesadillas no tardaban en asaltarme nuevamente.

La situación era de pánico total 24/7, porque si de noche me tenía al lado y captaba mi miedo, de día se las ingeniaba para convertirse en mi sombra siempre que no estaba atareado, expectante, vigilante, como si fuera una de esas malditas cámaras que había instalado por toda la casa.

Esa semana, Matías me comentó que tendría que ausentarse un par de días por cuestiones de trabajo, de forma que yo me quedaría al cargo de los niños.

—Me da mucha tranquilidad que así sea, Juliette, tengo claro que no existe una persona más confiable que tú para quedarse con Quique y Samanta.

Por mucho que él pensase que sus palabras me halagaban, lo cierto es que agujereaban mi corazón. Matías me consideraba cien por cien confiable y yo… Yo estaba ayudando a Luc a destrozarle.

—Lo haré lo mejor que pueda, te lo prometo, Matías. Trataré de que te extrañen lo menos posible—le contesté acongojada.

—No hace falta que lo prometas… Estando contigo, así será. Los niños se muestran felices, no paran de hablar de ti. Eres como un torbellino en esta casa, un torbellino alegre que lo asola todo a su paso.

Me resultó curioso su punto de vista. Yo no era consciente de derrochar esa alegría. Incluso le dije a Melani que no era ningún cascabelito, pero ella debía tener razón en que cuando estaba con ellos todo eso cambiaba y daba lo mejor de mí.

Además, hay cosas que no son fáciles de disimular y a mí me fascinaba compartir tiempo con los niños y también siempre que tenía la ocasión, con Matías. A esas alturas, ya tenía claro que el hecho de que mi corazón se desbocase como lo hacía al verle tenía que ver con que, por primera vez en mi vida, me estaba enamorando. Y el problema es que lo hice del único hombre que era para mí el fruto prohibido, del único hombre que me estaba vetado por completo.

Luc derrochó euforia cuando supo que Matías se ausentaría durante un par de días.

—¡Por fin! ¡Ya tardaba en irse ese tío! ¡Se va a cagar, entraré en su ordenador y le liaré una que no sabrá ni por dónde le ha venido! No solo le voy a quitar lo nuestro, sino también todo lo suyo—me anunció y la sangre se me congeló en las venas.

—¿Qué es lo que has dicho? Eso no formaba parte del plan—negué incrédula.

—Hermanita, qué jodidamente ingenua eres, ¿de verdad creíste que no cedería a la tentación? Esto es, imagínate… Estás en el cole y un chico malo te ha robado tu piruleta y, de pronto, tienes acceso a su mochila, en la que está la tuya y otras cuantas más que tiene, al saber cómo las habrá conseguido, ¿no te las llevarías todas?

Yo me empacharía a piruletas. Pues eso mismo pienso hacer. Tengo preparada la forma de que hasta el último euro de ese tipo termine en una bonita cuenta abierta a mi nombre en un paraíso fiscal. Y sí, lo pienso y es el puto paraíso, todo lo es. Supongo que por eso los llaman así…

—No puedes hacer eso, no puedes hacerlo—le dije, pensando en que estaba haciendo una bola enorme de todo aquello, una bola que sembraría la injusticia a su paso, pues Matías tampoco se merecía verse en la indigencia, y así pensaba dejarle Luc.

—¿Y quién me lo impedirá? ¿Tú? —se levantó y se vino hacia mí, desafiante.

—Por favor, por favor te lo pido. Dejemos todo esto, comencemos una nueva vida—le repetí por enésima vez.

—Si supieras, si tuvieras una ligera idea de lo harto que estoy de ti, hermanita, cerrarías la puta boca de una vez y no correrías el riesgo de que te la cerrase yo definitivamente.

Se estaba convirtiendo en una moda. Incluso me había llegado a decir en aquellos días que, si se daba el caso, lo tenía todo previsto y jamás, jamás, nadie daría con mi cadáver.

Yo me empacharía a piruletas. Pues eso mismo pienso hacer. Tengo preparada la forma de que hasta el último euro de ese tipo termine en una bonita cuenta abierta a mi nombre en un paraíso fiscal. Y sí, lo pienso y es el puto paraíso, todo lo es. Supongo que por eso los llaman así…

—No puedes hacer eso, no puedes hacerlo—le dije, pensando en que estaba haciendo una bola enorme de todo aquello, una bola que sembraría la injusticia a su paso, pues Matías tampoco se merecía verse en la indigencia, y así pensaba dejarle Luc.

—¿Y quién me lo impedirá? ¿Tú? —se levantó y se vino hacia mí, desafiante.

—Por favor, por favor te lo pido. Dejemos todo esto, comencemos una nueva vida—le repetí por enésima vez.

—Si supieras, si tuvieras una ligera idea de lo harto que estoy de ti, hermanita, cerrarías la puta boca de una vez y no correrías el riesgo de que te la cerrase yo definitivamente.

Se estaba convirtiendo en una moda. Incluso me había llegado a decir en aquellos días que, si se daba el caso, lo tenía todo previsto y jamás, jamás, nadie daría con mi cadáver.

Capítulo 18



El viernes, Matías se ausentó. Hasta que no le vi irse, no imaginé cuánto le echaría de menos.

Recuerdo esa sensación de despedirme de él, con los dos críos a mi lado, y pensar en lo mucho que deseaba que, antes de meterse en el coche, se volviese para dedicarme una última mirada.

Sí, no me equivoqué. Lo hizo. Él lo hizo y yo supe en ese instante que aquello que sentía era mutuo, solo que él guardaba las distancias, quizás porque había enviudado recientemente o quizás porque yo era, según su información, una mujer casada ¡y con su chófer!

Me volqué en los niños una vez que él se marchó. Darles todo mi cariño y encargarme de ellos me servía para distraerme y, aparte, para pensar que al menos les estaba haciendo algo de bien a aquellas criaturas.

Cuando los acosté por la noche, recibí instrucciones precisas por parte de Luc.

—Ahora te irás al dormitorio del carcamal y le darás cháchara a Melani. No quiero que se mueva de allí hasta que yo salga del despacho de Matías. No sabemos quién es quién en esta casa y, si ella detecta algún movimiento extraño, podría llamarle.

—¿Y no le resultará sospechoso que aparezca por allí justo esta noche cuando nunca lo hago?

—No, si por una puñetera vez en tu vida haces bien las cosas, no. Ve y cuéntale cualquier rollo moñas de chicas, ¿no es eso lo que haces siempre? ¿Acaso crees que no sé que andas cuchicheando por los rincones con ella cada vez que puedes? Pues nada, ve a contarle lo enamorada que estás de tu maridito o cualquier chorrada similar. Espera…

—¿Qué es eso? —le pregunté al ver cómo sacaba una caja del cajón de su mesilla de noche.

—Es una pulsera, para que no se diga. Te la pones y le cuentas que soy un amor, que los ojos te han brillado al verla y…

—Pero esta pulsera cuesta un pastizal, ¿no es así? ¿De dónde lo has sacado? Creía que estábamos tiesos…

—Era de mi madre, así que no te digo nada. Es casi lo único que conservo de ella, de manera que eres mujer muerta si la pierdes, ¿me estás prestando atención o andas alelada como de costumbre?

—Pónmela, por favor. Te ayudaré…

—Claro que lo harás, no te queda otra—rio malicioso.

—No creas, en determinadas circunstancias, hasta la muerte puede resultar una liberación—jugué mis cartas para darle a entender que no temía aquello que pudiese hacerme, cuando lo temía muchísimo—, de forma que voy a ayudarte, pero solo si tú me prometes algo.

—¿Y qué cojones tengo que prometerte yo a ti? ¿Esto de qué va, niñata? ¿Es que estás pensando en hacerme chantaje?

—No es ningún chantaje, es solo favor por favor. Prométeme que no le harás nada malo a Rubén, que no volverás a atentar contra su vida. Quiero pensar que lo del otro día fue un arrebato, pero que tú no eres así—apelé a esa conciencia que no tenía, haciendo mi papel.

—Está bien, está bien. Es cierto que quería llevarme la satisfacción de matarlo con mis propias manos, pero si tan importante es para ti, dejaré que se consuma solo como una vela. Total, para tres días y medio que le quedan—rio de nuevo y de la misma inquietante manera.

No me quedó más remedio que representar mi papel de nuevo y picar la puerta del dormitorio de Rubén, donde Melani me recibió.

—Dichosos los ojos que te ven por aquí a estas horas. Rubén ya duerme, ¿vienes a hacerme un ratito de compañía?

—Sí y a enseñarte esto—le mostré mi muñeca con la pulsera puesta.

—¿Y eso? Si es una joya, qué preciosidad—observó.

—Me la ha regalado André, una sorpresita que me ha dado—disimulé.

—Vaya, pues sí que se lo ha currado…

—Sí, claro que sí.

—Pero ¿vosotros estáis bien? —me preguntó. Cielos, yo no era tan buena actriz como hubiera deseado.

—Sí, sí, divinamente, ¿es que no lo ves? Fíjate en el detalle de la pulsera. No lo esperaba y…

—Ya, lo que sucede es que, en ocasiones, los regalos llegan para…

—Melani, ¿a dónde quieres ir a parar? Estamos recién casados, siempre me sales con unas cosas…

—Perdona, tienes razón. Es que verás, André tiene una mirada que…

—¿Qué le pasa a su mirada? Es un hombre normal, como cualquier otro…

—Vale, vale, tienes razón. Además, que soy una metomentodo y que no debería aguarte la fiesta en un día así, en el que acabas de recibir un regalo tan bonito.

—Ya, pero hay un "pero". Venga, suéltalo, total…

—No, no, déjalo. Igual todo son paranoias mías. Desde luego que se lo ha currado con esta pulsera, es una joyita, como tú—me dio un beso—. Y ahora, una cosa, ¿lo normal no sería que lo estuvieras celebrando con él? Ya me entiendes, ¿no vas a darle un buen agradecimiento? —me guiñó el ojo.

—Si ya se lo he dado, un buen repaso—le dije mientras vomitaba mentalmente—. Y ahora que duerme como un bebé, he decidido venir a ver a mi amiga para que echemos un ratito.

—Ya, y para restregarme por la cara que tienes alguien que te hace unos regalitos que no veas, ¿no? Anda, pillina Ven aquí y cuéntame, que encierra mucho tu cuerpo serrano.

Ella sí que encerraba. Tenía un arte que no se podía aguantar, como dicen los españoles, y allí estuve dándole palique durante un par de interminables horas en las que sudé la gota gorda pensando en que no le diera por salir del dormitorio.

—Sí, claro que sí.

—Pero ¿vosotros estáis bien? —me preguntó. Cielos, yo no era tan buena actriz como hubiera deseado.

—Sí, sí, divinamente, ¿es que no lo ves? Fíjate en el detalle de la pulsera. No lo esperaba y…

—Ya, lo que sucede es que, en ocasiones, los regalos llegan para…

—Melani, ¿a dónde quieres ir a parar? Estamos recién casados, siempre me sales con unas cosas…

—Perdona, tienes razón. Es que verás, André tiene una mirada que…

—¿Qué le pasa a su mirada? Es un hombre normal, como cualquier otro…

—Vale, vale, tienes razón. Además, que soy una metomentodo y que no debería aguarte la fiesta en un día así, en el que acabas de recibir un regalo tan bonito.

—Ya, pero hay un "pero". Venga, suéltalo, total…

—No, no, déjalo. Igual todo son paranoias mías. Desde luego que se lo ha currado con esta pulsera, es una joyita, como tú—me dio un beso—. Y ahora, una cosa, ¿lo normal no sería que lo estuvieras celebrando con él? Ya me entiendes, ¿no vas a darle un buen agradecimiento? —me guiñó el ojo.

—Si ya se lo he dado, un buen repaso—le dije mientras vomitaba mentalmente—. Y ahora que duerme como un bebé, he decidido venir a ver a mi amiga para que echemos un ratito.

—Ya, y para restregarme por la cara que tienes alguien que te hace unos regalitos que no veas, ¿no? Anda, pillina. Ven aquí y cuéntame, que encierra mucho tu cuerpo serrano.

Ella sí que encerraba. Tenía un arte que no se podía aguantar, como dicen los españoles, y allí estuve dándole palique durante un par de interminables horas en las que sudé la gota gorda pensando en que no le diera por salir del dormitorio.

Capítulo 19



Luc me envió un mensaje en el momento en el que salió del despacho de Matías.

—Mi marido, que se ha despertado y no me ha visto en la cama—le indiqué a Melani.

—A ese le ha sabido a poco el repaso de antes, niña, te lo digo yo, quiere más caña de España, por muy francés que sea.

—Venga, bruja, piruja, te dejo…

Ella dormía allí. El dormitorio de Rubén era enorme y cerca del rincón de leer tenía una cama donde se quedaba por las noches, siempre pendiente del hombre. Por lo que me contó, aparte del generoso sueldo, Matías le había ofrecido una cantidad en el momento en el que su padre falleciera, para lo cual no faltaría demasiado, por lo que ella dedicaría unos meses a su exclusivo y minucioso cuidado.

Ese era otro detalle que me gustaba de él. Matías hacía cuanto estaba en su mano para que Rubén se encontrase bien atendido y a menudo entraba a su dormitorio para hacerle largos ratos de compañía, aun a sabiendas de que salía hecho polvo de allí porque su padre era incapaz de reconocerle, algo que le apenaba y le angustiaba.

Llegué a nuestro dormitorio y Luc estaba que se subía por las paredes.

—El muy hijo de la gran puta tiene un sistema de seguridad a prueba de bombas, algo novedoso y reforzado, es la primera jodida vez que lo veo—me confesó con ira.

—¿Y entonces no podrás acceder a él? Igual es una señal de que deberías dejarlo.

—Ya tardaba en salir la poca sangre que llevas dentro, ¿tú siempre te das por vencida a la primera? Ese gilipollas no me ganará la partida. Lo único que necesito es algo más de tiempo, me costará más trabajo, pero terminaré dejándole desplumado por completo. Te juro que se verá mendigando comida para sus hijos, me las pagará todas juntas.

Me estremecía, escucharle hablar así me estremecía por completo. Y más cuando las cosas parecían estar complicándose más por momento que pasaba, y deberíamos quedarnos en la casa una temporada más larga de la inicialmente prevista.

No podía con esa idea. Sabía que de quedarme allí terminaría irremediablemente enamorada de Matías. Necesitaba poner tierra de por medio y no ver con mis propios ojos el daño que les haría a él y a los niños.

Por mi mente comenzó a pasar de nuevo la idea de abandonarle, quizás con más fuerza que nunca. En resumidas cuentas, me dio por pensar que, si no me marchaba de su lado, siempre permanecería bajo su yugo, puesto que él estaba desarrollando una especie de vena sádica y parecía disfrutar muchísimo dominándome. Eso no lo cambiaría el dinero.

Aquella noche no pegué ojo. De entre todas las personas que conocía, en quien más confiaba era en Nicole, la mujer que me había criado como empleada de mi padre, y quien siempre fue para mí como una madre.

En los últimos meses apenas hablé con ella, más allá del intercambio de unos cuantos mensajes de Navidad, porque Luc hizo que me distanciara de ella como del resto del mundo. Para él, cualquiera podría suponer una distracción para mí en un momento de mi vida en el que me necesitaba más despierta que nunca, según me comentó.

A la mañana siguiente, aproveché que Luc charlaba con el mecánico, que vino a echarle un vistazo al coche de Matías que parecía tener un pequeño ruido, y la llamé.

—Hola Nicole, siento mucho no haberte llamado apenas en estos meses. Desde que perdimos nuestra casa, todo fue el caos, ¿cómo te va? —le pregunté.

—Mi niña, mi querida niña… Creí que no me llamarías nunca. Te he echado mucho de menos. Tú no estás bien, ¿me vas a contar qué te pasa? —me preguntó de inmediato porque siempre tuvo una sorprendente habilidad para detectar cualquier problema en mí.

—Es verdad, necesito tu ayuda, no estoy bien. Tampoco sé cuánto tiempo podré hablar, me siento muy vigilada.

—Es Luc, ¿verdad? Él te tiene así, ¿dónde estás?

—En España, en una zona preciosa del Pirineo Aragonés. Te encantaría, Nicole, tiene unos paisajes maravillosos.

—Ya me lo imagino, mi niña, pero tú no me has llamado para hablarme de ellos. Eso ya lo harás cuando nos veamos, ¿qué puedo hacer por ti?

—Tengo que apartarme de Luc, tengo que hacerlo.

—Ya me lo figuro, él nunca fue una buena influencia para ti y, por lo que veo, te ha metido en algún lío, ¿me equivoco?

—No te equivocas en absoluto, querida. Es horrible, todo su afán es…

—Vengarse del hombre que os dejó sin dinero, como si lo viera.

a
—Sabes que estuvo obsesionado desde que eso pasó, totalmente obsesionado. Y ahora estamos en casa de su hijo…

—¿En casa del hijo de ese hombre? Pero eso es una locura, mi niña, ¿cómo ha podido hacer una cosa así?

—Decir que es una locura es quedare muy corta, te lo aseguro. Tengo muchas cosas que contarte, todo me ha ido mal. Luc ha terminado por arrastrarme y estoy en un marrón muy grande, Nicole.

—Llevo toda la vida temiendo que sucediese algo así, mi niña. En el fondo, lo sabía el día que nos separamos y el hecho de tener cada vez menos noticias de ti me decía que algo iba mal. Me siento culpable por no haber podido permanecer a tu lado.

—¿Culpable tú? Nicole, eres la persona que más cariño me ha dado en la vida. Si mi adolescencia, en ausencia de papá siempre que viajaba, no fue un infierno, te lo debo a ti.

—Gracias, pequeña, muchas gracias. Pero al final has llegado al mismo sitio, al mismo infierno, ¿no? Te ha arrastrado con su sed de venganza, Luc lo ha hecho. No voy a consentir que eche tu vida a perder. Antes de eso… antes de eso, cariño, soy capaz de cometer una locura.

—No me digas eso, que me emociono mucho—le dije mientras borraba las lágrimas de mis ojos con la palma de mi mano, sintiendo que volvía a notar el calor humano que Nicole siempre me regaló.

—Es la verdad mi niña, ni harta de copas de un buen vino francés voy a permitir que el desgraciado de Luc eche tu vida a perder.

Ella había sido testigo directo de la vejatoria forma en la que él me trató siempre. Nicole se convirtió en ese hombro en el que siempre pude apoyarme y echar unas lágrimas sin miedo a represalias, pues durante años me demostró ser una tumba y la persona en la que más pude confiar.

—¿Entonces me ayudarás? —le pregunté por lo bajini, como si esa pregunta fuese más confidencial que el resto, como si temiese que Luc pudiese escucharme, algo que no tenía ningún sentido puesto que no se encontraba en la casa en ese momento, aunque no tardaría en volver porque nunca lo hacía.

Mi oportunidad de marcharme la tendría la noche siguiente, cuando se ausentase de nuevo—en esa ocasión un buen rato—, para ir a recoger a Matías al aeropuerto.

Si algo sentía de irme de aquella casa, sería no volver a ver al hombre que ponía mi corazón a echar horas extra con solo mirarme. Tampoco vería más a sus hijos, a los que ya adoraba, pero aquella era una cuestión de vida o muerte y yo tendría que poner mi pellejo a salvo.

—¿Y tú me preguntas si te ayudaré? Daría mi vida si fuese necesario para hacerlo, mi niña. A mi casa de Montpellier te puedes venir, ya lo sabes.

Ella había nacido y crecido allí y, durante los muchos años que trabajó para mi familia, ahorró con el fin de poder comprarse una casita algún día en la que vivir su retiro el día que ya no la necesitáramos. Pese a que en los últimos meses que pasamos en nuestro hogar antes de que nos lo quitasen no le pudimos pagar, permaneció al pie del cañón con nosotros, siempre dispuesta a ayudarnos.

Yo sabía que lo hacía por mí, que por Luc no habría movido un dedo. En realidad, ella me adoraba y veía en mí a la hija que nunca tuvo.

—El problema está en que ese será el primer lugar en el que el indeseable de Luc busque, Nicole.

—¿Y qué? Una vez que estés aquí, lejos de su influencia, me da igual que se plante a buscarte. Yo misma le haré frente y le dejaré bien clarito que estás conmigo y que ni se le ocurra acercarse a ti.

—No va a ser tan sencillo como eso, Nicole. Tengo mucho miedo—le confesé con la voz entrecortada y el llanto me asaltó irremediablemente.

—¿Te tiene amenazada? ¿Ese desalmado te ha amenazado de alguna forma? ¿Por eso le acompañaste hasta allí?

—Ya no te puedo mentir, porque si me vas a ayudar debes tener claro a la clase de persona a la que nos enfrentamos.

—No creo que me vaya a sorprender nada de lo que me cuentes de Luc. Si lo pienso detenidamente, de él me lo puedo esperar todo.

—¿Sí? Pues entonces quizás no te sorprenda tanto saber que me tiene amenazada de muerte, reteniéndome contra

mi voluntad.

—¿Amenazada de muerte? Jesús de mi vida, ¿cómo hemos podido llegar a esto? Hija, no podía imaginar que la cosa estuviese tan fea.

—Pues entonces siéntate, porque hay más…

—¿Más todavía? Va a dar con sus huesos en la cárcel, Luc va a terminar preso, pero yo no voy a consentir que te arrastre con él, puedes tener claro que no.

—Nicole, ha intentado asesinar a Rubén Moguer.

—¿Asesinar al socio de tu padre? Me van a tener que poner una pastilla debajo de la lengua, ¿es que ha perdido por completo el poco juicio que le quedaba? ¿Es que Luc es todavía mucho peor de lo que pensábamos? Qué horror, tengo todos los pelos del cuerpo de punta, mi niña.

—Es un verdadero horror, sí que lo es…. Es lo peor que me podía suceder en la vida y ha ocurrido, Mi hermano es un monstruo, Nicole, un monstruo ciego por la venganza. Estoy aterrorizada, tengo mucho, mucho miedo…

—Ahora lo entiendo todo. Es cierto que, entonces, en mi casa no te podrías quedar de momento porque te buscaría y ocurriría una desgracia. Y lo digo porque antes de que te toque un pelo, soy capaz de llevármelo por delante, pero tengo un sobrino, Pol, el que acaba de volver del Tíbet, ¿lo recuerdas?

—Sí, el perroflauta, como tú le llamabas, ¿no?

—Ese mismo y se ha instalado en una casita de montaña, perdida de la mano de Dios, a unos 50 kilómetros de mi casa. Creo que no existe un lugar en el mundo en el puedas estar más segura. Ni siquiera está empadronado allí todavía, Luc no tendrá manera de dar con vosotros.

—Pero yo no me puedo meter en casa de tu sobrino por toda la cara, Nicole, ¿qué va a pensar de mí?

—Que eres la niña de mis ojos, algo que ya sabe porque siempre le hablé de ti. Tú eso déjalo de mi mano, ¿cómo podrías llegar hasta aquí?

—No lo sé, en autobús supongo…

—De eso nada. Yo iré a recogerte en coche, será mucho más seguro. Cuando Luc se percate de que te has marchado, buscará por todas las estaciones y demás, pero nosotras ya estaremos huyendo por carretera y no dará contigo. Dime cuándo voy a recogerte.

—Podría escaparme mañana por la noche, cuando él vaya a por Matías al aeropuerto. Dejaría a los niños con alguien del servicio y fingiría meterme en mi dormitorio como si estuviese indispuesta. Entonces me largaría.

—Mándame la ubicación de ese lugar y me tendrás allí como un clavo. Cariño, quiero que sepas que no estás sola y que me has hecho muy feliz al volver a meterme en tu vida.

—De volver a meterte en líos, dirás…

—Que me aspen si me importan esos líos. Yo solo necesito que estés bien, he sufrido tanto por ti estos meses, mi niña…

a

—Podría escaparme mañana por la noche, cuando él vaya a por Matías al aeropuerto. Dejaría a los niños con alguien del servicio y fingiría meterme en mi dormitorio como si estuviese indispuesta. Entonces me largaría.

—Mándame la ubicación de ese lugar y me tendrás allí como un clavo. Cariño, quiero que sepas que no estás sola y que me has hecho muy feliz al volver a meterme en tu vida.

—De volver a meterte en líos, dirás…

—Que me aspen si me importan esos líos. Yo solo necesito que estés bien, he sufrido tanto por ti estos meses, mi niña…

Capítulo 20



Temblaba como un flan. Solo de pensar en que algo pudiera salir mal y Luc terminase por encontrarme entraba en pánico. No obstante, no podía permitir que el miedo me impidiese dar pasos adelante, eso nunca lo haría.

Aquella noche, de nuevo me envió al dormitorio de Rubén a hacerle compañía a Melani, mientras él volvía a campar a sus anchas por el despacho de Matías, entrando en su ordenador.

Horrible, me resultó horrible la sensación de volver a mentirle a aquella chica a quien cabía la posibilidad de que nunca volviese a ver, puesto que aquella sería mi última noche en la casa, pero a la que me unía una sincera y bonita amistad.

Al menos, me sentía orgullosa de que Rubén siguiese con vida, porque le había hecho prometérmelo a Luc y él ya era consciente de que un paso en falso en ese sentido podría hacerme explotar, imposible tensar tanto la cuerda.

Piqué la puerta del dormitorio y ella me abrió con cara de preocupación.

—¿Qué te pasa, bonita, no estás bien? —le pregunté.

—Quien no lo está es Rubén, le noto muy inquieto, es como si quisiera decirme algo.

—¿Decirte algo? Pero si él ya apenas se comunica, ¿no?

—Cierto, salvo algunas veces que le viene un poco de lucidez a su mente y entonces sí que habla. No hace mucho me estuvo contando cosas de su niñez, de cuando se casó, de cuando nació su hijo…

—Ya ves, pobre…

Yo no era capaz de guardarle rencor a aquel hombre, pese a que nos hubiese robado. El dinero no lo es todo en la vida, lo peor fue que mi padre no lo resistió y su corazón terminó por petar. Pese a todo, le veía tan desvalido que

se me representaba que todo lo malo que hizo fuese en otra vida.

Nosotros no llegamos a conocer a Rubén cuando estuvo en tratos con mi padre. Solo ellos mantuvieron la relación profesional, al margen de sus hijos, por lo que Matías tampoco conoció a mi padre.

En fin, que me senté al lado de Melani, y ella resoplaba.

—Míralo, otra vez quiere hablar, ¿qué te pasa, Rubén? Ay, vaya nochecita que me estás dando. Que sí, hombre, que sí… Que ya sé que es sábado, pero que tú no estás para juergas, tienes que descansar—le decía ella con su habitual sentido del humor.

—No, no quiero juergas, quiero contarte la verdad para que se la digas a mi hijo—pronunció alto y claro en un momento dado.

Me quedé inmóvil al no saber qué podría haber recordado, ¿sería el intento de asesinato por parte de Luc? Eso podría ponernos a ambos en la punta de la picota, porque si se descubría yo no tendría tiempo para huir, ya que nuestra identidad sería descubierta por las autoridades y ambos acabaríamos en la cárcel.

Mi idea era otra: yo huiría y, una vez a salvo, delataría a Luc, explicando que me vi forzada a seguirle en toda aquella locura, Pero, para eso, debía marcharme de allí, debía mirar por mí.

—¿Y qué quieres que le diga a tu hijo, alma de cántaro? Si ya te he dicho que no está aquí, ¿quieres que te ponga un poco de esa musiquita que tanto te gusta? La de Frank Sinatra, y hasta te bailo si te portas bien. Mira, también ella te bailará—me señaló, risueña como era.

—¿Yo? No, no, qué corte—le indiqué.

—¿Corte? Ni que estuviésemos en un concurso de la tele.

—No quiero bailes esta noche, muchacha—carraspeó él.

—Pues sí que está mala la cosa—resopló ella.

—Quiero que le digas a mi hijo que ese hombre es malo, lo es… Y que está en peligro—le confesó y yo supe que definitivamente, estaba perdida.

—¿Qué hombre, Rubén? Si aquí no hay ningún hombre. Mira, solo estamos Juliette y yo, ¿tú te has fijado en lo mona que es esta muchacha? No te quejarás, ¿eh? ¿Te has visto tú en muchas noches de sábado así de bien acompañado? Porque no es por nada, pero somos dos cañones.

Ella tenía mucha gracia y sabía perfectamente cómo manejarlo, pero esa noche él no estaba por la labor de dejarse manejar. Rubén no presentaba un buen aspecto. Realmente no lo presentaba nunca, al encontrarse muy enfermo, si bien en esa ocasión su gesto parecía totalmente descompuesto.

—Ese hombre, el hombre malo—balbuceaba él, insistente—. El hombre que intentó hacerme daño.

Por suerte para mí, Melani no tenía cabos de los que tirar para llegar a atarlos, al no poder sospechar nada malo de Luc y, en cuanto a Rubén, era incapaz de dar más datos sobre el supuesto hombre.

—Cálmate, aquí no hay hombres malos, ¿vale? Si estás en el mejor sitio del mundo, ¿no ves que esta es tu casa? ¿Qué clase de hombre entraría en esta casa para hacerte daño? Venga, si no quieres juerga, será mejor que descanses un poco. Mañana te afeitaré y te pondré guapo para que salgas un poquito fuera a que te dé el aire, ¿vale? O se te pondrá muy mal color y no ligarás.

—Yo no quiero ligar, solo quiero decirle a mi hijo que tenga cuidado, ¡él intentó hacerme daño! — chilló.

—Vale, vale, pues no te preocupes que te prometo que se lo diré a tu hijo. Matías no consentirá que nadie te haga daño. Si hace falta, te pone dos gorilas de discoteca en la puerta del dormitorio, fíjate lo que te digo. No, si al final me voy yo a recrear la vista a costa tuya. Venga, tranquilízate…

De pronto, Rubén volvió a su estado de ensimismamiento habitual y se calló.

—Se me rompe el corazón cuando pasan cosas como esta. Su cabeza ya no rige—negaba ella—. Pobre hombre, no sabe lo que dice.

Ella tenía mucha gracia y sabía perfectamente cómo manejarlo, pero esa noche él no estaba por la labor de dejarse manejar. Rubén no presentaba un buen aspecto. Realmente no lo presentaba nunca, al encontrarse muy enfermo, si bien en esa ocasión su gesto parecía totalmente descompuesto.

—Ese hombre, el hombre malo—balbuceaba él, insistente—. El hombre que intentó hacerme daño.

Por suerte para mí, Melani no tenía cabos de los que tirar para llegar a atarlos, al no poder sospechar nada malo de Luc y, en cuanto a Rubén, era incapaz de dar más datos sobre el supuesto hombre.

—Cálmate, aquí no hay hombres malos, ¿vale? Si estás en el mejor sitio del mundo, ¿no ves que esta es tu casa? ¿Qué clase de hombre entraría en esta casa para hacerte daño? Venga, si no quieres juerga, será mejor que descanses un poco. Mañana te afeitaré y te pondré guapo para que salgas un poquito fuera a que te dé el aire, ¿vale? O se te pondrá muy mal color y no ligarás.

—Yo no quiero ligar, solo quiero decirle a mi hijo que tenga cuidado, ¡él intentó hacerme daño! — chilló.

—Vale, vale, pues no te preocupes que te prometo que se lo diré a tu hijo. Matías no consentirá que nadie te haga daño. Si hace falta, te pone dos gorilas de discoteca en la puerta del dormitorio, fíjate lo que te digo. No, si al final me voy yo a recrear la vista a costa tuya. Venga, tranquilízate…

De pronto, Rubén volvió a su estado de ensimismamiento habitual y se calló.

—Se me rompe el corazón cuando pasan cosas como esta. Su cabeza ya no rige—negaba ella—. Pobre hombre, no sabe lo que dice.

Capítulo 21



Volví a mi dormitorio un rato después. Para no seguir siempre la misma dinámica y no despertar sospechas, Luc esa noche no me envió un mensaje de que había salido del despacho de Matías, sino que encendió la luz de la cocina, trasteando en ella y haciendo algo de ruido, como habíamos quedado.

—Me voy, preciosa. Espero que la noche te sea leve y este hombre no se despierte de nuevo delirando, porque el pobre debe sufrir mucho.

—Eso espero, que no me dé una noche toledana.

Luc ya estaba en el dormitorio cuando llegué, mirándome con cajas destempladas.

—Dichosos los ojos que te ven, creí que te quedarías de cháchara toda la noche con tu amiguita.

—Me estaba despidiendo de ella. No puedo salir corriendo cuando te viene en gana, se daría cuenta de que la nuestra no es una relación idílica—arremetí con ironía.

—Ya, de que me tienes miedo, ¿no? Pues haces bien en tenérmelo, te lo aseguro—me dijo con tanta frialdad que no lo dudé.

No le dije nada de lo que ocurrió con Rubén. No se me hubiera ocurrido porque, si llega a pensar que pudiera delatarle, lo mismo el hombre no pasaba de esa noche, por lo que me lo callé por completo.

—¿Qué te pasa? —me preguntó unos minutos después, cuando ya me había metido en la cama y él seguía dando vueltas por la habitación, como un león enjaulado.

—Nada, no me pasa nada.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Esa zorra de Melani te ha dicho algo contra mí?

—¿Siempre tienes que ser el ombligo del mundo, Luc? Cállate ya, por favor, nadie ha hablado de ti.

—Ni que yo me entere. Me voy a servir una copita…

Una detrás de otra, pensé yo, y desde luego que no me equivoqué. Temí que, al beber, se pusiera aún más violento de lo normal, aunque es obvio que no pude hacer nada por detenerle.

Tampoco me equivoqué en eso, porque bebió como un cosaco, soltando perlas por la boca.

—El muy hijo de la gran puta cree tenerlo todo muy bien atado. Me muero por ver ya su cara de idiota cuando se dé cuenta de que su jodida cuenta está a cero. Va a tomar de su propia medicina, no le voy a dejar ni unos céntimos para las aspirinas que necesitará, porque la cabeza le va a doler tela. Le voy a joder la vida, va a saber lo que…

Pensé en ponerme tapones para los oídos para no seguir escuchando su cantinela, puesto que no había quien le aguantase cuando se ponía así, y entonces recordé que la última vez que lo hice me formó un número espectacular diciéndome que era una zorra que solo quería evadirme de los problemas y blablablá. Por esa razón, traté de echarme a dormir y lo logré…

Miré el despertador cuando escuché aquel ruido procedente del piso de arriba. Sin duda, eran voces. Luc se había quedado dormido en la silla, con la botella de whisky vacía a sus pies, y con el vaso encima de la pequeña mesa que teníamos en el dormitorio.

Lo vi al encender la linterna de mi móvil, puesto que no quise prender la luz del techo por si, efectivamente, dormía ya. De puntillas para que no me escuchase, salí de mi dormitorio, entrando en los de los niños, que dormían como benditos.

Viendo que ellos estaban bien, me dirigí hacia el de Rubén, donde no lo estaban igual.

—Voy a llamar a un médico, se asfixia, ayúdame—me decía Melani, desesperada.

—Claro, y ya voy llamando yo…

—Ese hombre, el hombre malo sí que quiso asfixiarme—balbuceó él y me morí de miedo, porque era obvio que los recuerdos sobre aquella tarde volvían puntualmente a su mente, y cada vez daba más datos. Pronto diría de quién se trataba y los demás podrían sospechar que había verdad en sus palabras.

—Nadie trata de asfixiarte, Rubén. Por favor, tranquilízate y respira conmigo—le cogió Melani las manos.

—No hasta que me escuches. Fue él, él quiso matarme, ¿por qué no me crees? Sé que a veces no me acuerdo de las cosas, pero ahora sí, escúchame—le decía faltándole el oxígeno.

—Vale, vale, te creo, pero ahora cálmate, ¿vale? La ambulancia va a llegar enseguida, ya la hemos llamado.

—No quiero ir a un hospital, quiero morir en mi casa.

—¿Qué dices de morirte? Aquí no se muere nadie, que yo no habré salido a bailar, pero tampoco pienso consentirte que me des así la noche, ¿me oyes, Rubencito? —le decía ella, con todo lo salada que era.

Vi la muerte en los ojos de Rubén. No sabría decir cómo es esa sensación, pero cuando te topas de frente con la señora de negro, algo te dice que ya se encuentra allí y que no piensa marcharse hasta que no se lleve a aquel al que le ha llegado la hora.

—Este hombre está muy mal, Melani—le dije por lo bajini, presa del pánico.

—Lo sé, le estoy conectando el oxígeno. Ay, por Dios, espero que no se nos vaya hoy, que no está su hijo—me decía ella igualmente por lo bajini mientras lo iba preparando todo.

—Tengo que decirte una cosa, Melani, tengo que decírtela—la cogió él por la muñeca.

—Lo que tú quieras, pero primero debes dejarme trabajar, Rubén, cariño—le contestaba ella con paciencia.

—Es que yo no tengo mucho tiempo y no quiero irme sin que mi hijo sepa que ese hombre…

Me sentí morir porque iba a dar más datos, pero la muerte no había venido por mí, sino por él, y cumplió su cometido.

—Deja ya a ese hombre, Rubén, aquí no hay ningún hombre…

—Sí, hay un hombre, es ese hombre, el que...

Melani le puso el oxígeno en ese momento, pero él comenzó a sentirse cada vez más fatigado y, a punto de revela más datos sobre esa maligna presencia que había en la casa, la muerte le cogió de la mano y Rubén quedó allí, inerte sobre su cama, con los ojos abiertos y un brutal interés en que ella supiera que su familia estaba en peligro.

r

Capítulo 22



Yo misma tuve que llamar a Matías, porque Melani, muy afectada por el cariño que ya le unía a Rubén, no podía dejar de llorar, con el equipo médico ya certificando que se había ido para siempre.

La voz de Matías sonó grave al atender mi llamada de madrugada, entendiendo que aquello que tuviera que decirle no lo sería menos.

—Matías, es… Lo siento mucho, es…

—¿Mi padre? ¿Le ha ocurrido algo? —preguntó con la misma gravedad en la voz.

—Ya ha descansado, lo siento.

—En unas horas estoy allí, Juliette. Y… muchas gracias.

—No hay que darlas, solo he sido portadora de las peores noticias. Ojalá no hubiese tenido que hacerlo—le confesé.

—Eres una persona extraordinaria, sí hay que darlas—me respondió.

En el poco tiempo que llevaba fuera de casa, me había llamado varias veces para saber de los niños, aunque algo en mi interior me decía que deseaba escuchar mi voz tanto como yo escuchar la suya.

Matías sentía por mí, yo así lo percibía mientras también sentía por él, y maldije la circunstancia de que justo me quedasen solo unas horas para huir de la casa, teniéndole que dejar en uno de los días más tristes de su vida, esa vida que le asestaba fuertes golpes, al llevarse a su padre poco después que a su esposa.

Los niños, por fortuna, no se enteraron de nada y continuaron durmiendo toda la noche… Una noche que se hizo tremendamente larga y en la que Luc sí que se despertó, subiendo al dormitorio de Rubén, tras escuchar el ruido

de la ambulancia al marcharse, pues hubo un pequeño percance y el conductor golpeó un macetero de piedra que terminó por caerse al suelo y partirse.

Me sentí muy avergonzada al verle entrar bebido en el dormitorio. A Melani tampoco se le fue por alto esa circunstancia, por supuesto que no.

—¿Está? ¿Está muerto? —me preguntó y ella, ofendida por su estado, se dio la vuelta, como no queriendo mirarle.

Suerte tuve de que lo hiciera así, ya que no vio la sonrisa que apareció en su cara cuando le confirmé que así era.

—Deberías ir a acostarte, Luc, yo me quedaré con Melani.

—No, no, me quedo un ratito más con vosotras—me decía feliz mientras le miraba, ¿en qué momento una persona se convierte en una bestia? ¿O se nace ya así y esa naturaleza se va dejando ver con los años?

—Será mejor que te vayas a la cama, hazme caso—le dije tomándole del brazo y, al ver la seriedad de mi rostro, por una vez me hizo caso.

Me lo llevé a nuestro dormitorio, donde dio rienda suelta a su sibilina lengua.

—¡Que se joda! ¡Por fin palmó el viejo! ¡Hoy empieza a hacerse justicia! ¿Ha sufrido? Dame el gusto, dime que ha sufrido…

—Yo solo digo que el karma no se queda con nada de nadie, así que no te alegres tanto. Y ahora, acuéstate y no vuelvas a salir, no te conviene que te vean en este estado—le decía yo.

—¿En qué estado? Si estoy de puta madre. De hecho, me voy a tomar otra copita para celebrarlo.

—Más bien deberías dejarte de copas y tratar de descansar. Matías llega en el primer vuelo de la mañana y tienes que ir a recogerle.

—¡Joder! ¿Ya te has dado patadas en el culo para llamarle? Bien se nota que no puedes estar sin él… Qué zorra eres, eso no lo esperaba de ti, que estuvieras tan caliente y…

—Aquí lo único que hay caliente es tu pico, el cual deberías cerrar ya de una vez, ¿no te parece motivo suficiente para haberle llamado? Su padre acaba de fallecer.

—Y yo que me alegro, ¡sabes si lo enterrarán aquí? En los terrenos de la casa… Como tú lo sabes todo porque

eres una santurrona y todos confían en ti, pues eso…

—Y yo qué sé dónde lo enterrarán, qué más te da.

—No, no me da igual, ¿y sabes por qué? Porque si lo entierran aquí al ladito, podré ir a cada momento a bailar sobre su tumba, por eso.

Me daba pánico. No le respondí nada porque veía que estaba deseando enzarzarse conmigo y porque contaba con la satisfacción de que en unas horas me habría librado de él.

Iría a por todas. Una vez fuera de las garras de Luc no me dolerían prendas a la hora de confesarle a las autoridades todas sus fechorías para que le encerraran el tiempo suficiente de poder reflexionar, a ver si así entendía que la vida no va de venganzas tomadas por la propia mano ni de intentos de asesinato.

a

En fin, que ayudé a Melani, una vez le dejé a él en la cama durmiendo la mona, a adecentar a Rubén para que cuando Matías llegase le encontrase con el mejor aspecto posible.

Ella lloraba sin cesar. Era evidente que le había tomado mucho afecto.

—Déjame a mí, cariño, que tú estás muy mal—le decía.

—Y tú eres muy niña para verte en una de estas… Vete y descansa con tu marido, que, por cierto…

—Bebe de vez en cuando, solo de vez en cuando—le excusé.

—Pues ya estás viendo que vida solo hay una, Juliette, y que se esfuma de un momento para otro—señaló a Rubén—. Deberías revisar cómo quieres vivir la tuya.

—No hables de esto con nadie, ¿vale? Por favor te lo pido.

—Solo si tú me prometes que te replantearás las cosas. Eres muy joven y, si has dado un mal paso en la vida…

—¿Qué le ponemos? De ropa, digo—le pregunté cambiando el tercio.

—Él quería enterrarse con uno de sus trajes negros, me lo dijo una vez. Hablábamos de todo, qué penita me da.

—Ya lo sé, cielo, ya lo sé. Voy a coger ese traje y, después, prepararé tila para las dos.

Capítulo 23



Se trató de una madrugada muy difícil y de un amanecer que lo fue más aún, puesto que no nos dimos cuenta de que Quique y Samanta se habían despertado y, de golpe, entraron en el dormitorio de su abuelo, y se lo encontraron de cuerpo presente, inerte sobre la cama.

En su inocencia, Samanta le miró arqueando una ceja.

—¿Va a una boda? ¿El abuelito va a una? Porque se ha puesto uno de sus mejores trajes, pero no se mueve— preguntaba confusa.

—No va a ninguna boda, está muerto—le señaló su hermano mayor, quien lo entendió así por el contexto y porque su abuelo yacía con los ojos cerrados sin ningún signo de vida.

Me dio una penita enorme, lo mismo que a Melani, porque no nos correspondía a nosotras darles la noticia, pero es que entraron de un modo tan súbito en el dormitorio que no pudimos evitarlo.

—Se ha ido al cielo, niños. Lo siento mucho, pero el abuelito se ha ido al cielo—les comenté mientras Melani, a duras penas, podía contener las lágrimas para no convertir la escena en otra más dramática.

Samanta me miró y, tras mantener el tipo durante unos segundos, terminó por echarse a llorar a mares, mientras Quique la seguía.

Se me partió el alma al verlos así, porque el fallecimiento de su madre también estaba muy reciente y resultaba muy injusto que tuvieran que sufrir otra pérdida tan seguida y dolorosa.

Como pudimos, comenzamos ambas a consolarlos, y yo solo podía contar las pocas horas que faltaban para que su padre llegase y pudiera estar con ellos, pues también fue mala pata que todo aquello le pillase fuera.

A la hora convenida, llamé a Luc, quien abrió un ojo, después de haber dormido a pierna suelta, feliz por lo que allí acababa de suceder.

—Luc, es la hora, ¿estás en condiciones de ir a por Matías? Si no es así, puedo hacerlo yo. Le digo que te encuentras indispuesto y punto, no he de dar más explicaciones.

—¿Ya ardes por verle? ¿Es eso? ¿No puedes aguantarte las ganas, zorra? —blasfemó nada más abrir un ojo. Los insultos se habían convertido en una constante en mi vida, ya no me cogían de sorpresa, desde luego que no.

—Los tiros no van por ahí, solo lo decía por si no te encuentras bien y prefieres que vaya yo—le comenté sin querer buscar más gresca. No me atrevía y, además, para el tiempo que me quedaba allí…

—¿Cuándo he dejado yo de cumplir con mis obligaciones? Dime, ¿cuándo? ¿Acaso te faltó un plato de comida que llevarte a la boca cuando el maldito viejo nos lo birló todo? No, ¿verdad? Yo me ocupé de que comieras, vistieras y estudiaras… Me lo debes todo, hermanita, me lo debes todo—me recordaba en el más amenazante de los tonos.

Se afeitó, se adecentó y logró que pareciera que estaba más fresco que una lechuga. Si yo me hubiese pimplado todo lo que él la noche anterior, me habrían tenido que ingresar, pero Luc estaba acostumbrado a que se le fuese la mano con la botella.

En fin, que se marchó a por Matías y me dejó en la gloria, porque cada momento que pasaba a su lado se convertía a aquellas alturas en un suplicio.

Entré en la cocina y los niños estaban sentados allí. La cocinera insistía en que debían desayunar y ellos, muy tristes, le contestaban que no podían.

—Pues si no podéis, tendréis que hacer un poder—les repetí yo esa frase que me decía mi madre cuando era pequeñita.

—Pero es que el abuelito se ha ido y ya no le veremos más—me respondió Samanta, con los ojos llenos de lágrimas.

—Sí, y era el mejor abuelito del mundo—prosiguió su hermano, derramando también un buen puñado de lágrimas.

Si algo estaba claro, era que Rubén había dado la talla como padre y abuelo, porque los suyos le adoraban. Ese hombre habría cometido sus equivocaciones, pero sin duda que amaba a los suyos.

—Me alegro de que fuese así, porque entonces os ha dejado el mejor regalo del mundo: un montón enorme de recuerdos preciosos que ahora se convertirán en vuestro tesoro—les consolé.

—Pero yo no quiero recuerdos, lo que quiero es que la gente a la que queremos no se vaya al cielo, como mamá o el abuelito—argumentó la niña.

—Cariño, no podemos mandar en eso, nunca podremos hacerlo, pero sí en la forma en la que gestionemos su marcha. Es normal que os sintáis muy tristes y tenéis derecho a derramar un río de lágrimas. Pero también quiero que sepáis que el dolor irá a menos y siempre le recordaréis como el mejor abuelo, ¿no es eso lo que pensáis?

—Es verdad, como pasó con mamá—me contestó Quique, tratando de controlar las suyas.

—¿Tú has perdido a algún ser querido? —me preguntó Samanta.

Iba a decirle que a mi padre cuando recordé que Luc me prohibió revelar cualquier dato real sobre nuestras vidas, por lo que en su momento le comenté a Matías que mi padre vivía.

—A alguno, cariño, a alguno—le respondí sin especificar mientras les convencía para que tomaran al menos un vaso de leche con una de esas magdalenas caseras que hacían en esa misma cocina y que sabían de impresión.

Me hicieron caso y desayunaron. Mi presencia, como decía Matías, comenzaba a ser importante para los niños, y yo lamentaba lo que no está escrito tenerlos que abandonar, pero lo haría por el bien de todos, para poder delatar a Luc y que nadie en la casa corriera peligro.

Todo lo hacía por ellos y, no voy a negarlo, por mí. Estaba comenzando a despertar de un largo letargo en el que cumplí a pies juntillas las órdenes de un vengativo desquiciado que, si algo me estaba demostrando, era estar fuera de sus casillas.

—Pero yo no quiero recuerdos, lo que quiero es que la gente a la que queremos no se vaya al cielo, como mamá o el abuelito—argumentó la niña.

—Cariño, no podemos mandar en eso, nunca podremos hacerlo, pero sí en la forma en la que gestionemos su marcha. Es normal que os sintáis muy tristes y tenéis derecho a derramar un río de lágrimas. Pero también quiero que sepáis que el dolor irá a menos y siempre le recordaréis como el mejor abuelo, ¿no es eso lo que pensáis?

—Es verdad, como pasó con mamá—me contestó Quique, tratando de controlar las suyas.

—¿Tú has perdido a algún ser querido? —me preguntó Samanta.

Iba a decirle que a mi padre cuando recordé que Luc me prohibió revelar cualquier dato real sobre nuestras vidas, por lo que en su momento le comenté a Matías que mi padre vivía.

—A alguno, cariño, a alguno—le respondí sin especificar mientras les convencía para que tomaran al menos un vaso de leche con una de esas magdalenas caseras que hacían en esa misma cocina y que sabían de impresión.

Me hicieron caso y desayunaron. Mi presencia, como decía Matías, comenzaba a ser importante para los niños, y yo lamentaba lo que no está escrito tenerlos que abandonar, pero lo haría por el bien de todos, para poder delatar a Luc y que nadie en la casa corriera peligro.

Todo lo hacía por ellos y, no voy a negarlo, por mí. Estaba comenzando a despertar de un largo letargo en el que cumplí a pies juntillas las órdenes de un vengativo desquiciado que, si algo me estaba demostrando, era estar fuera de sus casillas.

Capítulo 24



Matías llegó un rato después con Luc. Su rostro desencajado indicaba a las claras el mal trance por el que estaba pasando.

Me acerqué a darle el pésame y no pudo evitar darme un abrazo. Luc estaba aparcando el coche y él aprovechó para alargarlo un poco.

—Lo siento, lo siento muchísimo—le dije mientras le acompañaba hacia las escaleras.

—Gracias, lo sé. Solo dime una cosa, ¿sufrió? —me preguntó y en ese momento apareció Melani, quien se había quedado arriba como velando el cadáver, pero que le escuchó llegar.

—Matías, lo siento mucho—le abrazó también—. El fatal desenlace fue muy rápido, apenas tuvo tiempo de enterarse de nada, se fue entre delirios—le contó.

—¿Entre delirios? ¿De nuevo creyó ver a mi abuela? Pobre papá—murmuró.

—No, hablaba de… En fin, no viene al caso, pues carecía por completo de sentido.
—Dime, dime, por favor—le pidió.

—Hablaba de un hombre malo, quería como alertarte de una presencia que os podría hacer daño, refirió que se lo quiso hacer a él, que pretendió asfixiarle—relató y un escalofrío me recorrió por completo.

—Pobre papá, obvio que se le fue la cabeza del todo.

—Así es—asintió ella.

Pronto Matías comprendería que no fue así, pero de momento yo me limité a sellar mis labios y a acompañarle a la puerta del dormitorio, en el que entró solo.

Le escuché llorar largo rato mientras entretenía a los críos para que estuvieran lo más ajenos posibles al sufrimiento de su padre, el cual, cuando salió del dormitorio, se reencontró con ellos.

—¿Cómo estáis, mis niños? —les preguntó, cogiendo a cada uno con un brazo.

—Tristes, papá—le contestó Samanta—, porque el abuelito se ha ido sin despedirse de nosotros, ¿por qué hizo eso? —le preguntó.

—Porque a él no le gustaban las despedidas, eso ya lo sabéis, ¿verdad?

—Sí, menos mal que estaba aquí Juliette, si hasta nos hizo desayunar magdalenas—le contó la cría.

—Sí, nos dijo cosas muy bonitas para que no estuviésemos tan tristes—añadió su hermano.

—Te las puede decir a ti también—opinó la niña.

Me miró y vi gratitud en su mirada, una enorme gratitud con la que deseaba obsequiarme sin saber que yo no era merecedora de ella, porque así lo veía.

—De nuevo debo darte las gracias, no sé lo que haría sin ti—me comentó.

—No hay que darlas, no hay que darlas…

Hasta ese momento no caí en la cuenta de que mi plan de fuga se había complicado en el sentido de que Luc ya no tendría que salir esa noche a recogerle al aeropuerto. Con él en la casa, todo sería más difícil, pues darle esquinazo no era precisamente como coser y cantar, siempre vigilante como estaba. Y más ese día, en el que no me quitaba ojo de encima comprobando en todo momento cuáles eran mis gestos hacia Matías y viceversa.

¿Cómo iba a hacerlo? Me las vería y me las desearía para salir de la casa sin que él se diese cuenta.

Los temores comenzaron a asaltarme y ni siquiera me atrevía a llamar a Nicole, a quien ya le envié la ubicación para venir a socorrerme, por si él me sorprendía hablando con alguien y me quitaba el móvil, que sus costumbres eran cada vez más feas. No tuve el valor de mover un dedo, puesto que entonces podría poner a Nicole en peligro, en más peligro todavía del que ya estaba corriendo por el simple hecho de poder ayudarme.

Me puse a temblar por completo. Me daba verdadero terror que Luc pudiera descubrirme, que llegase el momento y no pudiera salir de la casa, que Nicole se quedase esperándome sin saber a qué carta quedar, aterrorizada pensando que él me hubiese hecho algo.

Todos esos pensamientos me hacían parecer alelada y los demás lo advirtieron, aunque yo me excusé en que las muertes me afectaban muchísimo.

—Esta noche comenzarán a llegar algunos familiares a la casa—me comentó Matías y eso fue lo único que me calmó un poco.

—¿Familiares? ¿Se alojarán aquí? Tendremos que prepararlo todo—le comenté.

—Si pudieras ayudar al personal de la casa con eso, te estaría inmensamente agradecido. Yo no estoy para esas cosas. Incluso le comentaré a Luc que será una noche movidita, pues tendrá que ir a recoger a varios de ellos al aeropuerto, dile por favor que lo tenga en cuenta—me encargó.

—Por supuesto que sí, ahora mismo.

Vi el cielo abierto, como se suele decir, puesto que eso equivalía a que yo podría esfumarme sin levantar sus sospechas. Por lo menos, una buena noticia en medio de todo el caos de un día que me estaba resultando especialmente difícil al ver a Matías arrastrando esa enorme tristeza que solo parecía írsele un poco en esos momentos en los que hablaba conmigo y el rostro se le iluminaba.

Hablé con Luc, quien seguía alegre como unas castañuelas.

—Sin ningún problema, si vienen para enterrar al viejo, como si tengo que estar toda la noche dando vueltas como un volador, encantado de la vida—me dijo con su típica maldad reconcentrada.

No sabía que en el pecado llevaría la penitencia, pues en una de esas vueltas que diera me perdería para siempre. Nada me hacía más feliz que pensar en escapar de sus garras. El resto ya se vería.

Durante la tarde, Matías reclamó mi presencia varias veces, la mayoría de las cuales, para cosas sin demasiado sentido, lo cual me hacía sentir bien, puesto que estaba claro que le reconfortaba tenerme cerca. Sus ojos me decían todo aquello que su boca tenía que callar por respeto a una mujer supuestamente casada.

Pese a lo terrible de las circunstancias, que yo sí que lamentaba con todo mi corazón, disfruté en esas últimas horas de su compañía, de sus confidencias y de ese tiempo que quiso compartir conmigo en un rato en el que yo pensaba en Nicole, en mi huida y en que todo ese sinsentido estaba a punto de terminar.

En cuanto estuviese a salvo, en cuanto tuviese la oportunidad, le denunciaría ante las autoridades y me refugiaría en el escondite de montaña de Pol para que, si Luc escapaba de la policía, no me encontrase.

En cuanto a los Moguer, no temí que les hiciese nada malo al irme, ya que Luc estaría demasiado atareado buscándome como para ajustarles las cuentas a ellos al mismo tiempo.

›

En cuanto a los Moguer, no temí que les hiciese nada malo al irme, ya que Luc estaría demasiado atareado buscándome como para ajustarles las cuentas a ellos al mismo tiempo.

Capítulo 25



Luc daba vueltas del aeropuerto a casa y de casa al aeropuerto a la hora en la que yo debía marcharme de la casa.

Recuerdo que me acerqué a Matías por última vez, con el pretexto de comentarle algo sobre alguno de los familiares que ya había llegado, cuando lo cierto era que deseaba despedirme de él.

Dudaba mucho de cuál sería su reacción si es que alguna vez accedía a volver a verme después de aquello. Era posible que me odiase porque, aunque pensaba delatar a Luc, también fui su cómplice aquellas semanas que llevábamos en la casa, aunque en mi interior yo sabía que lo hice afectada por un miedo insuperable que no me permitió enfrentarme a esa bestia en la que se había convertido mi hermano.

Como era habitual en Matías, y pese al día del que se trataba, me despidió con una sonrisa cuando giré sobre mis talones al salir, para siempre, del salón de aquella casa en la que viví lo peor y lo mejor… De una casa que me generaba un enorme conflicto por esa circunstancia.

Sin más, y después de darles un fuerte abrazos a los niños, aproveché que nadie me veía para huir despavorida de la casa y llegar hasta el lugar, a poca distancia de esta, que le señalé a Nicole como nuestro punto de reunión.

Llegué hasta allí aterida de frío, pues la noche se presentó gélida a más no poder. Por más que iba abrigada, recé para que Nicole apareciera puntual o se me helarían hasta las ideas, dado que la punta de la nariz ya no me la sentía.

Mi menudo cuerpo comenzó a temblar de frío en el sitio en cuestión, escondida tras unos matorrales para que nadie me viese, suplicando que ella no tardase en aparecer. Aún faltaban unos minutos y yo sabía de su puntualidad, por lo que llegaría a la hora exacta.

Ataviada con guantes, gorro, el más confortable de todos mis abrigos, botas de pelo y demás, no conseguía entrar en calor por más que fuese preparada para hacer una visita al Polo Norte. Y lo peor no lo sabía aún, pues comenzó a nevar de pronto y, junto con los copos de nieve, se acrecentaron mis temblores… Unos temblores imparables.

Minutos después, comprobé en mi reloj que la hora llegaba y que Nicole no se presentaba. Me repetía a mí misma una y otra vez “Que no cunda el pánico, Yvonne, que está por llegar. Ella jamás te fallaría, jamás”.

Lo tenía tan claro como que era de noche en ese momento y como que sentía más frío que en toda mi vida. Mi cuerpo se iba entumeciendo, jamás noté una sensación igual. Las temperaturas se habían desplomado, pero quizás el frío obedeciera a que también lo hizo mi fe, puesto que Nicole, pasados 30 minutos de la hora que convinimos, no apareció.

Destrozada, no sabía qué hacer, pues la llamé varias veces y no atendía mi llamada, ¿cómo era posible? Ella jamás me dejaría en la estacada, pondría la mano en el fuego porque no lo haría así, jamás me fallaría.

Hasta las pestañas las tenía congeladas cuando escuché el sonido del motor de aquel coche que se paraba y entonces salí. Abriendo los brazos instintivamente para abrazarla, eché a correr hacia el susodicho coche cuando el corazón casi se me para, al ver que el coche en cuestión era el de Matías y quien se bajaba de él no era otro que Luc.

Me quedé clavada en el suelo, sin dar crédito a lo que estaba pasando, ¿cómo era posible que supiese que yo estaba allí? ¿Y Nicole? ¿Qué había sucedido con Nicole?

No pude escaparme, habría sido en vano. Luc correría más que yo y me daría alcance, para qué quemar fuerzas tratando de hacer algo que solo acrecentaría el enorme cabreo que ya debía tener.

—Hermanita, ¿te he dado una bonita sorpresa? —me preguntó con todo el cinismo que su cuerpo pudo acumular, viniéndose hacia mí y tirando de mi pelo con una de sus manos.

Me hizo un daño enorme con ese gesto, aunque nada comparado con el daño psíquico que me provocó el saber que, de nuevo, estaba en sus manos, desconociendo qué me llevó hasta él.

—Luc, yo…

—Tú, zorra, no me volverás a mentir más, de eso me encargo yo, ¿de verdad creías que ella te ayudaría? ¿De verdad llegaste a pensar que yo no me enteraría? Eres mucho, mucho más ingenua de lo que jamás creí. Es ridículo pensar cómo las personas podemos ser tan necias, cómo nos da por imaginar que podemos hacer lo que nos venga en gana sin rendirles cuentas a esos otros a los que tanto les debemos porque tú, lo tengas presente o no, me lo debes todo, ¿y cómo me lo pagas? Largándote con esa otra zorra, con la zorra mayor del reino, que siempre me tuvo entre ojo y ojo.

—Luc, ¿qué le has hecho a Nicole? Dímelo, te lo ruego, ¿ella está bien?

Comencé a pensar que sí que era ingenua, que en eso tenía razón y que Luc, siendo como era un genio de las

tecnologías, me tendría pinchado el teléfono de algún modo.

—No lo sé, puede, aunque solo puede que la haya matado—pronunció de un modo que me causó absoluto terror y más cuando ya le creía capaz de esa y de cualquier otra maldad.

—¡¡No!! —chillé tirándome al suelo, totalmente derrotada.

—Hermanita, hermanita, ¿qué darías por volver atrás y evitar que lo hiciera? ¿Qué darías porque esa vieja zorra estuviese a salvo? ¡¡Dímelo!! —me chilló.

—Todo, lo daría absolutamente todo—le respondí con tantas lágrimas en los ojos que apenas podía verlo.

—Bueno, bueno, pues para que veas que no soy tan malo como piensas, te diré que tienes una oportunidad. Si entras en razón y no vuelves a intentar algo así, no la mataré.

—Entonces, ¿no la has matado? ¿Me lo prometes? ¿Cómo puedo saber si eso es verdad?

—Sube al coche y te lo demostraré…

Seguí sus instrucciones pensando en que quizás fuese lo último que hiciera, en que quizás no saliera con vida con él. Me sentía incapaz de discernir cuándo me decía la verdad y cuándo me mentía.

En cualquier caso, no tenía otra opción que obedecerle, pues de otro modo sí que no lo contaría, así que me senté y me limité a escuchar eso que deseaba que oyese.

A continuación, me hizo oír una grabación de una conversación mantenida con Nicole un rato antes.

—Nicole, soy Luc—le dijo con voz seca en cuanto ella descolgó.

—¿Luc? —le contestó ella con tono preocupado, súper preocupado. Se notaba que estaba conduciendo, pues se escuchaba el ruido del motor.

Mientras las lágrimas se deslizaban por mis mejillas, al menos tuve la oportunidad de comprobar que ella no me había dejado tirada, que conducía un rato atrás, sin duda para recogerme.

—Sí, el mismo Luc al que la zorra de mi hermana y tú estáis tratando de delatar, haciendo que me encarcelen—le adelantó él y ella se quedó callada—. ¿A mí no me dices nada? ¿Te ha comido la lengua el gato? Con lo parlanchina que eres con ella, ¿es que yo no te caigo bien?

—Luc, tú y yo nunca…

—¿Nunca hicimos buenas migas? Más bien dirás que me odiaste siempre, zorra…

Otra a la que llamaba zorra y se quedaba tan a gusto, Luc había perdido las formas como nunca, él siempre se mostró medianamente respetuoso con Nicole.

—No es eso, pero sabes que adoro a tu hermana y que haría cualquier cosa por ella.

—¿Incluso poner en peligro tu propia vida? Porque eso igual sí, a consecuencia de ese estúpido sentido tuyo de la lealtad, pero ¿también la de toda tu familia? Porque creo que igual no has hablado con tu sobrino Pol. Pobrecito, allí solo en las montañas. Seguro que nadie le escuchó anoche cuando varios individuos entraron en su casa para darle una de esas palizas, a modo disuasorio, que reciben los que se meten en líos sin tener una razón para ello.

—¿Pol? ¿Qué le ha pasado a mi sobrino? —le preguntó totalmente atemorizada.

—Tranquila, que no le ha pasado nada que no se arregle con unos cuantos días en la cama, zorra. Eso sí, la próxima vez no lo contará, a no ser que vuelvas ahora mismo sobre tus pasos y regreses a tu puta casa, de donde no debiste salir. Si no lo haces, no solo me encargaré de enterrar a tu sobrino, sino que te encontrarás muerta a mi hermana cuando llegues. Y recuerda que te tendré vigilada, si reúnes el valor de ir a la policía, me enteraré también y la mataré igualmente, ¿has visto el poder que tengo? ¿Mola o no mola? —le preguntó riéndose, en plan psicópata.

—Está bien, Luc, haré lo que sea necesario, pero por favor no la mates, te lo pido por favor…

—Vale, vale, ya sabía yo que llegaríamos a un acuerdo. Eso sí, ahórrame los lloriqueos, que no puedo con ellos. Me revientan las zorras como tú, que primero tiran la piedra y luego esconden la mano. Mi hermana es igual, se ve que tuvo buena maestra contigo.

Luc le colgó y ella debió darse media vuelta. Más tarde, vino a por mí, para demostrarme quién mandaba.

—De esta conversación hace ya un buen rato. He podido dejarte toda la puta noche a la intemperie para que aprendieses, llevo pensando desde ayer el castigo que te impondría por tu atrevimiento, aunque reconozco que el karma, ese del que tanto hablas, se ha encargado de ti llevándose esta noche al viejo. Eso sí, vuelve a tratar de hacer algo como esto, y no solo caerás tú, sino Pol, Nicole y, ya de paso, los Moguer al completo, que les tengo ganas.

—No, Luc, te prometo que no volveré a hacer nada similar, te lo prometo.

—Y yo te creo. Te creo porque sabes lo que te conviene y porque tienes la certeza de que me has fallado… A mí, a quien le debes tanto. Deberías besar el suelo por el que piso y, sin embargo, me vienes con traiciones y engaños. No sé cómo resisto las muchas ganas que tengo de aniquilarte—me amenazó abriéndose ligeramente el chaquetón y dejándome ver que, bajo él, tenía una pistola.

Una vez más, me dejó sin habla. Tenía ese poder sobre mí, aparte de otros muchos, me dejaba muda a cada momento.

No articulé ni una sola palabra de camino a la casa. Él tampoco, aunque su forma de mirarme por el rabillo del ojo me recordaba a cada instante que estaba amenazada de muerte, que cada vez se encontraba más cerca de cumplir su propósito.

Lamentaba profundamente haber metido a Nicole en todo aquel embrollo, peligroso como una caja de bombas. A ella sí que le debía mucho, ¿cómo pude ser tan incauta como para pensar que no me vigilaba también cuando no estaba? ¿Cómo seguía derrochando inocencia cuando Luc me estaba demostrando ser la maldad personificada? ¿Cómo?

Llegamos a la puerta de la casa y él se aseguró de que nadie se percatase de mi entrada, puesto que les dijo a todos que me encontraba en mi dormitorio descansando un poco. Sin duda, el tiro me había salido por la culata. Era normal que Nicole no me hubiese cogido el teléfono cuando la llamé, pues de sobra sabía que me pondría en más peligro aún. Me había quedado sola, tremendamente sola.

e

—Y yo te creo. Te creo porque sabes lo que te conviene y porque tienes la certeza de que me has fallado… A mí, a quien le debes tanto. Deberías besar el suelo por el que piso y, sin embargo, me vienes con traiciones y engaños. No sé cómo resisto las muchas ganas que tengo de aniquilarte—me amenazó abriéndose ligeramente el chaquetón y dejándome ver que, bajo él, tenía una pistola.

Una vez más, me dejó sin habla. Tenía ese poder sobre mí, aparte de otros muchos, me dejaba muda a cada momento.

No articulé ni una sola palabra de camino a la casa. Él tampoco, aunque su forma de mirarme por el rabillo del ojo me recordaba a cada instante que estaba amenazada de muerte, que cada vez se encontraba más cerca de cumplir su propósito.

Lamentaba profundamente haber metido a Nicole en todo aquel embrollo, peligroso como una caja de bombas. A ella sí que le debía mucho, ¿cómo pude ser tan incauta como para pensar que no me vigilaba también cuando no estaba? ¿Cómo seguía derrochando inocencia cuando Luc me estaba demostrando ser la maldad personificada? ¿Cómo?

Llegamos a la puerta de la casa y él se aseguró de que nadie se percatase de mi entrada, puesto que les dijo a todos que me encontraba en mi dormitorio descansando un poco. Sin duda, el tiro me había salido por la culata. Era normal que Nicole no me hubiese cogido el teléfono cuando la llamé, pues de sobra sabía que me pondría en más peligro aún. Me había quedado sola, tremendamente sola.

Capítulo 26



Aquella noche no me atreví a moverme de la cama. Luc no bebió con su sal y su pimienta, para poder permanecer atento a todos mis movimientos. Sabía mucho.

Yo intuía que Matías se encontraba fatal. Al día siguiente enterraba a su padre, no llevaba precisamente una buena racha.

Desde la cama, podía ver luz en el salón, que también estaba situado en la planta baja. Habría dado lo que no tenía por poder acercarme a consolarle, por ofrecerle mi cariño y mi compañía en una noche así de dura. Yo también había perdido a mi padre hacía poco y conocía el desconsuelo que se siente en una madrugada así, que se vive como si fuese eterna.

No pude conciliar el sueño en toda la noche, en la que comencé a sentirme fatal. pero apenas me di cuenta de ello por la mañana, actuando como un zombi, mientras me ocupaba de que los niños tomasen su desayuno, y él entró en la cocina.

En ese momento solo estábamos allí los cuatro, y pude charlar un poco con Matías. No me sentía bien, la garganta me escocía mucho y hasta parecía tener unas décimas de fiebre que hacían que mi frente ardiera.

Nada de eso me cogió por sorpresa, puesto que yo tenía facilidad para enfermar de la garganta y el mucho rato que pasé bajo la nieve la noche anterior me sentó como una patada en los ovarios.

Me llamó la atención que Matías, pese al día que era—el del entierro de su padre—, se fijase en ello.

—Tú no estás bien, Juliette—me indicó al escucharme toser y, sin pensarlo demasiado, se vino hacia mí y me tocó la frente.

—Solo es un catarro, Matías, no es para tanto—le indiqué.

—¿Un catarro? Tienes una tos de perros y los ojos enrojecidos por la fiebre, deberías guardar cama.

—No, por favor, hoy no es día para eso, te pido que me dejes estar con vosotros—le supliqué porque era lo que deseaba.

—Pero no deberías trabajar en estas circunstancias. No me tengo por ningún explotador, Juliette, no me siento bien con algo así.

—Y yo te prometo que no me sentiría bien si tengo que guardar cama en un día como hoy en el que quiero estar con los niños…y contigo—se me escapó sin pensarlo.

A renglón seguido, mis mejillas ardieron, y no por la fiebre precisamente. En su rostro se reflejó la satisfacción que le produjo escuchármelo decir. Era obvio que le hacía feliz saber que me gustaba estar en su compañía y, a la vez, sabía que él se mostraba feliz cuando podía estar conmigo.

Enseguida tuvo que acudir al salón a atender a sus muchos familiares, los cuales desayunarían allí. Todos se desplazaron hasta allí de buen grado para asistir al último adiós a Rubén, un hombre que parecía ser muy querido.

Nicole me dejó un vestido suyo para el entierro. Yo no tenía previsto algo así, como le comenté.

—Yo sí, sabía que mi trabajo tenía los días contados y me traje un par de ellos, negros. Este te puede quedar bien —me comentó.

Me vi muy seria con él puesto. No vestía de ese color desde que despedimos para siempre a mi padre. No me gustaban las despedidas, y mucho menos las que son para siempre.

Matías parecía devastado, aunque no por eso dejó de ocuparse de absolutamente todo. Se trataba de un hombre organizado al que no le gustaba dejar un cabo sin atar, por lo que no le faltó trabajo.

Yo me ocupé de los críos en todo momento. Eso sí, cada vez que miraba para alguna parte, me encontraba con la mirada inquisitiva de Luc, quien me recordaba una y otra vez que seguía todos y cada uno de mis pasos.

No podía sentirme más controlada. Tampoco podía dejar de pensar que con mi intento de huida quemé mis últimos cartuchos y que todo iría cayendo poco a poco. Luc era un genio en lo suyo y no tardaría en dar con la clave para vaciar las cuentas de Matías.

No me imaginaba en un país lejano, a golpe de mojito, tostándome al sol con él mientras dilapidábamos su fortuna, aunque en parte fuese nuestra.

—¿Me haces una trenza? —me preguntó Samanta, irrumpiendo en mi dormitorio.

—Claro que sí, mi niña, ¿hoy quieres lucir una?

—Sí, me gustan las trenzas. Mi mamá siempre me las hacía, pero como ella se marchó al cielo nunca volví a llevar ninguna. Ahora quiero que me la hagas tú, que eres tan buena como ella—me dijo, logrando que me emocionase muchísimo, no podía ser más linda la nena.

Le hice la trenza con primor mientras pensaba en lo desdichada que me sentía en aquellas circunstancias, y con uno de los niños de cada mano, salí en dirección al entierro.

Luc no se equivocó cuando pensó que Rubén se enterraría en su propia casa, en un pequeño panteón familiar en el que también yacía Alejandra, la esposa de Matías.

Para él debió ser muy difícil volver allí, en tan corto espacio de tiempo, para enterrar también a su padre. Ya se encontraba en tan fúnebre lugar cuando nosotros tres llegamos. Matías estaba arropado por los suyos, pero ello no evitó que me indicase que avanzase con los críos para colocarnos a su lado.

Cumplí su deseo y, una vez solté sus manos, hice ademán de irme hacia las últimas filas, puesto que yo no pintaba nada en primera línea.

—Quédate, por favor, quédate—repitió y entonces comprendí que no debía moverme de allí, además de que era el lugar que quería ocupar, a su lado en unos momentos tan dolorosos.

El único que no sentía dolor era Luc, quien disfrutaba como un gorrino en el barro con la escena. Hasta detecté de nuevo su macabra sonrisa en el rostro cuando, tras las palabras que se dijeron en honor a Rubén, un par de hombres procedieron a depositar su ataúd en el nicho que estaba destinado a su eterno descanso.

—Claro que sí, mi niña, ¿hoy quieres lucir una?

—Sí, me gustan las trenzas. Mi mamá siempre me las hacía, pero como ella se marchó al cielo nunca volví a llevar ninguna. Ahora quiero que me la hagas tú, que eres tan buena como ella—me dijo, logrando que me emocionase muchísimo, no podía ser más linda la nena.

Le hice la trenza con primor mientras pensaba en lo desdichada que me sentía en aquellas circunstancias, y con uno de los niños de cada mano, salí en dirección al entierro.

Luc no se equivocó cuando pensó que Rubén se enterraría en su propia casa, en un pequeño panteón familiar en el que también yacía Alejandra, la esposa de Matías.

Para él debió ser muy difícil volver allí, en tan corto espacio de tiempo, para enterrar también a su padre. Ya se encontraba en tan fúnebre lugar cuando nosotros tres llegamos. Matías estaba arropado por los suyos, pero ello no evitó que me indicase que avanzase con los críos para colocarnos a su lado.

Cumplí su deseo y, una vez solté sus manos, hice ademán de irme hacia las últimas filas, puesto que yo no pintaba nada en primera línea.

—Quédate, por favor, quédate—repitió y entonces comprendí que no debía moverme de allí, además de que era el lugar que quería ocupar, a su lado en unos momentos tan dolorosos.

El único que no sentía dolor era Luc, quien disfrutaba como un gorrino en el barro con la escena. Hasta detecté de nuevo su macabra sonrisa en el rostro cuando, tras las palabras que se dijeron en honor a Rubén, un par de hombres procedieron a depositar su ataúd en el nicho que estaba destinado a su eterno descanso.

Capítulo 27



Aguanté el tipo durante el entierro, si bien esa noche caí en la cama febril, con una tos que apenas me permitía descansar.

Luc tuvo faena, puesto que se dedicó a llevar a algunos de los familiares de Matías de nuevo al aeropuerto, dado que algunos debían volar cuanto antes de vuelta a sus quehaceres.

A mí, la cabeza me daba vueltas y era Melani quien estaba al pie de mi cama, cuidándome, cuando Matías llegó hasta el quicio de la puerta.

—Bueno, aprovecho para ir a hacer mi equipaje. Yo me marcho mañana mismo—le indicó ella con la intención de dejarnos a solas. Lo hizo con una miradita que no dejaba lugar a dudas: tenía la certeza de que a ambos nos apetecía por igual.

—No es necesario que lo hagas tan rápido, tómate todo el tiempo que necesites—le indicó él.

Ella se marchó, agradeciéndole el gesto, y él se sentó al pie de la cama.

En sus ojos detecté la emoción y sus ganas de tomarme de la mano, algo que no hizo por razones obvias.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó mientras ponía de nuevo la mano sobre mi frente.

Que yo supiera, en nuestro dormitorio no colocó Luc ninguna cámara, pues de otro modo yo podría ser mejor muerta.

—De esta salgo, no te preocupes, solo es un catarro—le contesté tratando de esbozar una sonrisa solo porque él estaba allí, porque la cabeza me ardía.

—No voy a tener vida para agradecerte que te hayas ocupado así de mis niños en unos momentos tan críticos

como estos, en unos momentos en los que no he sabido ni dónde tenía la cabeza. Hoy ha sido uno de los peores días de mi vida y tú, pese a estar así…

—Yo no he hecho nada. Y puedes sentirte muy orgulloso de cómo te has ocupado de todo, pese al dolor.

—Tu presencia me ayuda, Juliette, no puedo ocultártelo—me confesó en ese instante.

Sabía que seguiría hablando, que ahí no quedarían sus palabras. Luc acababa de dar un nuevo viaje al aeropuerto y Matías contaba con que tardaría en volver.

—Matías, yo no…

—Sé que tú no puedes ofrecerme nada y yo no soy nadie para pedírtelo, por eso pierde cuidado. No me siento orgulloso de lo que he venido a decirte porque jamás creí que me fijaría en una mujer casada, no soy de ese tipo de hombres. Tampoco quiero que pienses que pretendo tener un lío contigo ni nada parecido, aprovechando que trabajas para mí. Juliette, lo que yo quiero decirte, lo que he venido a confesarte es que no puedo esconder más mis sentimientos hacia ti, que cada día son más. Sé que estás recién casada y que esto puede romper tus esquemas pero algo me dice que tú también sientes algo por mí y, si eso es así, quizás tú y yo todavía pudiésemos tener una posibilidad de…

—Matías, por favor, te ruego que guardes silencio—le pedí.

—Entiendo, entiendo, ¿puedo hacerte una sola pregunta más?

—No creo que debieras, la verdad.

—Pero en el fondo te intriga, ¿no es así? Mi pregunta es si debo callarme porque no quieres escucharme o porque no puedes. No es lo mismo y lo uno nada tiene que ver con lo otro. Sé que cuentas con muchos valores, Juliette, pero vida solo hay una.

—Hablas como Melani—le dije.

—¿También ella opina igual? ¿También se ha dado cuenta de que tú no eres feliz? No puedes engañarme, Juliette no lo eres.

—No me hables de engaños, por favor, me hace daño—le advertí.

—¿Por qué, Juliette? ¿Por qué no te abres conmigo? ¿Puedes mirarme a la cara y asegurarme que no sientes nada por mí? ¿Eso puedes hacerlo? —me preguntó.

—Matías, por favor, te ruego que no me lo pongas más difícil, ¿vale?

—Entiendo, también lo sientes, pero tu sentido de la lealtad no te lo permite. Eso te honra, Juliette, no abundan las personas como tú. Y, si te digo la verdad, preferiría que no fueras tan perfecta, que dejaras a André y te quedases conmigo, pero se ve que la suerte no me acompaña en el amor.

—No digas que soy perfecta, no lo soporto.

—Es como te veo, no te encuentro una pega. Perdóname, no debería haber venido a importunarte a tu dormitorio. Y menos esta noche, que estás enferma.

—No tengo nada que perdonarte, solo quiero que sepas que también tengo mis muchos fallos—le indiqué porque la tristeza podía conmigo.

—Yo no te los veo, pero si tú lo dices—me comentó mientras se encogía de hombros, momento en el que cedió a la tentación de sostener mi mano, la cual besó.

En la vida se me han removido tantas cosas por dentro como en ese instante. Sentía como si me hubiesen metido una centrifugadora dentro y todo comenzase a dar vueltas, no quedando nada en el lugar inicial. Fue como si hasta mis órganos hubiesen cambiado de lugar, como si, tras aquel beso—sin contenido sexual alguno—, nada volviera a ser lo que parecía.

—Matías, yo…—pronuncié cuando pude volver en mí, porque caí como en éxtasis.

—Solo te pido que no digas nada. Lo que estás pensando ahora ya lo sé, y no quiero escucharlo porque me hará daño. Sí tengo interés en que sepas que, si en algún momento cambias de opinión, yo estaré esperándote con los brazos abiertos. André es un buen profesional, pero algo me dice que no te merece, que él no puede cuidarte como yo lo haría.

Derramé muchas lágrimas cuando salió de mi dormitorio. Hasta sentí más fiebre de repente, como si todo mi cuerpo ardiese de ganas por él y, cuanto más ardía, más entendía yo que se trataba de un imposible, que no podía correr a sus brazos porque, por mucho que lo disfrazase ante mí misma, seguía siendo esa farsante que se coló en su hogar siguiendo los oscuros dictados de Luc.

—Matías, por favor, te ruego que no me lo pongas más difícil, ¿vale?

—Entiendo, también lo sientes, pero tu sentido de la lealtad no te lo permite. Eso te honra, Juliette, no abundan las personas como tú. Y, si te digo la verdad, preferiría que no fueras tan perfecta, que dejaras a André y te quedases conmigo, pero se ve que la suerte no me acompaña en el amor.

—No digas que soy perfecta, no lo soporto.

—Es como te veo, no te encuentro una pega. Perdóname, no debería haber venido a importunarte a tu dormitorio. Y menos esta noche, que estás enferma.

—No tengo nada que perdonarte, solo quiero que sepas que también tengo mis muchos fallos—le indiqué porque la tristeza podía conmigo.

—Yo no te los veo, pero si tú lo dices—me comentó mientras se encogía de hombros, momento en el que cedió a la tentación de sostener mi mano, la cual besó.

En la vida se me han removido tantas cosas por dentro como en ese instante. Sentía como si me hubiesen metido una centrifugadora dentro y todo comenzase a dar vueltas, no quedando nada en el lugar inicial. Fue como si hasta mis órganos hubiesen cambiado de lugar, como si, tras aquel beso—sin contenido sexual alguno—, nada volviera a ser lo que parecía.

—Matías, yo…—pronuncié cuando pude volver en mí, porque caí como en éxtasis.

—Solo te pido que no digas nada. Lo que estás pensando ahora ya lo sé, y no quiero escucharlo porque me hará daño. Sí tengo interés en que sepas que, si en algún momento cambias de opinión, yo estaré esperándote con los brazos abiertos. André es un buen profesional, pero algo me dice que no te merece, que él no puede cuidarte como yo lo haría.

Derramé muchas lágrimas cuando salió de mi dormitorio. Hasta sentí más fiebre de repente, como si todo mi cuerpo ardiese de ganas por él y, cuanto más ardía, más entendía yo que se trataba de un imposible, que no podía correr a sus brazos porque, por mucho que lo disfrazase ante mí misma, seguía siendo esa farsante que se coló en su hogar siguiendo los oscuros dictados de Luc.

Capítulo 28



Unos días después, yo ya estaba totalmente recuperada, y desayunaba con Melani en la cocina.

Resultó que ella aún no se había marchado, cosa que me hizo muy feliz, puesto que estaba pendiente de una entrevista de trabajo en una clínica cercana y Matías la invitó a quedarse cuanto tiempo quisiese.

Los niños jugaban fuera, en la nieve, porque de nuevo cayó una copiosa nevada que convertía al Pirineo Aragonés en un paraíso cubierto por un manto helado que cegaba de lo impresionante que resultaba.

Los niños disfrutaban en el exterior con un pequeño trineo y sus risas se escuchaban por doquier. Nada me gustaba más que escucharlos reír así, ajenos a las preocupaciones.

Cuando sus risas llegaban a mis oídos me recordaban a mi niñez, a un tiempo en el que todavía mis padres estaban juntos y Luc no se había convertido aún en un monstruo, por mucho que ya tuviera su guasa.

Nunca había sido más feliz que en esa bonita y familiar época de mi vida. Yo era una persona muy cariñosa y que necesitaba rodearme de otros que solo supieran vivir como yo. A menudo me acordaba de Nicole y de lo mucho que ella debía estar sufriendo por no poder acercarse a mí, por saber que me encontraba en una cárcel con barrotes imaginarios que nos separaban.

Pensaba en todo eso cuando el grito de Quique me dejó sin habla.

—¡Samanta se ha caído! ¡Por favor! ¡Ayuda! ¡Que alguien venga a ayudarme!

Melani y yo nos miramos. Matías no estaba en la casa en ese preciso instante, pues había acudido a una reunión de trabajo, y Luc justo entraba por la verja de la casa con el coche.

Eso me tranquilizó, pues por unos segundos no supe dónde estaba y temí que le hubiese hecho algo a la niña.

—¡Corre! —le grité a Melani, cuando me fijé en que, quizás a consecuencia del susto, no presentaba buen color.

—Ahora voy, ahora voy—murmuró mientras se ponía en pie y, de golpe, se fue al suelo.

Yo no sabía dónde acudir, lo cierto es que no lo sabía y, a gritos, le pedí ayuda a Luc. El problema era que no me fiaba ni un pelo de él, pero no me quedaba otra.

Mientras trataba de despertar a Melani, observé por la ventana de la cocina cómo él corría en dirección a Quique, quien le señalaba a una zona del helado jardín en la que Samanta yacía también sin dar señales de vida.

Por el amor del cielo, ¿cómo se podían haber liado tanto las cosas en un solo momento? La nieve que había alrededor de la niña, en lugar de ser blanca, se estaba tiñendo de rojo, ¿qué había pasado?

Luc la tomó en brazos y vino corriendo con ella hasta la cocina. La pequeña sollozaba temerosa y dolorida, con una herida abierta en su muslo, a consecuencia de que la caída de su pequeño trineo la llevó directa contra un gran árbol que había situado en el jardín, cuyas afiladas aristas en el tronco le provocaron un corte en el muslo que era para marearse con solo verlo.

Luc me miró y temí que no fuese a hacer nada, porque la herida era de tal envergadura que podría llevarla a desangrarse.

Melani abrió los ojos en ese momento y para mí que volvería a cerrarlos de golpe, puesto que la estampa resultaba dantesca, con la niña perdiendo sangre a chorros.

Quique lloraba en el quicio de la puerta y llamé a Rosa, la chica de servicio, para que se lo llevase de allí.

—Un torniquete, tienes que hacerle un torniquete, por favor. Yo no puedo, estoy muy mareada—le indicó Melani

—No lo he hecho nunca—le contestó él y le pedí a todos los santos que no quisiera zafarse, porque yo lo de la sangre lo llevaba fatal y a duras penas estaba manteniendo también la compostura para no irme al suelo.

—No pasa nada, yo te guiaré—le indicó ella—. Por favor, busca un trozo de tela limpio y…

Yo apenas podía mirar. Melani le iba dando las instrucciones mientras yo llamaba a la ambulancia. Aquello parecía estar convirtiéndose en una costumbre, vaya fiestecitas que nos montábamos.

Luc, quien más que sangre parecía tener horchata en las venas, lo hizo fenomenal, puesto que a él no le impresionaba nada de aquello, por lo que el torniquete estaba perfecto cuando llegaron los de los servicios médicos y lo felicitaron.

—Puede que le haya salvado la vida a esta niña, ha perdido mucha sangre y no hubiera soportado perder más—le comentó el médico que la atendió cuando la subió en la ambulancia.

Me fui con ella. A Matías no le dio tiempo de llegar y eso que, según me contó después, hizo lo imposible para ello.

Acompañé a Samanta sin soltarla ni un solo momento de la mano, como si fuese mi hija.

—Mi mamá me cantaba una canción cuando me encontraba mal, ¿me la cantarías tú? —me comentó con voz abatida y penosa, porque iba muy débil, aunque su vida ya no corría peligro.

—Claro que sí, mi niña. Solo tienes que decirme cuál es y la buscaré en Internet. Recuerda que no soy española y que no conozco muchas canciones de aquí.

—No la encontrarás ahí. Mi mamá la inventó para Quique y para mí, pero puedes aprendértela, si quieres.

—Claro que sí, cariño. Tú cántala y mantente despierta, que luego te la canto yo—le decía con la ilusión de que pudiese hacerla feliz con tan poco, porque había visto de cerca la posibilidad de que algo terrible le ocurriera a esa cría y sentía que el miedo me invadía por completo, que habría dado mi vida de haber sido necesario con tal de que ella saliese indemne de aquella.

Enseguida me aprendí la bonita y emotiva canción, y logré que ambas la cantásemos juntas, por lo que no cerró sus ojitos en ningún momento, como le pedía el médico que hiciera. Se portó fenomenal, como una campeona.

—Puede que le haya salvado la vida a esta niña, ha perdido mucha sangre y no hubiera soportado perder más—le comentó el médico que la atendió cuando la subió en la ambulancia.

Me fui con ella. A Matías no le dio tiempo de llegar y eso que, según me contó después, hizo lo imposible para ello.

Acompañé a Samanta sin soltarla ni un solo momento de la mano, como si fuese mi hija.

—Mi mamá me cantaba una canción cuando me encontraba mal, ¿me la cantarías tú? —me comentó con voz abatida y penosa, porque iba muy débil, aunque su vida ya no corría peligro.

—Claro que sí, mi niña. Solo tienes que decirme cuál es y la buscaré en Internet. Recuerda que no soy española y que no conozco muchas canciones de aquí.

—No la encontrarás ahí. Mi mamá la inventó para Quique y para mí, pero puedes aprendértela, si quieres.

—Claro que sí, cariño. Tú cántala y mantente despierta, que luego te la canto yo—le decía con la ilusión de que pudiese hacerla feliz con tan poco, porque había visto de cerca la posibilidad de que algo terrible le ocurriera a esa cría y sentía que el miedo me invadía por completo, que habría dado mi vida de haber sido necesario con tal de que ella saliese indemne de aquella.

Enseguida me aprendí la bonita y emotiva canción, y logré que ambas la cantásemos juntas, por lo que no cerró sus ojitos en ningún momento, como le pedía el médico que hiciera. Se portó fenomenal, como una campeona.

Capítulo 29



Matías llegó en taxi hasta el hospital y entró a la carrera en la sala de espera en la que yo rezaba para que todo saliera bien con la cría.

Soy creyente y me agarro a mis propias convicciones cuando vienen mal dadas, como aquel día, por lo que me encontró pidiendo por la vida de su hija.

—¿Estás rezando por ella? —me preguntó sin poder contener las lágrimas.

—Sí, por fin estás aquí, qué ganas tenía de verte aparecer—le confesé mientras trataba de controlar el lagrimeo que me estaba contagiando.

—Claro que estoy aquí, he venido todo lo rápido que he podido, ¿cómo está mi hija?

—Han tenido que intervenirla, se encuentra en el quirófano, pero su vida no corre peligro.

—Gracias al cielo, el médico me dijo por teléfono que la herida era profunda, pero que la encontró con un perfecto torniquete. Tengo que dar gracias al universo porque Melani estuviese allí, la intervención de una enfermera ha sido providencial. Se lo agradeceré de por vida.

—No solo ha sido Melani—le informé porque tenía que saberlo.

—Ya, supongo que tú la habrás ayudado y… Mírate, si todavía tienes restos de su sangre encima—suspiró.

—Pues si yo tengo, no puedes imaginarte cómo terminó Luc.

—¿Luc? ¿Él ayudó a Melani? —se interesó.

—Sí, fue él. Yo no me llevo nada bien con la sangre, pero que nada bien… Y Luc actuó como las manos de

Melani, que estaba tendida en el suelo y no podía ni levantarse del mareo.

—¿Melani se mareó al ver la sangre? Pero si ella es enfermera, no entiendo.

—Qué va, ella se había caído antes. Fue un momento surrealista, la verdad, como si las siete plagas de Egipto nos hubiesen caído de golpe encima. Ella se había mareado y la niña estaba fuera, tendida en la nieve…

Se lo explicaba cuando salió el cirujano, con cara de portar buenas noticias.

—¿Es usted el padre de Samanta Moguer? —Matías asintió—. Su hija está fuera de peligro. Eso sí, como recuerdo le quedará una cicatriz en la pierna, un recuerdo del día en el que pudo perder la vida. De no ser por ese torniquete, se habría desangrado. Quien se lo practicó, actuó con precisión médica. Deberá estarle agradecido—le indicó.

Pensé en que la vida es demasiado irónica a veces, ¿de verdad? ¿De verdad estaba pasando aquello?

—Así que tengo que agradecerle a tu marido que mi hija esté viva, lo que son las cosas. Y yo tratando de arrebatarle a su esposa, me siento incluso mal—me comentó tomando asiento mientras subían a la niña a planta, para poder verla.

—Se ve que así es la vida—suspiré pensando en que él no podía imaginarse hasta qué punto todo aquello era injusto, porque Luc, entre otras cosas, actuó así para ganarse el agradecimiento de Matías, para llevárselo a su terreno y que se pusiera de su lado.

Unos minutos después, nos indicaron que podíamos pasar a ver a Samanta, quien ya estaba despierta.

—Papi, papi, ahora no me duele nada, pero antes… Menos mal que André me cogió en brazos y… Me dolía, papi pero él me salvó, ya no salió más sangre…

También se había convertido en el héroe de la niña. El canalla de Luc se había ganado, de golpe, el favor de todos ellos.

—Cariño, cariño mío. A ti no podía pasarte nada porque eres mi vida, junto con tu hermano, y porque yo no podría soportar que te sucediera nada malo. Te quiero tanto, te quiero tantísimo, mi niña…

Por cierto, que ese mismo canalla entró un rato después por la puerta del mismo hospital. Ese día iban a echar horas extra con nosotros, porque su visita obedecía a que traía a Melani con él.

—Se ha vuelto a desmayar y pensé que dos veces en un rato era demasiado, por eso no he dudado en traerla—nos

contó simulando gran preocupación, cuando no se preocupaba más que de él mismo.

—Iré a ver si me puedo enterar de algo—les comenté.

—André, no sé cómo agradecerte lo que has hecho hoy por mi hija. Los médicos dicen que, si no hubiera sido por ti, la niña… —murmuró Matías mientras los ojos se le volvían a empañar.

—No ha sido nada. Además, que todo el mérito es de Melani, yo solo he actuado siguiendo sus instrucciones—le explicó él con una falsa modestia increíble. Por supuesto que a mí no me engañaba.

—¿Y te parece poco? Actuaste con precisión milimétrica. Siento como si te debiera mucho, como si estuviese en deuda perpetua contigo—le dijo mientras le abrazaba, tan agradecido como se mostró.

Yo me alejaba para ver a Melani, pero veía el brillo en sus ojos y lo mucho que disfrutó ese "en deuda", nunca mejor dicho para Luc.

Lo que no sabía Matías, de lo que no tenía ni idea, era de que mi hermano se cobraría eso y todo lo demás, que lo dejaría con lo puesto y que, cuando quisiera venir a darse cuenta, ya estaríamos en algún lugar del mundo donde no existiera tratado de extradición con España, disfrutando de una abultadísima cuenta corriente que nos permitiese vivir sin volver a dar palo al agua en lo que nos restara de vida. O, al menos, a Luc, porque yo igual terminaba bajo tierra.

Busqué a Melani y me la encontré en observación, donde me permitieron hablar con ella unos minutos.

—Pero alma de cántaro, como dirías tú, ¿a quién se le ocurre irse al suelo dos veces seguidas? ¿Es que me quieres matar de un susto? Yo tengo hasta taquicardia ya hoy, ¿eh? Hubiera sido mejor que no me levantase.

—Pues así llevo yo unos días ya—me comentó.

—Y que lo digas, con todo lo de Rubén y demás, has acumulado mucha tensión.

—Sí, con eso y con lo del bebé—murmuró en ese momento en el que se me dibujó el signo de interrogación en los ojos.

—¿Qué bebé? ¿De qué me estás hablando?

—Estoy embarazada, Juliette, por eso me he mareado dos veces—me confesó mientras me cogía de la mano.

.

;

s

Capítulo 30



Melani no quiso darme más explicaciones sobre su embarazo, más que estaba de unos cuantos meses.

Me quedé con ella aquella noche, ya que no tenía familia allí, mientras que Matías le hacía compañía a Samanta. Vaya, que nos tuvimos que distribuir porque trabajo teníamos a cascoporro.

Supuse que su historia con el médico aquel fructificó en ese embarazo, puesto que ella no estuvo con nadie más después. Nada se le había notado hasta entonces, dado que tenía las caderas anchas y apenas barriga, por lo que lo disimuló divinamente.

Viendo que no deseaba hablar, me limité a hacerle compañía y, en distintos momentos de la noche, me encontré en el pasillo con Matías, haciéndonos confidencias y hablándole yo de lo sorprendida que estaba con el bombazo que nos había soltado Melani.

Quien se lo debía estar pasando en grande era Luc, a quien me imaginaba poniendo el ordenador de Matías patas arriba, tan seguro como estaba de que su dueño no volvería en toda la noche.

A Matías le noté extremadamente preocupado, por lo que le invité a sentarse un poco en unas sillas que había en medio del pasillo, conmigo haciéndole compañía.

—Sé que ha sido un susto tremendo, pero la niña está fuera de peligro ya. Te han dicho que solo le quedará una cicatriz y que, si quiere, se la podrá operar de mayor. No hace falta que te diga que los cirujanos estéticos hacen milagros. Y más a la gente forrada como tú—bromeé para tratar de sacarle la sonrisa.

—Lo sé, lo sé, Juliette. Esa parte me tranquiliza, ¿te importa si entro a ver a Melani un momento? —me pidió.

—Pues claro que no. Se va a alegrar mogollón de verte. Yo mientras me voy a ver a la cría, ¿vale? Le doy una vueltecita.

Lo hicimos así. Samanta dormía como una bendita, ajena al enorme susto que nos provocó a todos, ese que se

reflejaba en el rostro de su atormentado padre, con el cual volví a toparme.

—Cualquiera diría que te han dado una pésima noticia esta noche. Alegra esa cara, hombre, que la niña está durmiendo feliz—le indiqué mientras se me acercaba.

—Una pésima no, pero sí una sorprendente noticia—murmuró.

—No entiendo muy bien—me senté mientras que él lo hacía a mi lado.

—Voy a ser padre de nuevo, Juliette. Por lo que me ha dicho Melani, el niño que lleva en sus entrañas es mío.

Como la cosa iba de mareos, la que se mareó en ese momento fui yo, ¿cómo era posible?

Matías guardó silencio viendo cómo se me descomponía el rostro. Yo no tenía derecho a decir nada, pero aquello me había dejado con las patas colgando, por decirlo de un modo coloquial, ¿desde cuándo aquellos dos se encamaban?

—Pues enhorabuena—le solté con cierto retintín cuando recuperé el habla, ya que en un primer momento no pude ni articular palabra.

—No sé si deberías dármela, aunque supongo que un hijo siempre es una bendición. Eso sí…

—Ya, que este sí que no es esperado y que ella no es tu esposa, ¿no? Y, aun así, te recuerdo que será tu hijo igualmente.

—Lo sé, y tiene los mismos derechos. Juliette, yo quisiera explicarte…

—¿A mí? A mí no tienes que explicarme nada de lo que ocurra en tu dormitorio—le aclaré sin poder esconder mi ofuscamiento, por mucho que lo pretendiese.

—Te prometo que nada de esto estuvo en mi pensamiento, que las cosas han surgido así… Melani y yo no tenemos nada, pero, hace unos meses, cuando llegó a mi casa… Cielos, me da vergüenza contártelo.

—Pues no me lo cuentes, yo no te he pedido ninguna explicación. Además, que tú y yo no podemos tener nada, así que reitero mi enhorabuena.

—Pero no quisiera que pensaras mal de mí. Yo estaba muy mal por lo de Alejandra y una noche ella y yo nos tomamos unas copas. André y tú todavía no habíais llegado a casa, yo no te conocía.

—Te repito que no tienes que darme ninguna explicación.

—No hay nada entre Melani y yo… Todo fue una confusión.

—Una confusión que ahora se ha aclarado en forma de bombo. Pues nada, las cosas son así.

—Me hubiese gustado que fueses tú quien me diese esa noticia y sé que estoy actuando fatal, porque ahora estoy en deuda con Luc, pero debo ser coherente con mis sentimientos. Eso sí, entiendo lo que le debo a él y lo que le debo a Melani. Le he prometido que me ocuparé de ella y del crío, así además…

Me sentó como un jarro de agua helada, aunque nada podía reprocharle.

—Además, ¿qué?

—Pues que así, además, te dejaré hacer tu vida con tu marido sin inmiscuirme. Me cuesta mucho trabajo y sé que todo esto me ayudará. Si me comprometo con Melani, seré consecuente con ello y, aunque mi corazón me chille que desea estar contigo, haré oídos sordos y me centraré en ella y en mis hijos… En mis tres hijos.

Todo había dado un giro de 180 grados en cuestión de nada de tiempo, en cuestión de tan solo unas horas. La vida como la habíamos llevado en la casa hasta ese momento, cambió de golpe en un día en el que perdí de un plumazo a Matías y en el que Luc pasó a ser ese hombre al que debía agradecerle que su hija estuviese viva.

Me costaba volver a entrar en el dormitorio de Melani. Nada podía reprocharle tampoco a ella, si bien se suponía que éramos amigas y que algo así me lo podría haber contado antes. Qué ilusa fui al pensar que ella compartía sus cosas conmigo y que era yo quien no podía hacer lo mismo con ella. Menudo palo acababa de llevarme, de nuevo se confirmaba que yo actuaba con demasiada inocencia.

—Te repito que no tienes que darme ninguna explicación.

—No hay nada entre Melani y yo… Todo fue una confusión.

—Una confusión que ahora se ha aclarado en forma de bombo. Pues nada, las cosas son así.

—Me hubiese gustado que fueses tú quien me diese esa noticia y sé que estoy actuando fatal, porque ahora estoy en deuda con Luc, pero debo ser coherente con mis sentimientos. Eso sí, entiendo lo que le debo a él y lo que le debo a Melani. Le he prometido que me ocuparé de ella y del crío, así además…

Me sentó como un jarro de agua helada, aunque nada podía reprocharle.

—Además, ¿qué?

—Pues que así, además, te dejaré hacer tu vida con tu marido sin inmiscuirme. Me cuesta mucho trabajo y sé que todo esto me ayudará. Si me comprometo con Melani, seré consecuente con ello y, aunque mi corazón me chille que desea estar contigo, haré oídos sordos y me centraré en ella y en mis hijos… En mis tres hijos.

Todo había dado un giro de 180 grados en cuestión de nada de tiempo, en cuestión de tan solo unas horas. La vida, como la habíamos llevado en la casa hasta ese momento, cambió de golpe en un día en el que perdí de un plumazo a Matías y en el que Luc pasó a ser ese hombre al que debía agradecerle que su hija estuviese viva.

Me costaba volver a entrar en el dormitorio de Melani. Nada podía reprocharle tampoco a ella, si bien se suponía que éramos amigas y que algo así me lo podría haber contado antes. Qué ilusa fui al pensar que ella compartía sus cosas conmigo y que era yo quien no podía hacer lo mismo con ella. Menudo palo acababa de llevarme, de nuevo se confirmaba que yo actuaba con demasiada inocencia.

Capítulo 31



Volví por la mañana a casa. Matías se quedó con Samanta en el hospital, puesto que la niña debería permanecer ingresada allí un par de días como mínimo, y yo regresé acompañada por Melani, quien no despegó sus labios al respecto.

Yo ignoraba si ella sabía que yo estaba al tanto de la situación. Lo peor fue que conducía Luc, ya que Matías le llamó para que nos recogiese, y ese estaba pendiente de todo.

A Melani la encontré melancólica, ¿por qué no me habría contado nada antes? Ya debía saberlo desde hacía tiempo y se suponía que éramos amigas, por lo que en cierta forma me dolió su actitud.

Luc estaba expectante, por lo que una vez en casa me abordó en cuanto tuvo la ocasión.

—¿Qué le pasa a esa que no ha soltado prenda en todo el camino? ¿Y a ti? ¿Qué cojones te pasa a ti? —me interrogó de malas maneras.

—Nada que te incumba. No te preocupes, que contigo no va la cosa—le dije tratando de zafarme de él y para ir a ver cómo se encontraba Quique, que eso sí que era de mi interés.

—Eso lo valoraré yo. Ya me lo puedes contar ahora mismo o harás que monte en cólera. Y te recuerdo que cuand eso ocurre…

—Hay que echarte de comer aparte, lo tengo muy presente, no te preocupes.

—De mí no se te ocurra reírte o lo lamentarás, ¿me hago entender? Quiero que me lo cuentes—me exigió mientras apretaba mi brazo el muy animal.

Temiendo que me hiciese más daño, terminé por cantar.

—Está embarazada, Melani está embarazada. De ahí los mareos…

—¿Y se puede saber para quién se ha abierto de piernas? —me preguntó de una forma tan soez que me dieron ganas de vomitar.

—¿Cómo puedes ser tan vulgar? —le contesté con lágrimas en los ojos, odiando que actuase así.

—¿Vulgar yo? ¿Esa se abre de piernas y el vulgar soy yo? Ella no, claro… Te estás volviendo una cualquiera, lo justificas todo.

—Ya, ¿y tú te atreves a juzgar mi moral? ¿O la de ella?

—Tampoco pareces muy contenta, es como si te hubiese molestado. Oye, ahora que lo pienso, ¿no me digas que Matías es el padre? —se echó a reír de la forma más jocosa posible.

Era inteligente. Luc lo era y no le costó atar cabos.

—¿Y qué si lo fuese? —quise zafarme.

—Que te jode, hermanita, eso es lo que ocurre. Te jode que esa imbécil vaya a tener un hijo con Matías porque bebes los vientos por él. Si no fuera porque sabes que no te lo consentiría, te habrías bajado ya las bragas para él como la buscona que eres—me soltó.

Sentí náuseas como si también estuviese embarazada, ¿cómo era posible que me hablase de esa forma? ¿Y con qué derecho lo hacía? Él no podía pretender censurar también mis sentimientos. Ahí no podría llegar nunca, porque eran intocables. Esos estaban fuera de su asqueroso círculo de poder, de ese que desplegaba para doblegarme.

—Déjame, Luc, te lo pido por favor.
o

—La próxima vez que deba recordarte que no me llames así en esta casa, lo haré de otro modo. Y ahora cuéntame ¿esos dos han decidido ser felices y comer perdices? Más que nada porque les voy a jorobar el invento. Tengo el placer de informarte que estoy a un paso de entrar en el sistema informático de ese hijo de perra y de dejarle sin u solo céntimo en sus cuentas. Así que, si han de celebrar una bonita boda, yo de ellos lo haría a prisa y corriendo. De lo contrario, le tendrá que poner a su prometida un anillo de papel de aluminio en el dedo.

Me dolía, y no porque él se mofase, sino porque Matías era muy de apechugar y cabía la posibilidad de que Luc estuviese en lo cierto, pretendiendo formalizar su relación con ella. Él sentía por mí, pero yo le dejé bien claro qu lo nuestro era imposible, y de pronto se encontraba con otro hijo en camino cuya madre era Melani, una mujer qu

también podría encandilar a cualquier hombre.

Sentí celos de ella. No lo pude remediar. Supongo que una persona puede poner freno a sus actos, pero no a sus pensamientos, y yo solo podía pensar que ojalá estuviese en su pellejo. Me sentí tan mal que las lágrimas se escaparon de mis ojos, por lo que busqué a Quique y traté de distraerme jugando con él, mientras se interesaba po el estado de su hermana.

Esos niños, los hijos de Matías, estaban muy unidos entre ellos, por lo que intuí que verían con muy buenos ojos el tener otro hermanito que, dada su edad, sería como un muñeco para ellos… Un nuevo crío que inundaría de ilusión y alegría el hogar de los Moguer, ese que se vio zarandeado en los últimos tiempos.

Luc siguió husmeando en el despacho de Matías durante horas. En ausencia de su dueño, él tenía vía libre para hacer y deshacer. En cuanto a Melani, ella se había recluido en el antiguo dormitorio de Rubén, en el que se quedó en esos días que se suponían de transición hasta su marcha.

Todo había cambiado. Si algo no lo remediaba, se convertiría en la futura esposa de Matías Moguer y mis posibilidades se habrán desvanecido para siempre.

¿Qué esperaba yo? Quizás sería lo mejor que me pudiese ocurrir para olvidarme de la ridícula posibilidad de tener algo con él, ¿acaso me perdonaría lo que había hecho? ¿Acaso pasaría por alto la forma en la que irrumpí junto a Luc en su casa, con la intención de arruinarle?

En ruinas me encontraba también yo, pero en ruinas morales, como si todo mi mundo se hubiese venido abajo, como si toda posibilidad de llegar a ser feliz algún día se hubiese convertido en un sueño, como si no tuviese derecho a coger las riendas de mi vida y a gritar a los cuatro vientos que amaba a Matías, el hombre cuya existencia, irremediablemente, se estaba separando de la mía.

también podría encandilar a cualquier hombre.

Sentí celos de ella. No lo pude remediar. Supongo que una persona puede poner freno a sus actos, pero no a sus pensamientos, y yo solo podía pensar que ojalá estuviese en su pellejo. Me sentí tan mal que las lágrimas se escaparon de mis ojos, por lo que busqué a Quique y traté de distraerme jugando con él, mientras se interesaba por el estado de su hermana.

Esos niños, los hijos de Matías, estaban muy unidos entre ellos, por lo que intuí que verían con muy buenos ojos el tener otro hermanito que, dada su edad, sería como un muñeco para ellos… Un nuevo crío que inundaría de ilusión y alegría el hogar de los Moguer, ese que se vio zarandeado en los últimos tiempos.

Luc siguió husmeando en el despacho de Matías durante horas. En ausencia de su dueño, él tenía vía libre para hacer y deshacer. En cuanto a Melani, ella se había recluido en el antiguo dormitorio de Rubén, en el que se quedó en esos días que se suponían de transición hasta su marcha.

Todo había cambiado. Si algo no lo remediaba, se convertiría en la futura esposa de Matías Moguer y mis posibilidades se habrán desvanecido para siempre.

¿Qué esperaba yo? Quizás sería lo mejor que me pudiese ocurrir para olvidarme de la ridícula posibilidad de tener algo con él, ¿acaso me perdonaría lo que había hecho? ¿Acaso pasaría por alto la forma en la que irrumpí junto a Luc en su casa, con la intención de arruinarle?

En ruinas me encontraba también yo, pero en ruinas morales, como si todo mi mundo se hubiese venido abajo, como si toda posibilidad de llegar a ser feliz algún día se hubiese convertido en un sueño, como si no tuviese derecho a coger las riendas de mi vida y a gritar a los cuatro vientos que amaba a Matías, el hombre cuya existencia, irremediablemente, se estaba separando de la mía.

Capítulo 32



Tuve mogollón de pesadillas esa noche. Pesadillas en las que a Luc y a mí nos llevaban presos y él me acusaba de ser el cerebro de la operación, riéndose de mí por lo bajini, diciéndome que eso era ciencia ficción, que yo no podía ser más inútil y que, a pesar de todo, iba a pagar por ello.

Me desperté empapada en sudor y me bebí de un trago la botellita de agua que tenía para esos menesteres al lado de la cama. Luc ya dormía, al ser de madrugada, y sentí más sed, por lo que salí sin hacer ruido hacia la cocina, con la intención de beber más, y allí me encontré con Melani.

—Hola, ¿te encuentras bien? ¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté.

—Bueno, sí, me he levantado a picar algo suave, porque siento muchos ardores de estómago y, en ocasiones, me viene bien tomar algo para que mejoren.

—¿Desde cuándo lo sabes? ¿Por qué no me contaste nada? ¿Y a Matías? Tú pretendías irte, ¿no se lo ibas a decir?

—Con respecto a él estaba muy confusa. Si te soy sincera, no sabía qué hacer. Matías es un hombre de principios y yo no quería comprometerle con un embarazo que no fue buscado por ninguno de los dos. En el fondo, no quería irme. Verás, no es cierto que esté aquí esperando una entrevista de trabajo, esa no existe. Solo estaba ganando tiempo. Me daba miedo marcharme de esta casa, en mi situación. Me siento avergonzada—me confesó mientras se tapaba la cara con las manos.

—¿Avergonzada? ¿Y por qué habías de sentirte así? No has hecho nada malo, Melani.

En el fondo, me dio pena. Soy de apiadarme de todo el mundo y, por mucho que quisiera haberme cambiado por ella, sentí lástima de su situación.

—Pero tú pensarás que quise ligarme al jefe adrede, y no fue así. Nunca te he negado que me parecía que molaba mucho. Todo sucedió antes de que André y tú llegaseis a la casa, en una noche en la que ambos bebimos y…

—Ya lo sé, él me lo ha contado—la tranquilicé.

—¿Te ha dado detalles? Eso es porque le gustas, tú le gustas. Se lo noto en los ojos, Juliette. Hay cosas que no se pueden esconder, ¿no te lo ha llegado a confesar en ningún momento?

—Eso ahora da lo mismo. Lo importante es que se hará cargo de vuestro hijo, y que quiere que lo crieis juntos. Vas a ser muy feliz junto a Matías, es un hombre de los que merecen la pena, lo sabes.

—¿Él te lo ha dicho? ¿Te ha dicho eso?

—Sí, quédate tranquila, que de aquí no te irás. Tu hijo será un Moguer de pleno derecho. Sus hermanos se volverán locos cuando lo sepan. Al final, te convertirás en madre de familia numerosa—le sonreí, tratando de disimular lo mucho que me hubiera gustado estar en su pellejo.

—Eres muy buena, Juliette. Y no hace falta que te diga que contaré contigo para que me ayudes con el bebé también. No pienses que, por el hecho de que me quede en esta casa, perderás tu empleo. Nada más lejos de la realidad, yo necesito a mi amiga a mi lado.

Pensé que también ella era muy buena, porque otra me había visto como una amenaza porque su marido me tuviese fichada, pero Melani dejó esas posibles cuestiones a un lado, y me aseguró el puesto de trabajo.

Poco podía imaginarse que yo tenía allí los días contados y que, si lo pensaba bien, ella también los tendría. Luc se aseguraría de que se quedaran sin nada, de que no tuvieran ni una cama en la que dormir, ¿qué sería de todos ellos entonces? La alegría que comenzó a derrochar Melani en esa conversación se vería inmensamente empañada por un tremendo problema que les dejaría sin un euro en un corto espacio de tiempo.

Para que eso ocurriese, quedaba poco tiempo. Eso sí, a mí se me haría una eternidad, puesto que las cosas se me habían puesto de lo más feas, y me tocaría ser testigo directo de cómo Matías formaba una nueva familia, incluso sintiendo por mí, mientras yo asistiría como espectadora al turbio espectáculo que daría Luc al desplumarle.

No me quedaba otra que guardar silencio y que poner buena cara al mal tiempo que se avecinaba. Para mí, que todos saldríamos perdiendo, excepto Luc, pues para él lo único importante en la vida era el dinero.

Si apenas pude dormir en las últimas noches, no digamos ya aquella. Todos esos pensamientos revoloteaban por mi cabeza. Mi vida había sufrido un tremendo cambio desde que llegué a casa de Matías Moguer, el hombre que había logrado enamorarme por primera vez en la vida.

En la oscuridad de mi cuarto, y en la nefasta compañía de Luc—quien roncaba sin remedio ya de madrugada—, el dormitorio se me iluminaba con el recuerdo de la sonrisa de Matías, esa que siempre me dedicaba y que pronto no volvería a ver más.

La suerte no se había posicionado de mi lado pues, después de comprobar que él se había enamorado de mí, fue consciente de que no estábamos hechos el uno para el otro. El embarazo de Melani me sirvió de excusa para entender que, por alguna razón, el destino no quiso unirnos.

Supuse que algún día—si es que llegaba a olvidarle—, podría rehacer mi vida con alguien, pero ese alguien no sería Matías. Y eso dolía, dolía tanto que me costaba respirar, pues el dolor se me instalaba en el pecho al mismo tiempo que Melani tomaba posiciones en esa casa y en la vida de Matías.

Él no era uno de esos hombres que, pudiendo, se niegan a ejercer de padres… Matías no solo ejercería, sino que le daría a la madre de su hijo un lugar en su corazón… Un lugar que podría haber ocupado yo.

La suerte no se había posicionado de mi lado pues, después de comprobar que él se había enamorado de mí, fue consciente de que no estábamos hechos el uno para el otro. El embarazo de Melani me sirvió de excusa para entender que, por alguna razón, el destino no quiso unirnos.

Supuse que algún día—si es que llegaba a olvidarle—, podría rehacer mi vida con alguien, pero ese alguien no sería Matías. Y eso dolía, dolía tanto que me costaba respirar, pues el dolor se me instalaba en el pecho al mismo tiempo que Melani tomaba posiciones en esa casa y en la vida de Matías.

Él no era uno de esos hombres que, pudiendo, se niegan a ejercer de padres… Matías no solo ejercería, sino que le daría a la madre de su hijo un lugar en su corazón… Un lugar que podría haber ocupado yo.

Capítulo 33



La mañana en la que Samanta llegó de nuevo con su padre a casa, todos hicimos una fiesta. Todos incluso Luc, quien aparentaba estar igual de contento que el resto.

—Qué susto me diste, Samanta, nunca he pasado más miedo que cuando te vi así—le dijo su hermano mientras la abrazaba.

—Pues ya he vuelto, no creas que te vas a librar tan fácilmente de mí. Soy una guerrera y ahora tengo una cicatriz en el muslo para demostrarlo.

—A ver, quiero verla—cotilleó él.

—No puede ser, hijo, tu hermana trae una venda. Y ahora, deja que la saque del coche, anda.

Quique no había permitido ni eso, tan contento como estaba por verla. Y entonces Matías tomó a la niña en brazos y la metió en el interior de la casa.

Melani había bajado también a recibirla y los miraba embelesada. Sin duda, debía pensar lo mismo que yo: que Matías era el padre que toda mujer desea tener para sus hijos, un padre adorable, atento y cariñoso.

La niña se alegró muchísimo al verme, esa es la verdad, y en brazos de su padre, se tiró a mi cuello.

—Te he echado mucho de menos, Juliette—me confesó.

Miré a Melani y quise darle su lugar. Samanta no lo sabía aún, aunque pronto sería consciente de que era con ella con quien debería encariñarse, pues estaba destinada a criarla, mientras que mi destino era el de desaparecer de sus vidas.

—Yo también, cariño mío, ¿ya no te duele? —le pregunté.

—Nada de nada—negó con la cabeza—. Me tienen empastillada para que sea así—afirmó con gracia.

—Ah, muy bien, ¿y te has fijado en quién está también aquí? —le pregunté porque Melani permanecía en un segundo plano y quise integrarla.

—¡Hola, Melani! —exclamó ella, feliz cual regaliz en los fuertes brazos de su padre, en esos que estaban muy demandados, puesto que cualquiera de nosotras habría estado encantada de acomodarnos en ellos.

—Hola, cariño, me alegro mucho de verte—le respondió ella, un tanto emocionada, a la que se iba a convertir en su hija.

A mí me venía genial volver a la rutina, puesto que cuanto más tiempo pasara con los niños, menos tenía que aguantar a Luc, y en esos primeros días Samanta no podría asistir al colegio, no hasta que la herida comenzase a cicatrizar.

Matías estaba extraño, contento por la curación de su hija, pero confuso por la idea de haber engendrado ese bebé con Melani. Ella se acercó a él, una vez instalamos a la niña en el sofá, y le dijo que tenían que hablar.

Era cierto. Melani sabía más por mi boca que por la de Matías y, si yo hubiera sido ella, también querría escuchar las palabras por parte de él.

Permanecieron hablando largo rato. Después ella me contó que le dio varias alternativas, que no quiso que se viera forzado a nada, pero Matías le indicó que en su ánimo siempre estuvo vivir en familia y que, dado que las cosas se habían presentado así, lo haría con ella.

Melani presentó mucha mejor cara a partir de ese momento en el que él puso las cartas bocarriba. Yo presentía que ni siquiera tardaría mucho en pedirle matrimonio, puesto que era evidente que iban a ser pareja.

—Enhorabuena, bonita—le dije cuando vino a buscarme un rato después, mientras llevaba ropa de Samanta al cuarto de lavandería.

—¿Tú estás bien? —me preguntó.

—Lo estoy, y me alegro mucho por ti—asentí porque ella no tenía la culpa de nada.

—Me alegro. En algunos momentos creí que no eras feliz en tu matrimonio, Juliette, pero si tú me dices que me equivoqué, lo celebro. Para mí es fundamental que las dos estemos contentas. Esto es el inicio de algo bueno.

—Claro que sí, ¿y cómo lo vais a hacer? Con los niños, digo, no quiero inmiscuirme en vuestras cosas, no soy tan metomentodo—le aclaré un tanto colorada.

—Se lo diremos pronto. En cuanto a lo demás, sí, lo vamos a intentar. Estoy segura de que podré hacer feliz a Matías, y de que el nacimiento de un nuevo hijo también le llenará de felicidad.

—Así es…

Me volví para mi dormitorio, donde me esperaba Luc con la escopeta cargada. No literalmente, que solo hubiera faltado, pero sí con su viperina lengua deseando ser usada.

—Así que te has quedado compuesta y sin novio. Hay que joderse. Tu amiguita se lo estaba beneficiando y no soltaba prenda, ¿lo ves? ¿Ves por fin lo que te he dicho siempre? Solo debes confiar en la familia. El resto de la gente te traicionará antes o después…

—Solo justificas ese supuesto amor a la familia para el tema del dinero, porque perdona que te diga que a ti la familia, por lo demás, te importa un comino—le solté porque estaba más quemada que la pipa de un indio y no podía con más socarronería por su parte.

—Te lo voy a dejar pasar porque no sabes lo que dices a consecuencia de lo escocida que ese embarazado te ha dejado. Eso sí, no te acostumbres porque como vuelvas a insinuar algo así, te cruzo la cara—me soltó con tal tranquilidad que me recordó que las amenazas hacia mí se habían convertido en el pan nuestro de cada día—. La familia es lo más importante, por no decir lo único que merece la pena. Por eso yo te protejo y velo por tus intereses. Si fuera por ti, estarías dispuesta a dejar que ese tío se quedase con todo lo nuestro con tal de vivir tu propio cuento de princesa Disney con él. Suerte que me tienes a mí…

Vaya suerte que tenía yo, sí. Una suerte impresionante, y cada vez más.

—Claro que sí, ¿y cómo lo vais a hacer? Con los niños, digo, no quiero inmiscuirme en vuestras cosas, no soy tan metomentodo—le aclaré un tanto colorada.

—Se lo diremos pronto. En cuanto a lo demás, sí, lo vamos a intentar. Estoy segura de que podré hacer feliz a Matías, y de que el nacimiento de un nuevo hijo también le llenará de felicidad.

—Así es…

Me volví para mi dormitorio, donde me esperaba Luc con la escopeta cargada. No literalmente, que solo hubiera faltado, pero sí con su viperina lengua deseando ser usada.

—Así que te has quedado compuesta y sin novio. Hay que joderse. Tu amiguita se lo estaba beneficiando y no soltaba prenda, ¿lo ves? ¿Ves por fin lo que te he dicho siempre? Solo debes confiar en la familia. El resto de la gente te traicionará antes o después…

—Solo justificas ese supuesto amor a la familia para el tema del dinero, porque perdona que te diga que a ti la familia, por lo demás, te importa un comino—le solté porque estaba más quemada que la pipa de un indio y no podía con más socarronería por su parte.

—Te lo voy a dejar pasar porque no sabes lo que dices a consecuencia de lo escocida que ese embarazado te ha dejado. Eso sí, no te acostumbres porque como vuelvas a insinuar algo así, te cruzo la cara—me soltó con tal tranquilidad que me recordó que las amenazas hacia mí se habían convertido en el pan nuestro de cada día—. La familia es lo más importante, por no decir lo único que merece la pena. Por eso yo te protejo y velo por tus intereses. Si fuera por ti, estarías dispuesta a dejar que ese tío se quedase con todo lo nuestro con tal de vivir tu propio cuento de princesa Disney con él. Suerte que me tienes a mí…

Vaya suerte que tenía yo, sí. Una suerte impresionante, y cada vez más.

Capítulo 34



Melani no cabía en sí de gozo un par de días después, cuando Matías aprovechó un almuerzo al que también nos había invitado a Luc y a mí (a él como salvador de su niña) para anunciarles a sus hijos la llegada al mundo de su hermano.

Los niños, como si parecieron intuir algo, estaban especialmente revolucionados en aquel almuerzo, por lo que su padre acudió al socorrido recurso de dar con una cuchara en una botella con el objetivo de que guardaran silencio.

Sentí eso que llaman un repelús en el momento en el que ambos se callaron y Melani aprovechó para tomar su mano, por eso de que lo suyo sería oficial en cuestión de segundos.

Ambos críos eran muy largos y el gesto los hizo reaccionar con extrañeza, quedando a la expectativa a la hora de escuchar eso que su padre debía decirles.

—Niños, hoy tengo que daros una noticia inesperada, pero que espero que os haga muy felices, ya que Melani y yo estamos esperando un bebé—dijo escuetamente, aunque tampoco había mucho más que decir, por lo que fue al grano.

Samanta miró a su hermano, quien le dedicó una risilla que le contagió, y luego a su padre.

—Pero ¿un bebé de verdad, no un muñeco *reborn*? —le preguntó también risueña.

—Claro que de verdad, bonita, un bebé de carne y hueso. Os vamos a dar un hermanito, Samanta—tomó la palabra la orgullosa mamá del bebé, a la que la vida le había dado también un interesante giro en las últimas horas

—Pero ¿cómo habéis hecho un bebé si no sois novios? —prosiguió con su tercer grado la cría, muy interesada.

—Ahora ya sí lo vamos a ser, cariño. Es verdad que hemos corrido un poco, a veces pasa con los mayores—le indicó su padre, quien me miraba de soslayo. Yo veía cierta tristeza en sus ojos al mirarme.

—Vale, pues si eso es normal, te lo recordaré cuando sea mayor—le respondió ella pizpireta, encogiéndose de hombros.

Desde luego que era una niña muy viva y que sacó las risas de todos nosotros. Eso sí, el colmo del cinismo estaba todavía por hacer acto de presencia y corrió a cargo de Luc, quien tomó su copa con la intención de brindar.

—Perdonad, pero quiero tomar la palabra un momento—me sorprendió diciendo mientras que Matías le sonreía agradecido—. Solo deciros que estoy feliz de poder compartir estos momentos con vosotros, familia, y que estoy seguro de que nuestra estancia en esta casa nos reportará a Juliette y a mí muchas satisfacciones, las máximas—puntualizó mientras acariciaba mi mano por encima del mantel para hacer creer que también éramos una parejita feliz, en un gesto que a lo justo no me hizo vomitar.

—André, te conozco desde hace poco, pero te recuerdo que estoy en deuda perpetua contigo. Sin ti, mi vida no sería la misma en estos momentos. La familia lo es todo para mí—le agradeció Matías.

—Y para mí, y para mí, ¿no es lo que te digo siempre, Juliette? —me preguntó sibilino.

—Sí, eso justo, André—pronuncié ese nombre con sarcasmo.

Los niños se fueron a jugar al sofá después del almuerzo, mientras Melani y yo nos quedamos charlando en la mesa. Luc y Matías se levantaron a servirse una copa a modo de celebración.

—Yo también quiero una—les pedí porque pensé que necesitaba regar mi magullado corazón con algo de alcohol

—Pero amorcito, si a ti te sienta fatal—intervino Luc, quien igual temía que me emborrachase y perdiese las formas. No era mi idea, desde luego que no la era, pero al menos necesitaba evadirme un poco. Odiaba todo lo qu estaba sucediendo, de principio a fin, y me sentía la más desgraciada de todas las mortales.

—Solo una copita, hombre—insistí.

—Claro, André, los españoles decimos que “una vez al año no hace daño” —le comentó Matías—. Se trate de lo que se trate…

—Bueno, eso es discutible, porque una copita, si es de veneno, te manda a…

—Al patio de los callados, pero que yo sepa, en mi bodega no hay ningún veneno, solo el más selecto de los vinos. De hecho, voy a descorchar una botella gran reserva que guardo para una ocasión especial… Se trata de un vino francés que le regaló a mi padre un tal Albert, un tipo al que no conocí, pero con el que se asoció. En fin, que

voy por ella, porque mi padre ya no podrá disfrutarla, pero al menos nosotros sí.

En ese justo instante, de la ira que sintió, Luc apretó la copa que tenía entre las manos y la hizo trizas, tras lo cual quedó en shock.

—André, por Dios, te has cortado—le dije yendo hacia él, tratando de disimular.

—Anda, mi madre, ¡otro accidente! —chilló Samanta desde el sofá.

—Por el amor del cielo, déjame ver… André, ¿estás bien? —le preguntó Melani viendo correr la sangre de su mano al suelo, mientras me apartaba al ser consciente de que yo no podía con un espectáculo así—. Por favor, Matías, trae un paño limpio.

—Estoy bien, estoy bien, no ha sido nada—le comentó él saliendo de ese estado en el que se había quedado.

—Pero ¿qué te ha pasado? ¿Estás bien de verdad? Yo no entiendo mucho, pero creo que volvemos al hospital a consecuencia de esa mano—le indicó Matías.

—No, de veras que no es nada—insistía él.

—¿Nada? Tendrán que darte varios puntos, ¡otro susto! ¡Qué rachita llevamos! —exclamó Melani mientras le cubría la ensangrentada mano con el paño que le acercó Matías.

—Está bien, está bien, yo le acercaré al hospital—me ofrecí.

—¡Que no necesito ir a ningún hospital! —me contestó de mala forma, porque la cabra siempre tira al monte. Matías le miró desconcertado y él cayó en la cuenta de que se había pasado—. Amor, perdóname, es que sabes que no me gustan los hospitales y que prefiero que cicatrice a su aire—se excusó.

—No va a poder ser. Soy enfermera, André, y te aseguro que esa herida requiere puntos. Hazle caso a tu mujer y deja que te acerque—intervino Melani.

—No es necesario, yo mismo lo haré—insistió Matías.

—¿Coserme tú? No sé si me fío mucho—le contestó Luc, entendiendo que debía rebajar el nivel de tensión.

—No, menudo pespunte feo que te haría. Decía de llevarte al hospital.

—Mil gracias, pero no es necesario, prefiero hacerlo yo, que soy su mujer—insistí porque no me fiaba de que Luc

tan cegado como estaba en ese momento, no cometiese una locura al verse solo con él. Fue escuchar mencionar a mi padre y patinarle la única neurona que parecía conservar en su atolondrada mente.

Me puse al volante y él negaba con la cabeza, sin poder callar.

—Y encima, el muy cabrón va a brindar con una botella de vino de nuestro padre, es lo que me faltaba por oír. Debería matarle después de robarle o, quizás, en el otro orden. Eso es lo que debería hacer…

—Por favor, cállate y no digas esas cosas. Me ponen muy mal…

—Porque eres una arrastrada, ¿vas a seguir mirando por él cuando se va a casar con otra? No he visto una tía más estúpida en mi vida, cada día te superas, me pones enfermo.

—Luc, ya vale, no la tomes conmigo. Me he ofrecido a llevarte, lo cual no significa que quiera escucharte, no puedo más… Tus palabras me atormentan. Mira lo que has liado por una simple botella de vino, ¿merece la pena?

—La merece si tienes orgullo y dignidad, pero como tú pareces no tener ni de lo uno ni de lo otro, pues a ti igual no… Qué asco me das, venderías tu alma al diablo solo por estar con él, ¿no? Tú quisieras ser ella, llevar un hijo bastardo de ese en el vientre… Yo nunca lo consentiría, ¿me oyes? ¡Nunca!

—Ya, se me olvidaba, que antes de eso me metes debajo de tierra y asunto arreglado, ¿no?

—Me congratula que al menos te vayas enterando. Joder con la puta sangre, ¡lo estoy poniendo todo perdido!

Para mí supuso un calvario tener que acompañarle y escucharle allí todo el rato, en el hospital, maldiciendo y tratando a puntapiés a todo el personal. Allí no tenía que hacer ningún papel y se quitó la careta.

Un rato después, ya con la cura hecha, volvimos a la casa y allí nos encontramos con la que era una estampa familiar en la que Melani estaba incluida, con Samanta hablándole al bebé y Quique diciendo que deseaba que fuese niño como él.

Luc alcanzó el dormitorio a lo justo antes de ponerse a blasfemar.

—Cómo me alegrará cuando se encuentren con el pastel y se les joda el numerito de familia feliz que están montando, qué poquito les queda ya. Solo unos últimos movimientos y todo estará en mi cuenta… Entonces seré el jodido amo del mundo, ¿me oyes, hermanita? El jodido amo…

:,

Capítulo 35



Esa noche, yo trataba de enganchar el sueño mientras que le escuchaba reírse de una forma que me daba pánico.

—No, si todavía veremos una peli porno a costa de estos dos—me decía a consecuencia de que tenía instalada una de sus cámaras en el dormitorio de Matías, y Melani se fue a dormir con él.

—Apaga eso, por favor—le pedí desde la cama.

—No me toques las narices y no vuelvas a decirme lo que tengo que hacer—me advirtió levantando el dedo con ira—. Miraré lo que me dé la gana y tú duérmete ya de una puñetera vez si no quieres cabrearme, niñata.

El caso era que no me podía dormir. No mientras supiese que tenía allí mismo la imagen de lo que estaba sucediendo en ese dormitorio. Igual contaba con una venita masoquista sin descubrir, o igual prefería verlo con mis propios ojos para desencantarme por completo, pero miré también la pantalla del dispositivo de Luc.

No, no hubo sexo entre ellos. A decir verdad, Matías no parecía estar por la labor, puesto que Melani se le puso a tiro y él no estuvo receptivo. En el fondo de mi corazón, sabía que no era a ella a quien deseaba, y aunque los celos me comían porque sería su esposa, a él no le nacía de momento volver a intimar con ella.

Melani pareció aceptarlo de buen grado y simplemente se metió en la cama con él, abrazándole. Él respondió al abrazo y, mientras ella iba poco a poco cayendo en brazos de Morfeo, él permanecía con los ojos abiertos, sin poder dormir, pensando en Dios sabía qué. Igual era en mí, porque yo sí que pensaba en él.

Finalmente, todos nos echamos a dormir y esa noche estuve especialmente atenta porque había un movimiento por parte de Luc que me mosqueaba, ya que pareció coger la costumbre de levantarse de madrugada, y tardaba un rato en volver a la cama. No entendía ese movimiento por su parte y es que, haciéndome la dormida, le veía vestirse para salir de la casa, ¿qué diablos significaba aquello? Después, se volvía a deslizar entre las sábanas como si nada hubiera pasado, no haciendo la más mínima alusión a esas incursiones nocturnas.

Pasaron unas horas hasta que el ritual se repitió. Me levanté y aguardé tras la puerta del dormitorio, donde le

escuché trastear en la cocina antes de abrir el portón y salir de la casa. Imposible entender un movimiento más de los muchos que me mosqueaban por parte de él. Nada me comentó de eso, ¿qué estaría planeando?

Estuve tentada de salir detrás de él y seguirle, si bien no me atreví a hacerlo porque conocía sus malas pulgas y, si me descubría, se me podría caer el pelo. Por esa razón, volví a meterme en la cama pensando que aquella casa guardaba demasiados secretos y que todo estaba próximo a saltar por los aires.

ı

r

)

a

escuché trastear en la cocina antes de abrir el portón y salir de la casa. Imposible entender un movimiento más de los muchos que me mosqueaban por parte de él. Nada me comentó de eso, ¿qué estaría planeando?

Estuve tentada de salir detrás de él y seguirle, si bien no me atreví a hacerlo porque conocía sus malas pulgas y, si me descubría, se me podría caer el pelo. Por esa razón, volví a meterme en la cama pensando que aquella casa guardaba demasiados secretos y que todo estaba próximo a saltar por los aires.

Capítulo 36



A la mañana siguiente jugaba con Samanta en el sofá cuando me pidió que le bajase el pequeño altavoz de música de su dormitorio, por lo que subí a cogerlo.

Matías ya se había ido a trabajar, saliendo en coche con Luc, y yo había dejado a Quique en el colegio. Se suponía que después tenía que recoger un reloj de Matías en la joyería, pero me la encontré cerrada y por eso volví antes de tiempo.

Entiendo que Melani debía pensar que estaba sola en casa, con la niña y el servicio, mientras hablaba por teléfono

—Olvídate, Jacobo, tuviste tu oportunidad y la cagaste, yo ya paso de ti—le decía—. Solo podía escucharla a ella y no a su interlocutor, pero me hirvió la sangre porque recordé que ese era el nombre del médico con el que mantuvo esa relación que no la llevó a nada y que la hundió en la miseria, ¿qué quería ese tipo? ¿Volverla loca?
—Que no, te digo—volvió ella a la carga—. Es más, no quiero que me vuelvas a llamar, ¿y qué si el niño es tuyo? ¿Acaso te importó cuando te lo conté? Y ahora resulta que, cuando estoy con otro, te jode. Pues ¡a la mierda! Paso de ti, ¿me oyes? Y no, esta vez no me vas a convencer.

Las piernas comenzaron a temblarme, ¿había dicho que el niño era suyo? Sí, yo sorda no estaba y lo escuché alto y claro, algo que me jodió sobremanera, ¿le estaba tratando de meter un gol por toda la escuadra a Matías? ¿Era eso lo que estaba pasando?

Me retiré del quicio de la puerta para evitar que me viese. Lo que había escuchado era lo suficientemente jugoso de por sí como para que no necesitase escuchar más.

A los pocos minutos, ella se vistió y bajó, encontrándome en el sofá con Samanta.

—Hola, ¿estabas aquí? —me preguntó algo cortada, no suponiendo que fuese así.

—Sí, aquí jugando con la cría—disimulé—, ¿tú qué tal?

—Yo bien, bien. Voy a desayunar algo…

—Eso, eso, que el hermanito igual tiene hambre, ¿te da pataditas? —le preguntó Samanta.

—Alguna, cariño, alguna…

—Eso es porque igual sale futbolista—añadió la niña.
Pues igual sí y era delantero como su madre, que ella parecía estar especializada en meter goles.

—A lo mejor, cariño. Oye, Juliette, ¿me acompañas mientras desayuno? Hazme un ratito de compañía, ¿no? Que seguro que a Samanta no le importa compartirte conmigo—le sonrió.

—Mientras luego me la devuelvas, ¡vale! —le contestó la niña.

Me fui con ella y me senté en la cocina a su lado. Pidió que le sirvieran un té. De la noche a la mañana, tras pasar una sola noche en la cama de Matías, se había hecho la dueña y señora de la casa, por lo que yo veía.

—Es que tengo que contarte—me dijo contenta.

—Ya, tu primera noche en su dormitorio… Bueno, tú ya me entiendes, no será la primera vez que hayas estado con él, eso es evidente, pero…

Yo le seguía la corriente, entre otras cosas, porque no podía demostrarle celos estando "casada" como estaba.

—No, ya intimamos antes, obvio—rio con cierta falsedad—, pero lo de anoche fue de otro mundo, ¡saltaron fuegos artificiales! —exclamó.

Me quedé sin respuesta porque era obvio que se lo estaba inventando. Luc se recreó en la escena, estuvo espiando hasta que ella se durmió y nada de nada, como no hubiese sido más tarde…

—Anda, pues qué bien. Y tranquila, ¿eh? Que no se escuchó nada de madrugada—le guiñé el ojo cómplice para sonsacarle.

—¿De madrugada? A esa hora estaba yo durmiendo a pierna suelta, guapa, fue al acostarnos. Le di un tute que le dejé calmadito para toda la noche. No veas si durmió bien. Es normal, está muy faltito el pobre, aunque ya la sequía se le va a acabar. A partir de ahora pienso…

Desconecté, no la escuché más porque todo aquello me estaba haciendo daño, ¿quién era esa mujer que tenía delante? Porque, sinceramente, yo no la reconocía. Siempre se presentó como mi amiga, y en esos momentos me

estaba tratando como si yo fuese una estúpida, tratando de engañarme, ¿estaba celosa de mí y pretendía hacerme creer que volvería loco a Matías en la cama? ¿Urdió ese plan al ver las reticencias de él la noche anterior?

Me sentí fatal y pensé que Matías no podía estar peor emparejado. Si hasta le había colado un embarazo que no era suyo…

No sabía qué hacer, porque me dieron muchas ganas de desenmascararla delante de él y luego pensé que tampoco era quién para hacerlo, puesto que yo igualmente le mentí desde que le conocí.

Todo aquello me generaba muchísima controversia y mi estómago empezó a dar muestras de un fuerte dolor. Me pasaba en ocasiones cuando todo se volvía en mi contra, ¿qué podía hacer ante una situación así?

Decidí que la vigilaría, que tenía que seguir sus pasos. Y así lo hice.

El resto del día lo pasé viendo cómo se ponía en plan melosa a cada instante con Matías, una vez que volvió a casa. A él no le notaba cómodo y eso que ignoraba lo mucho que Melani le escondía.

No era la única que escondía cosas, porque también Luc volvió a levantarse una vez más de madrugada, sin hacer ruido, saliendo de la casa, ¿dónde demonios iba? Entre todos parecían querer volverme loca…

Cada vez las cosas estaban más liadas, él afirmaba que en muy pocos días estaríamos fuera de allí, y yo… Yo no podía irme dejando a Matías al lado de aquella otra farsante que, al contrario que yo, sí parecía representar su papel voluntariamente… y disfrutarlo.

estaba tratando como si yo fuese una estúpida, tratando de engañarme, ¿estaba celosa de mí y pretendía hacerme creer que volvería loco a Matías en la cama? ¿Urdió ese plan al ver las reticencias de él la noche anterior?

Me sentí fatal y pensé que Matías no podía estar peor emparejado. Si hasta le había colado un embarazo que no era suyo…

No sabía qué hacer, porque me dieron muchas ganas de desenmascararla delante de él y luego pensé que tampoco era quién para hacerlo, puesto que yo igualmente le mentí desde que le conocí.

Todo aquello me generaba muchísima controversia y mi estómago empezó a dar muestras de un fuerte dolor. Me pasaba en ocasiones cuando todo se volvía en mi contra, ¿qué podía hacer ante una situación así?

Decidí que la vigilaría, que tenía que seguir sus pasos. Y así lo hice.

El resto del día lo pasé viendo cómo se ponía en plan melosa a cada instante con Matías, una vez que volvió a casa. A él no le notaba cómodo y eso que ignoraba lo mucho que Melani le escondía.

No era la única que escondía cosas, porque también Luc volvió a levantarse una vez más de madrugada, sin hacer ruido, saliendo de la casa, ¿dónde demonios iba? Entre todos parecían querer volverme loca…

Cada vez las cosas estaban más liadas, él afirmaba que en muy pocos días estaríamos fuera de allí, y yo… Yo no podía irme dejando a Matías al lado de aquella otra farsante que, al contrario que yo, sí parecía representar su papel voluntariamente… y disfrutarlo.

Capítulo 37



A la mañana siguiente la seguí. La escuché hablar por teléfono con el tal Jacobo de nuevo, accediendo a quedar con él.

Se citaron en la puerta de la clínica en la que él seguía trabajando, de donde ella salió en su día.

Les observé de cerca sin que ella me viera. Para mis adentros me reí pensando en que Luc podía opinar lo que le diese la gana, pero había muchas cosas que sí se me daban bien. Y me di cuenta que hacer de detective era una de ellas.

Ambos se reprochaban cosas. En lo único en lo que no debió mentirme Melani era en que mantuvieron una relación tóxica, puesto que aquello olía a podrido y el cruce de reproches parecía interminable.

—No, a mí no me vengas con esas. Yo te lo advertí, que, si no te hacías cargo del bebé en el momento, no me vinieras luego con lamentaciones—le decía ella.

—Ya, ya, por eso has buscado alguien a quien cargarle el mochuelo, ¿no?

—No hables así de mi hijo, no se te ocurra…

—Es una manera de decirlo. Y te recuerdo que también es mi hijo.

—De eso nada, el bebé va a ser un Moguer. Imbécil, ¿cómo se te ocurre aparecer ahora entrometiéndote en mi vida? ¿Quién te has creído que eres para poder permitirte algo así? Maldito seas, Jacobo, maldito seas.

—No me voy a quedar de brazos cruzados, Melani. Quiero recuperarte… y también al bebé.

—Pues espera sentado, que de pie te cansarás. No voy a consentir que te entrometas en mi vida ahora que he logrado engañar al incauto de mi jefe…

—Antes yo era tu jefe y eso te ponía—se rebeló el otro.

—Pero tú ya pasaste de moda, querido…

—Esto no se va a quedar así, te prometo que no. Si me pones en esa tesitura, le diré a ese tío quién es el verdadero padre de ese niño.

—No tendrás huevos de hacer una cosa así—le contestó ella en un tono tan soez que me recordó al de Luc, y eso provocó que me recorriera un escalofrío.

Me quedé con el cante de cuanto estaba sucediendo entre aquellos dos y también urdí mi propio plan.

Si solo me quedaban unos días en la casa, no pensaba marcharme dejando a Matías en un marrón así, sin advertirle. Antes de eso me llevaría por delante a quien me tuviese que llevar, porque empezaba a estar muy harta de esos manipuladores que tenía a mi alrededor.

Necesitaba algo de tiempo a solas para poder escribir esa carta: una carta que le dejaría escrita a Matías el día de mi marcha.

En mi dormitorio no podía hacerlo, puesto que si Luc me pillaba me la liaría mortal. Él no entendería que me metiese en nada de aquello y yo no deseaba tocarle más la moral.

Escribí la carta aquella mientras los niños coloreaban, dejándola en una pequeña carpeta de la que solía sacarles láminas que colorear, que yo misma fotocopiaba en el pueblo para que se distrajeran.

En ella, hablaba en nombre de Jacobo y le decía a Matías que era el padre del hijo que Melani trataba de endosarle y que, si tenía dudas, fuese a verle a su puesto de trabajo. También le advertía de que ella no era precisamente un angelito y que le estaba manipulando por completo.

Me sentí satisfecha porque al menos tomé una decisión por mí misma, una que esperaba que sí me saliera bien y no se me volviese en contra como había ocurrido en anteriores ocasiones.

En cuanto a Luc, sabía que tramaba algo, por lo que volví a observarle aquella madrugada en la que actuó de un modo idéntico al que ya acostumbraba.

Me levanté y, esa vez, traté de seguirle con la vista hasta que pude. Llevaba en la mano una bolsa que cogió de la cocina y se encaminó hacia el interior de los terrenos de la casa, esos que parecían interminables y que él debía dominar bastante bien a esas alturas.

Luc no era de caminar demasiado y el frío helaba las entrañas, ¿qué hacía? No me lo imaginaba comiéndose un bocadillo a la intemperie a la luz de la luna mientras se congelaba, ¿a dónde iba?

Hice ademán de seguirle, pero reconozco que bastó con que mirase una vez hacía atrás para disuadirme. Ya me había dejado claro que él no se andaba con chiquitas y que solía portar una pistola, por lo que no estaba precisamente dispuesta a encabritarle hasta el punto de que apretase el gatillo.

Me senté en el filo de la cama pensando en que todo aquello era un despropósito, ¿cuántos secretos se guardaban en aquella casa? Todo a mi alrededor parecía estar desmoronándose y me asustaba. No me podía fiar de nadie, tan solo de Matías, a quien no había vuelto a ver a solas desde que se supo la noticia del embarazo de Melani.

Por cierto, que ella se levantó y me pilló allí, en el quicio de la puerta, dándome un susto de muerte.

—¿Qué diablos haces ahí, Juliette? Se te congelarán hasta las muelas del juicio. Vuelve a la cama con Luc—me indicó.

—¿Tú has bajado a tomarte algo? —me alarmé porque le sorprendiera volviendo a la casa, tras su nueva incursión.

—Sí, ¿pasa algo?

—Nada de nada… Yo ya me acuesto, que no me quiero desvelar.

—Claro que sí, bonita. Venga, hasta mañana.

Luc no era tonto y debió esperar a que la luz de la cocina estuviese de nuevo apagada para entrar en la casa. Allí había un movimiento nocturno impresionante, todos yendo y viniendo con sus secretos. Por supuesto que me hice la dormida cuando se metió de nuevo en la cama. Debía venir tiritando, solo a él se le ocurría salir de la cama calentito para dar un paseo por el bosque a medianoche, con el suelo helado por las bajísimas temperaturas que asolaban la zona en aquellos días.

Luc no era de caminar demasiado y el frío helaba las entrañas, ¿qué hacía? No me lo imaginaba comiéndose un bocadillo a la intemperie a la luz de la luna mientras se congelaba, ¿a dónde iba?

Hice ademán de seguirle, pero reconozco que bastó con que mirase una vez hacía atrás para disuadirme. Ya me había dejado claro que él no se andaba con chiquitas y que solía portar una pistola, por lo que no estaba precisamente dispuesta a encabritarle hasta el punto de que apretase el gatillo.

Me senté en el filo de la cama pensando en que todo aquello era un despropósito, ¿cuántos secretos se guardaban en aquella casa? Todo a mi alrededor parecía estar desmoronándose y me asustaba. No me podía fiar de nadie, tan solo de Matías, a quien no había vuelto a ver a solas desde que se supo la noticia del embarazo de Melani.

Por cierto, que ella se levantó y me pilló allí, en el quicio de la puerta, dándome un susto de muerte.

—¿Qué diablos haces ahí, Juliette? Se te congelarán hasta las muelas del juicio. Vuelve a la cama con Luc—me indicó.

—¿Tú has bajado a tomarte algo? —me alarmé porque le sorprendiera volviendo a la casa, tras su nueva incursión.

—Sí, ¿pasa algo?

—Nada de nada… Yo ya me acuesto, que no me quiero desvelar.

—Claro que sí, bonita. Venga, hasta mañana.

Luc no era tonto y debió esperar a que la luz de la cocina estuviese de nuevo apagada para entrar en la casa. Allí había un movimiento nocturno impresionante, todos yendo y viniendo con sus secretos. Por supuesto que me hice la dormida cuando se metió de nuevo en la cama. Debía venir tiritando, solo a él se le ocurría salir de la cama calentito para dar un paseo por el bosque a medianoche, con el suelo helado por las bajísimas temperaturas que asolaban la zona en aquellos días.

Capítulo 38



Les estaba preparando la merienda a los críos a la mañana siguiente cuando me encontré a Samanta sola en el sofá.

—¿Dónde está Quique, cariño? Mira que se le enfriará la leche y luego se queja…

—Ha subido al dormitorio de papá, a darle una carta—me comentó ella mientras seguía viendo los dibujitos animados.

—¿Qué carta, cariño? —le pregunté preocupada.

—Ah, una en la que ponía “Para Matías” que encontró debajo del sofá. Estaba buscando láminas para colorear en tu carpeta cuando la vio.

—¿En mi carpeta? ¿Él la ha cogido de mi dormitorio?

—No, la dejaste en esa mesa—me indicó—. Pero que la carta estaba debajo del sofá—reiteró sonriéndome inocente.

Obvio que ella no lo había relacionado, pero la carta se le cayó a su hermano de mi carpeta, yendo a parar al suelo La cosa ya no tenía remedio, yo no quería que nada de aquello estallase mientras estuviese en la casa porque Luc no me lo perdonaría. Ojalá no me relacionasen con la carta o era mujer muerta.

Matías bajó con su hijo al lado. Su gesto era de total descomposición, de acabar de enterarse de una traición imperdonable, pero mantenía la compostura.

—Hijos, vuelvo en un rato—les dijo y luego me miró a mí—. Juliette, te quedas con ellos, ¿verdad?

—¿Te vas con el coche? ¿Llamo a Luc? —le pregunté preocupada.

—No, nada de eso. Salgo un ratito en mi moto, tengo un recado que hacer.

Me estremecí al verle marchar porque le imaginaba a golpes con ese tío. Ojalá que la sangre no llegase al río, ojalá que ambos llegaran a la conclusión de que no merecía la pena.

Melani volvió un rato después y se sentó a mi lado.

—¿Dónde está Matías? —me preguntó.

—Ha salido a un recado, según me ha dicho.

Antes de que ella llegase, eso sí, tomé la precaución de recuperar la carta y quitarla de en medio, para no levantar las sospechas de nadie. Con lo mal que salió Matías, bien podría haberla hecho pedazos él mismo y ni siquiera recordarlo.

—Ah, no me dijo que tuviese previsto salir esta tarde. Bueno, da lo mismo, mira lo que he comprado, ¿no son ideales? —me comentó sacando una virguería de una bolsa de una tienda de moda infantil—. Sus primeros patucos—me comentó.

—¿Del bebé? Yo quiero verlos—le pidió Samanta.

—Pues claro, cielo, del bebé. No van a ser tuyos, que ya tienes los pies muy grandes—rio y la niña con ella.

Ella que se riera, que seguro que Matías no paraba hasta dar con Jacobo. La clínica en la que trabajaba no era grande ni el suyo un nombre demasiado común, por lo que, si no le encontraba allí, estaba segura de que se las ingeniaría para enterarse de su dirección.

Matías no iba a parar hasta llegar al fondo del asunto y Melani fliparía culpando a Jacobo por irse de la lengua. Yo me lavaría las manos por una vez en mi vida, puesto que lo hacía por el bien del hombre al que amaba y no pensaba pararme a pensar en nada más. Allá se las apañaran.

Por el poco tiempo que tardó en volver, comprendí que debió pillar a Jacobo en su turno, ya que fue visto y no visto. Melani también comprendió algo, concretamente que las cosas habían cambiado, cuando le vio entrar como lo hizo.

—Niños, id a vuestros dormitorios, por favor—les pidió su padre.

—Pero, papá, que estoy viendo la tele—le contestó Samanta haciéndose la remolona.

—No me lo hagas repetir, hija, es importante—añadió él mientras que Melani estaba a punto de cortocircuitar al no saber por qué él la miraba con tanta seriedad.

á

—Yo me los llevo, Matías—le dije tratando de que se tranquilizase.

—No, por favor, quiero un testigo…

Ya a solas los tres, se dirigió a ella.

—Melani, pónmelo fácil y vete de esta casa, por favor—le exigió con total seriedad.

—Pero, cariño, ¿qué estás diciendo? —balbuceó ella.

—Jacobo, ¿te dice algo ese nombre?

Ella, que se estaba levantando del sofá en ese preciso instante, se quedó medio cogida.

—¿Jacobo? ¿Qué tiene que ver Jacobo en nada de esto?

—Lo sabes muy bien, que para algo es el padre de tu hijo. Él mismo me lo acaba de confesar, puedes comprobarlo —no le dio más detalles, para mi tranquilidad.

—¿Jacobo ha venido a buscarte? ¿Eso ha hecho?

—¿Crees que mereces explicaciones después de tu comportamiento? Sabes que no soy el padre y has tratado de colármela. Si no sales de esta casa por tu propio pie, me veré obligado a llamar a la policía.

ɔ Luc entró en ese momento en el salón. A él sí que todo aquello le cogía por sorpresa, por lo que enarcó una ceja.

—Matías, ¿qué está pasando aquí? —le preguntó.

—André, te pido por favor que acompañes a Melani a donde ella te diga que la dejes.

—¿Y ya? ¿Eso es todo? —le increpó ella, poniéndose delante de él.

—En realidad se me han quedado muchas cosas en el tintero, cosas que te diría, pero no te voy a dar el gusto. Personas como tú no son las que quiero en mi vida ni en la de mis hijos. Cada uno nos reconocemos por nuestros

propios actos y tú debes saber de sobra cómo eres. Me da igual cómo te fuera con él, solo sé que yo no me merecía que me metieses en ese marrón. Te acostaste conmigo solo por lo que pudiera pasar, por si tenías que endosarme esa paternidad, ¿quieres más explicación? Supongo que no, deja que André te lleve donde sea que pienses marcharte, por favor.

Procuré no mirarla, disimulando no haber tenido nada que ver en aquello, pero haciendo la "v" de la victoria interiormente porque por fin se comenzaba a hacer algo de justicia en todo aquello, puesto que Matías, sin saberlo estaba amenazado por todas partes.

Muy digna ella, ni siquiera me dejó que la ayudara a recoger sus cosas, ni se despidió de mí ni de los niños. Con eso me demostró que no le importaba un bledo mi amistad ni el cariño de esos peques a los que yo sí que adoraba. Y cada día más.

ɔ

propios actos y tú debes saber de sobra cómo eres. Me da igual cómo te fuera con él, solo sé que yo no me merecía que me metieses en ese marrón. Te acostaste conmigo solo por lo que pudiera pasar, por si tenías que endosarme esa paternidad, ¿quieres más explicación? Supongo que no, deja que André te lleve donde sea que pienses marcharte, por favor.

Procuré no mirarla, disimulando no haber tenido nada que ver en aquello, pero haciendo la "v" de la victoria interiormente porque por fin se comenzaba a hacer algo de justicia en todo aquello, puesto que Matías, sin saberlo, estaba amenazado por todas partes.

Muy digna ella, ni siquiera me dejó que la ayudara a recoger sus cosas, ni se despidió de mí ni de los niños. Con eso me demostró que no le importaba un bledo mi amistad ni el cariño de esos peques a los que yo sí que adoraba. Y cada día más.

Capítulo 39



Coincidí con Matías en el desayuno del día siguiente, tras dejar a los críos en el cole, pues Samanta reanudó sus clases, y mientras Luc fue a cumplir un encargo.

Su aspecto mostraba abatimiento y tenía ganas de sincerarse conmigo, por lo que no tardó en darme palique.

—No fue él, no fue Jacobo quien me escribió esa carta—me comentó.

—Ya, la carta que te hicieron llegar y que encontraron los niños, ¿no?

—Esa misma. Y ya te digo que no fue él. Ese hombre reconoció que no me tenía el menor aprecio porque el hijo de Melani era suyo e incluso me contó que por esa razón yo no le despertaba la menor simpatía. Fue honesto, lo fue desde el momento en el que me presenté ante él, pero negó categóricamente haberme hecho llegar ninguna carta. Todo esto me escama mucho, ¿quién más podría tener interés en que yo supiera una cosa así?

Las piernas me temblaron una vez más. Eran muchos los secretos que yo llevaba en mi interior y él notó que algo le ocultaba.

—Cierto que es raro. Oye, Matías, tengo que marcharme a mi dormitorio, he dejado unas cosas sin hacer y…

—Juliette, ¿puedes hacerme un favor? —me pidió.

—Claro, ya que voy de camino, por supuesto, ¿quieres que lleve tu ropa al cuarto de lavandería? Es lo que voy a hacer con la mía.

—No es eso, solo pretendo que me mires y que me prometas que me estás diciendo la verdad, que no sabes quién está detrás de la escritura de esa carta, la cual, por cierto, ha desaparecido y, con ella, la posibilidad de dar con su autor, pues estaba escrita del puño y letra de alguien.

—Matías, debo irme. Te lo pido por favor…

—No, Juliette, no te vayas hasta que me lo cuentes, te lo ruego. Nos están pasando muchas cosas en esta casa y ya no sé qué pensar, ¿tuviste algo que ver? ¿Fuiste tú quien me alertó de que me la estaban colando?

No entraba en mis planes, aunque terminé asintiendo. Era inútil que lo negase porque él lo había visto en mis ojos. No se me daba nada bien mentir, cada día se me hacía más cuesta arriba. Odiaba la vida que me estaba tocando llevar por culpa de Luc.

—Vale, sí, fui yo. Lo siento, lo siento mucho, Matías.

—¿Qué es lo que debes sentir exactamente? —me sonrió.

—No haber sido capaz de decírtelo y utilizar esa carta para ello. En realidad, ni siquiera debió llegar a tus manos ese día, sino un poco más tarde—se me escapó decirle.

—¿Un poco más tarde? ¿Cuándo? —se extrañó.

—Es difícil de explicar. Solo quiero que sepas que yo no espiaba a Melani, que esa información llegó hasta mí por casualidad. La escuché hablar con ese hombre por teléfono y entonces la seguí. Melanie no era quien tú pensabas, aunque yo fui la primera sorprendida. La tenía por mi amiga y no, la pillé en más de una mentira. Se volvió otra nada más conseguir que te comprometieses con ella y con el bebé.

—No, no se volvió otra. Esa mujer, pese a disimularlo muy bien, era fría y calculadora. Cuando logró que me comprometiese con ella, a base de engaños, salió su verdadera cara. Ya no tenía que fingir…

—No es fácil fingir—suspiré.

—¿Estás bien? Tú no tienes que sentirte culpable por nada, Juliette. Te estoy muy agradecido por abrirme los ojos. Creí sus palabras a pies juntillas, ni siquiera le pedí una prueba de paternidad ni nada parecido.

—Ya lo vi, actuaste así porque eres un buen hombre. Y ella se aprovechó de eso. Les suele ocurrir a las buenas personas.

—No soy tan bueno. Soy un tipo normal, quizás un poco confiado, eso sí. Lo cierto es que espero que no me veas con peores ojos por lo que te voy a decir, pero me siento aliviado.

—¿No querías tener ese hijo?

—Lo hubiese tenido, por supuesto que sí. Jamás escaparía de mis responsabilidades, pero no voy a negarte que se me hacía muy cuesta arriba convertirme en padre con una persona de la que no estoy enamorado.

—Lo entiendo, ¿cómo voy a pensar mal de ti por eso?

—Me alivia saberlo, me quitas un gran peso de encima. Mejor que nadie sabes que no es por Melani por quien siento. Y me encuentro fatal volviendo a sacar este tema, porque sé que le debo mucho a André, él le salvó la vida a Samanta. Te juro que trato a todas las horas de luchar contra esto que siento por ti, Juliette, pero es en vano. No lo logro, por más que trato de sacarte de mi cabeza, siempre estás ahí. Y no sé cuánto tiempo más voy a poder soportarlo.

—Igual sería mejor para ti perderme de vista—le comenté entre suspiros, pensando en que eso sería lo que ocurriría muy pronto.

—Sabes igual que yo que esa no sería la solución. Una persona no se desenamora de otra por no verla.

—Ya, supongo que se desenamora por un desengaño, ¿no?

—Lo dices como si nunca hubieras sufrido uno, ¿es así?

—Así es—asentí—. Yo nunca me he desenamorado…

—Entonces, ¿sigues enamorada de André? Porque yo no lo veo, te prometo que no te miento cuando te digo que intuyo en tu mirada…

Escuchamos abrirse la verja de entrada en ese momento. Luc llegaba y, para mi tranquilidad, aquella conversación que se estaba intensificando más de lo debido para mí, tocó a su fin.

Salí de la cocina porque no deseaba que él me viese allí con Matías.

—Me voy a hacer mis cosas, Matías.

—Gracias por escribir esa carta, Juliette. Tú no eres como Melani, hay mucha verdad en ti—murmuró haciéndome daño, porque yo le estaba engañando mucho, mucho más de lo que él podía suponer, y nada podía hacer por remediarlo. El miedo, ese miedo que sentía de Luc, me impedía tomar cartas en el asunto y poner fin a aquella locura.

ı

ı

e

Capítulo 40



Aquella misma tarde, Matías me pidió un favor.

—Los niños no entienden nada de lo ocurrido, han llegado del colegio preguntando por Melani y por su hermanito —irrumpió Matías en la cocina para contarme.

—Era de prever—me lamenté.

—Me siento rematadamente mal porque creo que me precipité al contárselo. No la conocía de nada y me lancé al vacío sin paracaídas, ¿en qué clase de padre me convierte eso? —resopló nervioso.

—Pues justamente en uno que estaba a punto de hacerse cargo de un tercer hijo sin rechistar. Básicamente, en lo que viene siendo un buen hombre, Matías.

—Eres muy buena y condescendiente conmigo. Una gran mujer…

—Solo me comporto contigo como te mereces. No deberías exigirte tanto, porque lo das todo por tu familia, y alguien así no debería pagar por los pecados de otros—le comenté pensando en que me volvería loca cuando lo perdiese todo.

—No, no te hagas una idea equivocada, he cometido mis errores en la vida y a veces he pagado por ellos. Ahora, de hecho, me toca darles una serie de explicaciones a mis hijos que me hubiese ahorrado de ser más cauto.

—Y dale, mira que eres pesadito. Te equivocas como todo el mundo, solo que con tu mejor intención, porque la tuya no puede ser mejor.

—¿Y tú, Juliette? ¿Qué hay de ti? Pareces perfecta, ¿también te equivocas tú?

—Buff, tela, no quieras saber cuánto…

—Ya será menos, ¿me ayudarás a contárselo? —me pidió con una amplia sonrisa de oreja a oreja.

—Claro, ¡vamos al lío!

No se trataba de una explicación fácil, sino de una que había que dar con muchísimo tacto, puesto que los críos se habían hecho ilusiones. También fue mala suerte no saber la verdad un poco antes y habérnosla podido ahorrar, pero el caso es que me dispuse a ayudar a Matías. Mientras yo permaneciera en aquella casa, él podría contar conmigo para todo lo que necesitase.

—Papá, ¿por qué tienes esa cara? —le preguntó nada más sentarse la espabilada de Samanta, mientras Quique asentía.

—Hijos, porque tengo que contaros algo un poco desagradable que me ha sucedido y que nos afecta a todos—los abrazó a ambos.

—¿Estás malito, papá? ¿Te va a pasar algo malo como a mamá y al abuelito? —prosiguió Quique con la ronda de preguntas.

—No, hijo mío. Por suerte, estoy sano como una pera, no se trata de nada de eso.

—¿Y entonces, papá? ¿Es por Melani? ¿Dónde están ella y el hermanito? —quiso saber Samanta.

—Hija, Melani se ha ido. Es complicado de explicar… A ver cómo lo hago.

—Tampoco es tan complicado—intervine porque lo vi muy, muy apurado—. Veréis, chicos, todos los bebés tienen un papá y una mamá, ¿verdad? Pues bien, saber quién es la mamá es muy fácil, pero a veces, con el papá, hay equivocaciones—les edulcoré el tema.

—¿Cómo equivocaciones? —Quique puso cara de no estar muy convencido de eso.

—Sí, cariño, equivocaciones—seguí explicándole—. Y Melani pensó que vuestro papá era el del bebé y al final ha resultado que no, que ha aparecido el verdadero papá y, claro, como los bebés son tan bonitos, se quiere queda con él. Además, que vuestro papá ya tiene dos hijos y el otro hombre no tiene ninguno, así que es justo.

—¡Anda, qué lío! —exclamó Samanta, aunque, por suerte, no parecía disgustada. Los críos son así, te dan sorpresas.

—Pues nos quedamos sin bebé—añadió Quique.

—Al menos de momento, porque nunca se sabe, hijos—intervino su padre.

—Pues si vas a tener otro, no te equivoques, papi—se encogió la niña de hombros—. Porque a lo mejor quieres tener uno más algún día.

—O dos, hija, o dos más, siempre que sea con la mujer que ame—murmuró y, en ese momento, no pudo evitar mirarme.

A continuación, entró Luc en el salón, y me atemoricé por si había captado el comentario y la mirada de Matías, ya que todo me lo hacía pagar a mí.

También Matías se sintió mal y carraspeó de inmediato, yendo a charlar con él. No quería fallarle a su chófer, a quien pensaba que le debía mucho, pero en el camino por evitarme se fallaba a sí mismo, y su lucha interna era tremenda.

Los niños siguieron jugando como si tal cosa, y yo me dediqué a entretenerles el resto de la tarde. Nadie como los peques para darnos las mejores lecciones de vida, ya que a menudo son capaces de encajar los golpes con una fortaleza prodigiosa, no dándoles la menor importancia.

Me lo pasaba bomba con ellos y casi siempre terminábamos los tres haciendo la croqueta en la gran alfombra que había delante de los sofás, con la chimenea encendida y ese olor a leña que me recordaba a mi hogar.

Hubiera dado tanto por poder quedarme allí con ellos y eliminar a Luc de la ecuación. A mi hermano no le deseaba ningún mal, simplemente querría cerrar los ojos y que, al abrirlos, él ya no estuviese en mi vida. Tan sencillo como eso.

A Matías le vi mucho más relajado a la hora de la cena. Se había quitado de los hombros una enorme mochila al saber que los niños no hicieron una tragedia por la marcha de Melani y el bebé. Eran dos críos adorables que no solían crearle ningún problema a su padre, quien se sentía inmensamente orgulloso de ambos.

—Al menos de momento, porque nunca se sabe, hijos—intervino su padre.

—Pues si vas a tener otro, no te equivoques, papi—se encogió la niña de hombros—. Porque a lo mejor quieres tener uno más algún día.

—O dos, hija, o dos más, siempre que sea con la mujer que ame—murmuró y, en ese momento, no pudo evitar mirarme.

A continuación, entró Luc en el salón, y me atemoricé por si había captado el comentario y la mirada de Matías, ya que todo me lo hacía pagar a mí.

También Matías se sintió mal y carraspeó de inmediato, yendo a charlar con él. No quería fallarle a su chófer, a quien pensaba que le debía mucho, pero en el camino por evitarme se fallaba a sí mismo, y su lucha interna era tremenda.

Los niños siguieron jugando como si tal cosa, y yo me dediqué a entretenerles el resto de la tarde. Nadie como los peques para darnos las mejores lecciones de vida, ya que a menudo son capaces de encajar los golpes con una fortaleza prodigiosa, no dándoles la menor importancia.

Me lo pasaba bomba con ellos y casi siempre terminábamos los tres haciendo la croqueta en la gran alfombra que había delante de los sofás, con la chimenea encendida y ese olor a leña que me recordaba a mi hogar.

Hubiera dado tanto por poder quedarme allí con ellos y eliminar a Luc de la ecuación. A mi hermano no le deseaba ningún mal, simplemente querría cerrar los ojos y que, al abrirlos, él ya no estuviese en mi vida. Tan sencillo como eso.

A Matías le vi mucho más relajado a la hora de la cena. Se había quitado de los hombros una enorme mochila al saber que los niños no hicieron una tragedia por la marcha de Melani y el bebé. Eran dos críos adorables que no solían crearle ningún problema a su padre, quien se sentía inmensamente orgulloso de ambos.

Capítulo 41



No recordaba ya nada de lo sucedido esa tarde cuando me metí por la noche en el dormitorio con Luc.

—Zorra, ¿a qué estabais jugando antes en el salón? ¿A la familia feliz? ¿Quieres quedarte con él y abandonarme a mí? ¿Es eso lo que quieres? —me preguntó con furia incontenida tirándome contra la cama y haciéndome daño.

—¿Qué dices? ¿Estás loco? Solo le ayudaba a contarle a los niños lo de Melani.

—¿Lo de esa otra zorra? Se hubiera merecido que se la colara, Matías se lo hubiera merecido. Ese hijo de perra tiene mucho que pagar, pero yo me lo voy a cobrar.

—¡¡No hables así de él!! —le exigí incorporándome y, de pronto, noté cómo me ardía la mejilla.

Resulta curioso pensar que te arda cuando ni siquiera has visto venir el bofetón, cuando el maltratador actúa con tanta rapidez que te impide esquivar el golpe. Me llevé la mano a la cara y las lágrimas se agolparon en mis lagrimales, aunque no les di salida para no mostrarle el dolor que estaba sintiendo, más psíquico aún que físico.

—¡En tu puta vida me vuelvas a hablar así! —me chilló—. Te juro que, si vuelves a hacerlo, ¡te mato! ¡Te aniquilo!

Yo había oído hablar de la enajenación mental transitoria, un estado que perturba tus facultades y que te lleva a tomar decisiones que, de no sufrirlo, nunca tomarías.

Supe lo que era experimentar esa enajenación en mis propias carnes esa noche, con esos últimos gritos que me dio Luc, profiriendo amenazas de muerte contra mi persona.

Yo jamás le había hecho daño a un ser vivo, pero en ese instante llegué a la conclusión de que jamás podría disfrutar de una vida normal mientras él siguiera manejando mis hilos… Y también supe que esos hilos no dejaría de manejarlos nunca, porque él vivía para doblegarme y hacerme cumplir su voluntad.

No voy a justificar la decisión que tomé, si bien ya digo que estaba afectada por un vía crucis de años por el que mi hizo pasar el que se llamaba mi hermano, y que se había acentuado mucho en los últimos meses.

No quiero darle más vueltas, sino simplemente confesar que llegué a la conclusión de que iba a matar a Luc, así d simple. Y que lo haría con su propia pistola, con esa que solía llevar con él, pero que guardaba en el cajón de su mesilla de noche por las noches.

Mi padre siempre tuvo armas en casa porque era cazador. A mí no me gustaba la caza. De hecho, con los años llegué a detestarla, pero durante años seguí de cerca sus pasos y sabía muy bien cómo se manejaba un arma.

Le estuve dando vueltas a dónde hacerlo y concluí que en cualquier sitio menos dentro de aquella casa, puesto que ni Matías ni mucho menos sus hijos se merecían que en su hogar ocurriese un hecho tan lamentable como ese, que perturbase para siempre la imagen idílica que tenían de aquella maravillosa vivienda en la que transcurría su vida familiar.

Pese a que tomé esa decisión, tampoco tendría muchas posibilidades de acabar con la vida de Luc lejos de la casa, por lo que pensé hacerlo en sus terrenos, fuera de la vista de todos, aquella noche cuando se levantase de madrugada como estaba haciendo habitualmente.

Me decidí del todo mientras él entró en la ducha, después de formarme la marimorena. Entonces se metió a asearse tranquilamente, canturreando como si nada hubiese pasado.

En ese rato, aproveché para comprobar que, efectivamente, su pistola estaba en el cajón de la mesilla de noche y hasta la tomé en mis manos, familiarizándome con su seguro, con el gatillo… Incluso me imaginé mentalmente disparándole y acabando con todo el dolor que logró que acumularse en mi interior a lo largo del tiempo.

Me hice la dormida cuando él salió y entonces me dio por pensar que ya no volvería a cruzar ninguna palabra más con aquella bestia, que ya habíamos hablado en la vida todo lo que debíamos hablar.

Cuando tomas una decisión así, la mente se te enfría y los sentimientos no parecen tener cabida en ti, te vuelves un ser autómata que solo tiene un fin, y que lo dará todo por conseguirlo.

Vi cómo comprobaba todas las cámaras antes de acostarse y disfruté con la idea de que estaba ajeno a que ya no vigilaría a nadie más, deseándole el mal. Luc había logrado sacar lo peor de mí, que mis más bajos instintos—eso que ni yo sabía que tuviese—, salieran a flote.

Seguí haciéndome la dormida cuando él se metió en la cama. No tenía nada que agradecerle a aquel hombre que me había vejado y pretendió que me viera muy chiquitita a su lado, y no hablo de edad. Luc persiguió reducirme a la nada para así poder manejarme a su antojo.

Se había terminado, el tiempo en el que me ninguneó como quiso había llegado a su fin y yo enviaría al otro barri
a aquel pérfido que solo buscaba el mal ajeno. Ya no viviría bajo su yugo ni volvería a sentir ese miedo que te
recorre el cuerpo de cabeza a pies y te impide dar un paso.

Él aún estaba en el mundo y yo ya me imaginaba libre, pudiendo hacer con mi vida lo que buenamente quisiese.
Ninguna situación podía asemejarse a aquella. Fue tanta la emoción que sentí en mi cuerpo, que temí que él
pudiera percibirla y dar al traste con mi plan antes incluso de que lo pusiera en marcha.

Sin duda, todo era el fruto de la invención de mi mente, pues él trataba de conciliar el sueño, ajeno a que tenía las
horas contadas. Esa sería la última vez que durmiera antes de alcanzar ese que llaman el sueño eterno.

No me sentía culpable, para nada me sentía así cuando lo cierto es que libraría al mundo de un mal bicho que
sembraba el mal a su paso. Yo sí que no me podría permitir el lujo de dormir esa noche. Debería permanecer
alerta para que, cuando él hiciera por levantarse, seguirle disimuladamente y darle caza una vez se internase en el
bosque.

Mis niveles de adrenalina estaban a tope y nunca el corazón me bombeó con tanta fuerza como esa madrugada qu
sería la primera del resto de mi vida. No pensé en las consecuencias. Sencillamente me prometí a mí misma que lo
haría y no cejaría en el empeño hasta sacarle de la circulación.

Se había terminado, el tiempo en el que me ninguneó como quiso había llegado a su fin y yo enviaría al otro barrio a aquel pérfido que solo buscaba el mal ajeno. Ya no viviría bajo su yugo ni volvería a sentir ese miedo que te recorre el cuerpo de cabeza a pies y te impide dar un paso.

Él aún estaba en el mundo y yo ya me imaginaba libre, pudiendo hacer con mi vida lo que buenamente quisiese. Ninguna situación podía asemejarse a aquella. Fue tanta la emoción que sentí en mi cuerpo, que temí que él pudiera percibirla y dar al traste con mi plan antes incluso de que lo pusiera en marcha.

Sin duda, todo era el fruto de la invención de mi mente, pues él trataba de conciliar el sueño, ajeno a que tenía las horas contadas. Esa sería la última vez que durmiera antes de alcanzar ese que llaman el sueño eterno.

No me sentía culpable, para nada me sentía así cuando lo cierto es que libraría al mundo de un mal bicho que sembraba el mal a su paso. Yo sí que no me podría permitir el lujo de dormir esa noche. Debería permanecer alerta para que, cuando él hiciera por levantarse, seguirle disimuladamente y darle caza una vez se internase en el bosque.

Mis niveles de adrenalina estaban a tope y nunca el corazón me bombeó con tanta fuerza como esa madrugada que sería la primera del resto de mi vida. No pensé en las consecuencias. Sencillamente me prometí a mí misma que lo haría y no cejaría en el empeño hasta sacarle de la circulación.

Capítulo 42



Serían aproximadamente las tres de la madrugada cuando él se despertó y, entonces, se incorporó en la cama.

Yo contenía la respiración, al acecho, simulando estar dormida cuando lo cierto era que me encontraba más despierta que nunca. El corazón me iba a mil y trataba por todos los medios que sus latidos no se escucharan en el silencio de la habitación, como si tal cosa fuese posible, como si esa idea no fuese un auténtico disparate.

Luc ni siquiera se quitó su pijama, sino que se echó un chaquetón por encima de él, calzando sus botas. A continuación, con sumo cuidado, abrió la puerta del dormitorio y, una noche más, entró en la cocina, donde permaneció por corto espacio de tiempo. Tras ello, salió y enfiló los terrenos del bosque, en los que se adentró.

Para ese momento, yo ya comenzaba a seguirle a una prudente distancia. Igual que él, no me entretuve y cogí mi chaquetón más calentito, el cual me revistió, junto con mis botas de pelito. Nada de ello me hubiese hecho falta, y eso que la noche estaba realmente fría, pero la forma en la que la sangre me ardía en las venas provocó que entras en calor.

Había tomado la pistola del cajón de su mesilla de noche. Era obvio que, allá donde fuese, no la necesitaba, puest que de otra forma la habría llevado encima.

Era yo quien la portaba. Ni siquiera el frío del cañón traspasaba mi piel, puesto que llevaba las manos al descubierto para ayudarme a no errar en el tiro.

Lo tenía todo pensado y más que pensado. Llegado el momento, cuando se hubiese internado en el bosque lo suficiente, no dudaría un solo momento en aniquilarle como él me amenazaba con hacer conmigo.

No pensaba en las consecuencias, tan solo en la redención… En eso era en lo que pensaba cuando le seguía con la mirada, a cierta distancia aún, y entonces pisé unas hojas y él volvió la cabeza.

De inmediato, me metí tras unos matorrales y el miedo me invadió mientras él dirigió la luz de su linterna hasta esos en los que me refugié, con la suerte de que no me vio. No estaba cerca y, además, yo me camuflé bien.

Tras mostrarse dubitativo durante unos segundos, continuó la marcha, en principio a paso más lento, receloso. Lo que hice, pues bien podría tratarse de una trampa para volverse de golpe y comprobar si alguien le seguía, fue no moverme y seguirle con la vista durante un buen puñado de metros.

Cuando por fin comencé a caminar, lo hice a bastante distancia, con muchísima cautela. No podía fallar puesto que, si lo hacía, no tendría otra oportunidad como aquella para acabar con él.

Metro a metro, fue avanzando hasta llegar a la puerta de lo que parecía ser una especie de pajar con aspecto de abandonado. Yo no lo conocía, puesto que nunca había llegado hasta allí, y entonces comprobé con mis propios ojos cómo estaba candado y cómo Luc revolvía sus bolsillos en busca de la llave.

Mi cabeza se contaminaba de pensamientos sin sentido, ¿qué hacía mi hermano cada noche en un pajar abandonado? ¿Tendría allí un arsenal de armas? Por surrealista que pudiera parecer, con Luc podría suceder de todo.

Esperé a que abriese y entonces pensé en que estaba perdiendo la primera de las oportunidades de esa noche para terminar con su vida, puesto que le tenía a tiro… Sin embargo, la curiosidad me pudo y me quedé allí, a pie parado, comprobando qué era eso que había ido a hacer noche tras noche a lo más profundo del bosque, a aquel lugar desvencijado.

Una vez dejó la puerta entrecerrada, mirando a un lado y a otro para comprobar que estaba solo, le perdí de vista. La construcción no contaba con ninguna ventana, razón por la cual me quedé a ciegas, sin tener ni idea de qué demonios hacía allí dentro.

Con mi arma apuntando, fui avanzando poco a poco hasta la puerta. Si en algún momento a aquel animal le daba por asomar el morro, le descerrajaría un tiro allí mismo. Lo tenía clarísimo, iba a acabar con él y con sus jodidas amenazas, esas que pusieron mi vida en pausa.

En fin, que me acerqué con total sigilo, con tanto que parecía levitar sobre las hojas del bosque. Mi cuerpo siempre fue menudo, pero en aquella ocasión me lo pareció más.

Sentía que no pesaba, que avanzaba sin ser escuchada y entonces… Entonces me asomé por la puerta y lo que vi tras ella me hizo contener el aliento, puesto que Luc estaba en el interior de ese inhóspito lugar acompañado de una mujer a la que estaba retirando la mordaza y a la que apenas le permitía dar unos tragos de agua y unos cuantos mordiscos de un sándwich…

El corazón se me paró o igual se me hizo pedazos. Solo sé que me dolió mucho en el interior de mi pecho en el momento en el que descubrí que, todo lo malo que pude pensar de él fue quedarme muy corta, que Luc era un malnacido de categoría y que ¡había retenido a mi queridísima Nicole todo aquel tiempo!

Las piezas de mi puzle no encajaban de momento, pero eso daba igual. Lo importante era liberarla para que recuperase el color de sus mejillas, el cual había perdido por completo. Su cara reflejaba el calvario por el que la estaba haciendo atravesar y su pelo enmarañado el hecho de que la tenía allí, viviendo en unas condiciones inhumanas.

—¡Quieto, maldito hijo de puta! —le chillé apuntándole con el arma.

Su cara fue de sorpresa total, pero también de mofa. Luc había perdido el norte y ya no le temía a nada. Los ojos de Nicole comenzaron a derramar lágrimas a tutiplén.

—¡Vete, mi niña! ¡Sálvate! —me chilló en el justo instante en el que él hizo aparecer una navaja, aún no me explico cómo, y se la puso en la garganta.

—¡Dispara y me la llevo por delante, hermanita! —me chilló, y yo le creí.

Las piezas de mi puzle no encajaban de momento, pero eso daba igual. Lo importante era liberarla para que recuperase el color de sus mejillas, el cual había perdido por completo. Su cara reflejaba el calvario por el que la estaba haciendo atravesar y su pelo enmarañado el hecho de que la tenía allí, viviendo en unas condiciones inhumanas.

—¡Quieto, maldito hijo de puta! —le chillé apuntándole con el arma.

Su cara fue de sorpresa total, pero también de mofa. Luc había perdido el norte y ya no le temía a nada. Los ojos de Nicole comenzaron a derramar lágrimas a tutiplén.

—¡Vete, mi niña! ¡Sálvate! —me chilló en el justo instante en el que él hizo aparecer una navaja, aún no me explico cómo, y se la puso en la garganta.

—¡Dispara y me la llevo por delante, hermanita! —me chilló, y yo le creí.

Capítulo 43



Nunca había sudado tanto como lo hice en ese momento de mi vida en el que todos los poros de mi piel se abrieron y comencé a chorrear. La escena era verdaderamente espeluznante, ¿por qué hizo una cosa así? ¿No le bastó con amedrentarla en su momento?

Se lo pregunté, no pude evitarlo. Igual si me mostraba vulnerable las cosas empeoraban, pero no podía resistirlo.

—¿Por qué, Luc? Dímelo… Hiciste que se diera media vuelta, la amenazaste, y también a su familia, ¿por qué retenerla aquí, en estas condiciones infrahumanas? —le pregunté lamentándome porque mi Nicole hubiera tenido que sufrir las inmundas condiciones de aquella especie de pocilga.

—Yo no me di media vuelta, mi niña, no me la di—me contestó ella y los ojos le chispearon a él.

—¿La has oído? La muy zorra no quiso volverse, me plantó cara… Tuve que traerla aquí y asegurarme de que no me crearía problemas. No iba a matarla, pero tú has tenido que joderlo. Siempre lo jodes todo, niñata, ¿es que acaso no lo ves?

—No me vas a hacer sentir mal, Luc, se te acabó el chollo… Pero si yo escuché la conversación, tú me la pusiste —le decía sin entender.

—Ilusa, que eres una ilusa, con la inteligencia artificial y con mi propia inteligencia, hago maravillas, ¿monto una conversación tuya con el Papa, explicándole que quieres subir a los altares? Porque no me costaría ningún trabajo, ¿eh? Podría hacerlo sin problema.

—Maldito seas, Luc, maldito seas.

—Mi niña, ¿eso te hizo creer? ¿Que yo te había abandonado por miedo? Eso jamás ocurriría, hubiera llegado hasta las últimas consecuencias de haber sido necesario—intervino mi Nicole.

—Me dijo que me abandonabas porque si no sufriríais las consecuencias los tuyos y tú. Hasta se suponía que a tu

sobrino Pol le habían dado una paliza—negué con la cabeza.

—¿Al fortachón de Pol? Ese sabe cuidarse muy bien solito, hija. Hay que tenerlos muy buen puestos para hacer algo así.

—Bonita conversación esta que estamos manteniendo todos, ¿qué hacemos, hermanita? ¿Le corto el gaznate primero o tú me disparas? También podemos echarlo a suertes… A mí hasta me pone hacerlo, fíjate lo que son las cosas, tú decides… Pero rápido, que el tiempo pasa, tic-tac, tic-tac—ironizó.

—Voy a acabar contigo, Luc, te lo prometo. No te vas a salir con la tuya—le aseguré.

—Perdona que no pueda soltar la navaja para aplaudir, es tan bonito… La zorra mayor me plantó cara cuando le dije que debía alejarse de ti o toda mi furia caería sobre ella, y ahora eres tú quien viene a enseñarme tus pequeños dientecitos… Qué bonito ejemplo de lealtad que ofrecerle al mundo, lástima que ninguna de las dos vayáis a vivir para poder hacerlo…

—Di lo que quieras, Luc, pero no te saldrás con la tuya, te prometo que no lo harás. No voy a consentirlo, esta vez no. Llevo toda la vida soportándote y eso se ha acabado. Te voy a matar, hermanito—le dije con la misma sorna con la que él me hablaba a mí.

—Lo único que lograrás será ver la sangre de esta zorra derramada por el suelo.

—No le hagas caso, mi niña. Dispara y ponte a salvo, me da igual lo que me suceda, habrá valido la pena—me pidió Nicole, a quien parecían fallarle las fuerzas, pero quien las sacaba para hablar.

—¡Cállate, zorra! —le ordenó él.

No podía disparar, yo empuñaba el arma y tenía el dedo sobre el gatillo, pero jamás podría hacerlo a costa de la vida de Nicole, por lo que no tuve más remedio que darme por vencida.

—Está bien, Luc, tú ganas por esta vez. Soltaré el arma si tú la sueltas a ella, los dos al mismo tiempo.

—Qué bonito, como si se tratase de un juego de niños. Va a ser que no, imbécil, tú soltarás el arma y entonces yo dejaré en paz a esta ramera. Y si…

Seguía con sus explicaciones cuando contuve el aliento al verlo. Luc no tenía el oído tan fino como yo, pues escuché un ligero movimiento sobre su cabeza y entonces vi asomarse a Matías. Por lo visto, entre la paja, había una especie de abertura en el techo de la construcción, que quedaba totalmente disimulada y que solo se vería desde el tejado exterior.

Matías me pidió silencio en el instante en el que saltó sobre él. Fue una maniobra muy arriesgada, pero al mismo tiempo, entre la confusión, le chillé a Nicole que se echase hacia atrás y eso hizo, quedando libre, sana y salva.

Atacada de los nervios, los vi forcejear sobre el suelo. Luc había perdido su navaja en la caída, a la que yo di una patada para evitar que la volviera a coger, y Matías le daba puñetazos por doquier, al haberle cogido por sorpresa.

Luego me enteré de que Matías se levantó y vio la puerta de la casa abierta. Alucinado por ver igualmente abierta la de nuestro dormitorio y comprobar que no estábamos allí, temió que me hubiera podido suceder algo.

A lo justo logró Luc, aturdido, ponerse de pie y salir corriendo. Matías fue tras él, pero logró trancar la puerta, dándole con ella en la cara y casi tirándole de espaldas.

—¿Estás bien, Matías? —le pregunté.

—Bien, bien, ¿qué es todo esto, Juliette? No sé qué está pasando aquí, pero antes ayudadme a dar con él. La escalera, rápido…

—Ya te lo explicaré todo, pero corre, ¡tus hijos están en peligro! —le advertí, al no saber cómo podría Luc querer cobrarse aquella afrenta.

Acercamos una escalera que había en la pared para que él pudiera escalar por ella, saliendo por el tejado. Resultó que algunos peldaños, al ser de madera, se habían podrido, por lo que en el primer intento terminó en el suelo.

De nuevo subió y acabó por llegar al tejado. Había perdido tiempo, Luc le llevaba demasiada ventaja. Tanta que, cuando volvió por nosotras un rato después, desatrancando la puerta puesto que Nicole no estaba para subir escaleras, nos confesó que Luc logró coger las llaves de nuestro coche y huir.

—Juliette, ¿qué ha pasado aquí esta noche? ¿Y quién es esta mujer? La policía ya viene de camino, ¿cuánto tiempo lleva retenida aquí?

—Demasiado… Y no me llamo Juliette, Matías. Mi nombre es Yvonne—le confesé entre lágrimas.

Matías me pidió silencio en el instante en el que saltó sobre él. Fue una maniobra muy arriesgada, pero al mismo tiempo, entre la confusión, le chillé a Nicole que se echase hacia atrás y eso hizo, quedando libre, sana y salva.

Atacada de los nervios, los vi forcejear sobre el suelo. Luc había perdido su navaja en la caída, a la que yo di una patada para evitar que la volviera a coger, y Matías le daba puñetazos por doquier, al haberle cogido por sorpresa.

Luego me enteré de que Matías se levantó y vio la puerta de la casa abierta. Alucinado por ver igualmente abierta la de nuestro dormitorio y comprobar que no estábamos allí, temió que me hubiera podido suceder algo.

A lo justo logró Luc, aturdido, ponerse de pie y salir corriendo. Matías fue tras él, pero logró trancar la puerta, dándole con ella en la cara y casi tirándole de espaldas.

—¿Estás bien, Matías? —le pregunté.

—Bien, bien, ¿qué es todo esto, Juliette? No sé qué está pasando aquí, pero antes ayudadme a dar con él. La escalera, rápido…

—Ya te lo explicaré todo, pero corre, ¡tus hijos están en peligro! —le advertí, al no saber cómo podría Luc querer cobrarse aquella afrenta.

Acercamos una escalera que había en la pared para que él pudiera escalar por ella, saliendo por el tejado. Resultó que algunos peldaños, al ser de madera, se habían podrido, por lo que en el primer intento terminó en el suelo.

De nuevo subió y acabó por llegar al tejado. Había perdido tiempo, Luc le llevaba demasiada ventaja. Tanta que, cuando volvió por nosotras un rato después, desatrancando la puerta puesto que Nicole no estaba para subir escaleras, nos confesó que Luc logró coger las llaves de nuestro coche y huir.

—Juliette, ¿qué ha pasado aquí esta noche? ¿Y quién es esta mujer? La policía ya viene de camino, ¿cuánto tiempo lleva retenida aquí?

—Demasiado… Y no me llamo Juliette, Matías. Mi nombre es Yvonne—le confesé entre lágrimas.

Capítulo 44



La policía tomaba nota de cuanto les decía mientras que el personal sanitario revisaba el penoso estado de Nicole quien, por suerte, se recuperaría de aquella, una vez finiquitado su cautiverio.

Matías escuchaba mi relato, ese que hice con lágrimas en los ojos, pormenorizando la forma en la que Luc me llevó hasta allí y me obligó a hacerme pasar por quien no era.

Él no daba crédito y yo no podía sacar conclusión de la mezcla que vi en su mirada. Demasiadas emociones juntas para ambos, pero que a él le cayeron de golpe encima, de una forma totalmente sorprendente y difícil de asimilar.

Fueron horas de interrogatorio en las que solté por mi boca todas las perlas que tenía guardadas contra Luc, queriendo arrojar luz sobre toda esa oscuridad que viví a su lado.

Lógicamente, Matías no daba crédito, y más al escuchar que todo era debido a una presunta estafa de su padre al mío.

—Por ahí sí que no puedo pasar, eso es imposible. Mi padre era el hombre más honrado del mundo y jamás le hubiera hecho eso a un socio. Por cierto, que ahora entiendo el sentido de sus últimas palabras, esas que le dijo a Melani, advirtiéndole de un supuesto hombre malo que nos pondría a todos en peligro. Era André, ¿verdad? O Luc o como quiera que se llame ese maldito—me preguntó.

—Sí, pillé a Luc tratando de asfixiar a tu padre…

—Debiste decírmelo, debiste confiar en mí—me reprochó.

—No podía, Matías, no podía. Solo acerté a pedirle que no volviera a hacerlo y él me dio su palabra, la palabra de que no volvería a atentar contra su vida.

—¿Y tú crees que la palabra de ese miserable vale para algo? —negó con la cabeza, indignado.

Nada podía echarle yo en cara pues no sé cómo habría actuado de encontrarme el pastel que él se encontró de la noche a la mañana.

—Lo siento, Matías, lo siento—le dije echándome a llorar.

Estaba muy confuso, obviamente lo estaba, y hasta en su derecho de pensar que yo siguiese ocultándole cosas, aunque si algo jugaba a mi favor era el hecho de haberme visto apuntando con un arma a mi hermano, por lo que muy de acuerdo no debíamos estar en las cosas.

La policía le preguntó si quería presentar una denuncia contra mí, dado que, tirara para arriba o tirara para abajo, yo había ocupado un puesto de trabajo en su casa bajo una identidad falsa.

Miré a Matías en ese momento con la firme convicción de que no podría juzgarle por hacerlo, si bien él se negó, aduciendo a que prefería dejar las cosas como estaban, demostrando mucha nobleza.

En cuanto a Luc, todas las unidades policiales le estaban buscando, por lo que se preveía que su detención fuese
s más o menos inmediata.

Con mi hermano entre rejas, la pesadilla habría terminado para mí, aunque era evidente que nada volvería a ser lo mismo, que yo estaría marcada de por vida, puesto que sentía que perdía a Matías a cada minuto que pasaba.

Cuando les hube explicado todo, me pidieron que los acompañase a comisaría para firmar mi declaración, mientras que a Nicole se la llevaban al hospital.

Matías se quedó en su casa con los niños, y me cuesta describir con la vista retrospectiva la mirada que me echó a entrar en el coche policial, una mirada infinitamente triste, fruto de muchos sentimientos encontrados.

c
En ningún momento cargó más las tintas contra mí ni quiso empeorar mi ya de por sí delicada situación. Pese a que él no accedió a denunciarme, yo contaba con una identidad falsa y eso es un delito, por lo que el fiscal podría actuar de oficio y pedir una pena contra mí.

Me quedaba por delante un camino difícil, ya que además mi hermano también podría perjudicarme si declaraba que todo lo urdimos entre ambos, por lo que las cosas aún podían empeorar.

No miento si digo que eso no me importaba demasiado. Lo que más me dolía en esos momentos era lo que Matías pudiera pensar de mí y el dolor que encontré en sus ojos.

¿Y los niños? Esos niños se habían convertido para mí en parte de mi vida. Siempre supe que llegaría el momento

de la despedida para todos nosotros, aunque estuviese prevista de otra manera, pero no que me afectaría tanto.

Mis ojos se empañaron por las lágrimas en el momento en el que dejé atrás la casa. Una vez en comisaría, Matías me hizo llegar con una persona del servicio mi equipaje. Era lógico que nada quedaba claro del todo para él y que en tales circunstancias, no tenía por qué poner en peligro a su familia dejándome entrar por mis cosas.

Todo me resultó tan penoso que, de haber podido, habría hasta abandonado mis pocos efectos personales. No lo hice porque eran los únicos que tenía y no podía quedarme con lo puesto, que si no…

En espera de lo que decidieran las autoridades, me dieron permiso para trasladarme con Nicole a su casa, siempre que estuviera a disposición de la policía en el momento que lo requiriesen.

Pasaron varias horas más hasta que a Nicole le dieron el alta. Fue su sobrino Pol quien finalmente vino a por nosotras… Le saludé en unas circunstancias muy distintas a las inicialmente previstas, aunque le sentí familia desde el primer segundo.

Nos íbamos ya para casa de Nicole cuando nos dijeron que habían encontrado el coche de Luc abandonado, él debió dejarlo y huir a pie, internándose en el corazón de los Pirineos. Siempre tuvo recursos, y recé para que dieran pronto con él, puesto que yo no podría volver a respirar tranquila hasta que no le apresaran.

l

;

'

de la despedida para todos nosotros, aunque estuviese prevista de otra manera, pero no que me afectaría tanto.

Mis ojos se empañaron por las lágrimas en el momento en el que dejé atrás la casa. Una vez en comisaría, Matías me hizo llegar con una persona del servicio mi equipaje. Era lógico que nada quedaba claro del todo para él y que, en tales circunstancias, no tenía por qué poner en peligro a su familia dejándome entrar por mis cosas.

Todo me resultó tan penoso que, de haber podido, habría hasta abandonado mis pocos efectos personales. No lo hice porque eran los únicos que tenía y no podía quedarme con lo puesto, que si no…

En espera de lo que decidieran las autoridades, me dieron permiso para trasladarme con Nicole a su casa, siempre que estuviera a disposición de la policía en el momento que lo requiriesen.

Pasaron varias horas más hasta que a Nicole le dieron el alta. Fue su sobrino Pol quien finalmente vino a por nosotras… Le saludé en unas circunstancias muy distintas a las inicialmente previstas, aunque le sentí familia desde el primer segundo.

Nos íbamos ya para casa de Nicole cuando nos dijeron que habían encontrado el coche de Luc abandonado, él debió dejarlo y huir a pie, internándose en el corazón de los Pirineos. Siempre tuvo recursos, y recé para que dieran pronto con él, puesto que yo no podría volver a respirar tranquila hasta que no le apresaran.

Capítulo 45



Los días se me hacían largos, muy largos, en casa de mi querida Nicole, a la cual me dediqué en cuerpo y alma a cuidar.

Ella estuvo a punto de perder la vida por mí. Según me contó, se negó a dar media vuelta cuando Luc la llamó, porque mantuvieron una conversación telefónica que nada tuvo que ver con la que él me hizo escuchar.

La inteligencia artificial puede tener muchos usos y él creó para mí una conversación ficticia que me hacía ver qu Nicole no quería meterse en líos, y que se volvía a su casa, cuando la realidad fue que ella se negó a volverse y siguió avanzando en dirección a la casa de Matías.

Por lo visto, él la interceptó en la carretera, obligándola a parar su coche, el cual logró esconder, llevándosela en e maletero del de Matías y secuestrándola, para lo que la enclaustró en aquel pajar de mala muerte.

En fin, que ella jamás me abandonó y que pudo pagar muy caro su empeño por ayudarme, por lo que se lo debía todo. Pol se quedó con nosotras esos días, por si las moscas, ya que nos daba pánico que Luc pudiera aparecer por allí en algún momento, y estando con él nos sentíamos más seguras.

Siempre he sido una enamorada del Mar Mediterráneo, el cual está a un paso de Montpellier, la ciudad en la que vivía Nicole, así que en más de una ocasión nos acercamos a ver sus aguas.

Nicole insistía en que lo hiciésemos los jóvenes solos, pero por nada del mundo nos hubiésemos separado de ella.

Poco a poco se iba restableciendo y el sol que reinó en el ambiente en aquellos días, aún fríos, pero radiantemente soleados, fueron la mejor medicina para olvidarse de su encierro.

Pol era bromista y desenfadado. Su estilo de vida “perroflauta” como lo llamaba su tía, llamaba mucho mi atención, puesto que nada tenía que ver con el mío, lo cual no impidió que entre ambos naciese una bonita amista y que yo me alegrara infinito de poder pasar tantas horas al día con él y con mi Nicole.

Mientras iba y mientras venía, también os digo, no podía olvidarme en ningún momento de Matías, el hombre que me enseñó que enamorarse tiene efectos secundarios, algo que aprendí a fuego. Y uno de esos efectos era que le tenía metido en mi corazón y no podía sacarle de allí ni un solo segundo del día ni de la noche.

Llevaría como unos diez días allí, diez interminables días sin noticias suyas, cuando una mañana mientras preparaba el desayuno le vi aparecer a través de la ventana de la coqueta cocina de Nicole.

Suerte que mi taza de café ya estaba vacía, puesto que sin querer la estrellé en el suelo, al pensar que se trataba de una ilusión óptica. No, las ilusiones ópticas no pican la puerta, y él sí que lo hizo.

Nicole me dedicó una amplia sonrisa cuando él entró en la casa, saludándonos, e interesándose por su estado.

—¿Puedo robártela un ratito? —le pidió.

Pol aún dormía, porque era muy noctámbulo, de manera que no la dejaríamos sola, sino con él.

—Como si me la quieres robar toda la vida—le contestó ella con la más amplia de las sonrisas.

Salimos de la casa, con el corazón palpitándome fuerte, increíblemente fuerte, y más que me palpitaría enseguida, puesto que, en la misma puerta, él aproximó sus labios a los míos y me dio un caluroso beso… Un beso con el que sacó todo el frio que sentía en mi interior, y de golpe.

—Matías, yo…—pronuncié cuando nuestros labios se despegaron.

—No mentiste en nada, ahora lo sé. Llevo días tratando de averiguar la verdad, que no es la que tú crees—me informó.

—¿De qué me hablas? ¿Qué verdad es esa?

—Hay muchas verdades que aún no conoces, Yvonne. Cielos, se me hará muy raro llamarte así—me sonrió—. Te echo de menos, te echo tanto de menos…

—Yo también te echo de menos a ti, y a los niños. Me gustaría verlos…

—¿Te gustaría? Si tú quieres, puedes volver a casa hoy mismo.

—¿Me vuelves a aceptar para cuidarlos? ¿Es eso lo que me estás ofreciendo? —le pregunté con las lágrimas saliendo de mis ojos como si fueran dos grifos.

—Sí, pero no como mi empleada, sino como mi pareja, ¿lo aceptarías? —me preguntó.

—¿Eso significa que me perdonas? ¿Tú me perdonas? —le pregunté emocionada.

—Eso significa que no tengo nada que perdonarte. Dijiste la verdad en todo y el corazón me indica que jamás quisiste seguir a tu hermano en nada, que es cierto que él te obligó. Le he estado dando muchas vueltas y sé que hay verdad en tus ojos, la verdad que no podían decir tus labios.

—Matías, tengo que confesarte algo—le comenté con las mejillas como dos radiadores.

—Ya estás tardando, pequeña.

—Creo que me estoy enamorando de ti, mucho. Y es la primera vez que me enamoro.

—¿Sí? Pues ya estás perdida, porque no pienso dejar que te desenamores. Eso no lo harás nunca.

—No lo hagas, te lo ruego.

—Tienes mi palabra de honor, nunca te voy a mentir—me dijo mientras me volvía a besar.

—Yo tampoco, nunca… Vale, a partir de hoy, tú me estás entendiendo—le aclaré entre risas porque comenzó a hacerme cosquillas y yo con esas no puedo.

En cuestión de minutos nos despedimos de Nicole y de Pol. Ambos derrochaban felicidad por verme a mí igual de feliz.

Lo único que ensombrecía esa dicha era el hecho de que la policía aún no había dado con el paradero de Luc, de quien Matías me dijo que debía estar mejor escondido que el *"probe Miguel"* que por lo visto era el prota de una canción y que hacía mucho tiempo que no salía.

—Sí, pero no como mi empleada, sino como mi pareja, ¿lo aceptarías? —me preguntó.

—¿Eso significa que me perdonas? ¿Tú me perdonas? —le pregunté emocionada.

—Eso significa que no tengo nada que perdonarte. Dijiste la verdad en todo y el corazón me indica que jamás quisiste seguir a tu hermano en nada, que es cierto que él te obligó. Le he estado dando muchas vueltas y sé que hay verdad en tus ojos, la verdad que no podían decir tus labios.

—Matías, tengo que confesarte algo—le comenté con las mejillas como dos radiadores.

—Ya estás tardando, pequeña.

—Creo que me estoy enamorando de ti, mucho. Y es la primera vez que me enamoro.

—¿Sí? Pues ya estás perdida, porque no pienso dejar que te desenamores. Eso no lo harás nunca.

—No lo hagas, te lo ruego.

—Tienes mi palabra de honor, nunca te voy a mentir—me dijo mientras me volvía a besar.

—Yo tampoco, nunca… Vale, a partir de hoy, tú me estás entendiendo—le aclaré entre risas porque comenzó a hacerme cosquillas y yo con esas no puedo.

En cuestión de minutos nos despedimos de Nicole y de Pol. Ambos derrochaban felicidad por verme a mí igual de feliz.

Lo único que ensombrecía esa dicha era el hecho de que la policía aún no había dado con el paradero de Luc, de quien Matías me dijo que debía estar mejor escondido que el *"probe Miguel"* que por lo visto era el prota de una canción y que hacía mucho tiempo que no salía.

Capítulo 46



Fue todo un lujo volver a su casa con él. Una especie de milagro que se obró de un momento para otro. Lo había deseado tanto en aquellos días en los que no creí merecerlo…

Era hora de que me fuese dando cuenta de que yo no debía expiar los pecados de Luc, de que a cada palo le toca aguantar su vela y de que merecía una nueva vida puesto que, finalmente, logré hacerle frente a ese desalmado.

Me lo imaginaba vagando por los montes, rumiando una venganza que le sabría igual de bien en frío, y eso me ponía la carne de gallina. Estaba logrando sortear el cerco policial, el muy canalla, en contra de lo que pensamos al principio.

Por primera vez experimentaba la felicidad al lado de un hombre, saboreando las dulces mieles del amor, y no quería ni pensar en que Luc pudiera acabar con todo aquello, apareciendo de nuevo en nuestras vidas y cercenando nuestra alegría.

Él no se había salido con la suya y ya no lo haría. Sabiendo sus intenciones, Matías puso a buen recaudo su dinero para que nadie lo pudiese tocar. Si ya lo tenía blindado, lo hizo más aún.

De hecho, camino a casa, porque iba a ser nuestra casa, me explicó que tomó sus precauciones tiempo atrás, cuando vio que el patrimonio de su padre había crecido sin explicación alguna. Para entonces, al hombre ya se le había ido la cabeza y nada pudo explicarle.

Escamado, Matías blindó sus cuentas, pensando en que ese dinero pudiera esfumarse igual que llegó, por lo que se cubrió la espalda.

De hecho, me habló también de que llevaba tiempo siguiéndole la pista a ese dinero extra y que en aquellos días que estuvimos separados constató que salió de la cuenta de mi padre.

—Las cosas no fueron como os las contaron, cariño—me comentó mientras conducía.

—¿Tu padre no pretendió robarle al mío? Me gustaría saber que eso tan feo no ocurrió, aunque ya sabía yo que tú no tenías nada que ver con esa cuestión.

—Te prometo que no lo tuve, y no solo eso, sino que mi padre tampoco… Rubén Moguer fue un hombre de negocios, no un ladrón. Ah, y también un buen amigo, aunque tu padre, en última instancia y viendo que no podía soportar lo que hizo, prefirió culparle de su ruina.

—¿A qué te refieres? ¿Qué hizo mi padre?

—Jugarse todo vuestro patrimonio, eso hizo…

—No te puedo creer, ¿mi padre tenía problemas con el juego?

—Muchos, y tengo documentación que así lo acredita. Perdió indecentes cantidades de dinero en casinos, por ejemplo. Y luego entró en timbas ilegales en las que se apostaban hasta los calcetines…

—Cielos, es cierto que desde la marcha de mi madre nunca volvió a ser el mismo, y que en los últimos tiempos estaba muy raro.

—Había caído en el círculo de la ludopatía. Mi padre entró en tratos con él, porque tenían intereses comunes, y le ofreció asociarse.

—Mi padre nunca se había asociado con nadie…

—Ya lo sé. Y el mío, a quien le caía sensacional el tuyo, creyó que así podría meterle en vereda, que harían grandes negocios juntos y que le convencería para que no perdiera nada más, sino para que formaran un mega imperio juntos.

—Y no fue así, ¿verdad? —le pregunté con el cuerpo cortado porque jamás habría pensado algo así de mi padre.

—No, por desgracia no fue así. Tu padre siguió jugándose todo lo que ganaba, y hasta vuestra casa. Entonces fue cuando el mío hizo una jugada para quedarse con todas las ganancias del último negocio que hicieron juntos.

—¿Y le birló su parte a mi padre? No le juzgo, ¿eh? Para que se lo quedaran otros, mucho mejor que fuese él.

—No fue así exactamente. En estos días se ha procedido a la lectura del testamento y mi padre os dejaba un legado a Luc y a ti… Debió hacer testamento nada más conocer su enfermedad, a mí no me dijo nada. Él era un hombre de firmes convicciones y sabía que yo lo vería con buenos ojos. Puedo demostrártelo todo: ese dinero es vuestro, aunque Luc ya no lo merezca. Mi padre solo “os lo guardó” para que no se perdiera y cuando vuestro

padre murió, él ya no estaba en sus cabales y no pudo ni entrar en contacto con vosotros. Pero el dinero está intacto, mi niña, intacto.

Me eché a llorar sin poderlo remediar. Toda aquella locura nos la hubiésemos podido ahorrar, ya que no tuvo razón de ser. Rubén jamás pretendió robarnos lo que era nuestro, fue mi padre quien lo perdió todo… Y él solo nos guardó una parte, la que pudo llegar a sus manos.

Avergonzado, mi padre no fue capaz de reconocernos lo que había hecho y prefirió culpar a su socio de todos sus males, sin saber que él velaba por nuestros intereses, y sembrando el odio en Luc. Un odio que nunca debió existir, pues a la muerte de Rubén la verdad habría salido a la luz. De hecho, estaba saliendo en esos momentos, solo que para Luc ya era tarde, puesto que tenía cuentas pendientes con la justicia, y muy gordas, como el secuestro e intento de homicidio de Nicole, entre otros delitos. Cuentas que habría de saldar y que no le permitirían disfrutar de ese dinero.

En cuanto a mí, enseguida sabríamos que el fiscal decidió eximirme de cualquier delito, dado que entendió que actué movida por un miedo insuperable que me impidió hacer prevalecer mi voluntad de no delinquir sobre la de mi hermano, que se convirtió en un malhechor de libro.

Un final inesperado para una historia que se cerraba, dejando paso a una nueva… A una historia de amor que se abría entre Matías y yo. Él se había puesto en mis zapatos, entendiendo que me vi obligada a convertirme en protagonista de una farsa que me llevó a sentirme la más desdichada de las mujeres, cuando él deseaba verme como la más feliz de todas ellas.

padre murió, él ya no estaba en sus cabales y no pudo ni entrar en contacto con vosotros. Pero el dinero está intacto, mi niña, intacto.

Me eché a llorar sin poderlo remediar. Toda aquella locura nos la hubiésemos podido ahorrar, ya que no tuvo razón de ser. Rubén jamás pretendió robarnos lo que era nuestro, fue mi padre quien lo perdió todo… Y él solo nos guardó una parte, la que pudo llegar a sus manos.

Avergonzado, mi padre no fue capaz de reconocernos lo que había hecho y prefirió culpar a su socio de todos sus males, sin saber que él velaba por nuestros intereses, y sembrando el odio en Luc. Un odio que nunca debió existir, pues a la muerte de Rubén la verdad habría salido a la luz. De hecho, estaba saliendo en esos momentos, solo que para Luc ya era tarde, puesto que tenía cuentas pendientes con la justicia, y muy gordas, como el secuestro e intento de homicidio de Nicole, entre otros delitos. Cuentas que habría de saldar y que no le permitirían disfrutar de ese dinero.

En cuanto a mí, enseguida sabríamos que el fiscal decidió eximirme de cualquier delito, dado que entendió que actué movida por un miedo insuperable que me impidió hacer prevalecer mi voluntad de no delinquir sobre la de mi hermano, que se convirtió en un malhechor de libro.

Un final inesperado para una historia que se cerraba, dejando paso a una nueva… A una historia de amor que se abría entre Matías y yo. Él se había puesto en mis zapatos, entendiendo que me vi obligada a convertirme en protagonista de una farsa que me llevó a sentirme la más desdichada de las mujeres, cuando él deseaba verme como la más feliz de todas ellas.

Capítulo 47



Llegamos a la casa y allí nos esperaban los niños. Ya era por la tarde, el viaje había resultado largo, pero increíblemente intenso y alegre, puesto que suponía el principio de la que sin duda sería una historia de amor de esas de leyenda.

Atrás quedaban los tiempos en los que él me veía como el fruto prohibido por ser la esposa de su chófer y en los que yo no me atrevía ni a mirarle por miedo a sufrir las consecuencias.

Por fin nosotros tendríamos la sartén por el mango, y sería solo cuestión de tiempo que mi hermano resultase detenido y que pudiéramos disfrutar de lo nuestro en total tranquilidad.

Los niños brincaron de alegría cuando nos vieron entrar por la puerta.

—¡Yvonne! —chillaron y me estremecí, al caer en la cuenta de que lo habían asimilado todo a la perfección.

Su padre se lo había explicado, salvo la parte más escabrosa del asunto, y ellos reaccionaron igual que lo hicieron el día en que les explicamos juntos la marcha de Melani y que no habría hermanito, o sea, fenomenal.

—¡Mis niños! —les grité porque así los consideraba. Yo no sabía si tendría hijos propios, pero sí que a ellos dos los consideraría como tales.

—Hijos, os dije que la traería y aquí la tenéis—les dijo su padre revolviéndoles el flequillo a ambos, quienes no se apartaban de mí ni un instante.

—Te hemos echado mucho de menos—me decía Samanta.

—Y yo a vosotros, mis niños, nada me hace más feliz que volver a esta casa y poderos contar quién soy de verdad

—Ya lo sabemos, no hace falta. Eres la misma, solo que te llamas Yvonne y que ahora serás la novia de papá—

repuso Quique mientras su hermana asentía con la cabeza.

—Ellos lo están diciendo todo—afirmó su padre mientras se encogía de hombros y se llevaba mi equipaje.

De pronto, de contar solo con unas cuantas prendas de ropa, me había encontrado con una buena cantidad de dinero que me sacaba de la pobreza. No obstante, eso era lo que menos me importaba, ya que el verdadero lujo para mí consistía en haberlos recuperado a todos ellos, y el contar con su cariño y su amor.

Muchas veces había soñado con aquello que me estaba sucediendo, ocupando el corazón de Matías y pudiendo ocuparme de mis adorados niños.

Tratando de calmar un poco a los críos, le seguí a su dormitorio, donde él depositó mi equipaje.

—Quiero que duermas aquí conmigo, solo de pensarlo me estremezco—me confesó cerrando la puerta.

—¿Ahora? Si todavía es muy temprano—le respondí increíblemente nerviosa.

—No, claro que ahora no, esta noche…

—Vale, vale, pero tengo que contarte una cosa y no sé qué te va a parecer—le comenté.

—¿Más secretos? —arqueó una ceja—. Venga, dale—dijo con voz bromista.

—Es que yo… Yo soy…

—La mujer más bonita del mundo, ya lo sé—me dijo besándome y acariciándome mientras se dedicaba con los dedos a retirar el pelo de mi cara.

—Eso no lo sé, pero lo que sí sé es que soy…

—¿Virgen? ¿Eres virgen? —me preguntó antes incluso de que lo soltara, y lo que solté fue un suspiro de alivio.

—Eso mismo, ¡bingo! Y claro, en estas circunstancias, yo…

—¿Estás nerviosa, cariño? No temas, lo tendré en cuenta. Recuerda que no se trata de sexo, sino de amor…

—¿Y eso en la cama es distinto? —me interesé desde mi desconocimiento.

—Como la noche y el día. Yo te haré el amor, esto no tendrá nada que ver con sexo—murmuró en mi oído y me estremecí.

Unos minutos más tarde bajamos para merendar con los niños y todavía me duraba el color en las mejillas.

—Papá, vamos a tener que apagar la chimenea, que parece que Yvonne tiene calor—le decía la niña, quien ya correteaba detrás de su hermano, algo que me ponía muy contenta, puesto que teniendo en cuenta la herida de su muslo era un gran avance.

Los peques tienen una extraordinaria habilidad para reponerse de las heridas físicas y psíquicas. Yo no era una niña, aunque me agarraba a que mi juventud también me ayudaría a hacerlo, desterrando de mi mente los malos momentos que Luc me hizo pasar.

Curiosamente, los niños no volvieron a preguntar por él. No volvieron a hablar más de "André", como si ese hombre no hubiese puesto jamás un pie en su casa. Todo vino a su sitio sin necesidad de tener que forzarlo y él solito salió de nuestras vidas.

Pasamos toda la tarde entre risas, con varios juegos de mesa con los que nos divertimos una barbaridad. Por fin tenía una familia, una familia que me cayó del cielo y que me aceptó como esa pieza que faltaba en ella.

Yo nunca iba a sustituir a Alejandra, a la madre biológica de Samanta y Quique, ni tampoco lo pretendería. Yo solo ocuparía el lugar que ella dejó vacío y lo haría de la mejor forma posible: amándolos a todos ellos con todo mi corazón.

A la hora de la cena nos sentamos en la mesa y los niños manifestaron lo contentos que estaban.

—Esto es un tesoro para mí—me decía Matías.

—Y para mí, y para mí—repetía yo, temiendo despertar en algún momento de lo que me parecía un sueño.

El sueño fue el que conciliaron ellos un rato después. Se trataba de una noche de viernes, por lo que al día siguiente no tendrían que madrugar.

A nosotros nos vino perfecto, puesto que no estaba previsto que esa noche nos echásemos a dormir pronto. A mí los nervios me estaban atacando, nadie podía imaginar cuánto… Me sentía tan increíblemente feliz al lado de Matías que solo me faltaba compartir con él esa intimidad que jamás compartí con nadie. Mi joven e inexperto cuerpo temblaba solo con pensar lo que estaba por venir.

Capítulo 48



Yo nunca había practicado sexo, pero enseguida encontré el sentido a esas palabras de Matías de que nada tenía que ver con hacer el amor.

Le esperé en la cama con mi camisón puesto. Él salía del baño, tan solo con un bóxer y con su apuesta sonrisa, la cual me resultó más sensual que nunca.

—Creo que estoy preparada—murmuré mientras notaba cómo cada palmo de mi piel se iba erizando tan solo con que él posara los ojos sobre mí.

—Sé que lo estás—me dijo en voz bajita mientras se acercaba y comenzaba a depositar, uno tras otro, varios beso en mi boca.

Al mismo tiempo, sus manos empezaban a recorrerme, causando mi estremecimiento. Noté cómo me lubricaba, cómo de mi interior se desprendía una esencia que preparaba mi vagina para lo que estaba por llegar.

Le regalé una tímida sonrisa. No sabía cómo afrontar ese acto que me excitaba y me imponía a partes iguales. Cerré los ojos para que el rubor de mis mejillas no llegase a un punto en el que pareciese que explotarían, y entonces me sorprendí dejando salir de mi boca un gemido que delataba esa agitación que me sacudía.

De arriba abajo, él fue sacando mi camisón, dejándome en ropa interior. La mía era blanca, virginal… No me avergüenza decir que no la tenía de otro color. Abrí los ojos para comprobar qué pensaba él al respecto y la única palabra que murmuró no dejó duda.

—Deliciosa—dejó caer mientras me sonreía y trataba de tranquilizarme, al notar la revolución que sentía en mi pecho debido a ese corazón mío que pegaba patadas en mi interior como lo hace un crío en el vientre de su madre

Precisamente el vientre fue lo que él comenzó a besarme, acariciando cada uno de sus centímetros, de la línea alba hacia arriba, llegando a mis senos y haciendo que me acodase sobre la cama para poder desabrochar mi sujetador.

Los míos no eran unos senos de esos grandes y explosivos, más bien eran pequeños y turgentes, bien colocados. "Perfectos", me diría él más tarde, aunque sus ojos ya me lo adelantaron en el momento en el que quedaron a su merced y comenzó a amasarlos.

Enseguida noté cómo mis pezones se endurecían tanto que me asombré. Absolutamente provocativos, sobresalieron de mis senos para que Matías pudiera saborearlos.

Cielos, cómo se notaba que era un especialista en degustar ese tipo de delicias, puesto que lo hizo de un modo que me excitó hasta tener que contener un grito.

Noté que todo mi cuerpo se ponía en tensión, comenzando por las plantas de mis pies… Levitaba en sus brazos y en su boca, con su lengua profundizando en esos senos míos que cada vez estaban más duros…

Su lengua me abrasaba al contacto con mi piel y yo sentía una tremenda sed de él, quien seguía dedicando tiempo a esos senos que me estaban provocando las sensaciones más excitantes de mi vida, a falta de descubrir esas que estaban a punto de asomar a la puerta de mi sexualidad, que hasta ese día estuvo cerrada a cal y canto.

Matías aún amasaba mis senos con una mano cuando con la otra comenzó a retirar mis braguitas. Yo me había rasurado antes de entrar en la cama, por primera vez en la vida.

No, no es que hasta ese día hubiese dejado crecer el pelo del pubis salvaje, como si aquello fuese la selva, pero me limitaba a recortarlo y punto. No obstante, sabía que la mayoría de las chicas se lo rasuran para mantener relaciones, y yo también lo hice.

Supe que le gustó nada más retirar las aludidas braguitas, puesto que él clavó sus ojos en ese rasurado pubis que bajó a besar sin pensarlo, mientras me dedicaba amorosas miradas y palabras tranquilizadoras.

Era evidente que no iba a lo suyo y que deseaba que mi primera vez fuera lo más romántica y placentera posible, ya que Matías derrochó amor y paciencia sobre aquella cama.

Poco a poco, fue separando mis labios vaginales en busca de mi clítoris, el cual hasta aquel día solo fue tocado en exclusividad por mí. Sentí como si millones de terminaciones nerviosas se pusieran a funcionar a la vez, conectando con mi mente y haciéndome vibrar como nunca había vibrado.

De nuevo me notaba levitar, si bien en esa ocasión en el terreno sexual, mientras sus labios envolvían los míos. El ritmo que imprima a esas caricias clitorianas fue aumentando y hube de hacer maravillas para no gritar. No quería despertar a los niños, por lo que clavé mis uñas en las sábanas, arriesgándome a rasgarlas, aunque nada le hubiese importado eso a Matías, quien solo deseaba verme disfrutar como lo estaba haciendo.

Las caricias circulares en el clítoris me llevaban a un húmedo océano donde me mecía en un entorno acuoso y

cien por cien excitante, en un entorno en el que, con los ojos cerrados, comencé a gemir para él de una forma en la que nunca lo había hecho mientras mis muslos temblaban y yo experimentaba la sensación de que mi alma se separaba de mi cuerpo. Mientras, él se afanaba más y más en darme placer, en darme tanto placer que creí marearme cuando mi corazón se revolucionó al máximo y el orgasmo que sentí me hizo agarrarme a él mordiéndome el labio y balbuceando cosas inteligibles, todas relacionadas con un placer abrumador que estaba conociendo por primera vez.

Tras ese primer orgasmo, él se retiró el bóxer que hasta ese momento tenía puesto y entonces, también por primera vez en mi vida, comprobé la virilidad de un hombre, esas gruesas venas que se marcan cuando el miembro está a punto de estallar, erecto al máximo, duro, caliente… Con ganas de ser envuelto por una vagina que funda ambos sexos en uno solo.

Él me sonrió para que cogiera confianza y entonces yo lo acaricié, moviendo mi mano de arriba abajo, temblorosa y ardiente.

—Así, muy bien—me indicaba mientras volvía a explorar mis pezones, tirando ligeramente de ellos y provocando que me mordisquease yo solita el labio inferior, de lo muy excitada que me encontraba.

Yo solo quería sentirlo, que entrase en mí y me hiciese mujer… Pero todavía debería esperar porque Matías, si algo no tenía, era prisa. Por muchas ganas que le asaltaran, quería hacerme saborear distintas formas de placer antes de desvirgarme.

Y hablando de saborear, ya estaba tardando en probar mi sabor. Mientras me dejó juguetear con su férreo miembro, él se agachó sobre mi vagina y, con su lengua, comenzó a explorarla, sacando de mí el jugo del amor, ese que se desprendía de mi interior y que paladeó con exquisitez, pues la elegancia formaba parte de su persona, y eso se notaba en todos los ámbitos de su vida.

Fue tanto el revoloteo que sentí, el sumo gozo al que de nuevo me llevó, que solté su miembro y agarré su pelo mientras volvía a hundir su cabeza en mi palpitante sexo.

Mi clítoris, hinchado para él, volvió a ser el destinatario de nuevas caricias, en ese caso bucales, que me elevaron de nuevo, provocando que mi corazón latiera tan fuerte que hasta me parecía poder oírlo.

Lo que sí se empezó él a oír, inevitablemente, fue mi voz al adelantarle que me iba a pasar otra vez. Al escucharlo siguió con su movimiento de lengua, mientras volvía a tirar de mis pezones y yo notaba como una lava hirviente se desprendía de mi vagina para ser depositada en su lengua.

Debía ser ardiente de verdad, porque noté cómo a Matías le ardía el cuerpo al completo, ese cuerpo fuerte y atlético, que me excitaba solo a la vista, y cuánto… Pues no digamos ya cuando, tan entregado, me hacía disfrutar como no había disfrutado hasta aquella caliente noche en la que le entregué eso que a ningún otro le había

entregado.

Caí laxa tras ese segundo orgasmo. Se notaba a las claras que no tenía ninguna prisa, que se tomaría su tiempo para que aquella velada, que permanecería en mi recuerdo hasta el final de mis días, fuese realmente especial.

Volvió a acariciarme, si bien sus caricias cada vez iban más dirigidas a mis zonas más erógenas. Y entonces se topó con la entrada de mi vagina, de esa cavidad que fue poco a poco dilatando con sus dedos, sin llegar a introducirlos, dado lo especial de las circunstancias.

Yo me encontraba tan nerviosa como excitada y entonces le pedí que no demorase más un momento que él ya me mostraba desear con todas sus ganas.

—Todo va a ir genial, cariño—me dijo mientras su carnoso y pétreo miembro iba tomando posiciones en la entrada de mi cavidad vaginal.

Lancé una risita, producto de mi inquietud, y me tensé ante la inminente entrada.

—Es que estoy un poquito…

—Relájate, cielo, respira conmigo—me pidió tomando mis manos.

Había imaginado muchas veces cómo sería ese momento. Sin embargo, por mucho que pude imaginar, la excitación fue mucho mayor. Yo no contaba con esa lubricación que, poco a poco, fue permitiendo que su miembro se internase en mi virginal canal.

No voy a decir que fuese jauja, puesto que al principio sentí un preocupante ardor que me dejó paralizada. Él se quedó quieto y yo le indiqué que siguiera puesto que, pasado el susto inicial, recordé que entraba dentro de la más absoluta normalidad. Hubo un momento, un par de segundos después, que me quedé sin aliento puesto que el ardor fue a más, si bien enseguida pasó y comprobé con alivio que ya le tenía dentro de mí.

Una risita nerviosa me llevó a mirarle y él me besó, parando y abrazándome, dentro de mí, mirando únicamente por mi bienestar y mi disfrute.

—Ve moviéndote lentamente—le pedí todavía temerosa.

La naturaleza se abre camino y el temor dejó paso al goce en cuestión de segundos. Lo peor había quedado atrás y mi sexo demandaba que el suyo me lo diera todo.

Los primeros movimientos de Matías, acompasando su cadera con la mía, fueron extraordinariamente lentos,

cuidando en todo momento de no hacerme daño. Pese a ello, pronto comprobó que comenzaba a disfrutar y él mismo pudo ir graduando su intensa forma de darme placer, mientras mis gemidos le iban guiando.

Me había desvirgado y lo hizo de la forma más cuidadosa del mundo, provocando que comenzara a quererle más sobre aquella cama.

Esa noche me introduje con él en el mundo del placer… En un mundo que me daría muchas satisfacciones y con el que comencé a familiarizarme a lo grande, puesto que fue mucho lo que gocé entre las sábanas.

No fue hasta la madrugada cuando decidimos echarnos a dormir, con él abrazándome y besándome. No podía ser más cariñoso y encima derrochaba la sensualidad propia de los amantes más sobresalientes.

—Te quiero, cariño, te quiero. No imaginas cuántas veces soñé con hacerte mía y cuánto sufrí pensando en que eras de otro—me confesó mientras besaba mi frente, la cual aún ardía como el resto de mi cuerpo.

—Y tú no sabes cuánto sufrí yo pensando que, al conocer la verdad, no querrías volver a saber nunca nada más de mí.

—La verdad resultó desconcertante, pero no tanto como para olvidarme de esos ojos que me sedujeron desde el mismo día que te conocí. Te amo, Yvonne, te amo tanto.

—Yo también te amo, Matías, yo también te amo. Eres el primer hombre del que me he enamorado y sé que serás el último.

—No puedo contigo, no puedo con tus cosas, ¿cómo has podido enamorarme de esta manera? ¿Tú sabes la alegría que has traído a mi vida?

—¿Y tú? ¿Tienes una idea de la que has traído a la mía?

cuidando en todo momento de no hacerme daño. Pese a ello, pronto comprobó que comenzaba a disfrutar y él mismo pudo ir graduando su intensa forma de darme placer, mientras mis gemidos le iban guiando.

Me había desvirgado y lo hizo de la forma más cuidadosa del mundo, provocando que comenzara a quererle más sobre aquella cama.

Esa noche me introduje con él en el mundo del placer… En un mundo que me daría muchas satisfacciones y con el que comencé a familiarizarme a lo grande, puesto que fue mucho lo que gocé entre las sábanas.

No fue hasta la madrugada cuando decidimos echarnos a dormir, con él abrazándome y besándome. No podía ser más cariñoso y encima derrochaba la sensualidad propia de los amantes más sobresalientes.

—Te quiero, cariño, te quiero. No imaginas cuántas veces soñé con hacerte mía y cuánto sufrí pensando en que eras de otro—me confesó mientras besaba mi frente, la cual aún ardía como el resto de mi cuerpo.

—Y tú no sabes cuánto sufrí yo pensando que, al conocer la verdad, no querrías volver a saber nunca nada más de mí.

—La verdad resultó desconcertante, pero no tanto como para olvidarme de esos ojos que me sedujeron desde el mismo día que te conocí. Te amo, Yvonne, te amo tanto.

—Yo también te amo, Matías, yo también te amo. Eres el primer hombre del que me he enamorado y sé que serás el último.

—No puedo contigo, no puedo con tus cosas, ¿cómo has podido enamorarme de esta manera? ¿Tú sabes la alegría que has traído a mi vida?

—¿Y tú? ¿Tienes una idea de la que has traído a la mía?

Capítulo 49



Ya llevaba tres días en la casa. Tres días en los que comencé a experimentar la felicidad a lo grande, cuando escuché el sonido de aquel coche de policía que nos pedía paso.

Yo misma fui a abrirles. El agente que conducía estuvo con nosotros la noche en la que Luc desapareció, por lo que me reconoció al instante. Un tanto extrañado por mi presencia, me pidió si podía llamar a Matías.

Él estaba a punto de salir para su trabajo cuando lo hice, extremadamente preocupada, y suerte que le pilló allí.

Veréis, quiero explicar que, pese al arrebato que sentí aquella noche en la que pensé en quitarle la vida, yo no hubiera querido que me dieran aquella noticia.

—Señorita, siento mucho la noticia que tengo que comunicarle, que no es en absoluto agradable—me preparó aquel policía.

—¿Qué pasa? —temí entonces que trajeran noticias de Nicole, que Luc los hubiese atacado a Pol o a ella.

—No nos andaremos por las ramas porque no hay ninguna buena forma de dar una mala noticia: su hermano ha aparecido muerto.

Me caí al suelo, lo hice de culo, y ello pese a que Matías me estaba abrazando. Él se sentó conmigo, tratando de tranquilizarme.

—Lo siento, mi niña, lo siento—me decía en el oído.

—¿Cómo ha sido? ¿Están seguros de que se trata de él? —les pregunté.

—Totalmente. El cadáver ha aparecido totalmente calcinado, pero gracias a una pieza dental hemos podido concluir que es él sin ningún género de duda. Su hermano tenía un implante que se corresponde a la perfección

con el encontrado en…

El mundo se me vino abajo. Era ciertamente tranquilizador, no voy a ser hipócrita, pero le habría preferido entre rejas que bajo tierra. De todas maneras, yo ya no podía elegir.

Poco a poco, fuimos sabiendo los detalles. Luc abandonó su coche y se movía con el que en su día dejó escondido de Nicole, al que le había falsificado las matrículas. En él debió beber hasta perder el sentido la noche anterior, puesto que aparecieron un par de botellas de alcohol fuera del calcinado coche, vacías… Igual debía estarse fumando un porro, costumbre que tenía de vez en cuando, y se quedaría dormido. Borracho, no se enteró de nada hasta que su cuerpo ardió en llamas.

Yo no le hubiera deseado una muerte así a nadie, y tampoco a él, por supuesto. Todo me cogió muy de sorpresa. Cuando pude recuperarme un poco, llamé a mi querida Nicole y a Pol para informarles de que al menos ya estaba a salvo.

—Lo siento mucho, mi niña, lo siento mucho—me decía ella.

—Y yo, Nicole. Todo ha terminado de la peor forma posible. Aun así, te digo que Luc había perdido la cabeza, nunca habría hecho ya una vida normal.

—Y tú siempre habrías vivido con el miedo de que un día le soltarían, pasados los años. Visto así, siento decirte que es lo mejor que te puede haber pasado. Sé que ahora no lo ves, Yvonne, pero yo me quedo mucho más tranquila.

Todo fue muy feo y doloroso. Efectivamente, su cuerpo quedó irreconocible y no tuve que pasar por el trance de reconocerlo en la morgue.

Matías se encargó de todo, demostrándome una vez más que estaba para lo malo y para lo bueno.

Llovía a mares el día en el que lo enterramos. Lo hicimos junto a su madre, porque él así siempre lo había querido Supongo que incluso el cielo estaba triste porque mi relación con él había terminado horriblemente mal.

Nos volvimos a casa tras el entierro y yo traté de pasar página. No me resultaba muy fácil, aunque tenía claro que solo era cuestión de tiempo. No podía exigirme más, tenía derecho a pasar el duelo, eso era evidente.

Una semana después de la muerte de Luc recibí una visita de lo más inesperada, la más inesperada de todas.

—Mamá—le dije a aquella mujer que llevaba muchos años fuera de mi vida y a la que vi en la puerta de nuestra casa.

—Hija mía, ¿cómo estás? —se me abrazó inesperadamente, ¿mi madre en casa?

No tardó en contarme que Matías, quien salió también a recibirla, la había llamado. La relación se enquistó entre ambas muchos años atrás hasta convertirse casi en inexistente, cuando lo cierto es que nunca hubo un disgusto grave entre nosotras, sino una serie de reproches que no hablamos y que fuimos dejando pasar.

Mi madre venía para quedarse unos días con nosotros. Me contó que ya hacía un par de años que su relación con su pareja había terminado, pero que la atendía muy bien económicamente y que no me comentó nada porque habíamos perdido la confianza y no quiso agobiarme con sus problemas.

Por lo que me decía, llevaba tiempo queriendo acercarse a mí y no sabía cómo hacerlo, por lo que vio la oportunidad perfecta cuando Matías se puso en contacto con ella y le dijo que yo estaba pasando las de Caín por lo que me había tocado vivir.

Todo fui muy emocionante porque yo no esperaba volver a recuperar a mi madre, y hasta Nicole, lejos de sentir ningún tipo de celos, se volvió loca de contenta cuando se lo conté.

Me vino muy bien tenerla a mi lado. Mi madre era una mujer de mundo y muy animosa con la que volví a conectar pronto, además de que se comenzó a llevarse muy bien con Matías y con los niños, quienes la llamaban abuela.

Al final, sí que tendría Luc razón en que la familia era lo primero, salvo por el matiz de que la relación con la familia debe ser sana y no impuesta. La pesadilla quedaba atrás y los días con mi madre y el resto comenzaron a pasar volando.

Yo notaba que me recuperaba a marchas forzadas y que no solo volvía a ser la Yvonne de antaño, sino que presentaba una versión muy mejorada de mí, una versión sin personas tóxicas al lado.

Pese a mi juventud, elegí aquella vida al lado del hombre al que amaba y con la presencia de esos pequeños que y formaban parte de mí. Ellos juntos con Nicole, Pol y mi madre… Eran mi familia.

—Hija mía, ¿cómo estás? —se me abrazó inesperadamente, ¿mi madre en casa?

No tardó en contarme que Matías, quien salió también a recibirla, la había llamado. La relación se enquistó entre ambas muchos años atrás hasta convertirse casi en inexistente, cuando lo cierto es que nunca hubo un disgusto grave entre nosotras, sino una serie de reproches que no hablamos y que fuimos dejando pasar.

Mi madre venía para quedarse unos días con nosotros. Me contó que ya hacía un par de años que su relación con su pareja había terminado, pero que la atendía muy bien económicamente y que no me comentó nada porque habíamos perdido la confianza y no quiso agobiarme con sus problemas.

Por lo que me decía, llevaba tiempo queriendo acercarse a mí y no sabía cómo hacerlo, por lo que vio la oportunidad perfecta cuando Matías se puso en contacto con ella y le dijo que yo estaba pasando las de Caín por lo que me había tocado vivir.

Todo fui muy emocionante porque yo no esperaba volver a recuperar a mi madre, y hasta Nicole, lejos de sentir ningún tipo de celos, se volvió loca de contenta cuando se lo conté.

Me vino muy bien tenerla a mi lado. Mi madre era una mujer de mundo y muy animosa con la que volví a conectar pronto, además de que se comenzó a llevarse muy bien con Matías y con los niños, quienes la llamaban abuela.

Al final, sí que tendría Luc razón en que la familia era lo primero, salvo por el matiz de que la relación con la familia debe ser sana y no impuesta. La pesadilla quedaba atrás y los días con mi madre y el resto comenzaron a pasar volando.

Yo notaba que me recuperaba a marchas forzadas y que no solo volvía a ser la Yvonne de antaño, sino que presentaba una versión muy mejorada de mí, una versión sin personas tóxicas al lado.

Pese a mi juventud, elegí aquella vida al lado del hombre al que amaba y con la presencia de esos pequeños que ya formaban parte de mí. Ellos juntos con Nicole, Pol y mi madre… Eran mi familia.

Capítulo 50



Estaba enganchada, en el mejor sentido de la palabra, a Matías. De él todo me volvía loca, nunca imaginé vivir tanta felicidad al lado de un hombre como vivía con él. Pero, en la cama… En la cama estaba disfrutando tanto que me sentía en una nube cuando llegaba la hora de vivir nuestra intimidad…

Cada vez que se cerraba la puerta, cada vez que me veía con él sobre el colchón, sabía que me venía una parcela de gloria que él sabía administrarme en las dosis adecuadas.

Mi madre seguía con nosotros unos días después, por lo que teníamos más tiempo para la pareja, dado que ella comenzó a ejercer como abuela de lo lindo, algo que nunca habría podido yo imaginar tiempo atrás.

Aquella noche, él me estaba preparando un baño. Comenzaba a conocerme muy bien. Pocas cosas podían gustarme más que un buen baño, con su espuma, sus sales, su agua calentita, sus velas… Soy muy friolera y un baño así me puede, me fascina.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —le dije después de venir de cantarle a Samanta esa canción que deseaba que le cantase todas las noches, la que me enseñó de su madre, y que yo me aprendí para darle el gusto tanto a ella como a Quique, quien también me escuchaba embelesado antes de irse a la cama.

—Ven—me pidió y comenzó a quitarme la ropa poco a poco, mientras la sonrisa empezaba a dibujarse en mi rostro, ya con la piel erizada, pensando en compartir ese baño con él.

Me alucinaba la forma en la que me invitaba a gozar en su compañía. Me tomaba en brazos como si fuera su muñeca, despojándome de toda prenda y sumergiéndome en el agua. Matías se recreaba en la escena y yo… Yo flipaba viendo cómo se desnudaba para meterse conmigo y que comenzase la fiesta.

Me molaba sumergirme por completo y salir con la cara mojada y el pelo empapado, a veces con la nariz llena de espuma que él me retiraba con mimo.

Era tan cuidador conmigo y, a la par, tan increíblemente sensual en el sexo, que a ese paso necesitaría un

psiquiatra porque me volvería loca.

Tened en cuenta que Matías era el primer hombre al que amaba de verdad, por lo cual presumía ese enamoramiento mío por el mundo. Y cómo no lo iba a presumir si bastaba con que él apareciese desnudo para imaginarme que se trataba de un dios griego que la vida me había puesto por delante para iniciarme en las artes del amor.

Mis duros pezones ya le esperaban. Él sabía a la perfección cómo estimular cada una de esas zonas de mi cuerpo capaces de llevarme al límite en cuestión de tan solo unos minutos.

Por esa razón, daba igual que tuviésemos horas por delante o tan solo un pequeño ratito en el que desconectar del mundo. Matías siempre sabía cómo aprovecharlo al máximo.

Entrando en el agua, me hizo relajarme por completo, tendiéndome hacia atrás, y comenzó a besarme del cuello hacia abajo, dejando mis labios desiertos, mientras recorría el resto de mi cuerpo.

—Me haces cosquillas—le decía yo pataleando, porque apenas podía soportar que recorriese así mi cuello.

—Aguanta un poco, pequeña—me decía en ese tono que tanto me ponía. Dicho así, aguantaría lo que hiciese falta aunque mis piernas se movieran a toda pastilla, aunque los nervios me atacasen.

Del cuello bajó al pecho, recreándose en él, como solía hacer, dado que mis senos y mi trasero, según me solía confesar embriagado de sexo, eran las zonas de mí que más le ponían.

Ya veía venir que me iba a penetrar, pero para ello utilizó antes sus dedos, entrando en mí con cuidado.

—Ya no tienes que ser tan previsor—le recordé con un sugerente guiño de ojos. Yo también iba aprendiendo poco a poco, tenía buen maestro y no aprovechar sus lecciones habría sido un pecado.

—No lo hago por previsión, sino por gusto—me contaba él con una voz que repartía lujuria por toda la estancia.

—Por gusto seguro que se te ocurren otras muchas cosas que hacer—le picaba.

—Todas a su debido tiempo, pequeña provocadora—me contestaba él sin dejar de estimular la entrada de mi vagina.

A la hora de penetrarme, me dio la vuelta, dejando mi trasero delante de sus extasiados ojos. A mí también me apasionaba que me lo hiciera a cuatro patas, buscando de lado mi boca en muchos momentos, saciándonos ambos de la sed que sentíamos del otro.

Entre nosotros se producía un bestial derroche de química. Tan solo con mirarnos, ya sabíamos muy bien cómo satisfacernos.

Su estocada me llegó en el momento en el que me contoneaba para él. Me estaba volviendo una chica picante, como solía decirme, y me gustaba ponerlo al máximo de revoluciones.

Cuando eso ocurría, cuando él me veía en esa actitud, su virilidad subía y subía… dejando el listón tan alto que cada vez me llevaba antes al orgasmo. Se estaba convirtiendo en un auténtico especialista a la hora de hacerme gozar y yo… Yo quería corresponderle, por lo que me esforzaba lo suficiente para ello, convirtiéndome en sus palabras en una alumna de lo más aventajada y aplicada.

Mover las caderas nunca se me había dado mal, solo que mi timidez me impidió hacerlo delante de nadie hasta que llegó Matías. Yo sentía que deseaba sacar a flote esa parte explosiva que él también veía, para su total regocijo.

En resumidas cuentas, que con el sexo nos lo pasábamos de miedo y que disfrutábamos muchísimo cada vez que teníamos la oportunidad de estar el uno con el otro, convirtiendo las horas en segundos, de lo rápidas que se nos pasaban.

Entre nosotros se producía un bestial derroche de química. Tan solo con mirarnos, ya sabíamos muy bien cómo satisfacernos.

Su estocada me llegó en el momento en el que me contoneaba para él. Me estaba volviendo una chica picante, como solía decirme, y me gustaba ponerlo al máximo de revoluciones.

Cuando eso ocurría, cuando él me veía en esa actitud, su virilidad subía y subía… dejando el listón tan alto que cada vez me llevaba antes al orgasmo. Se estaba convirtiendo en un auténtico especialista a la hora de hacerme gozar y yo… Yo quería corresponderle, por lo que me esforzaba lo suficiente para ello, convirtiéndome en sus palabras en una alumna de lo más aventajada y aplicada.

Mover las caderas nunca se me había dado mal, solo que mi timidez me impidió hacerlo delante de nadie hasta que llegó Matías. Yo sentía que deseaba sacar a flote esa parte explosiva que él también veía, para su total regocijo.

En resumidas cuentas, que con el sexo nos lo pasábamos de miedo y que disfrutábamos muchísimo cada vez que teníamos la oportunidad de estar el uno con el otro, convirtiendo las horas en segundos, de lo rápidas que se nos pasaban.

Capítulo 51



Nicole vino a visitarnos aquel fin de semana. Mi madre seguía con nosotros, aunque insistía en que quizás debiera haberse marchado ya para no convertirse en un estorbo.

No lo era en absoluto. Estaba disfrutando también mucho de la relación con ella en un momento en el que no la esperaba. Y quise compartirlo con Nicole, quien llegó con Pol, a quien también invitamos.

Para los niños todo aquello era una fiesta. Ellos no estaban acostumbrados a tener tanta gente en casa y les divertía muchísimo.

Yo sentía que todos ellos conformaban esa gran familia que sí tenía gran valor para mí y cualquier esfuerzo se me hacía poco a la hora de que nos reuniésemos.

No hace falta decir que tras la muerte de Luc todo el dinero que Rubén nos guardó había pasado a ser mío, puesto que Matías ya lo había traspasado a una cuenta a mi nombre.

Les pedí a Nicole y a mi madre consejo sobre qué hacer con él porque, aunque yo me había preparado para trabajar en el mundo de los negocios, no deseaba seguir la estela inmobiliaria de mi padre.

Lo que yo sentía era que debía encontrar mi propio camino, alguno en el que disfrutar a la par que consiguiese darle una rentabilidad a ese dinero, y entonces fue cuando, dando un paseo con todos ellos, vimos aquella gran casa en ruinas ante la que me paré.

—Podría ser un alojamiento rural, si alguien quisiera reformarla—me hizo ver Pol, a quien el contacto con la naturaleza le gustaba muchísimo y quien no tenía ni la menor intención de vivir en ninguna ciudad.

Yo lo entendía, puesto que desde que vivía allí, en el epicentro de los Pirineos, no quería ni pensar en calles contaminadas, grandes aglomeraciones ni coches por doquier.

—¿Tú qué opinas, Matías? —le pregunté.

—Que yo te veo regentando uno de estos, tú buscas algo así, que te permita estar cerca de casa y que te ayude a realizarte. No hay muchos alojamientos por la zona, además de que estoy seguro de que sabrás darle tu toque distintivo.

Me resultaba realmente fabuloso comprobar cada día lo mucho que mi pareja confiaba en mí. Para alguien como yo, que había forjado mi personalidad escuchando a Luc decirme que no valía ni para hacer puñetas, básicamente, aquello me daba vida. Y Matías sabía cómo hacerlo.

—¿Vosotros lo veis igual? —les pregunté a mi madre y a Nicole. Era bonita verlas juntas pues, después de mantener una larga conversación el día que se reencontraron, convinieron, poco más o menos, que ambas eran mi madres, puesto que una me había parido y criado hasta una cierta edad, y la otra a partir de entonces.

—Que lo harás de maravilla—estuvieron ambas de acuerdo.

—Pero necesitaré ayuda, no puedo hacerlo sola—les comenté.

Ellas ya no estaban muy por la labor de trabajar, ya que tenían la vida resuelta, pero sí que miraron a Pol, quien todavía parecía tener que buscar su camino y la forma de sacarse las castañas del fuego.

—¿Me miráis a mí? —les preguntó él, buscando que yo dijese algo.

—¿Y a quién mejor? —intervino Matías, que no podía sentir en absoluto celos del sobrino de Nicole, pues se veía de lejos que yo estaba enamorada hasta las trancas de él—. Tú te ofreciste a ayudar a Yvonne cuando lo tenía francamente difícil, a darle cobijo poniendo en riesgo tu propia seguridad. No se me ocurre una persona mejor para ayudarla ahora, que las cosas le van bien. Y si así, de paso, solventas también tu parcela laboral, ¿se te ocurre algo mejor que hacer?

Parecía que no, y yo estuve totalmente de acuerdo. El alojamiento estaría muy cerquita de casa, y no solo contaría con la ayuda de Pol, sino con la del resto del personal, por lo que podría compatibilizar perfectamente mi vida laboral y familiar.

Ese mismo día buscamos al propietario, quien no contaba con vender aquella vivienda en ruinas, y llegamos a un acuerdo muy beneficioso para todas las partes.

De repente, se abría ante mí una nueva ilusión. Nunca se me había pasado por la cabeza la idea de regentar un negocio de ese tipo, pero para mí soplaban vientos de cambio en todos los órdenes de mi vida.

Se veía venir que me divertiría muchísimo restaurando aquel lugar, ya que descubrí con el negocio una parte de mí, muy emprendedora, que yacía oculta en mi interior.

Hay personas que sacan lo mejor de ti, y eso me ocurría con Matías, que estaba sacando a relucir facetas mías que ni siquiera yo conocía. Pol también se ilusionó mucho con el proyecto, porque estaba un tanto perdido hasta ese momento en lo laboral y porque, además, le daría un aspecto desenfadado al negocio que, junto con mi frescura, podría funcionar muy bien.

Así me lo hacía ver cada día Matías quien, lejos de inmiscuirse en mis asuntos, me alentaba a que los llevase adelante yo solita, siempre con su apoyo, pero sin meterse en nada. Con él aprendí que cada cual ha de ser dueño de sus propias decisiones, con sus errores y sus aciertos.

Los niños también se lo pasaban pipa a diario, cuando los llevábamos a supervisar las obras. Samanta decía que ella estudiaría Turismo para ayudarme cuando fuese mayor mientras que Quique, que era un crack con el balón, decía que él sería futbolista.

Yo solo quería que fuesen felices y, para lograrlo, su padre y yo crearíamos para ellos el mejor de los entornos. Mis hijos, porque ya los consideraba así por muy jovencita que fuese, no tendrían que pasar nunca por lo que yo pasé. Ellos crecerían rodeados del amor de sus padres, recibiendo cariño a raudales y a salvo del influjo de personas tóxicas como lo fue Luc, quien llevó la sombra a mi vida hasta que por fin se me hizo la luz.

Hay personas que sacan lo mejor de ti, y eso me ocurría con Matías, que estaba sacando a relucir facetas mías que ni siquiera yo conocía. Pol también se ilusionó mucho con el proyecto, porque estaba un tanto perdido hasta ese momento en lo laboral y porque, además, le daría un aspecto desenfadado al negocio que, junto con mi frescura, podría funcionar muy bien.

Así me lo hacía ver cada día Matías quien, lejos de inmiscuirse en mis asuntos, me alentaba a que los llevase adelante yo solita, siempre con su apoyo, pero sin meterse en nada. Con él aprendí que cada cual ha de ser dueño de sus propias decisiones, con sus errores y sus aciertos.

Los niños también se lo pasaban pipa a diario, cuando los llevábamos a supervisar las obras. Samanta decía que ella estudiaría Turismo para ayudarme cuando fuese mayor mientras que Quique, que era un crack con el balón, decía que él sería futbolista.

Yo solo quería que fuesen felices y, para lograrlo, su padre y yo crearíamos para ellos el mejor de los entornos. Mis hijos, porque ya los consideraba así por muy jovencita que fuese, no tendrían que pasar nunca por lo que yo pasé. Ellos crecerían rodeados del amor de sus padres, recibiendo cariño a raudales y a salvo del influjo de personas tóxicas como lo fue Luc, quien llevó la sombra a mi vida hasta que por fin se me hizo la luz.

Capítulo 52



Desde luego que nunca olvidaré la época en la que, día a día, le íbamos dando forma al alojamiento.

En el desayuno de casa se abría una especie de mesa de debate en la que se aceptaban todo tipo de opiniones. Me gustaba tener en cuenta todo aquello que tuviesen que decirme y luego, a solas con mis pensamientos, tomar mis propias decisiones.

El trabajo era titánico, pues prácticamente dejamos solo la fachada de la casa, pero, aun así, estaría listo antes del verano, una época en la que también el Pirineo Aragonés se abarrota de gente deseosa de descubrir parajes verdaderamente magnéticos, así como zonas remotas donde relajarse y desconectar, que era algo muy demandado allí.

Se nos había ocurrido también que podríamos ofrecer rutas a caballo, por lo que construiríamos una cuadra en las inmediaciones de la casa en la que pudieran vivir los caballos que nos servirían para ese fin.

Esa idea, la de contar con caballos para ampliar la oferta del negocio, sí que hizo las delicias de Samanta, quien tenía pinta de llegar a convertirse en una amazona tan buena como lo fue su madre.

Ella nos comentaba que también nos ayudaría con los equinos en las rutas en el futuro y que, mientras no pudiera hacerlo, se encargaría de cuidarlos. Era una cría maravillosa, lo mismo que su hermano, llena de sensibilidad.

Aquel día yo estaba revisando las obras, para no perder costumbre. Me pasaba las horas muertas allí, en muchas ocasiones con Pol y, siempre que tenía la oportunidad, también con Matías, quien disfrutaba muchísimo viendo m carita de felicidad conforme todo iba avanzando.

La casa rural constaría de tres plantas, estando la primera de ellas conformada por las zonas comunes, como el gran salón en el que se ofrecerían los desayunos, almuerzos, meriendas y cenas, la cocina, la recepción y algunas más, estando los dormitorios en las plantas superiores.

Resultó que la planta baja ya estaba casi lista y la vista era de lo más llamativa, pues desde ella se veía el tejado,

dado que estaba por construir parte del techo, que serviría de suelo a la planta segunda, para abordar más tarde la construcción de la tercera planta.

En fin, que los obreros habían dejado una serie de vigas colocadas a partir de las cuales podíamos pasar de una parte a otra de esa segunda planta, haciendo malabarismos, por lo que a los niños no les permitimos acompañarno en esos días temiendo cualquier accidente, que ya habíamos tenido bastantes sustos anteriormente, pasando únicamente los adultos para ir supervisando.

A la hora de marcharnos, me di cuenta de que no encontraba mi bolso, por lo que pensé que me lo había dejado en la parte opuesta de la segunda planta, dado que no aparecía por ninguna parte.

—No hay problema, pequeña, voy por él—se ofreció Matías, tan atento como siempre.

—No hace falta, cariño…

—Que sí, insisto—me comentó.

—¿Tan torpe me crees? —le pregunté risueña.

—Venga ya, no seas malilla. Claro que no te creo torpe.

—¿Y entonces? Porque Pol y tú pasáis de un lado para otro sin problema, a cada momento, pero a mí no me dejas que lo haga sola. Cuando me doy cuenta, ya me tienes de la mano—observé con gracia.

Era cierto que Matías me alentaba a volar sola, como aquel que dice, pero aquellos días se mostraba especialmente cuidador conmigo porque el estado de las obras requería tener eso que llaman “siete ojos” en ese momento para no tener que lamentar un nuevo accidente.

En fin, que lo discutíamos entre bromas cuando le sonó el teléfono y se despistó un poco, circunstancia que aproveché para cruzar yo solita, puesto que las tardes aún no eran demasiado largas y ya había anochecido, teniendo que volver a casa para cenar con los críos.

Reconozco que algo de vértigo sí que me daba, pero yo estaba cada vez más segura de mí misma y no me iba a parar en ese momento. Pol, al mismo tiempo, se hallaba guardando cosas en el coche, y ninguno de ellos se percató de mi maniobra.

Cruzaba con cautela cuando noté el movimiento de la viga. Ya digo que no me tengo por una persona especialmente hábil en esos menesteres, pero tampoco pensé que aquello pudiera moverse así, por lo que me quedé parada, aterrada. Era como si la viga se estuviera resbalando y contuve la respiración… No me equivoqué,

ya que cuando miré al final me di cuenta de que apenas estaba apoyada en el otro lado y que le faltaban pocos centímetros para caer. El problema era que un rato antes se había hecho trizas una de las cristaleras que íbamos a colocar y la cubeta aparecía bajo mis pies llena de cristales. Más mala pata no podíamos tener… Si me caía encima de ella, me pondría hecha un cristo.

s

Sentí pánico y entonces, a lo justo, di un salto como un gato, dejando que la viga cayese y quedándome cogida al trozo de suelo que sobresalía mientras mis manos me decían que no podrían sostenerme por mucho tiempo.

ı Mis gritos alertaron a los chicos, de tal suerte que llegaron volando y, mientras Pol llamaba a gritos a los obreros que se estaban marchando, para entre todos mover la cubeta, Matías permanecía debajo de mí, exponiendo su propio cuerpo por si me caía antes de tiempo.

Finalmente, ya con la enorme cubeta retirada, caí sobre él, quien me sostuvo en sus brazos. Para ello, tuve que confiar como solo puedes hacer en la persona que amas, saltando con los ojos cerrados, para luego comprobar cómo no permitiría que me hiciese daño.

Fue el único susto que tuvimos durante las obras, pero lo recuerdo todavía con repelús en el cuerpo, porque pudo tener consecuencias fatales. Y también recuerdo lo mucho que Matías me mimó en una noche en la que, encima, se sentía culpable, diciéndome una y otra vez que tendría que haber subido él y no yo.

e

o

ya que cuando miré al final me di cuenta de que apenas estaba apoyada en el otro lado y que le faltaban pocos centímetros para caer. El problema era que un rato antes se había hecho trizas una de las cristaleras que íbamos a colocar y la cubeta aparecía bajo mis pies llena de cristales. Más mala pata no podíamos tener… Si me caía encima de ella, me pondría hecha un cristo.

Sentí pánico y entonces, a lo justo, di un salto como un gato, dejando que la viga cayese y quedándome cogida al trozo de suelo que sobresalía mientras mis manos me decían que no podrían sostenerme por mucho tiempo.

Mis gritos alertaron a los chicos, de tal suerte que llegaron volando y, mientras Pol llamaba a gritos a los obreros que se estaban marchando, para entre todos mover la cubeta, Matías permanecía debajo de mí, exponiendo su propio cuerpo por si me caía antes de tiempo.

Finalmente, ya con la enorme cubeta retirada, caí sobre él, quien me sostuvo en sus brazos. Para ello, tuve que confiar como solo puedes hacer en la persona que amas, saltando con los ojos cerrados, para luego comprobar cómo no permitiría que me hiciese daño.

Fue el único susto que tuvimos durante las obras, pero lo recuerdo todavía con repelús en el cuerpo, porque pudo tener consecuencias fatales. Y también recuerdo lo mucho que Matías me mimó en una noche en la que, encima, se sentía culpable, diciéndome una y otra vez que tendría que haber subido él y no yo.

Capítulo 53



Mi madre me repetía que ya debía volver a California, que no podía molestarnos tantos días. Con Nicole ya de vuelta también en su casa, se me hacía difícil dejarla marchar a ella, a quien hacía tan poquito que había recuperado.

—Mami, la verdad es que no me apetece nada que te vayas, ¿y si te quedaras a vivir aquí? —le propuse porque la idea ya llevaba un tiempo rondando mi mente.

—Hija, pero es que yo allí tengo mi casa. Mi ex me cedió una de las suyas tras la separación, y aquí…

—Pues si te la cedió, la vendes y punto redondo, ¿no dices que quedasteis bien y que él quiere lo mejor para ti? Pues seguro que entiende que lo mejor es permanecer cerca de tu hija y de tus nietos.

Se lo dije totalmente convencida porque cada vez tenía las cosas más claras. No quería perderla, ya lo hice durante demasiado tiempo.

—Yvonne, si te digo la verdad, ni en mis mejores sueños me habría imaginado que llegaras a perdonarme tan de corazón como lo has hecho, queriéndome tener así en tu vida.

—Mamá, es que yo ya me he dado cuenta de lo que es importante y de lo que no. Me ha tocado…

—Madurar muy rápido. Nunca me perdonaré no haber estado a tu lado para haber podido protegerte de Luc—dejó salir con palabras el pesar que llevaba dentro.

—No hay que mirar atrás, ¿no crees? Lo importante es que estamos aquí, disfrutando la una de la otra, y que te soy sincera cuando te digo que te quiero en mi vida, no puntualmente, sino todo el tiempo.

—Me emocionas, Yvonne, tienes muchos valores. Me siento muy orgullosa de ti y de todo lo que estás logrando. Creo que tienes razón porque ya nos hemos perdido bastante la una de la otra, así que volveré a California solo para poner la casa en venta y arreglar algunos asuntos. Te prometo que estaré de vuelta para la inauguración del

alojamiento rural.

—Eso espero, no me puedes fallar, ¿eh?

—Yo nunca te volveré a fallar, aunque estoy convencida de que será mejor que te lo demuestre a que te lo diga, ¿no es así? Has escuchado demasiados falsos alegatos en nombre de la familia…

—Demasiados, sí.

—Pues entonces, no te prometeré nada. Simplemente cumpliré con tu deseo de que permanezcamos unidas—me anunció con los ojos bañados en lágrimas.

Había cambiado mucho. Mi madre no era la misma que un día se fue sin plantearse las consecuencias de sus actos Yo también había cambiado mucho.

Cada vez faltaba menos tiempo para la inauguración y, a la par, estábamos disfrutando muchísimo de la primavera en los Pirineos, sacándole el máximo provecho.

Dicen que, en Ordesa, y en primavera, es como si la vida fuese despertando despacio. El sol luce fuerte y radiante en ese lugar idílico en el que la naturaleza derrocha todo su esplendor en una época del año en la que las primeras plantas de la temporada, esas que no permiten que otras se les adelanten, han de vencer la resistencia de la nieve para salir de su blanco, manto y mostrar todo su esplendor.

Matías me estaba enseñando a amar esa tierra, una tierra salpicada de verdes praderas que estallan cuando la nieve, definitivamente, cede, y el paisaje se engalana igualmente de otra paleta de colores.

A su lado, y junto a los niños, descubrí que el invierno le echa un pulso a la primavera, que le cuesta dar paso a esa nueva estación, por lo que una no puede allí tener prisa a la hora de guardar la ropa de abrigo.

La temporada del deshielo en Ordesa y Monte Perdido siegue siendo fría, pero indudablemente, las temperaturas se van elevando y la hierba asoma tímida, creando un nuevo manto en el que todos nosotros nos recreamos tumbados porque pocos espectáculos naturales tan magníficos como los prados de los Pirineos salpicados de flores, igual que esas amarillas y violetas que colorean las retinas de todos aquellos que cuentan con la maravillos oportunidad de contemplarlas.

Con el deshielo, dicen que los ríos de la zona derrochan bravura al bajar, un nuevo disfrute para los ojos. Todo aquello lo estaba descubriendo en una zona de la que me estaba enamorando tanto como de aquellos con los que convivía.

Yo nunca habría creído que se podría vivir con tanta paz, y no solo lo digo por la que transmiten aquellos parajes en los que, lejos del mundanal ruido, te olvidas de los problemas, sino también por la que me transmitía mi familia.

Matías era el hombre más cuidador del mundo, uno que no permitía ni que me diese el aire, al lado del cual deseaba que transcurriese mi vida.

A veces, me daba por pensar que es muy cierto eso de que cualquier experiencia, por nefasta que sea, puede traernos cosas buenas. De aquella locura, de la locura que llevó a Luc a infiltrarnos en su casa, salió lo mejor de mi vida: conocer a Matías y enamorarme de él y de sus pequeños.

De todo aquello, además, salí muy reforzada y con las ideas tremendamente claras: nunca podemos permitir que otros manejen los hilos de nuestra existencia y solo podemos rodearnos de aquellos que aportan luz a nuestras vidas, de esa especie de ángeles en la Tierra que existen para contrarrestar a tanto demonio como anda suelto por ahí, camuflado.

Día a día, me encontraba más a mí misma y a la mujer que deseaba ser. Con Matías lo quería todo, pues con él sentía que no me faltaba nada. Además, en cierto modo, también pensaba que mi padre, desde donde me estuviese viendo, se sentiría satisfecho porque parte de su patrimonio se hubiese salvado y yo, la única hija que le quedaba viva, lo estuviera gestionando de la mejor manera posible, como un tributo a ese hombre que se hizo a él mismo y que, sin embargo, lo terminó perdiendo todo por culpa de una adicción como cualquier otra. Una lección más a tener en cuenta para mí.

Yo nunca habría creído que se podría vivir con tanta paz, y no solo lo digo por la que transmiten aquellos parajes en los que, lejos del mundanal ruido, te olvidas de los problemas, sino también por la que me transmitía mi familia.

Matías era el hombre más cuidador del mundo, uno que no permitía ni que me diese el aire, al lado del cual deseaba que transcurriese mi vida.

A veces, me daba por pensar que es muy cierto eso de que cualquier experiencia, por nefasta que sea, puede traernos cosas buenas. De aquella locura, de la locura que llevó a Luc a infiltrarnos en su casa, salió lo mejor de mi vida: conocer a Matías y enamorarme de él y de sus pequeños.

De todo aquello, además, salí muy reforzada y con las ideas tremendamente claras: nunca podemos permitir que otros manejen los hilos de nuestra existencia y solo podemos rodearnos de aquellos que aportan luz a nuestras vidas, de esa especie de ángeles en la Tierra que existen para contrarrestar a tanto demonio como anda suelto por ahí, camuflado.

Día a día, me encontraba más a mí misma y a la mujer que deseaba ser. Con Matías lo quería todo, pues con él sentía que no me faltaba nada. Además, en cierto modo, también pensaba que mi padre, desde donde me estuviese viendo, se sentiría satisfecho porque parte de su patrimonio se hubiese salvado y yo, la única hija que le quedaba viva, lo estuviera gestionando de la mejor manera posible, como un tributo a ese hombre que se hizo a él mismo y que, sin embargo, lo terminó perdiendo todo por culpa de una adicción como cualquier otra. Una lección más a tener en cuenta para mí.

Capítulo 54



A falta de unos días para la inauguración, ya había algunas habitaciones totalmente terminadas.

Ese día, nos habían traído las camas, que eran cómodas y mullidas, y ya todos se habían ido.

—Espera—me dijo cuando me vio con la intención de irme para el coche.

—¿Qué pasa? ¿Me he olvidado algo? Mira que, desde el susto del bolso, tengo mucho cuidado.

—Pues siento decirte que sí te has olvidado. En concreto, te has olvidado de darme un beso, y luego otro, y después otro… Y ya, si eso, lo que surja—murmuró Matías mientras alargaba su brazo para hacerme retroceder hasta la cama de aquella, que era la habitación principal, una especie de suite nupcial para parejitas que fueran hasta allí a celebrar su amor, y que llevaba el nombre de Yvonne y Matías, puesto que pensábamos llamar a las habitaciones por los nombres de nuestra familia, de esos seres queridos que formaban parte de nuestra vida, y a aquella le tocaron los nuestros.

—Ah, pues usted perdone, ¿y puedo desagraviarle de alguna manera?

—Igual sí, pero tendrá que poner mucho empeño en ello…

—Deje, deje, que se me ocurre una manera…

Me encantaban aquellos jueguecitos picantes que él planteaba en cualquier lugar y en el momento más insospechado. El morbo formaba parte de Matías y cualquier situación era aprovechada por él para convertirla en una escena erótica donde las hubiese.

No le mentía cuando le dije que estaba segura de que podría compensarle, y sabía muy bien cómo. A mí también me resultaba cien por cien lujurioso que fuésemos nosotros quienes estrenásemos esa habitación.

Me coloqué delante de él y, agachándome, desabroché su cinturón y bajé sus pantalones. Antes incluso de que tomase su miembro entre mis manos, ya podía escuchar lo agitado de su respiración, la cual se iba intensificando, como signo de una excitación que era su signo de identidad.

Matías era una especie de volcán en el sexo y yo moría por verle explotar. Para ello, me bastó con comenzar a acariciarlo, notando cómo esas palpitaciones suyas parecían traspasar mi piel, notando su ardor, sus ganas de fuegos artificiales, dejándose llevar por unas caricias que pronto fueron bucales, envolviendo su miembro primero con mi lengua para luego introducirlo en el fuego de mi boca, que ya ardía durante la espera.

Buscando su mirada, que él no apartaba en ningún momento, le veía disfrutar de aquel regalo con el que quise obsequiarle mientras él revolvía mi pelo, loco de pasión y de ganas…

No me fue difícil que, al empujarle ligeramente, se tumbase, dejándome hacer con más facilidad, con mi cara hundida en su entrepierna, mostrándole los confines de mi garganta, haciéndole vibrar al máximo.

Locura se llamaba aquello que derrochábamos cada vez que nos quedábamos a solas y, una vez que noté que estaba a punto de caramelo, me levanté el vestido, tiré de mis braguitas y me puse a horcajadas sobre él, deslizándome sobre su miembro, provocando que entrase hasta mis entrañas mientras Matías tiraba de mi vestido para dejarme desnuda, permitiéndole paladear esos senos míos a los que tanto le gustaba lamer y mordisquear.

Antes que después ya estaba gimiendo para él, jugando mientras su lengua y sus dientes se ocupaban de mi delantera, y un calor infernal sacudía mi revuelta vagina. Mientras, mi inflamado clítoris me anunciaba que el primero de mis estadillos estaba próximo, tanto, que no tardé en sofocarlo mordiendo su boca, queriéndomela quedar para mí mientras él se deleitaba con lo mucho que empapé su miembro, dado que mi esencia se desparramó.

Ese elixir le resultaba imperdible, de modo que de inmediato salió de mí, tumbándome y degustándome mientras me ensanchaba con sus experimentados dedos, los que hacían virguerías en busca de las zonas más sensibles de mi cavidad, sacando mis más hondos suspiros y la sospecha de que a ese primer orgasmo no tardaría en sucederle otro.

Lo buscó ya de pie, estrenando cada una de las paredes del dormitorio, mientras yo hacía fuerza con mis manos y él me penetraba con ahínco hasta el fondo, sofocándome, haciéndome vibrar, sentir, latir, vivir…

De nuevo un orgasmo me sorprendió de cara a la pared en el instante en el que ladeó mi rostro para buscar nuevamente mi boca. Me encontró receptiva, aunque ya medianamente laxa, puesto que las piernas apenas me sostenían tras aquel vaivén sexual que me aturdía y me volvía loca de pasión sin remedio.

Aún le faltaba llegar al alivio, por lo que me tomó entre sus brazos y me posó sobre la cama. Mientras me miraba, con su hacha de guerra al aire, señalándome, me regaló una de sus espectaculares sonrisas, esas que me hacían

abrirme para él empapada una vez más, deseosa de su incursión, con unas incombustibles ganas de que entrara en lo más lejano de mí y allí se desparramase, encantada de hacer el amor de una forma tan ardiente con el que debía ser el mejor amante del mundo.

Tras la traca final, nos quedamos allí, mirando cómo se cerraba la noche a través de la ventana, pensando que no podía existir un mejor momento que aquel.

Yo había encontrado en él al hombre de mis sueños y él en mí nuevamente el amor… Un amor que creía haber perdido y que recuperó en otra persona.

Ambos habíamos sido la tabla de salvación del otro y juntos queríamos surcar los océanos de amor que nos esperaban, expectantes, hirvientes…

No pudimos evitar quedarnos un ratito dormidos, abrazados, antes de volver a casa para encontrarnos con esos críos que eran la alegría de nuestras vidas y que estaban felices al máximo de vernos juntos.

Imposible pedirle más a la vida, puesto que yo ya sentía que lo tenía todo. Se había hecho de rogar y, a pesar de ello, la felicidad había entrado en mí ocupando cada uno de mis rincones.

abrirme para él empapada una vez más, deseosa de su incursión, con unas incombustibles ganas de que entrara en lo más lejano de mí y allí se desparramase, encantada de hacer el amor de una forma tan ardiente con el que debía ser el mejor amante del mundo.

Tras la traca final, nos quedamos allí, mirando cómo se cerraba la noche a través de la ventana, pensando que no podía existir un mejor momento que aquel.

Yo había encontrado en él al hombre de mis sueños y él en mí nuevamente el amor… Un amor que creía haber perdido y que recuperó en otra persona.

Ambos habíamos sido la tabla de salvación del otro y juntos queríamos surcar los océanos de amor que nos esperaban, expectantes, hirvientes…

No pudimos evitar quedarnos un ratito dormidos, abrazados, antes de volver a casa para encontrarnos con esos críos que eran la alegría de nuestras vidas y que estaban felices al máximo de vernos juntos.

Imposible pedirle más a la vida, puesto que yo ya sentía que lo tenía todo. Se había hecho de rogar y, a pesar de ello, la felicidad había entrado en mí ocupando cada uno de mis rincones.

Capítulo 55



A un pasito del verano y a una semana de la inauguración, nos merecíamos un descanso, puesto que la semana siguiente sería increíblemente movidita.

Decidimos perdernos con los niños, que para eso vivíamos en un enclave idílico, y nos fuimos de fin de semana.

Recorrer el Valle de Ordesa y Monte Perdido en familia es un verdadero lujo. De hecho, son muchas las familias que optan por hacerlo cada año, y todas ellas hablan de esa experiencia como única e imborrable.

En fin, que yo aún no había tenido la posibilidad de disfrutar del lugar en profundidad, primero por unos motivos y después por otros, por lo que Matías ardía en deseos de descubrirme al detalle algunas de las zonas más bonitas de ese lugar en el que vino al mundo y del que tan enamorado estaba.

Quienes opinan que esa parcela de los Pirineos es realmente mágica no se equivocan. Yo no podría haber imaginado que un lugar me conquistase con tanta rapidez hasta que no recorrí aquel de la mano de Matías.

Paredes verticales, saltos de aguas, leyendas en las que no faltan duendes y hadas… Cuando tus sentidos lo perciben así, entendiendo que es todo un espectáculo, y alguien como Matías, un verdadero experto, se esfuerza tanto a la hora de darle forma a esas historias… comprendes que has caído rendida a los pies de un lugar que nadi debería dejar de visitar.

Bosques espesos, el agua como hilo musical de fondo en cada uno de nuestros movimientos… daba igual la ruta que seleccionásemos porque todas ellas contaban con un encanto sin igual.

Las noches las pasaríamos en una increíble cabaña, fantástica y de cuento, con la cual Matías me sorprendió al decirme que era suya. Por lo visto, había heredado varios inmuebles de su padre por la zona puesto que Rubén, al dedicarse al sector inmobiliario, no dudó en invertir en un lugar que era apuesta segura.

Cuando llegamos, mi chico ya se había encargado de que estuviésemos provistos de todo, encargando compra y hasta que nos encendieran la chimenea.

Se trataba de la noche del viernes y, tras un rato de coche, nos adentramos en aquellos montes que me dejaron cor la boca abierta, y eso que todavía me quedaba por contemplar diversas escenas allí, como el amanecer y el anochecer, que me dejarían boquiabierta.

Los niños entraron a la carrera en la cabaña, fascinados por la idea de que dormiríamos todos juntos pues, a excepción del baño, se trataba de un refugio diáfano.

Matías les había prometido que, tras la cena, nos reuniríamos alrededor de la chimenea y allí nos contaría diversas historias del lugar, mitos y leyendas, que tanto le gustaban y que tan bien se le daba escenificar, puesto que lo hacía divinamente.

La cena, un delicioso asado, la preparamos entre todos. Él no quería que Samanta y Quique se aprovechasen de su posición privilegiada para no aprender ciertas conductas básicas, como ayudar en la cocina o poner la mesa.

Yo veía con los mejores ojos la educación que les estaba dando y en la que yo misma participaba ya activamente. En cuanto a mí, les gustaba mucho cómo les cantaba y teníamos ensayadas varias canciones con las que deleitar a su padre antes de irnos a dormir, puesto que ellos me hacían los coros.

Cenamos en familia y luego llegó el gran momento. Acurrucados en el sofá, los cuatro disfrutamos lo más grande

Además, Matías nos había preparado un chocolate caliente que acompañó con unos dulces del lugar que hizo trae igualmente, por lo que se trataba de una velada con encanto donde las hubiese.

Él se metió en el papel de narrador, contándonos historias de aquellos montes, y una fortuita tormenta hizo el resto. Para qué las caritas de los críos cuando comprobaron que gruesos goterones caían sobre los ventanales. No podíamos disfrutar de un ambiente más acogedor allí, viendo llover sin tregua, con el viento sonando a tope, mientras degustábamos todas esas delicias en el ambiente calentito del interior.
e

Hay cosas que no están pagadas con dinero. Y una velada así era una de ellas.

Tras las muchas historias, que nos dejaron ojipláticos, pues se sabía todo lo habido y por haber de la zona, comenzó la función de cantos diversos.

Siempre me gustó cantar, pero mi timidez me impidió hacerlo fuera de la ducha. No obstante, ellos me animaban y todos terminaron por seguirme, hasta Matías, quien se reía mucho mientras lo daba todo.

Terminamos la noche reventados y nos fuimos a la cama. Para los niños había unas literas y ambos se empeñaron en querer dormir en la cama de arriba, por lo que terminaron por echarlo a suertes con una moneda.

Samanta sabía latín y le hizo trampas a su hermano, por lo que su padre castigó a la muy listilla teniendo que dormir abajo, algo que hizo refunfuñando.

Nos reímos por lo bajini ya en la cama, escuchándola relatar. Eran unos niños muy divertidos y alegres, y hasta en momentos como esos, en los que uno hacía una trastada, sacaban nuestra risa.

Esa noche no habría sexo por motivos obvios y eso se nos haría extraño, aunque he de confesar que no lo eché de menos porque sus abrazos me llenaron de felicidad.

Matías me hacía dormir siempre en sus brazos, y en ellos logró acabar con las pesadillas que siguieron asaltándome durante un tiempo tras la muerte de Luc y el secuestro de Nicole, hechos que me dejaron algunas heridas que él consiguió que cicatrizasen en tiempo récord.

Samanta sabía latín y le hizo trampas a su hermano, por lo que su padre castigó a la muy listilla teniendo que dormir abajo, algo que hizo refunfuñando.

Nos reímos por lo bajini ya en la cama, escuchándola relatar. Eran unos niños muy divertidos y alegres, y hasta en momentos como esos, en los que uno hacía una trastada, sacaban nuestra risa.

Esa noche no habría sexo por motivos obvios y eso se nos haría extraño, aunque he de confesar que no lo eché de menos porque sus abrazos me llenaron de felicidad.

Matías me hacía dormir siempre en sus brazos, y en ellos logró acabar con las pesadillas que siguieron asaltándome durante un tiempo tras la muerte de Luc y el secuestro de Nicole, hechos que me dejaron algunas heridas que él consiguió que cicatrizasen en tiempo récord.

Capítulo 56



Muchos son los que opinan que en Ordesa y Monte Perdido el tiempo se detiene, y yo creo que nos les falta razón

Dormí como un lirón en brazos de Matías y, aunque traté de que no se despertase, lo hizo cuando notó cómo me movía, abriendo los ojos para ver el amanecer desde la cama.

Yo ya preveía que sería alucinante, pero todo aquello que hubiese podido pensar se quedó corto ante la visión de aquellas montañas que se fueron iluminando gradualmente, creando una paleta de tonos cálidos que me resultó sobrecogedora.

—Es realmente increíble—le dije mientras me seguía abrazando como si nada en el mundo pudiera evitar que dejase de hacerlo.

—Verlo contigo es lo realmente increíble—me dijo besando mi frente.

Nos quedamos así durante un rato. No teníamos prisa. Hasta allí habíamos ido para descansar y desconectar, no había ninguna necesidad de despertar a los niños, quienes, entre pitos y flautas, terminaron por dormirse a las tantas.

Ciertamente, tardaron un buen rato en abrir los ojos, el mismo que nosotros aprovechamos para hacernos mil y un arrumacos y carantoñas.

Desayunamos todos juntos, planeando el día. Lo mejor era que allí no había videojuegos ni estímulos tecnológicos que les robasen la atención que merecía el lugar.

Tras el desayuno, nos dirigimos a la zona de la Pradera de Ordesa, buscando una pista forestal que avanza por el río Arazas, concretamente por su margen derecho, dirigiéndose al Circo de Soaso y a la Cascada de la Cola de Caballo.

De todos aquellos sitios me había hablado Matías en muchas ocasiones, si bien resultaba mucho más

impresionante saber que los contemplaría con mis propios ojos.

Los niños iban ideales con su indumentaria de senderistas, que también llevábamos nosotros, por supuesto, con nuestros pantalones técnicos, gorras, mochilas.

No resistí la tentación de, antes de adentrarnos más en el bosque, pedirles que parasen para poder tomarles unas monísimas fotos.

Aunque la temperatura podría llegar a elevarse bastante horas más tarde, lo frondoso de los pinos y hayas refrescaban el ambiente.

Avanzamos hasta encontrar una bifurcación en el camino y allí me topé con una bonita imagen de la Virgen del Pilar, como no podía ser de otro modo en aquellas tierras, pidiéndoles a todos que avanzaran unos metros, que ya les alcanzaría.

Matías lo hizo porque sabía muy bien que yo quería quedarme a solas con ella para darle las gracias por haberme bendecido con todos ellos y por permitirme vivir una existencia tan bonita como la que me estaba por venir.

—Ya te has quedado a gusto, ¿no? —me dijo abrazándome y besándome cuando le alcancé.

—Hay que agradecer, siempre, siempre, todo lo bueno que se tiene—le recordé.

—Y yo lo agradezco cada día de mi vida. Quiero envejecer contigo, pequeña—me confesó.

—Pero, para eso aún falta mucho, ¿no? Es eso o se me ha hecho demasiado corto—reí.

También eso me estaba saliendo solo… Siempre tuve sentido del humor, aunque Luc me dijese que la gracia no era lo mío. En fin, que él no me venía nada bueno y que Matías, por el contrario, se reía a mandíbula batiente con mis cosas.

—Pues claro que sí, antes tengo que darte…

s

—Mucha candela, ¿no? Eso es lo que decís los españoles…

—Mi pequeña francesita. Eres como uno de esos cruasanes de tu tierra a los que dudas entre quedarte oliendo su exquisito aroma o darle un bocado…

—Mejor me hueles—reí de nuevo—. Y hazlo ahora, que igual dentro de un rato ya me canta el alerón, que hoy tiene pinta de que el sol nos dará lo nuestro.

Nos dirigimos hacia la derecha, hacia un terreno que apenas tenía desnivel, puesto que no queríamos cansar demasiado a los críos. Por cierto, que Samanta lucía orgullosa la cicatriz de su muslo, que le había quedado muy disimulada y su hermano, en su inocencia, le decía que él quería otra igual.

—Ni se te ocurra, ¿me oyes? No pienso morirme de un susto, aquí ya hemos vivido todos los sobresaltos que teníamos que vivir—les advertí.

No hubiera soportado que les pasara nada malo a ninguno de ellos tres, a los que adoraba por encima de todas las cosas.

Tardamos un rato a buen paso hasta llegar a la aludida Cascada de Arripas, un magnífico salto de agua al lado de cuyo bonito mirador hay una fuente en la cual pudimos beber y reponer nuestras botellas de agua para continuar e camino.

—¡Venga niños, que es para hoy! —les instaba su padre a andar, ya que un poco vaguillos para eso sí que eran. Que el lugar les fascinaba, pero que de buena gana se habrían echado ambos un ratito allí.

Para continuar el camino, debíamos seguir ascendiendo y lo hicimos bajo la sombra de las hayas, una sombra natural que capté igualmente en varias de las fotografías que tomé para documentar la que estaba siendo nuestra primera escapada en familia, una de la que quería guardar el máximo número de recuerdos posibles.

—Una nueva bifurcación, papá, ¿ahora para dónde vamos? ¿O nos quedamos sentados mientras lo pensamos? —le sugirió Samanta, que era más lista que el hambre.

—Va a ser que no, mi niña, sigue…

Viendo que especialmente andadores no eran aquellos dos micos, descartamos llegar hasta las Gradas de Saso y la Cascada de la Cola de Caballo, porque la ruta es más larga y esa la dejamos para hacerla a solas nosotros dos un poco más adelante.

Optamos, eso sí, por ascender hasta los miradores superiores de las Cascadas del Estrecho, un torrente de agua qu nos fascinó a todos, deslizándose entre las rocas, una maravilla natural que contemplamos abrazados mientras los niños hacían de las suyas.

Una vez las hubimos disfrutado, nos dimos la vuelta buscando una senda estrechita cuyos labrados escalones en la roca nos llevó directos hasta las atalayas inferiores, y también hasta La Pradera de Ordesa.

Matías llevaba la ruta de lo más controlada, sabiendo en todo momento hacia dónde teníamos que dirigirnos, por lo que yo tenía la posibilidad de evadirme e ir tomando fotografías a diestro y siniestro, siguiendo un sendero de

piedras que, en zigzag en ciertos tramos, nos hizo desembocar en el mirador inferior de la mágica Cascada del Estrecho, puesto que no podía calificarse de otra manera.

De ella nos marchamos hasta la Cascada de la Cueva, volviendo a partir de entonces, pero en vez de hacerlo sobre nuestros mismos pasos, en esa ocasión nos recreamos con la vista desde el margen izquierdo del Arazas.

l

ı

e

ı

piedras que, en zigzag en ciertos tramos, nos hizo desembocar en el mirador inferior de la mágica Cascada del Estrecho, puesto que no podía calificarse de otra manera.

De ella nos marchamos hasta la Cascada de la Cueva, volviendo a partir de entonces, pero en vez de hacerlo sobre nuestros mismos pasos, en esa ocasión nos recreamos con la vista desde el margen izquierdo del Arazas.

Capítulo 57



Me gustaba ver que, pese a ser niños de su tiempo, tanto Samanta como Quique estaban familiarizados con su entorno y les apasionaba relacionarse con los terneros, las gallinas, las ovejas o las cabras que nos rodeaban en determinados momentos de aquellos días.

Para la última jornada de nuestra estancia allí, también escogimos una actividad que sería muy del gusto de los críos, como montar en kayak.

—Para mí mucho mejor, no hay que andar tanto—decía Samanta, ya que según ella no tendría que esforzarse demasiado, que nos habíamos levantado demasiado temprano. No era el caso, pero a aquella pequeña dormilona todas las horas de sueño le parecían pocas.

Las aguas tranquilas del Pirineo Aragonés nos permitirían poder pasarlo genial en kayak sin tener que preocuparnos por la seguridad de los niños, quienes se mostraban encantados con la idea.

Optamos por navegar por las aguas turquesas del embalse de Mediano, un precioso enclave junto al campanario del antiguo pueblo de Mediano.

A los niños les fascinó saber que había un pueblo que había quedado escondido bajo las aguas, algo que su padre les explicó, como también que allí se unían las aguas del río Cinca y del río Ara, mientras un guía nos llevaba también a conocer otros aspectos de la impresionante flora y fauna de uno de esos lugares de la geografía española que nadie debería perderse.

En definitiva, que visitamos zonas distintas y no demasiado cercanas entre sí, pero increíblemente maravillosas todas, en un fin de semana impresionante coronado por aquella actividad en kayak que terminó por encandilar a los niños.

De vuelta a casa, íbamos con la sensación de que aquella primera escapada familiar había sido de matrícula de honor, con los críos dormidos ya en el coche.

—Nunca creí que volvería a vivir días así—me confesó Matías poniendo la mano sobre mi muslo mientras conducía.

—Pues suerte tienes, porque yo no los había vivido hasta ahora—le sonreí.

—Eres la mujer que todo hombre quisiera tener, ¿tú has pensado todo lo que conlleva una familia, mi amor?

—¿Temes eso? Yo os amo a todos vosotros, cariño—le aclaré.

—Algunas veces pienso que eres demasiado joven y que podrías llegar a cansarte. No te culparía, ojo, solo podría agradecerte los días como este que me dejases vivir a tu lado.

—¿Qué te pasa, Matías? Yo no me pienso cansar de esto, ¿me oyes?

—Eso espero, mi amor, porque en el fondo, si te soy sincero, no creo que pudiera volver a ser feliz sin ti.

—No tendrás que plantearte nada de eso, nunca, te lo prometo.

—Te quiero, pequeña, te quiero…

Nos queríamos con mucha intensidad. Quizás con la intensidad que aman aquellos que vienen de vuelta de muchas cosas, con independencia de su edad.

No en vano, los dos contábamos con un pasado complicado y el deseo de compartir un futuro rebosante de felicidad era una constante en ambos.

Llegamos a casa ya de noche. Me gustaba ver el amor con el que bajaba a los críos del coche y, entre ambos, les desvestimos para meterlos en la cama. Habían llegado completamente rendidos.

[a]Nosotros nos quedamos cenando a solas, él preparó una improvisada cenita romántica a la luz de las velas. Era una de las cosas que más me gustaba de Matías, quien hacía de cualquier ocasión un gran acontecimiento.

Me miraba encandilado y, durante la cena, tuvo innumerables gestos de cariño hacia mí. Se notaba que era un hombre muy romántico, un hombre que daba gracias a la vida por haber vuelto a encontrar el amor.

Tras la cena, y antes de irnos a la cama, le enseñé mogollón de fotos que había tomado durante el finde. Nos reímos mucho rememorando aquellos momentos con los críos, todos felices, momentos que ya comenzaban a convertirse en un tesoro.

Fue la ocasión ideal para cargar pilas antes de una semana en la que, por primera vez en mi vida, me enfrentaba a un reto profesional. Yo jamás me habría conformado con vivir bajo el ala de Matías. Para sentirme realizada, necesitaba saber también que podía llevar a cabo una labor profesional y mi alojamiento rural me llenaba de orgullo.

Nos marchamos a la cama relativamente pronto. Debíamos descansar porque teníamos mucho trabajo en una semana que sería muy especial, aunque no por ello perdonamos una generosa ración de sexo que extrañamos las dos últimas noches.

Cada día nos conocíamos más en la cama y pasábamos de cero a cien en cuestión de segundos. Matías hizo aflora en mí una sexualidad innata que yo no conocía. Él afirmaba que yo era una fuera y otra dentro de la cama. Podía ser, porque en ella me comenzaba a salir una pequeña fierecilla sexual a la que él también se enganchó sin remedio.

Cuando por fin caímos, cansados y satisfechos, nos tumbamos juntos y él me abrazó.

—Lo confirmo: yo ya no puedo vivir sin esto. Te voy a hacer muy feliz, Yvonne, lo suficientemente feliz como para que nunca quieras irte.

—Y dale, ¿qué te pasa hoy? —le dije incorporándome—. Yo no me pienso ir a ninguna parte. A ver, ¿dónde voy estar mejor que aquí?

—¿Lo tienes claro? ¿Lo tienes clarísimo? —me repetía él, a modo de pregunta, mientras me abrazaba.

—Pues claro que lo tengo clarísimo, ¿me has tomado por una niñata que no sabe lo que quiere? —bromeé.

—No, claro que no. Solo necesitaba que me lo confirmases—me dijo feliz.

—Pues ya lo he hecho. Y tú procura también no hacerme ninguna jugada, que eso no te lo perdonaría—le advertí.

—¿Una jugada teniéndote a mi lado? Debería ser el tipo más bobo del mundo, ¿no crees? Yvonne no sé si eres consciente del potencial que tienes. Eres una jovencita que apunta maneras y que llegará donde quiera. Eres muy grande, pequeña.

—Oye, ¿eso no resulta contradictorio? ¿Soy grande o soy pequeña? —le pregunté entre risas.

r

a

Capítulo 58



Era miércoles y el viernes inaugurábamos el alojamiento rural, que había quedado de dulce.

No podía imaginar mejor ayuda que la de Pol, quien se dejó la piel para que todo estuviese a punto.

—Tenemos completas las reservas del primer mes gracias a la publicidad que le hemos dado en las redes—me decía.

—Ya te digo, todo un éxito por adelantado, yo no sabía que se te daban así de bien esas cosas.

—¿Manejar las redes? No tiene misterio, mujer. Espera, que ya te capto, tú pensabas que un hippie como yo ni siquiera tenía móvil, ¿no? Tú me imaginabas fumando petas por el monte, y ya—rio.

—Hombre, mi imaginación no iba tan lejos, pero que ha sido una grata sorpresa. Creo que vamos a formar un buen equipo.

—Te lo mereces, ya es hora de que te lleguen cosas buenas, unas detrás de otras…

—No pido nada, me conformo con lo que tengo. Si te digo la verdad, creo que no se puede ser más feliz de lo que soy en este momento.

—Así se habla, ¿brindamos por ello? —me sugirió.

—Sí, señor. Ahora mismo vamos a abrir una botellita de rioja de esas que están ya en la cocina.

Lógicamente, el alojamiento prestaba servicio de cocinas, pues ese no era el típico hostal de ciudad donde sales a la calle y te vas a picotear algo. Allí no había ni un alma en los alrededores.

Fui por ella y, al llegar a la cocina, sentí un ligero mareo que me llevó a agarrarme a la encimera, dado que el

cuerpo se me fue para atrás.

Me quedé un poco sorprendida, aunque por otra parte tampoco debería ser tan raro si pensábamos en que las últimas semanas habían sido muy movidas y, a excepción de la escapada que hicimos con los niños, apenas paré.

Cogí la botella y me la llevé para el salón. Pol estaba ya allí, esperándome para descorcharla. Había preparado un par de copas y me miraba complacido.

—Ese vino tiene una pinta estupenda. Trae.

Se lo di y el mareo volvió a repetirse, por lo que tomé asiento enseguida, dado que a mí se me daba bien eso de irme al suelo y no tenía ganas.

—Chica, tienes mala cara—me comentó Pol—, y este vino no se lo merece, ¿no crees? Porque huele de impresión —bromeó—, ¿qué te pasa? ¿Estás cansada? Deberías irte ya a casa. Venga, tómate la copita y te acerco.

—No, no, que todavía nos quedan muchas cosas por hacer.

—Ninguna de la que yo no me pueda encargar, Yvonne. Hazme caso, ahora no debes ponerte enferma, puesto que sería un fastidio, a un par de días de la inauguración y con lo que te lo has currado. No me lo perdonaría.

—Quizás tenga razón, pero no te entretengas, por favor. Me tomo la copita y me voy, le diré a Matías que me envíe al chófer, no me siento bien para conducir y no quiero que te entretengas.

Volvíamos a tener chófer, porque mi chico lo necesitaba y porque era hora de volver a la normalidad. Alguien que ocupase el lugar de Luc nos ayudaría también a comprobar que la vida seguía, que nada de lo ocurrido nos dejó anclados en el pasado.

—Madre mía, cómo es la vida de los ricos, de locos—negaba Pol con la cabeza.

—¿Qué dices de ricos? Y es igual…

—Claro que sí, solo que con dinero…

Era muy dicharachero y yo me reía mucho con él. Me gustaba tenerle como compañero de trabajo y era una de las personas que sumaban en mi vida.

Rafael vino a recogerme. También era una persona muy afable y responsable. Él no vivía con nosotros en casa como en los tiempos en los que yo llegué a ella. Habíamos decidido que preferíamos algo más de intimidad, apart

de que tenía familia, por lo que vivía cerca con ella.

Rafael siempre solía poner música clásica en el coche, decía que le ayudaba a relajarse, y yo me evadía también escuchándola cuando caí en la cuenta de que, tan ajetreada como estaba, no me había venido la regla semanas atrás cuando me tocaba.

En honor a la verdad, no era la primera vez que me sucedía algo así, pues mi período siempre fue bastante irregular, pero me dio que pensar.

—Entra en el pueblo, por favor, vamos a la farmacia—le pedí porque tuve la corazonada de que debía hacerme esa prueba. De pronto, era como si todas las dudas me asaltasen, porque llevaba días encontrándome un tanto extraña sin razón aparente.

—Claro que sí, ¿quieres que me baje a comprarte algo? —se ofreció.

—No, se trata de algo muy personal, gracias.

—Ya, cosas de chicas. Qué me vas a contar si tengo esposa y cuatro hijas—me sonrió. Era un hombre de unos cincuenta y pico, de lo más bonachón.

—Cielos, ¿y cómo lo llevas? —bromeé.

—Son mi vida, Yvonne, pero eso sí, hacen conmigo lo que quieren. Qué te voy a contar…

—Bueno, pues como Samanta y Quique conmigo, para eso no hace falta vivir en un matriarcado.

—Los hijos, se les adora, qué se va a hacer…

—Eso mismo.

Entré a comprar esa prueba, pero yo ya sabía que tenía un huésped en mi vientre. No sé explicarlo, quizás os haya pasado a algunas de vosotras. De golpe, las piezas encajan y sabes de dónde provienen todas esas alteraciones que vienes sufriendo.

No nos lo habíamos planteado, no en ese momento en el que yo estaba tan liada, pero tampoco fuimos especialmente cautos. A la vista estaba. O, mejor dicho, todavía no, pero pronto lo estaría, estaba segura.

La farmacéutica, Marga, era amiga de Matías, por lo que me sonrió al dármelo.

—¿Puede que haya un nuevo Moguer en el horno? —me preguntó.

—Puede que sí…

—A Matías lo matas de alegría. Le vuelven loco los niños, ya lo sabes.

—Tú no digas ni mu, ¿eh?

—¿Yo? Claro que no, mujer, eso es cosa vuestra. Que sea enhorabuena—me dijo aquella chica tan simpática, porque allí todos parecían ser buenas personas.

—Puede que sí…

—A Matías lo matas de alegría. Le vuelven loco los niños, ya lo sabes.

—Tú no digas ni mu, ¿eh?

—¿Yo? Claro que no, mujer, eso es cosa vuestra. Que sea enhorabuena—me dijo aquella chica tan simpática, porque allí todos parecían ser buenas personas.

Capítulo 59



Mi madre y Nicole llegaron al día siguiente, juntas, puesto que sus aviones aterrizaron con poco tiempo de diferencia.

Rafael había ido a por ellas mientras que yo le daba los últimos toques al alojamiento junto a Pol y a varias personas que habíamos contratado ya para que nos ayudasen a sacar el negocio adelante.

—Mira quiénes vienen por ahí, y de lo más dicharacheras—me comentó Pol mientras salía a saludarlas.

—Las mujeres de mi vida, voy a achucharlas—le comenté con alegría.

—¿Y yo no soy una de esas mujeres de tu vida? —se quejó Samanta, que era un poco celosilla.

—Tú eres mi niña, bonita. Ven, vamos…

—Sí, vente Quique, que llegan las abuelas—le pidió ella. El tema era muy simpático, puesto que a ellos les gustaba agrandar la familia y ya habían integrado también a Nicole y con el título de abuela. Yo les seguí y pensé que pronto les daría una sorpresa, y eso que la prueba de embarazo seguía a buen recaudo en el cajón de la mesilla de noche.

—Pero bueno, creí que no llegabais, ¿cómo es posible? A solo un día, salvadas por la campana—bromeé, como echándoles la bronca.

—Es que hemos tenido mucho jaleo, Yvonne—me guiñó el ojo mi madre—. Yo he tenido que vender mi casa y…

—Y más cositas que ha hecho y que todavía no me creo—la interrumpió Nicole.

—Tramáis algo. Ahora diréis que no, pero lo tramáis. Basta de secretitos. Es más, yo también tengo uno, pero hasta que no larguéis de lo lindo no pienso soltar prenda, les aseguré.

Se miraron entre ellas. Estaban a punto de darme una alegría inesperada que sumar a esa magnífica racha que vivíamos, por lo que toda buena noticia sería bienvenida.

—Algo sí que tramamos, y estamos deseando contártelo, ¿no hay un vinito en este lugar para que brindemos?

—¿Una noticia que pide un brindis? Pues claro que sí. Pol, cariño, corre a por una botella como la que abrimos ayer, que yo no estoy para correr mucho—bromeé.

—Como que debes estar agotada—me decían ellas mientras me abrazaban.

—Agotadita de pensar en lo que tramáis, así estoy.

—¿Quique y yo también podemos brindar? —me preguntó Samanta.

—Claro que sí, traed un refresco, cariño, que las abuelas nos tienen que decir algo, ¿acaso os habéis echado un novio cada una? —les pregunté.

—¿Y quién quiere un novio cuando podemos vivir juntas? —me respondió mi madre.

—Anda, ¡las abuelas se han hecho pareja! —exclamó Samanta con un ojo mirando para cada lado. Me partí al verla.

—No, cariño, no es el caso—negó mi madre—. Pero sí he convencido a mi buena amiga Nicole para que venda también su casa y nos compremos aquí una que compartir. En realidad, a ella tampoco se le ha perdido nada en Montpellier sin todos vosotros y, en cuanto a mí, pues que no me gusta vivir sola, ¡caramba! —gritó en el mismo momento en el que Pol descorchó la botella.

Menuda fiesta que teníamos montada. En ese instante sí que sentí que había logrado reunir a toda mi familia, y la alegría me invadió por completo.

Matías llegó justo cuando comenzamos a brindar, aunque yo, por precaución, apenas si me mojé los labios.

—Pero bueno, ¿qué celebramos? — nos preguntó cuando nos vio a todos con la copa en la mano, brindando.

—¡Buenas noticias! ¡Vamos a estar mejor que queremos, amor!

—Eso, yerno, vas a tener el placer de contar con dos suegras cerca, ¿cómo lo ves? —le preguntó Nicole, quien solía hacer bromas al respecto.

—¿Que cómo lo veo? No pienso contestar a esa pregunta hasta poder consultar con mi abogado, eso por descontado—se pitorreó.

—Ay, amor, que Nicole va a vivir con mi madre. Todo esto es como un sueño, dime que no me voy a despertar, dame un pellizco.

No se lo pensó mucho y me lo dio en todo el trasero, en ese trasero mío que tanto le atraía.

—¡Pero bueno! No te dije que ahí—reí.

—Tampoco dijiste que en otro sitio, ¿ves por lo que necesito que venga mi abogado? Ya son varias las cuestiones a dirimir…

El ambiente era festivo total. Yo estaba viviendo un sueño y solo me faltaba confirmar eso que intuía para pensar que era imposible mejorar ese momento.

No quise comentarle nada a Matías ni a los niños, puesto que para ellos debía ser una sorpresa, pero sí lo hablé con mi madre y con Nicole.

—¿Un bebé? Cielo santo, eso ya sería el remate de los tomates, ¡qué alegría! —me comentó mi madre.

—Ven aquí y estate quieta un momentito, mi niña—me pidió Nicole—. Mi abuela era partera y cuando yo era niña me enseñó a detectar un embarazo con mis propias manos—me comentó.

—Eso no puede ser…

—Te digo yo que sí, ella lo hacía así y su método era infalible. Quieta un momento—se quedó callada, entrecerrando los ojos—. Es un niño, un varón—me confirmó cuando los abrió.

—Pero eso no puede ser—le comenté yo, ¿cómo vas a saber hasta el sexo?

—Bueno, al menos tengo el 50% de posibilidades de acertar—bromeó—. No, en serio, siento que estás embarazada y que es un niño, cariño mío. A mi sobrina Carlota le acerté que eran dos niñas cuando ni siquiera sabía que estaba esperando.

—Madre mía, qué peligro tienes, Nicole, ¿puedes ver más cosas? Porque entonces puede que me haya equivocado al montar este negocio. Habrías triunfado como médium, podría asociarme contigo.

—No, no veo más cosas, aunque no hace falta verlas para decirte que este bebé os traerá aún más felicidad. Ya te tocaba, mi niña, ya te tocaba…

—¿Abuela? ¿Voy a ser abuela? —preguntaba mi madre emocionada.

—Todo indica que sí, pero para que no nos tomen a todas por locas, acompañadme, que voy a hacerme la prueba —les pedí.

)

—No, no veo más cosas, aunque no hace falta verlas para decirte que este bebé os traerá aún más felicidad. Ya te tocaba, mi niña, ya te tocaba…

—¿Abuela? ¿Voy a ser abuela? —preguntaba mi madre emocionada.

—Todo indica que sí, pero para que no nos tomen a todas por locas, acompañadme, que voy a hacerme la prueba —les pedí.

Capítulo 60



Me comían los nervios a la hora de la inauguración. Todo nuestro entorno se dio cita allí.

En el tiempo que llevaba viviendo en aquella zona como pareja de Matías, tuve ocasión de conocer a muchos de sus amigos y familiares, los cuales quisieron acompañarnos aquel día, para mi alegría. También logré recobrar el contacto con mis amigos de antaño, esos con los que dejé de comunicarme un día por culpa de Luc, y quienes se mostraron encantados igualmente de acudir hasta allí y comprobar la persona en la que me había convertido.

Me ilusionaba cantidad inaugurar mi negocio ese día con la compañía de todos ellos y con las de mi gente, con todos aquellos que hicieron posible algo así. Matías, los niños, Nicole, mi madre, Pol… Todos pusieron su granito de arena para hacer realidad mi sueño, que ese día cobraba forma.

Poco a poco, nuestros invitados fueron pasando y, mientras cogían una copa del salón, yo les iba enseñando las habitaciones que ya comenté que tenían los nombres de nuestros seres queridos. Tanto Matías como los niños se me abrazaron al ver que una de ellas, muy bonita y coqueta, con unas vistas formidables, llevaba el nombre de Alejandra, en honor a su fallecida esposa y madre, respectivamente.

—Eres la mejor, cariño, la mejor—me repetía Matías mientras me besaba. Por favor, ¿puedes venir un momento? Quiero presentarte a alguien—me comentó.

—¿A quién, amor? —le pregunté intrigada.

—Ahora lo verás, espero que te caiga bien.

El día iría de sorpresas, puesto que no esperaba ver allí a Aurora, la madre de Matías, con su pareja, Marc, ese hombre que un día la enamoró y le hizo quedarse en Ibiza.

Me abracé a ella, con quien solo había hablado por teléfono hasta la fecha y pensé que ya sí que estábamos todos, que la felicidad total existe y que debía ser idéntica a la que yo estaba experimentando en ese momento.

—Por favor, si eres más guapa aún al natural que en fotografías, Yvonne, qué preciosa.

—Tú también lo eres, Aurora. Ahora veo de quién ha heredado tu hijo tanta belleza.

—No tienes que hacerme la pelota porque sea tu suegra, tú ya me has caído sensacional—me soltó bromista.

—No te la hago… Eres total y me has dejado sin habla, y eso que yo quería aprovechar que ahora estamos todos para comunicaros algo—le dije.

—No tengo ni idea de qué será, mi amor, pero yo también quiero decirte algo—me comentó Matías.

—Vale, pues tu primero—le pedí nerviosa, rodeada de todos los nuestros.

—De ninguna manera, tú antes…

—No, no, ahora prefiero que me lo digas tú, que yo ando un poco atacadilla de los nervios—le confesé porque el resultado de la prueba, por supuesto, fue positivo, y la noticia era realmente un bombazo.

—Está bien… No me haré más de rogar porque estoy deseando que me contestes un "sí", ¿te quieres casar conmigo, amor mío? —me preguntó rodilla en suelo, sacando como por arte de magia un precioso anillo de su bolsillo, una pieza de artesanía en plata, realmente única que parecía hecha a mi medida.

—Ay, por favor, qué cosa más bonita—me eché a llorar sin poder evitarlo.

—¿Qué exactamente? ¿El anillo? ¿La petición? —me preguntó él, también con la emoción a flor de piel.

—Todo, todo, pero el anillo es una filigrana, ¿de dónde ha salido?

—Del taller de Marc, el novio de mi madre. Ya te dije que terminó montando uno y que hace sus propios diseños, pero ¿vamos a seguir hablando de esto o me vas a contestar? —me preguntó, causando las carcajadas de todos.

—¡Eso! ¡Contéstale a papá! —voceó Samanta.

—¡Que se casen! ¡Que se casen! —prosiguió Quique, quien estaba tan alucinado como todos con la escena.

Yo no me lo esperaba, en ningún momento se me pasó por la cabeza que, antes de que yo soltara la noticia de mi embarazo, él fuese a pedirme matrimonio.

—¿Los estás escuchando? —le pregunté a su padre, señalándonos.

—A ellos sí, mi amor, pero no a ti.

—¿Y crees que hace falta que añada algo más? Los niños ya lo están diciendo todo—le decía yo con sumo cariño —, pero vamos ¡que vas a tener que cargar conmigo el resto de mi vida! ¡Y ya de paso también con nuestro hijo! —exclamé y a él le faltó poco para que se le salieran las bolas de los ojos.

—¿Cómo has dicho, cariño mío? ¿Cómo has dicho?

—¡Que nos vamos a casar! ¡Y que vamos a ser padres! Es un 2x1, ¿qué te parece?

—Que este es un momento mágico, eso me parece… Y que todo tenía que ocurrir aquí, en este lugar que para ti supone la culminación de un sueño…

—Vosotros sois mi mejor sueño, ¡venid aquí con nosotros! —les pedí a los niños y los abracé a los tres.

—¿Un hermanito? ¿Ahora sí que vamos a tener un hermanito? —me preguntó Samanta dando saltitos por los nervios.

—Sí, mi niña, ahora sí. Un hermanito viene en camino. Mira, está aquí—le dije mientras ella ponía su manita en mi vientre y su padre aprovechaba para comerme a besos. Quique la emuló y yo levanté mi anillo en aire para que todos lo vieran, ese anillo que era el símbolo de la felicidad que estábamos sintiendo en ese momento… Una felicidad que nos embargó en un día plagado de emociones que compartimos con todos los nuestros.

Aún hoy, con el paso de los años, recuerdo ese momento como uno de los más emocionantes de mi vida, como un momento mágico que nos unió más y que aportó un plus de ilusión a nuestro hogar.

Comenzaba la cuenta atrás para unir nuestras vidas para siempre oficialmente, aunque de otro modo ya llevaban tiempo unidas, porque Matías y yo hicimos *match* desde el mismo momento en el que nos vimos, por mucho que las circunstancias fuesen entonces muy distintas.

—¿Los estás escuchando? —le pregunté a su padre, señalándonos.

—A ellos sí, mi amor, pero no a ti.

—¿Y crees que hace falta que añada algo más? Los niños ya lo están diciendo todo—le decía yo con sumo cariño —, pero vamos ¡que vas a tener que cargar conmigo el resto de mi vida! ¡Y ya de paso también con nuestro hijo! —exclamé y a él le faltó poco para que se le salieran las bolas de los ojos.

—¿Cómo has dicho, cariño mío? ¿Cómo has dicho?

—¡Que nos vamos a casar! ¡Y que vamos a ser padres! Es un 2x1, ¿qué te parece?

—Que este es un momento mágico, eso me parece… Y que todo tenía que ocurrir aquí, en este lugar que para ti supone la culminación de un sueño…

—Vosotros sois mi mejor sueño, ¡venid aquí con nosotros! —les pedí a los niños y los abracé a los tres.

—¿Un hermanito? ¿Ahora sí que vamos a tener un hermanito? —me preguntó Samanta dando saltitos por los nervios.

—Sí, mi niña, ahora sí. Un hermanito viene en camino. Mira, está aquí—le dije mientras ella ponía su manita en mi vientre y su padre aprovechaba para comerme a besos. Quique la emuló y yo levanté mi anillo en aire para que todos lo vieran, ese anillo que era el símbolo de la felicidad que estábamos sintiendo en ese momento… Una felicidad que nos embargó en un día plagado de emociones que compartimos con todos los nuestros.

Aún hoy, con el paso de los años, recuerdo ese momento como uno de los más emocionantes de mi vida, como un momento mágico que nos unió más y que aportó un plus de ilusión a nuestro hogar.

Comenzaba la cuenta atrás para unir nuestras vidas para siempre oficialmente, aunque de otro modo ya llevaban tiempo unidas, porque Matías y yo hicimos *match* desde el mismo momento en el que nos vimos, por mucho que las circunstancias fuesen entonces muy distintas.

Capítulo 61



La idea de que nos casáramos en Navidad, que era su fecha del año preferida, fue de los niños, y tanto a su padre como a mí nos pareció maravillosa.

Para entonces, yo ya estaba de siete meses, a punto de ser mamá biológica por primera vez, y lo cierto era que Matías prefería que uniésemos nuestras vidas oficialmente antes de la llegada del bebé y a mí también me pareció la mejor de las ideas.

Dado mi avanzado estado de gestación, pues mi cuerpo era menudito y acusaba bastante el embarazo, decidimos que no celebraríamos una gran fiesta, sino algo más privado con los más íntimos, lo que no le restaría ni un ápice de emoción a nuestra boda.

Tampoco es que fuésemos a ser cuatro gatos, me explico, sino medio centenar de personas y, ya en todo caso, más adelante celebraríamos una fiesta multitudinaria que también sirviera para festejar el nacimiento de nuestro hijo.

Matías me veía bellísima, y me lo recordaba a todas las horas del día. Yo estaba muy feliz por mi embarazo, increíblemente feliz, aunque discrepaba un poco con él en eso de la belleza porque me notaba un tanto hinchada, incluso en el rostro me lo notaba.

En fin, que eso me daba lo mismo, por supuesto, y que un día antes de la boda la casa era un ir y venir, un trasiego de gente encargándose al milímetro de todos los detalles.

Uniríamos nuestras vidas allí mismo, puesto que Rubén fue un hombre religioso que hizo construir en su finca una pequeña capilla que utilizaríamos al efecto. Contaba con muchísimo encanto y a mí no se me ocurrió otro lugar mejor para casarnos.

En aquel momento, disfruté muchísimo de todos los preparativos de la boda, puesto que tuve la suerte de que mi negocio fuese viento en popa, siempre gracias a la inestimable ayuda de Pol.

Hablando de ayuda, también es justo mencionar que contábamos con mucha en casa, puesto que Nicole y mi

madre terminaron viviendo muy cerquita de nosotros, y todos los días se pasaban por la nuestra para ocuparse de los críos, permitiéndonos que nos ocupáramos de nuestros respectivos trabajos sin ningún tipo de problema.

Incluso ambas estaban deseando que naciese el pequeño, el cual ya se había confirmado que sería un niño, como vaticinó Nicole en su día, para ocuparse también de él. Por cierto, que en honor a ella le pondríamos el nombre de Nicolás, aunque pensásemos llamarle Nico. Y ello porque teníamos mucho que agradecerle.

Total, que, gracias a todo ello, el alojamiento rural estaba siempre hasta la bandera y no nos faltaba el trabajo. Y las rutas a caballo tenían mucho éxito, incluso se estaban comenzando a conocer en toda la zona.

Yo ya tenía ganas de volver a montar en cuanto soltase la barriguita, porque recorrer aquellos idílicos parajes a caballo era uno de esos lujos imperdibles a los que no quería renunciar.

Y volviendo al tema de la boda, el convite se celebraría en el gran salón de casa, que habíamos engalanado para ello. Estaba realmente de dulce. Del cáterin se encargaría una empresa externa, igual que de servirlo, porque deseábamos que toda la gente que trabajaba con nosotros pudiera unirse a la celebración, sin tener que preocuparse de trabajar ese día.

Matías estaba muy, muy nervioso ya desde antes. Aurora, su madre, ya llevaba un par de días con nosotros junto con Marc, puesto que por nada del mundo se habría perdido la boda de su hijo. Además, ella era la madrina, pues le correspondía ese título. Y en cuanto al padrino, como a mí no me quedaban parientes masculinos vivos, se lo pedí a Pol, quien aceptó de buen grado.

s

—Lo único es que me va a costar ponerme uno de esos trajes pijos, pero por mi Yvonne hago lo que sea—me comentó, lo que me puso muy feliz.

A horas del enlace, ya lo teníamos todo listo. Lo que deseábamos era bebernos el tiempo y encontrarnos ya ante e altar, puesto que habíamos puesto todo el cariño del mundo en la preparación de esa ceremonia y esperábamos qu fuese un día inolvidable.

o

Celebramos una agradable cena la noche antes, en la que Matías se mostró pletórico, siempre atento a mí y al bebé.

a

—Vas a ser la novia más bonita del mundo—me decía.

—Y también la más hinchada, pero me da igual. Lo importante es que pasemos un precioso día y que Nico también va a acudir—le dije entre risas.

—Y hasta a lo mejor nace mañana—comentó con impaciencia su hermana Samanta, que no veía la hora de que el crío estuviese en el mundo.

—No, cariño, por favor, mañana no—le contesté divertida—. Lo creas o no, me aguaría la fiesta.

—¿Qué es aguar la fiesta? —me preguntó Quique.

—Lo que no va a pasar—le contestó su abuela Aurora. Si algo había allí era abuelas, tres para ser más precisos. Y hasta Marc actuaba también como abuelo de los niños, todos se habían acoplado divinamente a la situación.

Nos fuimos a la cama con mucha emoción. Daba igual que ya nos considerásemos marido y mujer, el hecho de darnos el "sí, quiero" nos tenía tan ilusionados como nerviosos a ambos.

Yo rezaba porque fuera un día maravilloso, el día que nos merecíamos, y todo estaba preparado para que así fuera La ilusión era máxima por parte de todos los que nos querían y en cuanto a Matías y a mí…

—Estoy en una nube, te lo prometo—me decía abrazándome sin poder dormir, lo mismo que yo, que tenía los ojos como un búho a consecuencia de los nervios, que no eran menos que los suyos.

—Y yo, pero tendremos que bajar de ella, que mañana hemos de cumplir el más maravilloso de todos los cometidos, mi amor.

—Maravillosa eres tú, mi vida.

l
e

—No, cariño, por favor, mañana no—le contesté divertida—. Lo creas o no, me aguaría la fiesta.

—¿Qué es aguar la fiesta? —me preguntó Quique.

—Lo que no va a pasar—le contestó su abuela Aurora. Si algo había allí era abuelas, tres para ser más precisos. Y hasta Marc actuaba también como abuelo de los niños, todos se habían acoplado divinamente a la situación.

Nos fuimos a la cama con mucha emoción. Daba igual que ya nos considerásemos marido y mujer, el hecho de darnos el "sí, quiero" nos tenía tan ilusionados como nerviosos a ambos.

Yo rezaba porque fuera un día maravilloso, el día que nos merecíamos, y todo estaba preparado para que así fuera. La ilusión era máxima por parte de todos los que nos querían y en cuanto a Matías y a mí…

—Estoy en una nube, te lo prometo—me decía abrazándome sin poder dormir, lo mismo que yo, que tenía los ojos como un búho a consecuencia de los nervios, que no eran menos que los suyos.

—Y yo, pero tendremos que bajar de ella, que mañana hemos de cumplir el más maravilloso de todos los cometidos, mi amor.

—Maravillosa eres tú, mi vida.

Capítulo 62



Las bodas en los Pirineos y en invierno son mágicas, aunque se corre el riesgo de que, en aquel idílico rincón del mundo, al tiempo le dé por hacer de las suyas.

No fue así, por suerte para mi futuro marido y para mí, porque el día amaneció con un sol reluciente que nos indicó que todo estaba de nuestra parte.

Yo había sentido nervios, creía que muchos, en los días anteriores, pero hasta que no amaneció el día de mi boda no supe lo que eran nervios de verdad.

—Cielo santo, pero si parece una Yvonne doble o triple—decía Nicole.

—Eso es por lo hinchada que estoy, tú también lo ves, ¿no? —le pregunté un tanto aturdida.

—No, cariño, esa hinchazón solo la ves tú. Yo te veo preciosa. Lo digo porque no paras de moverte, estate un poquito quieta o no te podré abrochar el vestido.

Tras un bonito desayuno con los míos, ya me estaba vistiendo de novia junto con mi madre, Nicole, Aurora y Samanta.

—Es verdad, Yvonne, yo también te veo como una princesa. De mayor, quiero ser una novia tan guapa como tú—me decía mi niña.

Ni ella ni Quique me llamaban mamá, porque su padre y yo acordamos que así debía ser por respeto a Alejandra, pero yo los consideraba igual mis hijos y ejercía con ellos de madre.

—¡Te como esa cara! —le chillé.

—Ay, por Dios, que lo que te comerás será el espejo, qué traspiés—se quejó Nicole, porque yo no paraba y a

punto estuve de caerme hacia delante.

—Es que está muy nerviosa porque mi papá también es el novio más guapo del mundo, ahora que no se entera, ¿verdad? —nos preguntó con su infantil risilla.

—¡Sí que se entera! ¡Nos estamos enterando de todo! —chilló Quique desde el pasillo.

—¿Y por qué? —corrió ella a abrir la puerta—. Solo porque tú eres un cotilla que está con la oreja puesta. Pues ten cuidado, que todavía te doy una patada en el culo—le advirtió enojada, muy metida en su papel.

Era pequeñita, pero matona, igual que me decía su padre a mí, aunque a mí me encantaba ver que a esa cría no la pisaba nadie, y que tal circunstancia le serviría de mucho en la vida. Ojalá yo hubiese sido igual.

Mi vestido era precioso y acorde a las circunstancias de mi abultado vientre, como es lógico. Pese a ello, he de reconocer que me vi muy favorecida con él. Con escote cisne en encaje igual que las mangas, se trataba de un diseño exclusivo, elegante e invernal que me hacía lucir como una futura mami sexy, que era mi deseo.

En cuanto al ramo de novia, lo llevé de orquídeas porque esa era una flor muy representativa de la zona y lo tuve muy claro desde el principio.

Fue darme la vuelta ya vestida, y todas las mujeres de mi vida echarse a llorar al mismo tiempo. Corrijo: todas menos mi niña, a quien le dio por reír y aplaudir.

—¡Papá va a flipar cuando te vea! ¡Guau!

Pol llamó a la puerta de la habitación y, tan payaso como era, hizo como que se desmayaba al verme.

—Espera, espera, que esto se ha de avisar. Matías, ¡tómate una pastillita para el corazón, que la vas a necesitar! —voceó.

—No me digas eso, ¡que ya estoy taquicárdico!

—¡Y más que lo vas a estar, papá! —le chilló nuestra niña.

—Cielos, me voy ya a por mi hijo, a ver si logro calmarle un poco—comentó Aurora, a quien le correspondía ir avanzando con él hacia la capilla y esperarnos allí.

—Pero antes, sécate esas lágrimas, mujer, que se nos correrá el rímel a todas—le decía Nicole.

—Pues a ti y a mí será lo único que se nos corra—le soltó divertida mi madre, porque aquellas dos los amores los habían dejado de lado.

Salvo Samanta, que no lo entendió, los demás nos echamos a reír a carcajadas.

—Por favor, si esto parece "Sonrisas y lágrimas" — decía Pol mientras Aurora salía andando y volvíamos a cerra la puerta para que Matías no pudiese verme al bajar las escaleras.

Esperamos unos minutitos, todos allí. Había que cumplir con la tradición de que la novia siempre llegue una chispa tarde a la boda. Yo pegaba saltitos de los muchos nervios, provocando las risas generales.

—Ya, ya han pasado unos minutos—me anunció Samanta, muy pendiente.

—Ha llegado la hora, jefa—me indicó Pol.

—Yo no soy tu jefa, tú eres mi amigo, y ahora también mi padrino—le contesté dándole un abrazo y las demás se derritieron.

Pol, realmente, en lo que se estaba convirtiendo era en una especie de hermano para mí, pero dadas las circunstancias, no quise hacer ese paralelismo.

En ese día no pensaba en nada triste, no iba a autosabotear mi boda por nada del mundo. Me había costado mucho llegar hasta allí y no consentiría que ningún pensamiento gris nublase aquella mañana en la que el azul del cielo en los Pirineos cegaba. Un día espléndido que consideré como un regalo merecido, pues nadie nos regaló el llegar hasta allí.

Avanzamos con paso firme, pero lento, hasta la capilla. Prometo que disfruté de cada milésima de segundo, pensando que estaba a un tris de convertirme en la esposa de Matías Moguer, el hombre que había cambiado mi vida por completo, y que estaba dispuesto a hacerlo para siempre.

Resultó muy simpático, además, porque Nico también parecía querer participar de la ceremonia y fue dándome pataditas hasta el altar. Al final nos nacía otro futbolista como su hermano Quique, quien se estaba convirtiendo en un as del balón.

Si nerviosa iba por el precioso camino, flanqueada por esas montañas que ya consideraba mías y que suponían todo un espectáculo para la vista, más me puse aún cuando llegué a la puerta de la capilla.

En el fondo, Matías me esperaba con Aurora y mi flamante prometido no tuvo otra cosa que hacer que comenzar a derramar un buen puñado de lágrimas desde el momento en el que me vio hasta que, recorriendo con Pol el

pasillo, llegué hasta él.

Allí lloró hasta el sacerdote, con eso os lo digo todo, el cual nos comentó antes de empezar la ceremonia que nunca había visto un recibimiento más emotivo por parte de un novio.

A mí no me extrañaba nada porque se trataba de Matías. Él era un hombre especial donde los hubiese, por lo que era de esperar una actuación así por su parte.

—Bueno, pues ahora que por fin dejamos todos de derramar lágrimas, y si soy capaz de comenzar—pronunció casi con hipido el sacerdote—, vamos al lío porque luego me dicen que me explayo mucho y que los canapés se ponen rancios—nos contó.

Se llamaba Albert, como mi padre, y era mulato, simpatiquísimo. En el color de la piel no había coincidencia, pero sí en el nombre. Una coincidencia que me hizo sonreír cuando se presentó ante todos, porque era cierto que se tomaba su tiempo. Miré a mi madre y ella me entendió a la perfección, que para eso se trataba de mi progenitor

Albert comenzó con la ceremonia, que fue muy emocionante. Se había tomado la molestia de conocernos, por lo que no fue la típica boda en la que te sueltan el mismo discurso que en la anterior y en la siguiente, sino que hizo varias referencias a nuestra vida y a nuestra forma de ser.

—Se ve que estáis profundamente enamorados. Y no solo eso, sino que os habéis implicado en un bonito proyecto familiar que no hace más que crecer—dijo en referencia a mi barriguita.

—Sí, crece y da patadas, padre. Ahora mismo estoy dudando entre si será futbolista o karateka—dije y todos se troncharon.

La Yvonne de antes no habría sido capaz de soltar una cosa así en público ni en broma, pero todo estaba cambiando en mí, y eso me satisfacía muchísimo.

—Mientras no sea un impaciente al que le dé por salir antes de tiempo, hija, todo irá bien—decía el hombre, que era de lo más salado.

—No, por Dios, todo a su debido tiempo—le contesté mientras Matías no resistió la tentación de tocar esa barriguita mía, notando cómo se movía su inquieto hijo.

La ceremonia fue avanzando hasta llegar el momento de intercambiar los anillos. Aunque Samanta y Quique no los portaron oficialmente, porque decían ser un poco mayores para avanzar con el típico cojincito, sí fueron los depositarios de ellos, así que los miramos.

—Sácalos—le dijo Quique a ella.

—No, no, sácalos tú, que eres quien los ha cogido.

—Que no, que tenías que traerlos tú. Eres muy cabezona y dijiste que te encargarías.

—Pero luego te dije que no, cabeza de alcornoque.

Se pusieron a discutir como si no hubiese nadie más delante y nos dejaron boquiabiertos, causando nuevamente las carcajadas de todos.

—Pues se han quedado en la casa—concluyó Quique encogiéndose de hombros.

—¿Vas por ellos, hijo? —le pidió su padre.

—Claro, voy volando…

—Tampoco hace falta que vueles, con que corras un poco ya será suficiente—le indicó.

El crío salió por patas y volvió unos minutos más tarde, los cuales aprovechó el sacerdote para comentar que aquella, por diversos motivos, había sido una de las bodas más emocionantes y especiales que había oficiado.

El crío llegó con los anillos y sin aliento, porque sí que había corrido, y entonces él continuó con la ceremonia.

—Bueno, pues si me lo permiten, ahora sí que vamos a ir terminando. Y no me atrevo a preguntar la frase esa tan peliculera de que "si hay alguien que conozca un motivo por el que esta boda no deba celebrarse, que hable ahora o calle para siempre", no vaya a ser que al final a alguno de ustedes le dé por hablar—se dirigió a los asistentes entre risas.

Fue en ese instante cuando escuchamos una voz de fondo que me hizo temblar de pies a cabeza, al tratarse de la d un fantasma… De un fantasma maligno que había salido del mundo de los muertos para regresar al de los vivos e el día más inesperado.

—Pregunte, pregunte, que igual se lleva una sorpresa—pronunció Luc en el más macabro de los tonos.

—¡¡¿Quién es usted?!! —preguntó muy exaltado el sacerdote al ver que portaba una pistola.

En ese instante, Matías se colocó delante de mí, tan protector como siempre, y Luc fue avanzando pistola en mano.

No pude evitar la tentación de salir de la espalda de mi futuro esposo.

—¡¡¿Tú?!! Esto no está sucediendo, ¡¡estás muerto!! —le chillé tratando de despertar de la que consideré la peor pesadilla del mundo.

En un gesto de lo más acertado, Aurora les pidió a los críos que se acercasen a ella y, dado que no eran de su interés, Luc no movió un dedo cuando vio que se los llevó corriendo por una pequeña puerta lateral que había entreabierta, poniéndolos a salvo.

—¿Te creíste esa patraña, hermanita? —me preguntó, logrando poner de punta todos y cada uno de mis pelos. Dolió arrancarme la jodida prótesis dental para meterla en el interior del coche en el que acabé con aquel infeliz, pero más dolió que no fuese este maldito—apuntó a Matías mientras la capilla entera contenía la respiración—quien cruzase aquella jodida viga en tu casa rural. La moví para él y no para ti, hermanita. Por mucho que diga, que a veces la fuerza se me va por la boca, a ti nunca te haría daño—me soltó.

—Luc, por el amor del cielo, ¡¡suelta esa arma!! —le chillé aterrorizada, ya sabiendo que siempre estuvo ahí, que nunca se fue y que esperó a la ocasión ideal para vengarse de Matías—. Él no nos robó y su padre tampoco, te lo puedo contar todo. Yo tengo nuestro dinero, te lo juro, te devolveré hasta el último céntimo…

—Tarde, hermanita. Esto ya no es cuestión de dinero, ¿no ves que mi vida está arruinada? He hecho cosas terribles, ¿y sabes por qué? Por ti, porque la familia debe permanecer unida. Este cabrón sobra, ¡y se va! —chilló en el momento en el que le descerrajó un tiro en el torso a Matías, el cual cayó a mis pies, tiñendo mi vestido de rojo…

Entre gritos, y mientras mi amor perdía sangre a borbotones, varias personas salieron tras Luc, aunque no lograron darle alcance antes de que se escuchase un nuevo tiro. Él mismo había acabado con su vida… Y si Matías no salía de aquella, también con la mía.

e
n

No pude evitar la tentación de salir de la espalda de mi futuro esposo.

—¡¡¿Tú?!! Esto no está sucediendo, ¡¡estás muerto!! —le chillé tratando de despertar de la que consideré la peor pesadilla del mundo.

En un gesto de lo más acertado, Aurora les pidió a los críos que se acercasen a ella y, dado que no eran de su interés, Luc no movió un dedo cuando vio que se los llevó corriendo por una pequeña puerta lateral que había entreabierta, poniéndolos a salvo.

—¿Te creíste esa patraña, hermanita? —me preguntó, logrando poner de punta todos y cada uno de mis pelos. Dolió arrancarme la jodida prótesis dental para meterla en el interior del coche en el que acabé con aquel infeliz, pero más dolió que no fuese este maldito—apuntó a Matías mientras la capilla entera contenía la respiración—quien cruzase aquella jodida viga en tu casa rural. La moví para él y no para ti, hermanita. Por mucho que diga, que a veces la fuerza se me va por la boca, a ti nunca te haría daño—me soltó.

—Luc, por el amor del cielo, ¡¡suelta esa arma!! —le chillé aterrorizada, ya sabiendo que siempre estuvo ahí, que nunca se fue y que esperó a la ocasión ideal para vengarse de Matías—. Él no nos robó y su padre tampoco, te lo puedo contar todo. Yo tengo nuestro dinero, te lo juro, te devolveré hasta el último céntimo…

—Tarde, hermanita. Esto ya no es cuestión de dinero, ¿no ves que mi vida está arruinada? He hecho cosas terribles, ¿y sabes por qué? Por ti, porque la familia debe permanecer unida. Este cabrón sobra, ¡y se va! —chilló en el momento en el que le descerrajó un tiro en el torso a Matías, el cual cayó a mis pies, tiñendo mi vestido de rojo…

Entre gritos, y mientras mi amor perdía sangre a borbotones, varias personas salieron tras Luc, aunque no lograron darle alcance antes de que se escuchase un nuevo tiro. Él mismo había acabado con su vida… Y si Matías no salía de aquella, también con la mía.

Capítulo 63



La mente tiende a desechar los momentos más complicados de tu vida. De ese episodio, el más desgraciado que me ha tocado vivir, solo se me vienen a la memoria algunos flases, por fortuna.

Yo gritaba y gritaba mientras que de entre los invitados salió un amigo de Matías que era médico, el cual me pidió espacio para tratar de taponar la impresionante herida. Luc supo muy bien lo que hacía, tiró a matar…

Mientras, noté cómo un líquido resbalaba por mis muslos. Paralizada, me dije que eso no podía estar ocurriéndome, que era imposible que acabase de romper aguas. Tanto bromear con esa posibilidad, y al final, resultó que sí. Claro que lo que acababa de vivir, esa terrible experiencia, fue la que aceleró un parto que de otro modo no se habría presentado.

Nicole fue quien se percató de ello y, abrazándome, se lo señaló a mi madre.

—Te va a tocar ser muy valiente hoy, mi niña, pero tú no estarás sola—me dijo la que me trajo al mundo, viendo que en ese instante era a mí a la que le había tocado el turno de dar a luz.

Solo podía llorar, ¿cómo iba a tener a mi hijo en esas condiciones? Y su padre, ¿qué pasaría con su padre? ¿La vida me había puesto el caramelo en la boca para luego quitármelo? Porque no tenía ningún sentido que yo fuese a alumbrar a Nico el mismo día que la vida de Matías se apagase para siempre.

En los ojos de Carlos, su amigo médico, detecté que la situación no podía ser peor. A gritos pedía una ambulancia porque la vida de mi prometido se le iba entre las manos. Su camisa blanca también se tiñó de rojo, igual que mi vestido.

Nicole y mi madre me empujaban hacia el exterior para que no se me quedara grabada en la retina la escena más espeluznante de mi vida, la que me tocó vivir en el día de mi boda, que de mágico pasó a maldito.

No fueron una sino dos las ambulancias que llegaron, puesto que yo también necesité traslado.

No consentí montarme en ella hasta que no se llevaron a Matías, del que me despedí con un beso en los labios, los cuales encontré inertes, sin vida… "Te veo luego, mi amor, que ahora nuestro hijo se ha empeñado en nacer" —le comenté con la esperanza de que pudiera escucharme, aún sin saber si su corazón seguía latiendo en ese momento o si se había parado para siempre.

Nicole y mi madre se vinieron conmigo. Aurora, absolutamente horrorizada, se quedó en casa con los niños y Marc. Ella nada podía hacer en el hospital por la vida de su hijo, si es que aún la tenía, y sí que lo dio todo con ese gesto valiente que llevó a sacar a sus nietos de la capilla.

Yo solo podía rezar y rezar, poniendo las manos sobre mi vientre. Me encontraba muy mal y, si a Nico también le pasaba algo… No, eso no podía ser, el destino no se llevaría esas dos vidas en el mismo día.

Nicole me tocó el vientre, sabiendo lo que pensaba, y me tranquilizó.

—El niño está bien, te prometo que está bien.

No puedo precisar cuál era el poder que ligaba a esa mujer a las vidas de los aún no nacidos, pero era cierto que existía un nexo.

Por el camino, pensaba en que de nuevo la sinrazón de Luc, una vez más, estaba haciéndome daño, aunque en esa ocasión se había superado, quizás porque era la definitiva.

Ni un solo segundo desde que nos confirmaron su muerte dudé de que fuese real. Nuevamente se las ingenió para engañarnos a todos, dado que su inteligencia era fuera de serie, lástima que no le sirviera para saber vivir.

Por lo que supe después, una vez encontrado el implante, dieron por cierta su identidad, ya que a la policía le pareció prueba suficiente. Un error que podía tener un precio bestial, pero es que a nadie se le pasó por la imaginación que hubiera que seguir comprobando nada tras aquel hallazgo.

Luc estuvo vivo todo ese tiempo y, por lo que me dio a entender, al acecho. Él quiso acabar con la vida de Matías aquella tarde en el alojamiento rural, moviendo la viga, para que cayese sobre la cubeta de cristales. En aquella ocasión preferí no verlo así, pero una caída sobre ella habría resultado mortal.

Nicole y mi madre trataban de sacarme de mis pensamientos, todos los cuales me llevaban a Matías. Con la ilusión que le hacía ver nacer a su hijo… Quién nos iba a decir que todo aquello pasaría, acelerando su venida al mundo.

Pedí mucho por su vida y por la de nuestro bebé. Y lloré… Lloré tanto que los ojos se me secaron de camino al hospital. Mejor así, mejor echar fuera las emociones antes de abordar la tarea más importante a la que me había enfrentado hasta la fecha: la de convertirme en mamá.

Mi Nico, mi hijo, estaba a punto de venir al mundo. El problema era que yo ignoraba qué mundo se encontraría, s
uno en el que su padre le esperase con los brazos abiertos u otro en el que hubiese nacido directamente huérfano.

Mi Nico, mi hijo, estaba a punto de venir al mundo. El problema era que yo ignoraba qué mundo se encontraría, si uno en el que su padre le esperase con los brazos abiertos u otro en el que hubiese nacido directamente huérfano.

Capítulo 64



Todo era muy confuso y nadie estaba en condiciones de darme noticias de Matías cuando entré en paritorio.

Nos habían llevado al mismo hospital, pero obvio que a áreas muy distintas.

Mi parto se estaba desarrollando de forma muy rápida, increíblemente rápida para tratarse de una primeriza. Un caso excepcional y que pudo tener mucho que ver con las circunstancias, como si hijo quisiera venir al mundo rápido para sacarme de dudas de si estaba bien.

Mi temor era total, imposible no sufrir, ¿cómo no iba a hacerlo cuando no sabía si Matías estaba vivo o muerto?

—Necesito saberlo, necesito saber algo—les pedí a Nicole y a mi madre.

—No podemos salir ahora del paritorio, cariño, debes entenderlo. Todo a su debido tiempo. Yo estoy segura de que Matías está vivo, él nunca se perdería ver crecer a su hijo—me decía mi madre.

—Ningún buen padre quiere perderse eso y, por desgracia, muchos se lo pierden—le recordé.

—Yvonne, te necesito aquí—me pidió la ginecóloga.

—Pero es que no sé si voy a poder hacerlo. Matías, igual ya ha… Necesito saberlo, no puedo.

—Sí que puedes, mírame. Eso tendrás que dejarlo para luego, piensa que él querría que tu hijo naciese bien, y eso solo pasará si tú colaboras. De lo contrario…

—Tienes razón, perdona, ¿qué tengo que hacer?

—Hacerme caso en todo. Te necesito aquí conmigo, ¡ya! —chasqueó los dedos en el aire.

Ella tenía toda la razón. Con independencia de lo que pasase, Nico tenía derecho a contar con una madre fuerte que velase por él. Mi hijo se lo merecía.

Yo aún no podía calibrar si Luc se había llevado una parte de mi vida, pero en mi mano estaba que no se llevase otra.

Como cualquier mujer, había pensado muchas veces con temor en cómo se desarrollaría mi parto y en cuánto dolería. Para mi sorpresa, aunque notaba que el dolor físico estaba ahí y no era precisamente poco, apenas lo notaba en comparación con ese otro dolor, con el que sentía en mi interior, ante lo que estábamos viviendo.

Dilaté rápido, impresionantemente rápido, con mi madre y con Nicole sosteniéndome de las manos, las dos dándome ánimos y secando con una pequeña toalla mi empapada frente.

Tantas veces me había preguntado qué carita pondría Matías al ver nacer a nuestro hijo, y resultaba que él no podría estar ahí. Prometo, y creo que no estoy loca— aunque quizás en ese momento sí que lo estuviese— que creí verle en aquel paritorio, sonriéndome. Temí que hubiese fallecido y que fuera su espíritu el que se hubiese trasladado allí. Cerré los ojos y, al volver a abrirlos, ya no estaba.

Las contracciones iban en aumento y la ginecóloga me indicó que era hora de ponerme la epidural.

—Nico, tranquilo, hijo mío, que tú y yo tenemos una cita y la vamos a vivir prontito—le dije, acariciándome el vientre.

Era evidente que nuestro hijo sería prematuro, pero nacería con el tiempo suficiente para poder salir adelante sin problemas, si es que todo iba bien.

Al ponerme la epidural, sentí como si me deslizase por un enorme tobogán oscuro, como esos que hay en algunos parques acuáticos, donde no ves nada hasta la salida, en la que vislumbras la luz, pero mientras estás a la expectativa, con la boca abierta, sin poder decir ni mu.

No me quejé en ningún momento. Ya digo que mi estado no era el natural y que todo fue muy extraño, pero el equipo que me asistía se impresionó ya que, según me comentaron, la cara ni siquiera se me desencajó por el dolor. Y entonces me pusieron la epidural y ya no noté nada.

El momento era de emoción máxima, pero tuve que vivirlo con total incertidumbre y con una falta que me desgarraba el corazón.

—Lo estás haciendo muy bien, enseguida tendrás a tu hijo en el pecho—me indicaban mientras mi cuerpo producía un sudor a chorros que nunca experimenté.

Resulta increíble la sensación de dar vida, pero os aseguro que resulta todavía más increíble cuando ignoras si, a l vez, la estás perdiendo, porque si Matías no ganaba la batalla, yo estaría muerta en parte.

Nico se mostró como un campeón. Ya vino al mundo mi niño adelantándome que valía la pena vivir. Lo digo porque yo le ayudé, pero él también cumplió su papel para nacer enseguida.

—Viene con el pelo negro de su padre—me comentó Nicole en cuanto su cabecita empezó a salir de mí.

—¿De verdad? —me puse a llorar sin consuelo.

—De verdad, mi niña. Menuda planta de galán que trae este también.

—Está ayudando mucho, está ayudando mucho—me dijo la ginecóloga—. Y tú también, Yvonne, lo estás haciendo muy bien…

—Matías, tiene tu pelo, tiene tu pelo—murmuré mirando al techo de aquel paritorio, segura de que él podría escucharme, estuviera en este mundo aún o ya en el otro.

Oí el llanto de mi hijo en ese instante, un llanto fuerte que me indicó que había llegado al mundo con ganas.

—¡Está perfecto! ¡Está perfecto! —gritó de alegría mi madre cuando la ginecóloga lo mantuvo en alto, delante de mí,

—Mi hijo, mi hijo—lloré a lágrima viva.

—Sí, tu precioso hijo, aquí lo tienes—me comentó la ginecóloga mientras me lo puso sobre el pecho, y yo sentí una mezcla de sensaciones indescriptible.

Entonces Nico abrió los ojos y vi los de su padre. Sus ojos eran azules, idénticos a los de Matías, grandes y de un color intenso.

Lo apreté sobre mi pecho y le pedí a la vida que me permitiese ver durante muchos años aquellos dos pares de ojos, los de su padre y los de mi hijo, juntos. Le pedí que le dejase disfrutar de la oportunidad de criar ambos a nuestro bebé, junto con sus adorados hermanos. Le pedí que Luc no nos hubiese ganado la partida, porque eso habría sido tremendamente injusto y no habíamos luchado tanto por nuestro amor para obtener ese resultado.

a

Capítulo 65



Después de permanecer unos minutos conmigo, a mi niño se lo llevaron a la incubadora.

Pese a su bajo peso, a ojo de buen cubero parecía estar fenomenal de salud, extremo que luego confirmarían las pruebas. Yo podría ir a darle el pecho, pero no tenerle conmigo en la habitación todavía. Gracias al cielo, en estos tiempos se han constatado los beneficios de ese método que se conoce como “madre canguro” en virtud del cual es ideal para el bebé prematuro el contacto piel con piel con su madre, a la hora de alimentarle, estimularle y protegerle. También los padres pueden realizarlo y yo rezaba para que fuese el caso.

No permití que me llevasen directa a mi habitación, sino que me cerré en banda y, en silla de ruedas, me trasladaron hasta el lugar en el que tenían a Matías.

Afortunadamente, se trató del quirófano, muestra inequívoca de que seguía con vida.

Hasta allí llegué llorando de la emoción, pues llegué a temer que ya no estuviese entre nosotros.

Nos explicaron que la intervención a la que le estaban sometiendo era delicadísima y muy larga, a vida o muerte. Y solo accedí a irme a mi habitación cuando me prometieron que el cirujano iría a hablar conmigo en cuanto saliese del quirófano.

Esperé con el corazón en un puño. Por medio, tuve la maravillosa ocasión de amamantar por primera vez a mi bebé, quien no dudó en succionar con fuerza, como el guerrero que era.

—Nico, tu papá está vivo y tenemos que mandarle toda la fuerza del mundo. Tú no sabes lo mucho que te quiere y las ganas que tiene de conocerte. Es muy bueno y guapo… Sales a él, tienes sus mismos ojos, los ojos más azules y preciosos del mundo—le decía mientras veía la fuerza con la que mi pequeñín se agarraba al mundo.

El cirujano cumplió su palabra y me buscó en mi habitación al concluir la operación. Su cara fue de póker al cruzar el umbral de la puerta, y yo lo que crucé fueron los dedos.

—De momento, solo puedo decirle que hemos hecho todo lo posible. La situación del paciente es de extrema gravedad y aún no podemos determinar si su evolución será favorable o no—me dijo ante la atenta mirada de Nicole y de mi madre, quienes me sostenían las manos nuevamente, sin soltarme.

—Pero ¿entonces saldrá adelante? —le pregunté, queriendo escuchar lo que él no me podía confirmar.

—Solo puedo decirle que su marido está en buenas manos, solo eso. Lo demás dependerá de muchas circunstancias.

—Ni siquiera es mi marido aún, ¿sabe? No pudimos concluir la ceremonia—rememoré en shock, como si ese detalle fuese relevante, cuando daba absolutamente lo mismo.

—Les deseo mucha suerte—me comentó antes de salir de la habitación.

Cuando te dan una noticia así, tienes dos maneras de tomártela: o te hundes en la miseria o resurges de tus cenizas Entiendo que cada persona es un mundo y que la reacción dependerá mucho de las circunstancias de cada uno y de aquello por lo que tengas que luchar.

En mi caso, existían tres motivos por los que pedirle al universo que no se llevase a Matías, todos los cuales me dolían por igual, ya que el nacimiento de Nico no hizo sino afianzar el amor que yo ya sentía por sus hermanos.

Se nos había presentado una buena batalla y yo centraba mis pensamientos en que fuese larga, pues eso supondría que Matías contaría con más posibilidades de vivir.

Si quería honrar a ese hombre que tanto me había ayudado en la vida, solo había una manera de hacerlo: con valo y arrojo.

—Va a superarlo, Matías va a superarlo—les dije a Nicole y a mi madre una vez que el cirujano se hubo marchado de la habitación.

—¡Así se habla, mi niña! Así se habla…

No fue hasta unas horas después cuando pude entrar en la UCI a verle, y tan solo un par de minutos…

Me lo encontré con tantos tubos que apenas podía observar su carita, esa carita bonita que me enamoró desde que le conocí.

—Mi amor, soy yo—le dije apretando su mano—. Soy Yvonne, la mamá de tu hijo Nico. Y sí, no creas que me h vuelto loca, salvo loca de amor por ti, claro… Es que Nico ya ha nacido, cariño. Sí, lo ha hecho antes de tiempo,

pero menudo guerrero es nuestro niño. Está formidable. Le han metido en la incubadora porque es muy chiquitín, pero crecerá a toda velocidad, ya lo verás, porque come que da gusto. Te has perdido su nacimiento, aunque no te preocupes, que yo lo recuerdo muy bien y te lo pienso contar todo. No sabes lo bonito que es y encima tiene tu pelo y tus ojos. Ha sido amor a primera vista, tú también te lo querrás comer, ya lo verás. Tienes que ponerte muy bien pronto para poder llevártelo a casa conmigo, pues lo que más deseo en el mundo es criarlo contigo. Además, que sus hermanos nos esperan. Y ya sabes lo impaciente que es Samanta, estará con ganas de morderse las uñas. En fin, que nos van a dar muchas satisfacciones estos tres… O los que sean, que sé lo que te gustan los niños y yo no descarto nada. Es que se me ha dado fenomenal ponerlo en el mundo, deberías haberme visto. Sé que habrías estado muy orgulloso, porque tú lo estás siempre de mí y esa es una de las cosas que me enamoraron de ti. Una de muchas, porque vaya ojos, ¿te he dicho ya que Nico trae los mismos de fábrica? Es que, como tú no me dices nada, ahora me repetiré más que el ajo, ya que no voy a parar de venir a verte hasta que abras los tuyos, ¿me estás oyendo, mi vida? —le hice una carantoña.

pero menudo guerrero es nuestro niño. Está formidable. Le han metido en la incubadora porque es muy chiquitín, pero crecerá a toda velocidad, ya lo verás, porque come que da gusto. Te has perdido su nacimiento, aunque no te preocupes, que yo lo recuerdo muy bien y te lo pienso contar todo. No sabes lo bonito que es y encima tiene tu pelo y tus ojos. Ha sido amor a primera vista, tú también te lo querrás comer, ya lo verás. Tienes que ponerte muy bien pronto para poder llevártelo a casa conmigo, pues lo que más deseo en el mundo es criarlo contigo. Además, que sus hermanos nos esperan. Y ya sabes lo impaciente que es Samanta, estará con ganas de morderse las uñas. En fin, que nos van a dar muchas satisfacciones estos tres… O los que sean, que sé lo que te gustan los niños y yo no descarto nada. Es que se me ha dado fenomenal ponerlo en el mundo, deberías haberme visto. Sé que habrías estado muy orgulloso, porque tú lo estás siempre de mí y esa es una de las cosas que me enamoraron de ti. Una de muchas, porque vaya ojos, ¿te he dicho ya que Nico trae los mismos de fábrica? Es que, como tú no me dices nada, ahora me repetiré más que el ajo, ya que no voy a parar de venir a verte hasta que abras los tuyos, ¿me estás oyendo, mi vida? —le hice una carantoña.

Epílogo



Dos años después…

Me agarraba a su mano en el paritorio. Alba y Marina, nuestras gemelas, estaban viniendo al mundo.

Qué distinto era ese parto del de Nico… Y qué emocionante, con Matías a mi lado, cogiéndome de la mano.

Nunca olvidaría que Nicole y mi madre no soltaron la mía dos años atrás, pero contar con la presencia de Matías estaba siendo todo un lujo.

Como bien le prometí en su día, yo no descartaba nada. Y allí estábamos.

Matías, obviamente, salió adelante, y lo hizo dejando flipados a los médicos, como le contó Samanta el día que por fin volvimos a casa todos juntos, con él en pleno proceso de recuperación y nuestro pequeño Nico con un pes de lo más decente.

Nos casamos aquel verano, ¿cómo íbamos a esperar más? Lo hicimos en cuanto estuvo recuperado del todo.

Nuestra boda, la de verdad porque de la otra nunca volvimos a hablar, se celebró también en casa, pero en verano y en un escenario muy distinto: al aire libre.

Yo deseaba casarme con él en nuestro hogar, pero no que la ceremonia tuviera ningún paralelismo con la primera, a excepción de que nos convertiría en esposos Albert, el mismo sacerdote dicharachero que ya intentara hacerlo la primera vez.

Por lo demás, en aquella ocasión sí que nos decantamos por una boda multitudinaria, porque aparte de nuestra unión celebrábamos la llegada al mundo de Nico, a quien bautizamos a la par con sus hermanos mayores como orgullosos padrinos y, también, la vuelta a la vida de su padre.

Mi *look* fue muy distinto al de la primera vez, pues el sol lucía con fuerza en ese verano que deslumbraba en el Pirineo Aragonés.

Con el Valle de Ordesa y Monte Perdido de fondo, todo un lujo de escenario natural, me paseé del brazo de Pol hasta el altar, ya luciendo tipazo, con un vestido de corte sirena con escote corazón, pedrería y espalda baja que hizo las delicias de todos los asistentes y, en especial, del que ese día sí que se convirtió en mi marido.

—Poniéndote este vestido, te la juegas, igual aumentamos la familia—murmuró en mi oído cuando abrimos el baile.

—Pero un poquito más adelante, amor—le indiqué yo, abrazando al hombre que lo era todo para mí.

La vida me obsequió con la maravillosa posibilidad de seguir disfrutando de él, y yo le devolví el favor haciendo de cada día una fiesta, pues me sentí en deuda con ella.

Fue un día inolvidable y romántico, un día que no olvidaría jamás y que en esa ocasión sí que terminó de la única manera posible: uniendo nuestras vidas para siempre, porque yo tenía claro que un amor que sobrevivió a tantas vicisitudes estaba abocado a ser eterno.

El pequeño Nico, quien ya por entonces estaba hecho una bolita, escuchó la ceremonia en brazos de sus abuelas, con sus vivos ojos azules mirándolo todo.

Aurora, eso sí, estaba al lado de su hijo, de nuevo en el papel de madrina, agradeciendo también al cielo que no se lo arrebatase.

De luna de miel nos fuimos a Hawái… Pero no penséis que partimos Matías y yo solos, sino toda la familia. Igual hay quien piense que eso es un rollo, si bien nosotros no lo vimos así ni mucho menos, ya que quisimos compensarles a todos por lo mucho que nos ayudaron en esos trágicos momentos que pasamos.

En la playa, alquilamos varios bungalós y, eso sí, entre todos ellos se quedaron a los niños para que pudiésemos disfrutar de privacidad por la noche, por lo que fue una luna de miel no solo refrescante en un entorno paradisíaco sino también tórrida y ardiente como solo Matías podía hacerla para mí.

De allí nos trajimos los mejores recuerdos, iniciando a los niños en el surf, un deporte que me apasionaba y que practiqué mucho durante mi infancia y juventud.

Una vez en casa, comenzamos nuestra vida, ya por fin sin sobresaltos, con Matías atinando cada vez más en sus negocios—ya que heredó el buen ojo de su padre— y yo trabajando codo con codo con Pol en ese alojamiento rural que me entusiasmaba, con nuestras rutas a caballo incluidas, las cuales me permitían entrar en contacto directo con esa naturaleza que por día me conquistaba más.

Con una vida de ensueño, pronto nos enteramos de que estábamos ¡embarazados de nuevo! Y esa vez por partida doble. Entre todos elegimos los nombres de las niñas. Por cierto, que Nicole también supo el sexo antes que el médico, era para alucinar esa mujer.

Y allí estaban aquel día, naciendo, con su padre de mi mano, dándome ánimos y conmigo pensando en que ese sí que era un regalo de la vida: poder compartir con él ese momento.

La primera en nacer fue Alba y después vino al mundo Marina. En su caso, su pelo fue más clarito como el mío, pero en cuanto a los ojos… de nuevo me deslumbraron con un par de faros azules cada una que era el símbolo de los hermanos Moguer, ese ramillete que ya estaba compuesto por cinco preciosos niños que nos robaron el corazón a su padre y a mí.

El parto transcurrió sin mayor problema, siendo rápido y fácil, por lo que más suerte no pude tener. Aquellas también heredaron de sus hermanos la vena de campeonas y, aunque llegaron a su debido tiempo, pesando en torno a los tres kilos y medio cada una, no se durmieron en los laureles en el paritorio.

Me las pusieron en el pecho, dejándonos unos minutos a solas.

—Son tan bonitas como tú—me decía su emocionado padre dejando salir sus lágrimas.

—Pero con tus ojos, con los ojos Moguer… Con esos ojos que me enamoraron un día y que me enamoran más hoy, igual que me enamorarán siempre. Te amo, Matías, te amo con todo mi corazón como solo puede amarse a quien no solo es tu marido y el padre de tus hijos, sino tu amante, tu amigo y tu cuidador, el hombre que me mima y que se ocupa de que jamás se borre la sonrisa de mi rostro. Por todo eso y por mucho más, te amo con todo mi corazón—le confesé agradeciendo una vez más al universo tenerle a mi lado.

Con una vida de ensueño, pronto nos enteramos de que estábamos ¡embarazados de nuevo! Y esa vez por partida doble. Entre todos elegimos los nombres de las niñas. Por cierto, que Nicole también supo el sexo antes que el médico, era para alucinar esa mujer.

Y allí estaban aquel día, naciendo, con su padre de mi mano, dándome ánimos y conmigo pensando en que ese sí que era un regalo de la vida: poder compartir con él ese momento.

La primera en nacer fue Alba y después vino al mundo Marina. En su caso, su pelo fue más clarito como el mío, pero en cuanto a los ojos… de nuevo me deslumbraron con un par de faros azules cada una que era el símbolo de los hermanos Moguer, ese ramillete que ya estaba compuesto por cinco preciosos niños que nos robaron el corazón a su padre y a mí.

El parto transcurrió sin mayor problema, siendo rápido y fácil, por lo que más suerte no pude tener. Aquellas también heredaron de sus hermanos la vena de campeonas y, aunque llegaron a su debido tiempo, pesando en torno a los tres kilos y medio cada una, no se durmieron en los laureles en el paritorio.

Me las pusieron en el pecho, dejándonos unos minutos a solas.

—Son tan bonitas como tú—me decía su emocionado padre dejando salir sus lágrimas.

—Pero con tus ojos, con los ojos Moguer… Con esos ojos que me enamoraron un día y que me enamoran más hoy, igual que me enamorarán siempre. Te amo, Matías, te amo con todo mi corazón como solo puede amarse a quien no solo es tu marido y el padre de tus hijos, sino tu amante, tu amigo y tu cuidador, el hombre que me mima y que se ocupa de que jamás se borre la sonrisa de mi rostro. Por todo eso y por mucho más, te amo con todo mi corazón—le confesé agradeciendo una vez más al universo tenerle a mi lado.

Puedes seguirme en mis RRSS:

Facebook: Jenny Del
IG: @jennydelautora
Twitter: @ChicasTribu
Amazon: relinks.me/JennyDel

Puedes seguirme en mis RRSS:

Facebook: Jenny Del
IG: @jennydelautora
Twitter: @ChicasTribu
Amazon: relinks.me/JennyDel